

00797

1971.01
03

mensaje

Chile 1951-1971 Realidades y perspectivas

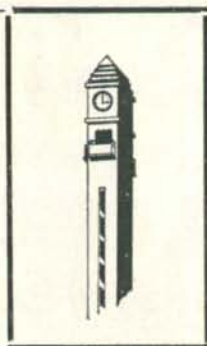
Número aniversario

Nº 202 - 203 Septiembre - Octubre 1971



AGENDA **CAMPANIL**

PARA PROFESIONALES Y EJECUTIVOS



1972

- Novedosas páginas educativas
- De tamaño 0,17 x 0,22 cm.
- Edición limitada
- Sin ninguna publicidad comercial
- Entrega Inmediata a Domicilio
- Reembolsos a Provincias

EN SANTIAGO E° 90.— EN PROVINCIAS E° 95.—

SOLICITELA A:

- Librerías Kegan - Stgo.
- Librería Niemeyer - Valpso.
- Los Jardines 430 - Fono 494095 - Stgo.

GUIA PROFESIONAL

DR. GUILLERMO LABATUT D.
INSTITUTO DE RADIODIAGNOSTICO
Santo Domingo 534 - 1.º piso - Depto. C
Fono 34468 - SANTIAGO

DR. FERNANDO RODRIGUEZ S.
OBSTETRICIA
Amunátegui 75 - Fono 80096 - SANTIAGO

DR. PATRICIO HEVIA RIVAS
MEDICO PEDIATRA
Consulta: Bucras 180-A - Depto. 32 - Fono 380310
Residencia: Calle Nueva 2528 - Fono 275135 - Santiago

DRA. ADRIANA JORQUERA AHUMADA
ENFERMEDADES DE NIÑOS
Consulta: Providencia 2370 - Depto. 33
Fono 251161 - SANTIAGO
Residencia: Bilbao 3852 - Fono 486180 - SANTIAGO

DR. GUSTAVO MONCKEBERG B.
OBSTETRICIA
Fonos 480390 - 68409 - SANTIAGO

ENRIQUE MARSHALL SILVA
ABOGADO
Ahumada 254 - Of. 301
Teléfono: 721417
SANTIAGO

PEDRO J. RODRIGUEZ GONZALEZ
VICENTE GUMUCIO VIVES
MARTIN GARCIA SWART
JULIO RODRIGUEZ ARJONA
OSCAR CORREA SOLAR
ABOGADOS
Huérfanos 979 - Of. 620
Teléfonos 30740 - 33487
SANTIAGO

Presentación del número

Desde el primer número que lanzara el Padre Hurtado en octubre de 1951 el Mensaje se ha dedicado a la reflexión sobre la realidad chilena y los problemas del mundo en general. En América Latina el objetivo de este número especial es presentar a los lectores una visión de Chile en los últimos veinte años. Frente a la abundancia y complejidad de los "problemas nuevos" del presente, el Mensaje se ha limitado a algunos temas de actualidad que se han tratado de manera crítica y objetiva, como son el desarrollo agropecuario y los problemas de energía, turismo, comunicaciones y otros temas de actualidad.

El número consta de dos partes: temas generales acerca de las grandes estructuras de nuestra sociedad y temas más particulares pero de gran importancia en el momento actual, como el turismo, la energía, las comunicaciones, etc.

El problema de la evolución de la estructura social por su carácter tan complejo y multifacético, surge desde muchos ángulos y en casi todos los niveles de la vida social. Es abordado en esta revista mediante un método de análisis que intenta comprender la dinámica del sistema económico, lo que permite descubrir tendencias futuras tanto en el aspecto económico y social.

La evolución económica, política, social y cultural de Chile en los últimos veinte años es el tema central de este número. El artículo de especial interés a algunos lectores interesados en el desarrollo de Chile es el que aparece en la página 388.

NUMERO ANIVERSARIO

VOL. XX — SEPTIEMBRE - OCTUBRE 1971 — N° 202 y 203

<i>Mensaje</i>	384	Presentación del número
<i>Mensaje</i>	385	Chile 1951 - 1971

TEMAS GENERALES:

<i>Kalki Glauser R.</i>	388	Crisis social del capitalismo en Chile
<i>Sergio Bitar</i>	404	La estructura económica chilena y la transición al socialismo
<i>Luis Quiros V.</i>	413	La evolución política de Chile
<i>Pablo Fontaine</i>	422	La Iglesia chilena en los últimos 20 años

TEMAS PARTICULARES:

<i>Sergio Molina S.</i>	433	El cobre: perspectivas y responsabilidades
<i>Edmundo Fuenzalida F.</i>	444	Problemas de ciencia y tecnología en el paso al desarrollo
<i>Manuel Barrera</i>	452	Algunas contradicciones en el actual proceso de desarrollo de la Universidad chilena
<i>Patricio Cariola</i>	460	Los últimos 20 años de la educación chilena
<i>Antonio Avaria</i>	470	Veinte años de narrativa chilena: una tabla cronológica
<i>Carlos Droguett</i>	477	La literatura chilena de espaldas a la realidad
<i>Enrique Lihn</i>	485	Veinte años de poesía chilena
<i>Guillermo Blanco</i>	492	Notas al pie
<i>Otto Boye S.</i>	494	Chile y el interamericanismo en las dos últimas décadas
<i>Gustavo Lagos</i>	502	La integración latinoamericana en perspectiva

PORTADA

Diseñada por *Sergio Navarro*

FOTOS

CORFO, MISSI, Vivant Univers, CODELCO, OIR, Mensaje

Presentación del número

Desde el primer número que lanzara el Padre Hurtado en octubre de 1951, Mensaje reflexiona, a la luz de la fe cristiana, sobre Chile y los procesos del mundo, en especial de América Latina. El objetivo de este número especial es proseguir y profundizar esta reflexión desde la perspectiva de Chile en los últimos veinte años.

Frente a la abundancia y complejidad de los "grandes temas" del proceso que vivimos, hemos debido forzosamente elegir sólo algunos. Esto valga de explicación que dé cuenta de algunas evidentes lagunas, como ser el desarrollo agropecuario y los medios de comunicación, puntos que esperamos presentar en una próxima ocasión.

El número consta de dos partes: **temas generales** acerca de las grandes estructuras de nuestra sociedad y **temas más particulares** pero de gran importancia en el proceso revolucionario que estamos atravesando.

El problema de la evolución de la estructura social, por su carácter tan variado y omnipresente, surge desde ángulos diversos en casi todos los artículos. El tema sin embargo es abordado en extensión mediante un método de análisis dialéctico, desde la óptima del capitalismo dependiente, lo que permite destacar interesantes relaciones entre la estructura económica y la social.

La evolución económica chilena se enfoca desde sus preparaciones previas y el tránsito al socialismo. El artículo da especial énfasis a algunas condiciones indispensables para que este proceso no se frustre sino signifique un despegue efectivo de la economía nacional.

El estudio sobre el aspecto político de los dos últimos decenios constata un desequilibrio paulatino entre el sistema político de Chile y el desarrollo de los sistemas económico y social del país, lo que acumula tensiones y obliga a replantear el problema de la participación y de los mecanismos de integración política.

Un cuarto artículo de índole general estudia la presencia y evolución de la Iglesia en el veintenio que nos ocupa. Sólo así podemos apreciar los cambios actuales y entrever algo de las rutas del mañana.

Los temas más particulares se dejan reunir en cuatro grupos de relativa afinidad. En primer lugar surge la cuestión del cobre —el sueldo de Chile— donde se analizan sus perspectivas y las responsabilidades que su nacionalización impone a todos los chilenos. Como trasfondo más amplio, aunque el cobre sea tal vez su concreción más importante, viene un estudio sobre la ciencia y la tecnología en el paso al desarrollo y el lugar donde se debe situar la investigación.

En torno al tema de la educación se reúnen dos estudios: uno sobre las reformas en las Universidades y el análisis de algunas de las contradicciones inherentes al momento actual de su desarrollo y el otro sobre la evolución de la educación chilena, sobre todo de la escolar en sus grados básicos y medio.

Cuatro artículos de valiosos literatos nacionales nos ofrecen, mediante la intuición del artista, nuevos atisbos sobre la evolución nacional en los veinte últimos años.

Por último, dos trabajos se ocupan de las relaciones de Chile con los demás países de América, uno centrado en el problema tan actual del interamericanismo y la OEA y el otro en el igualmente básico asunto de la integración latinoamericana y el Pacto Andino.

Chile 1951-1971

Hoy, 1º de Octubre de 1971, será para nosotros un día de recuerdos.

No recuerda propiamente quien se hunde en un pasado muerto, quien deja de afanarse en pos de un futuro. Re-cordar es vivificar el pasado, hacer que nuevamente pulse en un corazón, mantenerlo presente como acicate, transformarlo en ruta abierta hacia el porvenir.

Por eso hemos querido celebrar nuestro vigésimo aniversario con un número especial que eche una mirada hacia atrás —hacia estos veinte años que han pasado— para descubrir las huellas que nos encaminan hacia nuestro futuro histórico. El pasado es la fatalidad de un pueblo, lo que no se puede cambiar, pero en los errores y logros cometidos se va dibujando un destino; la vocación histórica del país; lo que le da sentido y razón de ser como comunidad humana.

Esto es lo que pretendemos con este número. Reflexionar sobre el pasado desde una perspectiva presente para comprender mejor la tarea que el futuro nos impone como un desafío. Y superar este desafío es nuestra misión.

"Mensaje" fue la última obra del P. Alberto Hurtado, puro corazón, atormentado por Dios y por el hombre. ¿Qué hacer para que el hom-

bre desorientado y angustiado de nuestro tiempo redescubriera el sentido pleno de su vida?

Era necesario un "Mensaje" de esperanza que escudriñando los signos de los tiempos mostrase la ruta en que Dios y el hombre se encuentran. La meta de la revista sería, por consiguiente, la verdad que libera y que incentiva el vivir. Pero esta verdad habría que buscarla entre muchos dispuestos a prescindir del halago y de la invectiva. Por lo mismo "Mensaje" se abría y ofrecía a todos.

No se limitaba a divulgar una verdad conocida, una doctrina hecha. Lo que pretendía era buscar la verdad que en forma siempre diversa ilumina el momento histórico; descifrarla, e ir así renovando el aporte doctrinal. Quería ser una revista de avanzada y, por lo mismo, conscientemente, aceptaba las críticas que necesariamente vendrían de parte de los que creen que la verdad está dicha de una vez por todas y que se encuentra fundamentalmente en el pasado. "Mensaje" creía que la verdad es la aventura eterna del hombre y tarea de todos.

Así nació "Mensaje". Fue uno de los últimos latidos de ese gran corazón humano y cristiano que se llamó Alberto Hurtado; corazón abierto a todos los horizontes, profundamente unido a

Cristo y, por lo mismo, enemigo de la injusticia, de la mentira, de la hipocresía, del compromiso mezquino, de la falsa prudencia, del silencio oportunista, de la frase irreflexiva, de la audacia precipitada, de la crítica hiriente y amarga, de la retórica acicalada; corazón sediento de verdad, valiente, pero sin encono, despojado totalmente de sí mismo, incapaz de cálculo, de envidia o resentimiento, profundamente delicado y respetuoso, animado solamente por un gran amor a Dios y a los hombres.

Seguir sus huellas es nuestra responsabilidad.

1951 era un año semejante a otros. Pío XII en su encíclica "Humani generis" había frenado el movimiento de avanzada teológica y condenado a notables profesores al silencio. La curia romana acrecentaba su poder. Había logrado poner a Unamuno en el Índice de libros prohibidos y lo mismo quería hacer con Ortega y con Teilhard de Chardin. La condenación amenazaba al que insistiese en que la Iglesia tenía que cambiar. Después del bloqueo de Berlín, Estados Unidos comprendía que la guerra fría había comenzado e iniciaba la cruenta e inútil guerra de Corea. Era la época de los rebeldes sin causa, de los teenagers y de los blousons noirs. En Chile terminaba el gobierno de González Videla en que culminaba el fracaso del Frente Popular y el pueblo traicionado se aprontaba a romper los esquemas políticos y llevar a la presidencia a Carlos Ibáñez.

Desde entonces han pasado tantas cosas. La más importante de todas en el campo religioso, la ascensión al trono pontificio de Juan XXIII y el Concilio Vaticano II que significó una verdadera revolución en el terreno litúrgico, exegético, pastoral y teológico. Los "anathema sit" dejaron de oírse, la Iglesia derribó los muros centenarios que la alejaban del mundo y se abrió con humildad a todos los hombres de buena voluntad.

La revolución triunfante de Cuba fue agigantando poco a poco la figura de Fidel Castro y del Che Guevara y sopló vientos revolucionarios al resto del continente latino-americano. Los informes de Cepal fueron creando conciencia de nuestro subdesarrollo y de la necesidad de liberarnos del imperialismo norteamericano.

Estados Unidos, olvidado ya su antiguo aislacionismo, intervino en el Asia e inició la guerra del Vietnam. En Chile, entre tanto, el gobierno de Ibáñez desilusionaba una vez más al pueblo, subía nuevamente la derecha al poder y luego, incrementadas las fuerzas de la Democracia Cristiana, Frei y la promesa de una revolución en libertad.

En estos veinte años "Mensaje" ha hecho siempre el esfuerzo de estar en la delantera de los acontecimientos. Promovió la reforma universitaria de 1967 tomando clara posición a favor de la participación estudiantil. Mostró la incidencia económica que podía tener la explosión demográfica y reconoció el derecho que los padres tenían para limitar en conciencia la prole. Habló también sobre las condiciones que debía cumplir una eventual legislación sobre el divorcio para que fuese legítima. Se mostró firme partidario de la reforma agraria y educacional.

Pero la fecha más importante para "Mensaje" fue diciembre de 1962 cuando lanzó su número especial —número que fue traducido a varias lenguas y que alcanzó verdadera resonancia— sobre "Revolución en América latina: Visión cristiana".

El número levantó ardiente polémica. En efecto, hablar de revolución en aquel entonces era inusitado para una revista católica.

Los tiempos han cambiado; nosotros hemos cambiado también en el modo de enfocar muchos problemas de la revolución; pero creemos que la inspiración profunda que nos guiaba en ese número sigue en pie.

Seguimos convencidos de que todo auténtico cristiano ha de enfrentarse al hecho de la revolución en marcha y esforzarse porque esta revolución se haga sin odio, sin violencia, respetando los derechos fundamentales de la persona humana. Esta actitud revolucionaria brota de una convicción profunda: todos somos hermanos, todos debemos vivir humanamente. Debemos, por tanto, instaurar un orden político, jurídico, social, económico y cultural que realice efectivamente el bien común, el bien de todos, aunque tengamos que sacrificar ciertos bienes particulares. Y esta realización es tremendamente urgente. Se requiere un cambio

profundo e integral de estructuras, hoy y no mañana, que dé la respuesta al jadeante e impaciente anhelar de las masas. No por miedo sino por convicción; porque es justo; porque el cristianismo significó de hecho el germen libertador de las innumerables masas oprimidas. Debemos incluso estar dispuestos a renunciar espontáneamente a no pocas de nuestras cómodas y agradables "libertades" si es preciso así asegurar la libertad, la liberación de la gran mayoría.

Seguimos convencidos de que el cristiano puede aportar mucho a la revolución. En primer lugar puede inyectarle esperanza. Una revolución desesperada está condenada al fracaso. Y no debemos confundir utopía con esperanza. El utopista sueña. El que espera combate realmente sabiendo que por grandes que sean los obstáculos saldrá adelante. El cristiano debe aportar también amor. Con su ejemplo e influencia debe impedir que la revolución se deshumanice; debe despojarla de venganzas, de resentimientos, de ambiciones, de afanes de lucro, de violencia inútil, de injusticia. Debe luchar porque armonicen el bien común y los derechos inalienables de la persona humana.

El gobierno de Frei prometió una revolución pero no supo, quizás no pudo, realizarla sino a medias. Le faltó más contacto con el pueblo, con la juventud, verdadera participación popular.

Toca ahora a la Unidad Popular realizar la

revolución iniciada por la Democracia cristiana. Tarea difícil pero no imposible.

Se ha impuesto como meta un socialismo democrático, pluripartidista, inspirado en un marxismo de nuevo cuño. Si realiza este objetivo mostrará al mundo una experiencia política nueva y original. Pero para lograr esto tendrá que superar la tentación del estatismo rígido y burocrático en que el poder de la propiedad privada se reemplaza por el poder del Estado omnipotente sin permitir que los trabajadores participen efectivamente en la gestión económica y política. Sólo promoviendo la organización y participación de toda la masa trabajadora realizará lo que la Democracia cristiana no logró realizar. Debe evitarse también el simplismo demagógico y el sectarismo. La revolución no puede ser hecha por la mitad del país. Es necesario lograr la colaboración de la gran mayoría. No basta que una revolución se haga para el pueblo; debe hacerse además por el pueblo. Y creemos que esto es factible si se evitan los sectarismos, las inútiles campañas de desprestigio, la amenaza a la prensa libre y responsable. Sólo un inmenso esfuerzo colectivo, una verdadera cruzada en pro de mayor sobriedad y producción, puede sacarnos de nuestro estagnamiento. La tarea es hermosa —se trata nada menos que de rescatar el alma nacional— y todos los chilenos han de abocarse a ella con desinterés, valor, esperanza y alegría.

MENSAJE

"Un renacimiento de idealismo es lo que más falta nos hace. Idealismo que significa desinterés, generosidad, sacrificio, amor... deseo de dar más que de recibir".

"Es injusto condenar al enemigo mientras yo guardo mis egoístas complicidades".

Alberto Hurtado, s. j.

¿Es Chile un país católico?, pp. 98 y 76

CRISIS SOCIAL DEL CAPITALISMO EN CHILE



El advenimiento de la Unidad Popular significa un cambio en el papel de las clases sociales

Kalki Glauser R.

Profesor del CEREN - U. C.
Funcionario del Ministerio de Economía

Del Frente Popular a la Unidad Popular pudiera pensarse que media sólo una sutileza lingüística. Así lo creyeron, en efecto, algunos cuando homologaron sin más la nueva alianza "comunista-socialista-radical" con la vieja unión "radical-socialista-comunista". Pero el año de gobierno que cumple ya el compañero Allende ha sido suficiente para convencer, incluso a los más incrédulos, de que invertir el orden de la enumeración partidaria no obedece al mero juego de una dialéctica de las palabras, sino que responde a un cambio en el rol de las clases sociales y, con ello, en el de su expresión política. Vale decir, la ocurrencia, la idea misma de una tal inversión fraseológica, puede surgir sólo del cambio real operado por la dialéctica histórica.

No se trata aquí, sin embargo, de analizar esa historia, sino más bien de esbozar las tendencias generales que explican el desarrollo social, desde aquella ostensible traición de que la izquierda acusa a González Videla, hasta esta otra supuesta "traición" que la derecha atribuyó a Eduardo Frei, cuando lo llamó el "Kerenski chileno".

El capitalismo dependiente, fragua de la crisis

Pero si hemos de hablar de las transformaciones sociales, se hace imposible no comenzar por el

marco global dentro del cual ellas aparecen: el carácter dependiente del capitalismo chileno. La tarjeta de identificación de esa dependencia consiste, como es sabido, en la obligada necesidad en que se hallan las economías periféricas —tales como la chilena— de importar ciertos bienes que, si bien históricamente pueden cambiar de carácter, conservan siempre la cualidad esencial de no poder ser producidos más que en el centro del sistema capitalista. En esto último, justamente, reside el carácter de centro de aquellos países que, eufemísticamente, se acostumbra a denominar "desarrollados".

Ubicarse en el punto de mira de este nexo de dependencia, que **aparece** bajo forma comercial aunque no sea esa su esencia, es previo a la comprensión de los fenómenos sociales que nos ocupan. En efecto, cualquier perturbación que afecte, de una u otra manera, a ese vínculo, tiene repercusiones trascendentales para la vida interna de los países periféricos. Así ocurre, por ejemplo, en Chile con las guerras de Corea y Vietnam y, en general, con las oscilaciones del precio del cobre en el período que analizamos. Más aún, el inicio mismo del camino recorrido en estos últimos veinte años arranca de una situación que es producto directo de las peripecias del comercio exterior: la bien conocida "sustitución de importaciones", impulsada a fondo a raíz

de la crisis periódica de 1929 - 32 y de la Segunda Guerra Mundial de 1939 - 45.

Pero lo que aquí resulta fundamental, es que sólo a partir de la situación dependiente de Chile se explican algunas características de nuestra burguesía, o mejor dicho, de su núcleo fundamental, en cuyas manos se ha mantenido el poder político y económico. Este núcleo de poder, al que propiamente podríamos llamar "la oligarquía" burguesa chilena, no fue nunca hasta ahora realmente desplazado de su posición de mando, desde sus remotos orígenes coloniales; pero tampoco se mantuvo idéntico a sí mismo a lo largo de la historia nacional. Ha sido justamente la flexibilidad de la oligarquía chilena para integrar en su seno nuevas y nuevas capas capitalistas emergentes, uno de los factores que explican la extraordinaria estabilidad política que ha caracterizado a nuestra "democracia", y que ha permitido que todas las "revoluciones" hayan podido hacerse acá "en libertad"¹. En el bien entendido, claro, de que "libertad quiere decir, en el contexto de la concepción política, el uso de la negociación para la solución de los conflictos de intereses", como tan francamente explicó Eduardo Frei en su Primer Mensaje Presidencial. La única excepción a esta regla de la libre negociación interburguesa, parece haber sido la guerra civil de 1891.

Pero si en 1891 se produjo ruptura en esta práctica de transacciones, ello tuvo sin embargo su contrapartida en la nueva alianza establecida entonces más allá de las fronteras nacionales, entre la oligarquía chilena y el imperialismo, primero inglés, después norteamericano. Y es este el punto que interesa destacar, pues ello condiciona toda la dinámica social en lo transcurrido de este siglo.

En efecto, con la entrega de las salitreras a los ingleses y del cobre a los norteamericanos, ocurrió un cambio fundamental. Hasta entonces, la base interna del vínculo comercial de dependencia, vale decir el sector exportador, estaba directamente bajo el control de sus propietarios chilenos: la burguesía terrateniente y minera. A partir de 1891 en cambio, el enclave minero, definitivamente en manos del capital imperialista, se convirtió prácticamente en el único sector exportador digno de considerarse, y así el vínculo de dependencia cambió radicalmente, originándose una situación de trascendental impor-

tancia para la vida interna del país: de ahora en adelante, la capacidad de importar pasaría fundamentalmente a través de las divisas obtenidas de los tributos a las minas extranjeras, y por tanto, **a través del Estado.**

El Estado entra a desempeñar así, en nuestro siglo, un papel directamente económico, y las luchas políticas adquieren por eso relevancia inmediata para las disputas sociales. Este papel directamente económico y social de la política, facilita además un vehículo sumamente eficiente para la integración de los nuevos sectores burgueses a la oligarquía. Así ocurre, por ejemplo, con el llamado "ascenso de las capas medias" durante los gobiernos radicales y, hasta cierto punto, con los entrelazamientos de los nuevos capitalistas demócratacristianos y las viejas capas burguesas durante el gobierno de Frei. Pero el aspecto que aquí importa es el cambio que se va produciendo desde los años 50 en este vínculo de dependencia que opera vía aparato fiscal y enclave minero.

El proceso de industrialización efectuado durante las décadas de 1930 y 1940, había significado la "sustitución de las importaciones" de bienes de consumo inmediato por los nuevos productos nacionales. Pero no significó, naturalmente, la ruptura de la dependencia, puesto que no hizo sino "sustituir" también las exportaciones de los países del centro a Chile: si antes éstos exportaban bienes de consumo inmediato, ahora exportarían materias primas, maquinaria, equipos, tecnología y bienes de consumo durable que Chile no podía producir y que le resultarían tan indispensables como los que importaba anteriormente².

El desnivel esencial entre las fuerzas productivas del centro y de la periferia siguió manteniéndose, aunque a otro nivel. De allí que la necesidad de divisas, cuya única fuente importante siguió siendo el cobre —puesto que los productos manufacturados nacionales no podrían nunca competir con los de los países "desarrollados" de los cuales su producción dependen—, permaneció como un imperativo esencial para la burguesía chilena.

La capacidad de importar depende en última instancia de las exportaciones, pero el control real sobre éstas no estaba ya en manos de la oligarquía criolla: el fin de la Segunda Guerra Mundial y sobre todo el de la guerra de Corea, así lo muestran. En 1953, el término de la guerra

¹ Sobre este tema puede verse "Negociadores Políticos en Chile" de James Petras, en *Monthly Review*, n.º 70-71, enero-febrero 1970; también "La Democracia en Chile" de Norbert Lechner, Ediciones Signos, 1970.

² Sobre el fracaso de la situación de importaciones como "vía de desarrollo", véase especialmente los trabajos de Theotónio dos Santos.

coreana acumuló un stock de 120.000 toneladas de cobre que no hallaban mercado, la capacidad de importar disminuyó en 27% y las exportaciones en 21%, sumiendo a la industria en una crisis de proporciones, desfinanciando al Fisco y acelerando el proceso inflacionario³. Ante acontecimientos como éste, de poco servían los controles indirectos que podía ejercer la oligarquía nacional a través de los tributos o del régimen cambiario. Más aún, el tipo de cambio discriminatorio, que mantenía el precio del dólar a 19,37 pesos para las exportaciones de cobre y hierro, mientras para otros efectos la equivalencia era de 110 pesos por dólar, tenía el efecto de desalentar la producción de exportación, en manos norteamericanas, más que el de allegar más dólares al Fisco.

La verdad es que, desde el punto de vista de los intereses norteamericanos, de ninguna manera era conveniente que Chile mantuviese los controles sobre las importaciones ni los tipos de cambio diferenciados, que tendían a proteger la industria nacional y que se habían generado a raíz de las crisis de 1929-32 y 1939-45. En efecto, desaparecidas las trabas al comercio exterior impuestas por la guerra mundial, los Estados Unidos redoblaron con mayor ímpetu sus exportaciones de bienes a los países periféricos, situación para la cual las barreras proteccionistas resultaban un molesto obstáculo. De allí que desde el comienzo de sus operaciones en 1947, el Fondo Monetario Internacional se esforzase por obligar a sus países miembros a derribar esas trabas, presionando con la concesión de préstamos que viniesen a disminuir el déficit fiscal, mientras por otro lado el control del sector exportador, en casos como el de Chile, permitía mantener ese déficit. El gobierno de Ibáñez resistió las presiones del Fondo hasta 1953, fecha en que el poderoso argumento de la crisis industrial e inflacionaria lo movió a enviar al Congreso la ley de "Nuevo Trato" al cobre, que eliminó el tipo de cambio discriminatorio y modificó la tributación en forma favorable a las compañías yanquis, al tiempo que estudiaba el término de los controles proteccionistas. Estas medidas sólo se concretaron plenamente, sin embargo, en 1956, tras la venida al país de la misión Klein-Saks. De 1956 en adelante, las puertas de Chile quedaron así abiertas a los productos y capitales norteamericanos, y los oídos del Fondo Monetario Internacional abierto a las peticiones de auxilio financiero de los gobiernos chilenos⁴.



La inversión norteamericana se orientó en estos 20 años a la industria manufacturera

Pero el término de la Segunda Guerra Mundial no sólo significó cambios en aquella situación que había inducido la industrialización acelerada en países como Chile, sino que también modificó el carácter mismo del capitalismo en el centro del sistema⁵.

El nacimiento del llamado "capital corporativo" y el crecimiento de las empresas multinacionales reorientaron las inversiones norteamericanas en el extranjero, cambiando el énfasis desde el sector primario y los servicios productivos a la propia industria manufacturera⁶. Esto se concretó primero en Europa, durante los años de postguerra, pero comenzó a tener validez también para América Latina hacia los años 1950, de manera que ya en 1964, el 67,7% de las inversiones norteamericanas en Brasil correspondía al sector manufacturero, mientras en México, Argentina y Uruguay, los porcentajes eran del 58,7%, 56,3% y 40% respectivamente⁷.

La nueva orientación del imperialismo norteamericano se manifestó en Chile con un cierto retardo respecto de países como Brasil, pero de todos modos adquiere gran fuerza. Así, mientras en 1953 sólo el 3% de la inversión directa yanqui correspondía al sector manufacturero, ese porcentaje había subido a 7,8% en 1964 y a 14% en 1968, correspondiendo a este sector el 41,1% del total de nuevas in-

³ Fernando Mires, "La experiencia del ibañismo", en *Punto Final* n.º 127, marzo 1971.

⁴ Sobre este tema, consúltese "La intervención del Fondo Monetario Internacional en la formulación de la Política Económica de Chile" de Gerardo Fujii, en *Economía y Administración* n.º 15, 1971.

⁵ Véase el "Capital Monopólico", de Baran y Sweezy.

⁶ La reorientación del flujo de capitales norteamericanos es analizada por Roberto Pizarro y Orlando Caputo en *Imperialismo, Dependencia y Relaciones Económicas Internacionales*, CESO, 1969.

⁷ Theotonio dos Santos, *El Nuevo Carácter de la Dependencia*, CESO, 1968.

versiones norteamericanas directas desde 1959 a 1969⁸. Si a esto se suman los préstamos, las licencias y patentes y otros mecanismos indirectos, se tendrá un cuadro que poco a poco va llevando al control por parte del centro imperialista no sólo ya del enclave minero exportador, el cual consiguientemente pierde importancia, sino del corazón mismo de la industria manufacturera. Según el ministro Pedro Vuskovic, en un informe rendido en 1970, ya en 1968 el capital extranjero controlaba el 17% del capital pagado de todo el sector industrial. "Consideradas las 160 principales sociedades anónimas industriales, más de la mitad resulta tener participación extranjera en tanto que en 1966 era de 37% consideradas las 142 principales"; en 40 de ellas esa participación supera el 30%, proporción que puede considerarse suficiente para controlar efectivamente la empresa". Además, esta "participación extranjera se extiende a las empresas principales o claves dentro de cada rama de actividad industrial". Agréguese a todo lo anterior las empresas de armaduría y fabricación automotriz, la participación extranjera en bancos y otras instituciones financieras, el control de importantes empresas distribuidoras⁹, y se llegará a la conclusión de que, al igual que en otros países latinoamericanos, "el nuevo carácter de la dependencia" se ha hecho presente en Chile en toda su realidad.

Pero, ¿en qué consiste este nuevo carácter que se va gestando a lo largo de los últimos veinte años? Esencialmente en que ya no es la minería el único punto de control interno por parte del imperialismo; más aún, que ese punto puede dejar de controlarse directamente, siendo lo esencial ahora, cada vez más, el nuevo control que se ejerce sobre la industria manufacturera. A esto se orienta la política de la Alianza para el Progreso desde 1961 y es por ello que la burguesía norteamericana acepta formar sociedades mixtas cupreras con el Estado chileno en 1965, e incluso la "nacionalización pactada" en 1969, preparando así el camino para un traslado de capitales hacia la industria manufacturera. Al "chilenizar" el cobre, el gobierno de Frei no se salió pues de los marcos de la alianza entre la oligarquía nacional y el capital imperialista.

Los efectos que toda esta transformación del vínculo de dependencia tiene sobre la sociedad chilena son múltiples. De uno u otro modo, tal transformación condiciona todos los aspectos del cambio social, y por eso puede decirse que la evolución hacia la nueva dependencia es el marco general en que se incuban todas las tensiones sociales que han de hacerse críticas a lo largo del período que ana-

lizamos. El punto esencial puede resumirse en un sólo hecho: la continuación del proceso de industrialización se hace imposible si no es sobre la base de la participación directa del capital foráneo. Y por dos motivos: internamente, porque la llamada "sustitución fácil" de los años 30 y 40 ha terminado, y se requiere ahora volúmenes de inversión apreciables para continuar, e incluso para mantener el proceso; externamente, porque el centro imperialista ha cambiado de carácter y busca la expansión de sus empresas multinacionales por todo el orbe, es decir, porque el centro se descentraliza. Sin embargo, el peso de estos dos motivos no es el mismo, ya que el primero, el interno, es sólo una consecuencia del estado por el que el imperialismo atravesaba antes de la guerra y la barrera esencial a la industrialización puramente "nacional" la impone justamente el carácter periférico de la economía capitalista chilena¹⁰.

Dos hechos resultan claros de lo recién dicho. Primero, no es sólo la economía chilena la que se extranjeriza, sino que es además la burguesía, o al menos su núcleo oligárquico, quien se desnacionaliza¹¹. Segundo, el crecimiento industrial de estas dos décadas se hace en lo esencial importando bienes de capital que son cada vez más modernos, diseñados para las economías centrales y no para la periferia, lo que significa, en otras palabras, que se constituye una especie de enclave tecnológico en la propia industria.

El primer hecho nos señala una característica fundamental que adquiere la clase empresarial oligárquica, y que es ahora no sólo su carácter de "burguesía genérica" como se la ha llamado, que incluye en su seno tanto aspectos agrarios como industriales, comerciales o financieros, sino además su carácter de "burguesía internacionalizada" y dependiente, que aglutina en un sólo conglomerado los intereses dominantes del imperialismo y los intereses subordinados, e inseparables de los anteriores, de esta oligarquía que no es ya nacional y que, precisamente por eso, busca quizá calmar su conciencia abusadora bajo la bandera de un supuesto "nacionalismo".

¹⁰ Las causas del estrangulamiento de la industrialización dependiente son explicadas con profundidad por Franz Hinkelammert en "La teoría clásica del imperialismo, el subdesarrollo y la acumulación socialista", Cuaderno de la Realidad Nacional n° 4, CEREN, junio 1970.

¹¹ El carácter "genérico" y "dependiente" de la burguesía monopólica chilena es estudiado entre otros por Víctor Brodersohn, Consideraciones sobre el carácter dependiente de la burguesía industrial chilena, CESO, 1970 y por André Gunder Frank, Lumpen burguesía: lumpen desarrollo, PLA, 1970.

⁸ Robinson Rojas, Yanquis invaden la Industria, en Causa Marxista-Leninista n° 9, junio 1969.

⁹ Pedro Vuskovic, Informe al Encuentro de Profesionales y Técnicos de la Unidad Popular.

La industrialización, motor de la crisis

La sustitución de importaciones bajo el amparo estatal había hecho crecer la industria manufacturera entre 1941 y 1946 al ritmo no superado de 11% anual; pero el término de la guerra interimperialista, el agotamiento de la sustitución en los rubros "fáciles" (alimentos, vestuario, calzado, muebles) y el copiamiento del reducido mercado interno con la consolidación de algunas empresas grandes (textiles, por ej.), habían hecho decrecer esa tasa a 1,8% entre 1946 y 1951¹². La guerra de Corea y la entrada en funciones de Huachipato en 1950 permitieron una recuperación pasajera que terminó abruptamente en 1953, con la crisis antes mencionada.

Desde 1956, la industrialización tiene que seguir los caminos ya señalados del permanente recurso al capital extranjero, y sólo a través de ese mecanismo logra recuperar tasas de crecimiento altas en algunos períodos, como el de 1962 - 1966 (llega a 9,5% anual este último año), para caer abruptamente a 1,3% en 1967¹³ y no levantarse desde entonces, encauzando así la crisis general hacia su culminación.

Pero no es nuestro propósito analizar los ritmos del desarrollo ni el cambio del perfil de la industria, sino mostrar cómo son precisamente las características de su crecimiento las que determinan la configuración que van adoptando las clases y demás grupos sociales en estos veinte años, así como sus conflictos de intereses.

1. Dicotomización de la burguesía urbana

Lo primero que salta a la vista es el aspecto que asume la burguesía urbana misma. Su sector industrial se estructura desde un comienzo en forma concentrada, en torno a unas pocas empresas principales que ejercen el dominio en cada rama de la producción. Esto no es una casualidad, sino que se debe precisamente al carácter dependiente del capitalismo chileno, que hace que sólo los sectores sociales con un gran poder económico previo sean los que estén en condiciones de importar los bienes de capital que las instalaciones industriales requieren, siendo también esa una de las razones por las



La industria electrónica acoge a los nuevos capitalistas

cuales la "nueva burguesía industrial" no puede dejar de nacer a partir de, o hacia, la vieja oligarquía comercial-financiero-agrario-minera. De allí también la necesidad de recurrir al Estado. Así pues, "un país que realiza su proceso de industrialización en las condiciones históricas del nuestro, adquiere desde el inicio las características de un desarrollo concentrado, sin perjuicio de que este rasgo se acentúe aún más posteriormente. Dicho de otro modo, su manera específica de desarrollarse sería bajo la forma de esta estructura oligárquica y monopólica"¹⁴. Así lo demuestran en efecto los estudios hechos sobre concentración industrial, que indican cómo la concentración se acentúa ya desde 1937 en todas las ramas industriales¹⁵. Trabajos más recientes muestran que este proceso, lejos de haberse atenuado, se ha acentuado, constituyendo a un único "supergrupo" que une a todos los clanes económicos entre sí, en el amo y señor de la economía chilena. Este "supergrupo" no es otro, naturalmente, que el nú-

¹² "El Desarrollo Industrial de Chile", informe presentado por el Gobierno de Chile al Simposio Latinoamericano de Industrialización, marzo 1966.

¹³ Fernando Mires, "El Gobierno Mercenario DC", en *Punto Final* nº 135, julio 1971.

¹⁴ Alberto Martínez y Sergio Aranda, "Estructura Económica: Algunas Características Fundamentales", en *Chile Hoy*, Siglo XXI, 1971.

¹⁵ Véase *La Industria en Chile: Antecedentes Estructurales* de Ricardo Lagos Escobar, 1966, y *La Concentración del Poder Económico*, 1961, del mismo autor.

cleo oligárquico de nuestra burguesía, cuyo entrelazamiento al capital foráneo ya se ha indicado¹⁶.

El que dentro de la burguesía destaque un centro dominante, que es el que se ha dado en llamar "burguesía monopólica", no impide, claro está, que pueda existir cierta "movilidad social" en el interior de la clase capitalista. Así pues, no han dejado de ocurrir ciertos cambios en el seno de este núcleo oligárquico, aun descontando los relativos a las relaciones con su fracción agraria, que serán objeto de atención posterior. Tal ha sido el caso, por ej., con el grupo que ha conquistado posiciones desde 1965 en el Banco Hipotecario, Copec, Fensa, Mademsa, Electrometalúrgica, Crav, Sudamericana de Vapores, etc., integrándose así al "supergrupo" dominante¹⁷. Otro ejemplo es el grupo surgido en torno a las actividades constructoras, cuyo auge desde la década de 1950 permitió enriquecerse a algunos conocidos personajes agrupados en la entonces recientemente formada Cámara Chilena de la Construcción, maniobrando a través de las constructoras de viviendas EMPART y el famoso DFL 2, o, posteriormente, mediante las Asociaciones de Ahorro y Préstamo¹⁸. Podría mencionarse también el caso de las armaduras de automóviles (Nun, Avayú, etc.) o de la industria electrónica y eléctrica. Pero lo dicho basta para ilustrar el hecho de que la concentración del poder económico en un sector privilegiado de la burguesía no es incompatible con la integración a ese sector de nuevas capas capitalistas, ni tampoco con la decadencia de algunos sectores anticuados. Factor importantísimo de esta movilidad social intraoligárquica ha sido, naturalmente, el Estado y las negociaciones políticas. El "régimen democrático" chileno se ha demostrado allí en todas sus potencialidades.

Pero el carácter concentrador y monopolizante de la industrialización chilena no es obstáculo para que puedan subsistir, paralelamente al núcleo capitalista oligárquico, otros sectores burgueses y pequeño-burgueses subordinados, sin el poder de aquél e incluso en contradicción con el mismo; ni cierra tampoco totalmente las posibilidades de que puedan desarrollarse nuevos empresarios pequeños y medianos en algunas ramas industriales. En efecto, "se puede comprender que cuando se produce una expansión más o menos acelerada de una rama, por cualquier razón que sea (facilidades especiales de importación de equipos y materias primas, créditos abundantes, protección elevada, etc.), pueda producirse en ella un movimiento diferente" al de la mera concentración. "Si se trata de las ramas mecánicas, u otras en las cuales las operaciones par-

ciales pueden ser muy subdivididas y que, además, requieren una importante red de servicios de reparación, entonces es posible que se produzca un crecimiento importante de la empresa pequeña y media... Un fenómeno como éste parece haberse producido entre 1962 - 1967"¹⁹.

El desarrollo industrial de las dos últimas décadas ha significado, pues, una evolución de la burguesía "genérica" y "desnacionalizada" que entrelaza sus intereses a lo largo y a lo ancho de toda la economía chilena; por otro lado, la precaria subsistencia de una pequeño-burguesía artesanal y de capitalistas pequeños y medianos "satelizados"²⁰ por la oligarquía; grupos que pueden ver incrementadas sus filas y sus negocios en ciertos ramos y en ciertos períodos, pero que se hallan sometidos sin remedio a la dependencia con respecto al núcleo monopólico, y a los ritmos de su crecimiento.

La proletarización de los sectores más pobres de la pequeño-burguesía artesanal (en actividades como la fabricación y reparación de calzado, sastrería, etc.) y la aparición de otros más acomodados en esferas complementarias a la gran empresa (mantención de vehículos, bombas bencineras, etc.), impulsadas ambas por el desarrollo de la industria "moderna", generan situaciones que actúan tanto hacia el refuerzo como hacia el debilitamiento de las posiciones del proletariado en la lucha de clases.

Pero la contradicción más importante que el movimiento industrial origina en el seno de la burguesía reside en el estancamiento agudo al que puede llegar en ciertos períodos la industria pequeña y mediana, cuyos empresarios, sin acceso fácil al crédito, discriminados tributariamente y dependientes de los vaivenes de la expansión del sector moderno, pueden encontrarse a veces en un frontal choque de intereses con los grandes empresarios. Este justamente parece ser el caso desde 1967 cuando el estrangulamiento general ha afectado principalmente a ciertas industrias pequeñas, a la par del desarrollo acelerado de algunos rubros privilegiados (automotriz, papel y celulosa, petroquímica, etc.). No debe sin embargo exagerarse la importancia de estas contradicciones, pues ellas no crean por sí mismas condiciones de "alianza" entre los pequeños industriales y el proletariado. Muy por el contrario, las tensiones capitalistas-trabajadores son más agudas aún en

¹⁶ Puede consultarse el trabajo de Oscar Guillermo Garretón y Jaime Cisternas, *Algunas características del proceso de toma de decisiones en la gran empresa: la dinámica de concentración*, ODEPLAN-C. G. I., marzo 1970.

¹⁷ Ver el informe de Pedro Vuskovic, ya mencionado.

¹⁸ Una breve reseña de este proceso es dada por Pedro Urdemales en *¿Quién ganará la elección?*, Ediciones Desafío, 1970.

¹⁹ A. Martínez y S. Aranda, obra ya citada.

²⁰ André Gunder Frank, "Chile: el Desarrollo del Subdesarrollo", *Monthly Review*, enero-febrero 1968.

la pequeña que en la gran empresa. La viabilidad de una política de alianza como la planteada por la UP, que tiene bases objetivas en lo antes indicado, depende pues fundamentalmente de las condiciones que sean capaces de crear el Gobierno Popular y los obreros del área de propiedad privada, y no del movimiento espontáneo de las contradicciones interburguesas. Ese movimiento espontáneo tiende a conducir, en cambio, más bien a la entrega definitiva de toda la burguesía al capital multinacional. Piénsese, si no, en la forma en que votaron los empresarios pequeños (en su mayoría) en las elecciones presidenciales de 1970.

Así pues, el desarrollo de la industrialización dependiente nos muestra una situación en que uno de los polos críticos del enfrentamiento social, la burguesía, aparece con fuertes tensiones internas, pero encauzado por la dinámica espontánea del capitalismo hacia una salida única: la sumisión cada vez más abierta al capital imperialista y la desnacionalización total. La posibilidad de que los sectores más avasallados de la clase empresarial puedan optar por otro rumbo, como el que está implícito en el programa de la UP, no estriba pues en la dinámica capitalista, sino precisamente en la ruptura de ella, y es posterior entonces a la llegada al Gobierno de fuerzas del proletariado. Esta es justamente la forma en que se han venido desarrollando los hechos.

2. La explosión de la marginalidad

Pero el tipo de industrialización dependiente que caracteriza al capitalismo chileno, no sólo afecta la estructura de su burguesía, sino que tiene también otros efectos no menos importantes, como son los que derivan del transplante de tecnologías avanzadas a países como el nuestro. El primero de esos efectos es, naturalmente, la alta densidad de capital con que operan las empresas del sector dominante de la burguesía. Como es sabido, mientras más modernos son los medios de producción que se usan, menor es la cantidad de mano de obra que se requiere para trabajarlos. De allí que la importación de maquinaria y equipos diseñados para los países centrales, y orientados a ahorrar mano de obra, tenga el efecto de crear en Chile una zona de industria "moderna" de alta productividad y poca utilización de fuerza de trabajo, que es a la vez la única que se desarrolla con velocidad, al impulso del capital extranjero. Pero esto implica que un incremento de-

terminado en el producto industrial no va acompañado de un incremento similar en la ocupación de trabajadores, sino de uno bastante menor.

Y es así como, paradójicamente, al tiempo que la participación de la industria manufacturera en el producto geográfico se ha elevado del 21,4% en 1950-54 al 25,7% en 1968²¹, mientras el agro y la minería bajaron, el porcentaje de la población ocupada empleado por la industria ha descendido de 19,7% en 1952 a 16,4% en 1970²². Si a esto se agrega la disminución de la población ocupada en el agro, de 31,2% a 21,9% en el mismo período, y la disminución también de la empleada en la minería del 4,9% al 3,0%²³, puede colegirse fácilmente que el tipo de industrialización por "enclave tecnológico" frente al cual nos encontramos ha generado un apreciable volumen de **desocupación**, clave explicativa del fenómeno que se ha denominado "marginalidad".

¿A dónde va en efecto esta masa que no encuentra ocupación en la industria?: en ciclos periódicos a la construcción, cuyo punto más alto de ocupación parece haber ocurrido durante el gobierno de Alessandri (cerca del 7,5%), pero fundamentalmente al comercio, que crece del 8,5% al 12% entre 1960 y 1970, y al sector **servicios**, que es el que ofrece un incremento más espectacular: 23% en 1952, 24% en 1960, 33% en 1970²⁴.

Sin considerar, pues, las variaciones de la cesantía ni de los que buscan trabajo por primera vez (la desocupación en el gran Santiago fue de 8% en marzo de 1960, 4,3% en septiembre de 1962 y 7% en junio de 1970²⁵, es decir, oscila sin tendencias constantes de largo plazo), tenemos entonces que la evolución de los sectores productivos chilenos genera un enorme contingente de trabajadores que son desplazados de la producción y que se ven obligados a una subocupación o desocupación disfrazada en el pequeño comercio detallista o en "servicios personales" no calificados, tales como enceradores, lavanderas, gasfiteros y otros "maestros" como se acostumbra a llamarlos, originando así una "inflación" acelerada del sector terciario.

En cuanto a la construcción, sus ciclos de expansión y depresión parecen hasta cierto punto alternarse con los de la industria manufacturera, precisamente porque la inversión en capital fijo se vuelca a la edificación en los períodos en que no se importa maquinaria. De allí que la mayor parte de los cesantes provenga justamente de la construcción, y que se cree una situación muy especial de inestabilidad en el empleo para este sector del proletariado.

²¹ La primera cifra proviene del informe "El Desarrollo Industrial de Chile", antes mencionado, y está calculada en base a las "Cuentas Nacionales, 1964", de CORFO. La segunda cifra es de las "Cuentas Nacionales de Chile", de ODEPLAN.

²² La primera cifra proviene del informe al Simposio Latinoamericano de Industrialización ya citado, y se calculó en base al Censo de Población. La segunda cifra fue calculada por el autor de este artículo en base a la "Muestra de adelanto de Cifras Censales" del Censo de 1970, elaborada por el Instituto Nacional de Estadísticas. Se trata en ambos casos de la población efectivamente ocupada, y no de la activa.

²³ Estas cifras tienen, respectivamente, las mismas fuentes recién explicadas.

²⁴ Los porcentajes tienen las mismas fuentes ya indicadas. El sector "servicios" incluye aquí tanto los "servicios personales" como los "servicios gubernamentales" y "otros no bien especificados"; pero los gubernamentales no pasan en ningún caso del 25% de las cifras señaladas.

²⁵ *Panorama Económico*, n.º 260, marzo de 1971.



Las "poblaciones callampas": allí vive la gran masa de los desocupados.

Aunque no es posible confundir la marginalidad económica aquí reseñada con la marginalidad habitacional de las "poblaciones callampas", "conventillos", "cités", "campamentos" y demás barrios pobres de Santiago y otras ciudades, no es menos cierto que alguna relación existe entre ambos fenómenos, pues los sectores marginados de la economía (rechazados por la industria, la minería y el agro) son también los que disponen de más bajos ingresos, menos posibilidades para pagar arriendos aún medianos, y mayor disposición psicológica a la marginalidad también social. De allí que, conjuntamente con los obreros de más bajo nivel de vida de la industria, sean los marginados económicos los que componen también buena parte de las poblaciones de los alrededores de Santiago.

Estudios hechos acerca de algunas poblaciones santiaguinas, cuyo crecimiento y proliferación es ostensible en las últimas décadas (aunque ya antes existía), muestran en efecto que, en el caso de las "callampas", el 44% de su población ocupada pertenece al sector terciario, con trabajos tales como cocineros, mozos, lavanderas, minicomerciantes detallistas, empleadas domésticas, etc. El 13,9% corresponde a obreros de la construcción, y el 39,2% a obreros —y, sobre todo, obreras— del calzado y vestuario, así como a carpinteros, maestros y otros artesanos. Además, los que no tienen ocupación constituyen un porcentaje apreciable y bastante mayor que en el resto de Santiago²⁶.

La importancia numérica de este subproducto del desarrollo del capitalismo dependiente ha atraído sobre él la atención de los que ven en "la píldora" y las teorías neomalthusianas la solución definitiva a esta "explosión demográfica". No corresponde entrar aquí a un análisis de los efectos que el desarrollo social ha ejercido sobre la familia en los últimos años, pero es sabido que si bien la industrialización no ha podido significar en Chile una incorporación masiva de la mujer al trabajo fabril (precisamente por las causas generales ya indicadas), la marginalidad social sí crea condiciones que alteran substancialmente la estructura familiar, al tiempo que favorecen su crecimiento numérico. Los anticonceptivos, a cuya propagación en Chile se ha atribuido el que las cifras del último censo hayan sido apreciablemente menores que las esperadas, podrán tener efectos positivos en múltiples aspectos, pero resulta absurdo buscar "solución" en ellos para un problema que deriva de las relaciones capitalistas de producción vigentes.

No han sido sin embargo sólo los neomalthusianos los que se han interesado por la marginalidad urbana. También lo han hecho DESAL y, como es sabido, el Padre Veke-mans. Y ha sido sobre esos cimientos que el gobierno de Frei pudo levantar el edificio de su "Promoción Popular" y lanzar la iniciativa de la legislación sobre juntas de vecinos, centros de madres y otras organizaciones comunitarias. La explosión de la organización de los "pobladores" resulta así un fenómeno típico e importante del desarrollo social chileno de los años 60. Según se dice, desde 1964 a 1970 se formaron cerca de 20.000 organizaciones poblacionales (3.487 juntas de vecinos, 6.072 centros de madres, etc.), y se repartieron unas 70.000 máquinas de coser, además de televisores y otros bienes "durables" entre los moradores de los barrios marginales²⁷.

La política demócratacristiana de impulsar la organización "vecinal" antes que la organización sin-

²⁶ Datos tomados de Olga Mercado Villar, *Diagnóstico Económico de las poblaciones marginales del Gran Santiago*, DESAL, 1967.

²⁷ Los datos son del Gobierno de Frei según Manuel Cabieses: "El retorno a la lucha de clases", *Punto Final* n.º 106, junio de 1970.

dical urbana* no se sale, sin duda, de los marcos de la ideología dominante, ni contradice los intereses fundamentales de la clase que la sustenta. Se trata de un tipo de organización que agrupa a la gente en torno a sus problemas habitacionales y, en último término, de postergación social, más que en torno a sus intereses de clase. A la vez, se dirige hacia el numeroso contingente de las "dueñas de casa", la pequeño-burguesía y los marginados, que son justamente los más susceptibles de reunirse en base al lugar de residencia, justamente por no participar en la producción capitalista o trabajar en su propio hogar. La forma paternalista en que esa política vecinal fue orientada, y las expectativas de consumo "moderno" (televisores y otros) que creaba, tendían a generar la ilusión, pero sólo la ilusión, de una incorporación también de estos sectores al mercado privilegiado de los bienes de consumo "duradero", propios de los países "desarrollados", propagando así de hecho una ideología colaboracionista y sumisa a la expansión de la empresa multinacional y al dominio de la burguesía oligárquica. Demás está decir que esa ideología choca rudamente con la realidad inmediata de la marginalidad urbana y tarde o temprano frustra esas expectativas, haciendo de estos sectores una fuerza social que poco a poco se va dibujando y orientando hacia actitudes revolucionarias. Eso es justamente lo que comenzó a ocurrir en los últimos años de la administración Frei, cuando las apacibles juntas de vecinos y los pacíficos centros de madres comenzaron a transformarse, dando paso a los "campamentos" de tinte especial, los movimientos de "sin casas" y cesantes, y la multiplicación de las "tomas" de terrenos y viviendas, que hoy nos parecen tan familiares. Así, pues, la semilla reformista sembrada por la DC dio frutos revolucionarios, cosechados por otros grupos políticos, especialmente el MIR y similares, y la crisis social chilena encontró en su escenario a un nuevo protagonista.

3. Los que tienen acceso al consumo

Pero la alta intensidad de capital que requiere la industria "transplantada" desde los países del centro, no sólo genera marginalidad económico-ocupacional, sino además acarrea necesariamente una distribución regresiva del ingreso, precisamente por

la abundante oferta de mano de obra. Así, la proporción correspondiente a sueldos y salarios bajó desde 46,7% en 1950, a 36,5% en 1968 con respecto al ingreso total generado por la industria manufacturera²⁸, cifras que encubren una realidad más extrema aún, puesto que en ese porcentaje se incluyen sueldos de directores, gerentes y otros altos funcionarios empresariales. Esta distribución regresiva del ingreso en el sector más dinámico de la producción nacional tiene como consecuencia el que la demanda para los productos de la industria surja principalmente de los sectores de ingresos más altos, lo que orienta el desarrollo de aquella precisamente hacia la producción de bienes que son de consumo relativamente suntuario, como se ha mostrado con elocuencia últimamente²⁹. La única compensación a esta tendencia es el mercado creado por el aparato estatal, pero éste no es independiente del otro fenómeno, puesto que los ingresos del fisco provienen justamente de la plusvalía capitalista, a través de los impuestos a la industria y, especialmente, a la minería. El Estado, en su función propiamente política, no es sino un servicio prestado colectivamente a toda la clase dominante; al menos lo es en situaciones normales, en que su poder no se halla repartido, como sucede en la actualidad, o en que, dicho en otras palabras, no está claro si hay una sola clase que sea ostensiblemente dominante.

Lo que aquí interesa, empero, es que este mercado reducido al cual se dirige la zona "moderna" de la industria de bienes de consumo chilena, está pues constituido esencialmente por la burguesía pequeña y mediana, la pequeño-burguesía acomodada y algunos sectores asalariados de ingresos medios, como son los funcionarios del Estado y la capa superior de los trabajadores de la industria³⁰. Todos estos sectores que han sido mal llamados "capas medias", y que no tienen otra característica común que su nivel "intermedio" de ingresos, son empero, por esta característica de constituir el mercado para un tipo de bienes que crea la imagen de una aparente incorporación al mundo "desarrollado" de las grandes metrópolis, una zona social fácilmente penetrable por una ideología de modernización extranjerizante y de docilidad a los designios de la burguesía monopólica. A la vez, estos sectores pueden ser inducidos con relativa facilidad a creer en la expectativa de un ascenso social dentro de la estrati-

* (N. de la Red.) De los sindicatos agrícolas en el período del Gobierno de Frei se habla más abajo.

²⁸ Aranda y Martínez, obra citada.

²⁹ Idem.

ficación existente, y todo su modo de vida se con-
fabula para dificultar la toma de conciencia acerca
de su verdadera posición de clase. De allí que pue-
da llamárselos, propiamente, un "colchón social" de
las fricciones entre la burguesía y el proletariado.
Pero justamente por eso, pueden generarse en su
interior movimientos dispares que favorezcan ya a
una, ya a otra clase.

Está primero el caso de la llamada burocracia civil, o
sea, de los funcionarios de la administración pública. Como
se dijo anteriormente, el Estado juega en Chile un rol
central, que trasciende ampliamente su mero carácter po-
lítico. La multiplicidad de sus funciones ha hecho de él
un personaje omnipotente que aparece en las más varia-
das actividades, y que agiganta ininterrumpidamente su
porte, absorbiendo así de paso parte de la población activa
desplazada por las minas, las fábricas o los fundos. Con-
secuentemente con ello, los servicios públicos se multipli-
can sin cesar. Es así como, desde el gobierno de Ibáñez a
esta fecha, han aparecido servicios como el Ministerio
de Minería, el Ministerio del Trabajo y Previsión Social,
el Ministerio de Salud Pública, la Superintendencia de Edu-
cación Pública, la Junta de Adelanto de Arica, la ENAMI,
CORA, CORHABIT, CORMU, ODEPLAN y tantas otras
siglas hoy día bastante conocidas. No es necesario enu-
merarlas todas; baste decir que de 68.225 personas que tra-
bajaban en el sector centralizado del Estado en 1949, se
pasó a 118.723 en 1967³¹. Las particulares condiciones ins-
titucionales de cada servicio, las pugnas internas, la he-
terogeneidad de la composición política, originada estrato
tras estrato a lo largo de sucesivas administraciones, dan su
sello propio y peculiar a este sector social. Es en él donde
se libra día a día, durante estos veinte años, la batalla
entre la política de las viejas capas conservadoras de la
oligarquía y aquella de los nuevos ricos que se integran a
ella portando emblemas reformistas. Pero, sobre todo, es
éste un sector asalariado, y es a través de ese hecho, de las
"conquistas salariales", de los combates del "escalafón" y
de la inamovilidad funcionaria, que se encauzan las lu-
chas sociales de los funcionarios. Y es así como en ciertas
circunstancias se convierten también en elementos comba-
tivos, y salen a las calles a proclamar su protesta. Más aún
cuando, como efectivamente ocurre, han logrado organi-
zarse gremialmente, incluso en ausencia de una legislación
al respecto, de manera tan eficiente que sus asociaciones y
agrupaciones, de las cuales la principal es la ANEF, abar-
caban 216.150 personas en 1966, cubriendo así el 91,5% del
total de trabajadores del Estado³².

Pero ha sido en otros sectores de este grupo de
ingresos intermedios donde los últimos 20 años han

³⁰ Para una caracterización de estos distintos sectores, así como de
las clases sociales chilenas en general, véase *El carácter de la Re-
volución Chilena*, editado por la Secretaría Nacional de Educación
Política del MAPU.

³¹ Un análisis detallado de la evolución de la administración pública
se halla en *Diagnóstico de la Burocracia Chilena (1818-1969)*, de
Germán Urzúa y Anamaria García, Editorial Jurídica de Chile,
1971.

³² Dato tomado de Clotario Blest, "La Clase Obrera Chilena", Su-
plemento a la edición n.º 23 de *Punto Final*, febrero de 1967.



El "proletariado profesional" surge de la necesidad de
personal calificado en las empresas

traído modificaciones más importantes. En primer
término, están las consecuencias del cambio experi-
mentado en el proceso mismo de trabajo del sector
moderno de la industria, cambio que es como un
eco del ocurrido en los países del centro, aunque
por cierto un eco bastante reducido y apagado. Se
trata, en esencia, de que la nueva industria no sólo
requiere de poco personal en comparación al capital
constante que usa, sino que además necesita de un
tipo de personal **calificado**. La tecnología moderna
supone el empleo de ciertos conocimientos y habili-
dades de los cuales no dispone cualquier fuerza de
trabajo. De allí que, por una parte, el porcentaje de
obreros calificados haya aumentado con respecto al
total en el sector moderno, y por otra parte, que en
algunas empresas se haya ido necesitando una ma-
sa apreciable de técnicos e ingenieros de nivel uni-
versitario. Esto último ha provocado, en los últimos
años, la proletarización de vastos sectores de profe-
sionales, que antes habrían pertenecido sin más a
ese sector de la pequeño-burguesía integrado por las
"profesiones liberales", pero que ahora dan origen
a lo que podría denominarse un "proletariado profe-
sional". Piénsese por ej. en el común del personal
de técnicos e ingenieros que trabajan como emplea-
dos corrientes (no como jefes ni gerentes) en
ENDESA, Chilectra, ENAP, CAP y otras industrias,

y se comprobará que estos empleados con título universitario no tienen nada en común con los que ejercen profesiones liberales, sino que simplemente venden su fuerza de trabajo por un salario, creando plusvalía como cualquier otro proletario, a pesar de sus altos ingresos. De allí que los títulos profesionales mismos, y hasta los colegios, hayan perdido importancia para ellos, mientras la ha adquirido la organización sindical.

Por otro lado, esta misma situación señalada ha inducido dos fenómenos paralelos: el desarrollo del sistema educacional, del cual no es mal exponente la reforma operada bajo el gobierno de Frei, y el cambio en la situación social del estudiantado universitario. Respecto a lo primero, su importancia social*, a más del incremento numérico del alumnado secundario, reside en la proletarianización también de los profesores, que ya no sólo comparten con otros sectores el carácter de asalariados del Estado, sino que además participan en la producción de la fuerza de trabajo calificada y colaboran pues, indirectamente, a la creación de plusvalía. En lo que al estudiantado universitario se refiere, por otra parte, éste ya no tiene ante sí la perspectiva halagüeña y única de integrarse, a su egreso, a la pequeño-burguesía o incluso a la clase capitalista, ya que ello depende casi por entero del poder económico de sus padres: es así como en el caso de los hijos de familias que no pertenecen ellas mismas a la clase empresarial, la perspectiva es más bien la de pasar a integrar el nuevo "proletariado profesional", dejando por eso la Universidad de funcionar como puente para la movilidad social interclase. Este terreno fértil, unido a la semilla ideológica sembrada por las ideas revolucionarias y reformistas, producto estas últimas del desarrollo de la organización política del proletariado así como del progreso de otros sectores en especial la Iglesia, hacen que el estudiantado universitario vaya adoptando, a lo largo de estos dos decenios, una visión cada vez más crítica, transformándose en una verdadera fuerza social, que entra en escena con ímpetu en 1967, coincidiendo con el nuevo énfasis que adquiere la desnacionalización de la industria y el desarrollo del sector "moderno", a la par del estancamiento general. La irrupción combativa del estudiantado universitario no se limitó, claro, a la Reforma Universitaria, sino que se orientó también hacia el apoyo de las luchas obreras, convirtiéndose así el estudiantado en otro elemento dinámico de la crisis social en curso, y moviendo, a partir de él, algunas nuevas organizaciones revolucionarias.

4. El sentido político de las luchas del proletariado urbano

El producto más genuino de la industria moderna es, naturalmente, la clase obrera. En Chile, el proletariado había comenzado a cobrar persona-

lidad de clase en las luchas contra la burguesía minera, tanto nacional como imperialista, y en el bullir de los puertos nortinos. Con el desarrollo de la industria manufacturera a lo largo de este siglo, fue ganando más y más peso la participación de los obreros fabriles de las grandes ciudades, y en las décadas que nos interesan, son éstos principalmente los que forman el grueso de la clase. El desarrollo experimentado desde los años 50 no se refiere, empero, al aspecto cuantitativo, como puede inferirse de lo ya dicho acerca de las rutas que siguen la industrialización. Se refiere en cambio a la organización social y a la conciencia política del proletariado.

Según don Clotario Blest, el número de trabajadores privados organizados pasó de 332.714 que había en 1945, a 240.163 en 1950, 305.195 en 1955, 232.417 en 1960 y 262.244 en 1964³³. Las disminuciones de 1950 y 1960 podrían explicarse tanto por las políticas represivas de los gobiernos, como por el estancamiento industrial de esos años. Durante el gobierno de Frei, el número de sindicatos y afiliados subió considerablemente, lo cual no implica un cambio respecto a la política represiva ni al estancamiento industrial, que se manifestaron con elocuencia desde 1967. En cuanto a los sindicatos obreros, había 1.362, con 200.640 socios en el año 1969 y 2.637, con 310.000 socios en el año 1970, lo que revela una velocidad bastante grande de incremento. Por otra parte, según la misma fuente, del total de sindicatos, 1971 corresponderían en el año 1970 a la industria manufacturera, con un total de 186.104 afiliados, y 229 a la minería, con 60.966 afiliados³⁴. En 1969, por otra parte, el 36% de los trabajadores de la industria manufacturera habría estado sindicalizado, lo mismo que el 9,7% de los del transporte y comunicaciones, y el 9,9% de los del comercio³⁵.

No vamos a discutir sobre la validez de estos datos. En realidad, existe considerable diferencia con los entregados por otros autores, y si nos hemos referido a ellos es más bien por la autoridad de quien los avala³⁶; pero parece indiscutible que: primero, la variación del número de sindicatos no es significativa, salvo en los últimos seis años y, segundo, el mayor número de ellos corresponde a los trabajadores fabriles.

³³ Las primeras cifras corresponden al artículo ya citado "La Clase Obrera Chilena", la última al artículo "Los trabajadores: su organización sindical", en *Punto Final*, n° 108, julio 1970. Todas estas cifras incluyen los sindicatos de empleadores y los agrícolas, pero como su número era reducido en esa época, reflejan siempre la tendencia general. Por lo demás, coinciden casi totalmente con las cifras oficiales indicadas en el Primer Mensaje Presidencial del compañero Allende.

³⁴ Las cifras de 1969 provienen de "El retorno a la lucha de clase", de Manuel Cabieses, *Punto Final*, n° 106; las demás de "La clase trabajadora chilena en cifras", Clotario Blest, *Punto Final*, n° 128.

³⁵ "Los trabajadores: su organización sindical", ya citado.

³⁶ Jorge Barría, A. Gurrieri y la propia CUT entregan datos diferentes, y bastante dispares.

* Para un estudio más detallado acerca de este aspecto, véase el artículo de Patricio Cariola en este mismo número (N. de la Red.).

Respecto a esto último, cabe señalar que la legislación vigente impide que puedan sindicalizarse los trabajadores de empresas con menos de 25 obreros y empleados, y que las dificultades para hacerlo abarcan a un estrato bastante mayor³⁷. Esto hace que se pueda distinguir a groso modo, dos grandes sectores dentro del proletariado urbano: aquellos agrupados en sindicatos fuertes, y aquellos no afiliados, o con sindicatos muy débiles. Por supuesto, la fortaleza o debilidad de un sindicato no depende sólo del número de afiliados, y por tanto, del tamaño aparente de la empresa, sino además de la ubicación de ésta dentro de la estructura productiva global y de las características del proceso de trabajo mismo, que otorgan mayor o menor eficacia a las presiones que la organización sindical puede ejercer.

El sector de los trabajadores urbanos de baja sindicalización ha sido por cierto el que ha sufrido durante estos años las mayores penurias y el que se encuentra menos expresado políticamente. De allí que haya oscilado entre la pasividad, la impotencia, el entusiasmo por líderes populistas, o la rebelión desesperada; todo lo cual ha quitado eficacia a su acción. Por otra parte, es justamente este sector el que en mayor medida se superpone con aquella burguesía "pequeña y mediana" que tiene contradicciones con el "supergrupo" oligárquico, y es allí donde surgen, dadas las condiciones atrasadas de estas empresas, las fricciones de clase más agudas, dificultando la realidad de una alianza "popular". De allí que sea el "área de propiedad privada" —que en la política del actual gobierno abarca más o menos estas clases— el punto donde surgen más interrogantes acerca de las potencialidades conflictivas de la marcha hacia el socialismo que hemos iniciado.

Pero el sector que ha jugado un papel protagónico en las luchas proletarias de los últimos veinte años ha sido sin duda el de alta sindicalización. Es a él a quien corresponde mayormente la acción política que se expresa a través del Partido Comunista y, en menos grado, del Partido Socialista, ejes centrales de la actual Unidad Popular. Al comenzar la década del 50, tanto la organización gremial como la política del proletariado se hallaban, como es sabido, en condiciones precarias. El gobierno de González Videla se había apartado de las fuerzas

que lo eligieron, ilegalizando al Partido Comunista. El Partido Socialista estaba dividido —con una fracción del mismo comprometida en la aventura ibañista— y la propia CTCH estaba quebrada y a la defensiva. La fundación de la CUT en 1953 marca el comienzo de la recuperación del movimiento obrero, el cual, sin embargo, es todavía demasiado débil en 1957 como para hacer frente a la política de otorgar reajustes inferiores al alza del costo de la vida que había sido recomendada a Ibáñez por el Fondo Monetario Internacional, a modo de "remedio a la inflación". De allí que la impotencia desesperada de las masas se vuelque un 2 de abril en una rebelión espontánea que, carente de conducción política revolucionaria, no podía sino fracasar. Con todo, el navegar sin rumbo del presidente Ibáñez permitió al final de su período la derogación de la llamada "ley maldita", devolviéndole al PC sus derechos ciudadanos, lo cual, unido a la creación del FRAP en 1956 y a la reunificación del PS, permitió que el proletariado pudiese comenzar a orientarse hacia los objetivos revolucionarios que le son propios como clase.

El camino que media entre 1958 y 1970, pasando por las administraciones Alessandri y Frei, no es fácil para la clase obrera. Un índice de ello puede verse en el número de conflictos producidos durante este período. En 1959 hubo 1.134 conflictos sindicales, comprometiendo a 181.960 trabajadores. Número que se elevó a 1.939 en el año 1964, envolviendo a 230.275 personas, y que llegó en el año 1970 a la enorme cifra de 5.295 conflictos y 316.280 trabajadores comprometidos en ellos³⁸. Naturalmente, no todos estos conflictos involucraron huelgas, como no todos fueron legales. Pero lo importante es constatar el crecimiento de la combatividad organizada de la clase obrera, que se acentúa durante las dos décadas y que recurre cada vez más a nuevas formas de lucha, tales como las tomas y las incursiones callejeras. Además, en varias ocasiones, la CUT tuvo que decretar paros generales, uno de los cuales costó la vida a varios trabajadores en las calles de Santiago, en manos de la policía. Las masacres de San Gregorio, de El Salvador, de Puerto Montt y las batallas campales desatadas por el tristemente célebre Grupo Móvil están allí para atestiguar los combates librados por el proletariado urba-

³⁷ En efecto, si bien el tamaño promedio de los sindicatos industriales ha venido disminuyendo, todavía era de 137.3 afiliados en 1970, contra 226.2 en 1964 y 246.9 en 1953. Datos del Primer Mensaje Presidencial de Allende.

³⁸ Datos de la Oficina de Planificación y Presupuesto del Ministerio del Trabajo, publicados en el "Primer Mensaje del Presidente Allende ante el Congreso Pleno", p. 609.

no y otros sectores del pueblo en los veinte años transcurridos.

Algunos, sin embargo, han planteado que todas estas luchas del proletariado organizado de las ciudades han tenido un mero carácter "economicista", buscando sólo la satisfacción de las reivindicaciones inmediatas y no la transformación social revolucionaria. Quienes así opinan, olvidan la relación que existe entre los intereses inmediatos y los mediatos, entre las reformas y la revolución. Pero sobre todo olvidan que estas luchas peyorativamente tildadas de "sindicales" o "gremialistas", no se han ubicado meramente en una perspectiva económica inmediatista, sino que han estado orientadas por los partidos de la clase obrera, a través de la militancia en ellos de los dirigentes sindicales. Lo cual no significa tampoco que puede argumentarse contra las legítimas aspiraciones económicas del proletariado, tildando a todas las huelgas de "políticas", como hicieron en muchas ocasiones personajes de la oligarquía. La verdad es que es imposible desconocer el hecho de que, se esté o no de acuerdo con la conducción política dada, las luchas sociales del proletariado han tenido un contenido **político** definido durante los 20 últimos años. Primero directamente a través de la CUT de don Clotario, después a través del FRAP y más tarde mediante la Unidad Popular. Es cierto que ese contenido político ha residido principalmente, al menos desde 1956, en la conquista electoral del Poder Ejecutivo, pero tampoco sería acertado calificarlo de meramente "electoralista". El triunfo de septiembre de 1970 y el camino desde entonces recorrido, prueban lo contrario. Lo que sí puede ser objeto de discusión es la oportunidad de tal estrategia política en todas las coyunturas pasadas, y la seguridad del rumbo futuro, pero eso es ya harina de otro costal.

Otra afirmación que comúnmente se ha hecho acerca del desarrollo social del proletariado fabril y minero en las últimas décadas es la supuesta formación de una "aristocracia obrera" entre los trabajadores de más alta sindicalización afiliados a la CUT. Es indudable que estos obreros gozan de mejores condiciones de vida que los de baja sindicalización, y que el propio carácter "moderno" de muchas de sus industrias exige una calificación que por una parte los "eleva" socialmente, y por otra les permite vender a mejor precio su fuerza de trabajo. De allí que muchos hayan aceptado la idea de que la "justa ubicación social" que les correspondería sería la de "empleados", dado que su fuerza de trabajo pasa ahora a ser "más intelectual que manual", cayendo así en las argucias legales con que se ha tratado de dividir al proletariado. De allí también que instrumentos de promoción tecnológica como INACAP, CESCLA, etc., hayan a veces sido pasto de las tendencias arribistas de algunos grupos de trabajadores que los han visto más bien como vehículos de "promoción social". En suma, es cierto que el sector más organizado del proletariado urbano y minero ha alcanzado cierto status de privilegio con respecto al resto de la clase obrera. Como no es menos verdadero que algunas tendencias burocráticas han ganado terreno en la organización sindical. Pero todo ello no nos autoriza a hablar de "aristocracia obrera", término que supone un cierto aburguesamiento ideológico del

proletariado. Lejos de ello, los hechos han mostrado que han sido justamente estos obreros de alta sindicalización quienes más firmemente han sustentado los programas de transformación socialista, y quienes han constituido la base del apoyo político del FRAP y de la UP³⁹.

Tanto han tenido un contenido revolucionario las luchas del proletariado chileno, que el supergrupo dominante se ha visto obligado a hacer cada vez más represivo su dominio, y hasta ha implementado ciertos programas de prevención contra posibles brotes "insurreccionales" al estilo de los ocurridos en otros países de América Latina durante los años 60, ya que las luchas de otros pueblos, y en especial de Cuba, no dejaron de influir en el estilo revolucionario de los chilenos. El proletariado urbano se convirtió de tal modo en una amenaza para la oligarquía que incluso en 1958, con su reorganización reciente, estuvo a punto de desplazarla del gobierno, lo que la obligó a readaptar su estructura interna y a buscar otras rutas, que no tuvieron, sin embargo, otro efecto que el de incrementar la crisis, propagándola al campo, y encontrando a través de ese hecho, el camino de su solución.

El agro, lugar de definición de la crisis

En efecto, dentro de todo el ambiente convulsionado que hemos descrito, el agro parecía dormir su colonial siesta ajeno a todo "mundanal ruido". Así lo vieron incluso algunos que creyeron por eso que allí pervivían aún viejas prácticas feudales⁴⁰. Pero la verdad es que si el capitalismo había seguido en el agro caminos más sofisticados, no por eso dejaba de constituir un volcán social, que acumulando subterráneamente sus fuerzas, entraría en erupción en la segunda mitad de los años 60.

La imagen que hoy tenemos del terrateniente, como un gran señor que no se preocupa mayormente de hacer producir sus tierras, no parece ser válida más que para las últimas décadas. En el siglo XIX, y aún antes, los dueños de la tierra fueron ágiles empresarios, como que constituían uno de los sectores más dinámicos de la economía, y un importante grupo exportador. Pero al cerrarse los mercados ex-

³⁹ Véase por ejemplo los estudios de James Petras sobre el comportamiento político de la clase obrera chilena.

⁴⁰ Sobre la discusión en torno al "feudalismo" colonial puede verse: A. G. Frank, "Chile: el desarrollo del subdesarrollo", en *Monthly Review*, n.º 46-47; Theotónio dos Santos, "El Capitalismo Colonial según A. G. Frank", en la misma revista, n.º 56; Luis Vitale, "Interpretación Marxista de la Historia de Chile", PLA; y Kalki Glauser, "Orígenes del Régimen de Producción vigente en Chile", en *Cuadernos de la Realidad Nacional* n.º 8.



La clase obrera debió soportar la represión del Grupo Móvil

teriores del trigo en el siglo XX, la burguesía terrateniente se vio obligada a circunscribirse al mercado interno, mientras la depresión mundial de 1929 la movió a apoyar el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, así como inversamente, los nuevos capitalistas industriales debieron apoyarse en la oligarquía terrateniente-comercial-financiera. Se crearon pues de esta manera una serie de vínculos entre los sectores agrarios y los urbanos de la clase dominante —cuando no fue la propia burguesía terrateniente la que se transformó en industrial— vínculos que pueden rastrearse en los directorios de las sociedades anónimas, los bancos y la SNA. Así se explica el hecho de que “la SNA no se manifiesta contraria en ningún momento a los derrotados que seguirá la política económica del Estado desde los años treinta en adelante”⁴¹. Y el que “prácticamente la mitad de los grandes hombres de negocio en Chile o bien son dueños de latifundios o se encuentran estrechamente relacionados con los propietarios de éstos”⁴².

Claro está que así como no todos los industriales son dueños de fundo (ni mucho menos), tampoco todos los latifundistas son a la vez empresarios comerciales o industriales. Hay al parecer un considerable sector que es puramente agrario. Pero lo fundamental es que, hasta época muy reciente, no

existía ninguna contradicción antagónica entre los sectores terratenientes y los sectores urbanos de la oligarquía. El único punto de fricción pareció ser, en efecto, el precio del trigo, ya que un alza excesiva de éste, al encarecer el pan, puede provocar costos demasiado altos en la industria, vía presión sindical por mayores salarios. Siempre pudo, empero, llegarse sobre ese punto a un democrático acuerdo, previo claro está, algunas compensaciones a los latifundistas: créditos abundantes, tributos bajísimos y, sobre todo, la mantención de la estructura de la propiedad agraria, que no sólo permitía transferir a los trabajadores del campo los eventuales deterioros de precios del trigo, preservando la ganancia empresarial, sino que además era de vital importancia política para la mantención del poder de la oligarquía en su conjunto, dado el manejo electoral del que podían ser objeto los inquilinos.

Sin embargo, ya en los años 50, este bloque monolítico agrario-industrial comenzó a requebrarse. En efecto, en las viejas propiedades latifunditarias, cuya mantención no costaba nada a los terratenientes (por la baja tributación) y en cambio les reportaba mucho en seguridades crediticias y políticas, la expansión de la producción no podía hacerse en forma intensiva, pues el volumen de inversión requerido era excesivo en comparación a la rentabilidad posible de obtener. Esto debido a los límites del precio del trigo, por un lado, y a la necesidad de importar los equipos y maquinaria agrícola por otro. De allí que no quedasen sino dos caminos

⁴¹ Armant Mattelart, Carmen Castillo y Leonardo Castillo, *La Ideología de la Dominación en una Sociedad Dependiente*, Ediciones Signos, 1970. Allí pueden encontrarse también numerosos antecedentes acerca de los lazos que atan a la fracción agraria de la “burguesía genérica” con las otras fracciones de la misma.

⁴² James Petras, *Negociadores Políticos en Chile*, ya citado.

a seguir, que ciertamente se siguieron, y en forma paralela. En primer lugar, el vuelco hacia cultivos industriales, como la maravilla, el raps o, desde la inauguración de las plantas de la IANSA, la remolacha azucarera, cuyo cultivo se desarrolla rápidamente. En segundo lugar, la superexplotación de la mano de obra existente, sin inversiones adicionales, lo que implica aprovechar al máximo las posibilidades del inquilinaje y la mediería. Pero esto significa, en ambos casos, la expansión de la producción de cereales y carnes a un ritmo menor que el del aumento de la población, lo que presiona a través de la restricción de la oferta sobre los precios de los alimentos y obliga a importar una cantidad cada vez mayor de estos últimos, entrando en contradicción, por este lado, con los intereses de la fracción industrial de la burguesía dominante⁴³.

Pero además el movimiento anterior iba también acompañado del creciente desarrollo del proletariado agrario (en los cultivos industriales y en los ya antiguos cultivos viñateros, chacareros y de hortalizas de la zona central) y de la pauperización de los inquilinos y medieros que, instruidos por las luchas de los obreros urbanos⁴⁴, fueron consiguiendo también leyes que reglamentaban los regímenes salariales y profundizaban su ya viejo proceso de proletarianización. A esto vino a sumarse la reforma de la ley electoral a fines del gobierno de Ibáñez, la que disminuyó apreciablemente el manejo político del electorado agrario y, con ello, la importancia política de los latifundistas como soporte del sistema.

Por último, desde 1961 en adelante, la Alianza para el Progreso comenzó a presionar a todos los gobiernos latinoamericanos para realizar reformas agrarias tendientes a desarrollar el capitalismo en el campo. La "Ayuda" norteamericana empezó entonces a condicionarse a la realización de esas reformas, y ello fue un poderoso argumento para el sector industrial en vías de desnacionalización. Así, pues, si bien las características del tipo de producción hacia el cual se orienta el desarrollo industrial (bienes de consumo relativamente suntuario) no exigen la ampliación del mercado de bajos ingresos, entre cuyos elementos está el posible nuevo mercado agrario, y no hacen chocar por eso frontalmente ese

desarrollo con los intereses de los latifundistas, son las metas de más largo plazo del imperialismo y de sus empresas multinacionales las que sí chocan con ellos, presionando entonces sobre la burguesía industrial desnacionalizada.

Todo este complejo de factores, del cual el que más directamente afecta al sector industrial es la excesiva importación de alimentos, llevaron a Alessandri a crear la CORA e iniciar la llamada "Reforma del Macetero", orientada fundamentalmente a obligar a los latifundistas a aumentar la producción y modernizar sus fundos, so pena de ser obligados a transferir sus capitales a otras ramas de la economía, al ser expropiados (y pagados al contado) por mala explotación de los predios. Esto creó de inmediato ciertos roces con el sector más puramente agrario de la burguesía, uno de cuyos episodios es el choque entre el Consorcio Agrícola del Sur (CAS), que agrupaba a latifundistas puros, y la Sociedad Nacional de Agricultura⁴⁵, más ligada a los intereses industriales y financieros.

Pero el hecho que vino a determinar la ruptura de la alianza interburguesa y la apertura así de una vía de definición de la crisis social ya crónica, fue el ascenso de las luchas y de la influencia política del proletariado urbano. La amenaza de que éste pudiese desplazar del poder a toda la clase dominante, amenaza que ya se había insinuado con fuerza en 1958, obligó a los sectores más jóvenes y lúcidos de la burguesía industrial a buscar apoyo en nuevos grupos sociales, hasta entonces personajes pasivos de las luchas políticas. Este fue objetivamente el papel esencial, aunque no el único, jugado por la Democracia Cristiana, nacida en 1956 junto con el FRAP, y que adoptando una fraseología revolucionaria no sólo se dirigió a la masa de "marginados" urbanos, sino que buscó también ponerse al frente de las masas campesinas, en proceso de proletarianización creciente, levantando la bandera de la Reforma Agraria. Claro está que esa Reforma Agraria recientemente enarbolada, que además tenía la ventaja de contar con el respaldo norteamericano, no buscaba sino crear sobre la base de los inquilinos y medieros, una nueva y floreciente pequeño-burguesía que apaciguara el volcán campesino, cuyas fumarolas comenzaban ya a aparecer por todas partes.

El resultado inmediato de aquella maniobra fue el triunfo electoral de Frei en 1964. Pero el resul-

⁴³ Una interesante exposición sobre las razones del quiebre de la alianza agro-industrial puede hallarse en A. Martínez y S. Aranda, "Estructura Económica de Chile: Algunas Características Fundamentales", ya citado.

⁴⁴ Véase el estudio de James Petras y Maurice Zeitlin sobre la acción del FRAP en el campo en torno a las comunas mineras desde los años 50, "Los Mineros y el extremismo agrario", en *América Latina: ¿reforma o revolución?*, Ed. Tiempo Contemporáneo.

⁴⁵ Ver Mattelart, C. Castillo y L. Castillo, obra citada.

tado a más largo plazo fue muy distinto. Ya desde antes de la dictación de la ley de sindicalización campesina —osado paso gubernamental que ni siquiera el Frente Popular se había atrevido a dar—, la organización del campesinado había empezado a surgir de hecho, imprimiendo mayor velocidad a la proletarianización y al despertar político del campo. Si en 1964 había sólo 24 sindicatos agrícolas legales, con 1.658 afiliados, el número aumentó a 211 en 1967, con 47.473 miembros, y a 510 en el año 1970, con un total de 114.112 afiliados⁴⁶, pasando así la organización del proletariado agrario y resto del campesinado al primer lugar después de la de los obreros industriales. Las Confederaciones Rancivil, Triunfo Campesino y Libertad hicieron oír desde entonces sus nombres con voz tan potente como la de la propia CUT.

La Reforma Agraria llevada adelante durante el gobierno de Frei, si bien estuvo lejos de alcanzar las metas que se había planteado, tuvo el efecto de introducir, por el auge sindical y la competencia de los “asentamientos”, un aliciente nuevo a la modernización de los latifundios, y consiguientemente a la proletarianización del campesinado. La expulsión de mano de obra del campo, los pliegos de peticiones agrícolas y el nuevo fenómeno de la lucha social floreciente en el antaño somnoliento agro chileno, impulsaron la radicalización política de los trabajadores del campo, así como la toma de conciencia de lo limitado de la acción reformadora del gobierno de Frei. Las ventajas políticas que la Democracia Cristiana esperaba del campesinado encontraron así un serio tope, al tiempo que sus sectores más consecuentes, que habían seguido de buena fe la con-

⁴⁶ “Primer Mensaje del Presidente Allende ante el Congreso Pleno”.

ducción freísta, comenzaban a tomar conciencia del verdadero carácter de ésta, hasta producirse la ruptura del PDC y el nacimiento del MAPU en 1969.

Pero el efecto político principal de toda esta situación fue el irreconciliable antagonismo que se gestó entre los antiguamente unidos sectores agrario e industrial de la burguesía. Las disputas entre el CAS y la SNA terminaron para siempre, y hasta los grupos latifundistas ligados a otras actividades cerraron filas en torno a sus intereses agrarios y a una SNA “democratizada”, renegando del apoyo brindado a la Democracia Cristiana. Poco a poco se fue agudizando una polarización en el seno de la oligarquía burguesa, “genérica y dependiente”. Por un lado el grupo más conservador, que miraba con espanto el descalabro agrario, y que motejado de “momio” por su supuesta “muerte” de 1964, resucitó en el Partido Nacional y se cobijó bajo la austera y respetable figura de Alessandri. Por otro lado se aprestó el sector más nuevo de la oligarquía, la “recién llegada” burguesía demócratacristiana, que acentuó su lenguaje “revolucionario” y profundizó sus intenciones reformistas, levantando la figura del más izquierdista de sus líderes, Radomiro Tomic, como candidato a la sucesión de Frei.

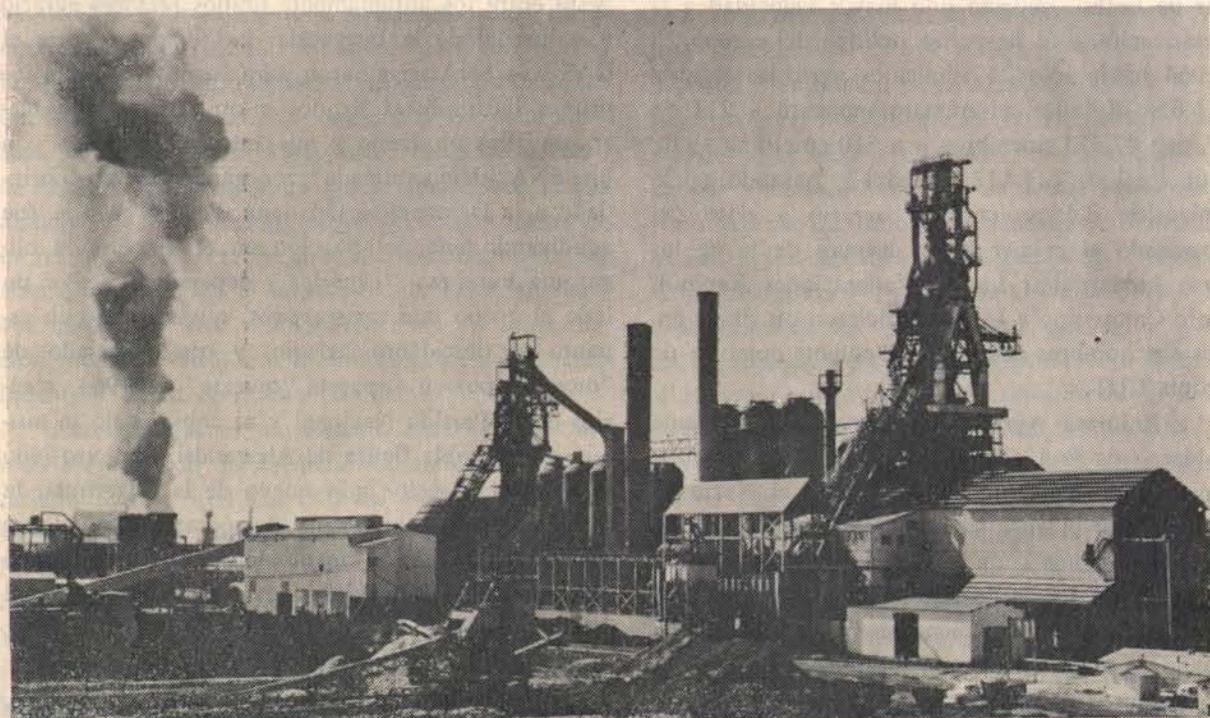
El desenlace de esta historia ya lo conocemos. Dividido el enemigo, la Unidad Popular supo conducir con clara visión política el barco electoral del pueblo, arribando, no sin tempestades, ni sin ayuda técnica extranjera, a la tierra firme del Palacio de Toesca, el 4 de noviembre recién pasado. Desde entonces a esta parte, ha pasado ya casi un año, y los nuevos cauces que sigue el aluvión social son demasiado novedosos como para analizarlos en pocas líneas.

“La lucha de clases es un hecho: basta abrir los ojos para comprobar el conflicto permanente entre los que tienen prepotencia económica y financiera y los que no tienen sino un modesto salario. Reconocer este hecho es reconocer una verdad... Si los poseedores de las riquezas se niegan a acceder a las legítimas demandas del trabajador, son los poseedores de las riquezas los que encienden la lucha social”.

Alberto Hurtado, s. j.

(Sindicalismo, Historia, Teoría, Práctica, pp. 41, 44).

LA ESTRUCTURA ECONOMICA CHILENA Y LA TRANSICION AL SOCIALISMO



Huachipato: intervención preponderante del Estado en la economía chilena

Sergio Bitar

Profesor de Política Industrial, U. de Chile

CHILE ha iniciado una etapa de transición al socialismo, siguiendo un camino original. Esta originalidad nace de las particularidades culturales, sociales, políticas y económicas que se fueron configurando con el correr de los años, y que seguramente hicieron de Chile un caso de características muy diferentes al de los países socialistas en el momento que iniciaron sus procesos revolucionarios, y también diferente al de los otros países latinoamericanos hoy día.

Pero no sólo el punto de partida ha sido diferente. Es muy probable que el proceso que se siga para ir estructurando una nueva sociedad, sea también diverso al observado en otras experiencias. Ante esta posibilidad es justo preguntarse: ¿cuáles son los rasgos distintivos de la sociedad chilena que hacen posible este intento original? Y mirando hacia el futuro, cabe interrogarse: ¿cuáles son las características de

nuestro sistema socioeconómico que podrían transformarse en un obstáculo para cumplir la etapa presente, tal como ha sido definida por el actual Gobierno?

Cualquiera respuesta que se pretendiera dar a estas preguntas debería contemplar un análisis simultáneo de los aspectos políticos, sociales, culturales y económicos. Además, necesariamente correspondería hacer una revisión histórica para comprender mejor la evolución de los acontecimientos. La tarea es compleja y sólo podría realizarse a través de sucesivas aproximaciones desde distintos ángulos.

Al discurrir sobre la forma cómo podría hacerse una presentación breve de la evolución de la economía en los últimos años, pensamos que tal vez resultaría de interés referirla a las interrogantes anteriores, avanzando algunas opiniones por el lado económico del problema. La economía chilena presenta

rasgos predominantes que son de por sí interesantes, tales como la inflación, la distribución del ingreso, la dependencia, pero cuya mera descripción poco agregaría a los estudios y publicaciones ya existentes.

Por tal razón, en estas líneas hemos tratado de analizar algunos aspectos de la estructura económica chilena que parecen relevantes para la etapa de transición, en cuanto condicionan el camino a seguir e influyen sobre el esquema que se pretende alcanzar.

Existen tres características de la estructura económica que, a nuestro juicio, merecen una atención particular:

- 1º La preponderante intervención del Estado.
- 2º El nivel y la estructura de consumo de la población.
- 3º Las relaciones externas de la economía.

La intervención preponderante del Estado en la economía chilena

El papel del Estado es uno de los rasgos más peculiares de la economía chilena. Ya en 1970, Chile era el país de América Latina (excluido Cuba) donde el Estado tenía la mayor participación en la actividad económica. En 1969, la participación del Sector Público en la inversión fija¹ alcanzó a 58,6%, muy por encima del resto de los países latinoamericanos con la excepción de Bolivia con un porcentaje similar al chileno. Ese mismo año la relación mencionada llegaba a 40,8% para México, 38,8% para Brasil, 37,1% para Argentina, 34,1% para Perú y 28,6% para Colombia.

Si la influencia del Estado se midiera por los gastos totales del Gobierno Central en relación al producto interno, Chile también aparecería en primer lugar durante toda la década del 60. En el período 67-68, esta proporción alcanzaba a 36,1% en Chile, a 27% en Argentina y Brasil, a 22% en Venezuela, a 20% en Perú, a 16,6% en México y a 14,7% en Colombia; para el resto, las cifras eran aún menores². En los últimos 10 o 20 años, estos porcentajes

fueron aumentando permanentemente en Chile. La proporción descrita en el párrafo anterior fue de 31,2% en el período 60-61 y subió a cerca del 40% al final de la década.

Como financista, el Estado llegó a controlar el grueso del crédito de largo plazo en moneda nacional (CORFO y Banco del Estado) y en moneda extranjera (CORFO). En relación al crédito de corto plazo, a diciembre de 1970, el Banco del Estado controlaba cerca del 53% y los bancos comerciales privados el resto³.

A diferencia de los otros países latinoamericanos, el Estado chileno ha actuado desde temprano como empresario. Desde la creación de CORFO, el Estado Empresario se ha venido expandiendo progresivamente. Durante ciertos gobiernos su avance fue más lento que en otros, pero siempre creció. Antes de iniciarse la construcción del área social de la economía por el actual gobierno, el Estado ya estaba presente en numerosos sectores estratégicos tales como energía, petróleo, telecomunicaciones, acero, azúcar y había penetrado recientemente actividades más modernas como petroquímica, química, electrónica, celulosa y papel, maderas, metalmecánica, agroindustria y computación⁴ a través de nuevas empresas públicas.

Este hecho creó en el Estado una capacidad de gestión empresarial y un control sobre el sistema de empresas. No parece exagerado decir, en base a estos antecedentes, que entre los países de "economía mixta" Chile es el que acusaba un mayor desarrollo estatal en 1970.

Este poder del Estado es, sin duda, un factor esencial para explicar una transición gradual al socialismo. El Estado dispone de un número elevado de mecanismos de conducción, control y gestión del aparato económico, es capaz de generar un excedente importante y de manejar un número apreciable de empresas. Tiene un poder persuasivo y disuasivo sobre el sector privado. Este último, si bien ha utilizado al Estado como un elemento de apoyo para su propio desarrollo, también ha ido creando una suerte de acostumbramiento y de dependencia frente a él. Particularmente en los últimos años, todo proyecto

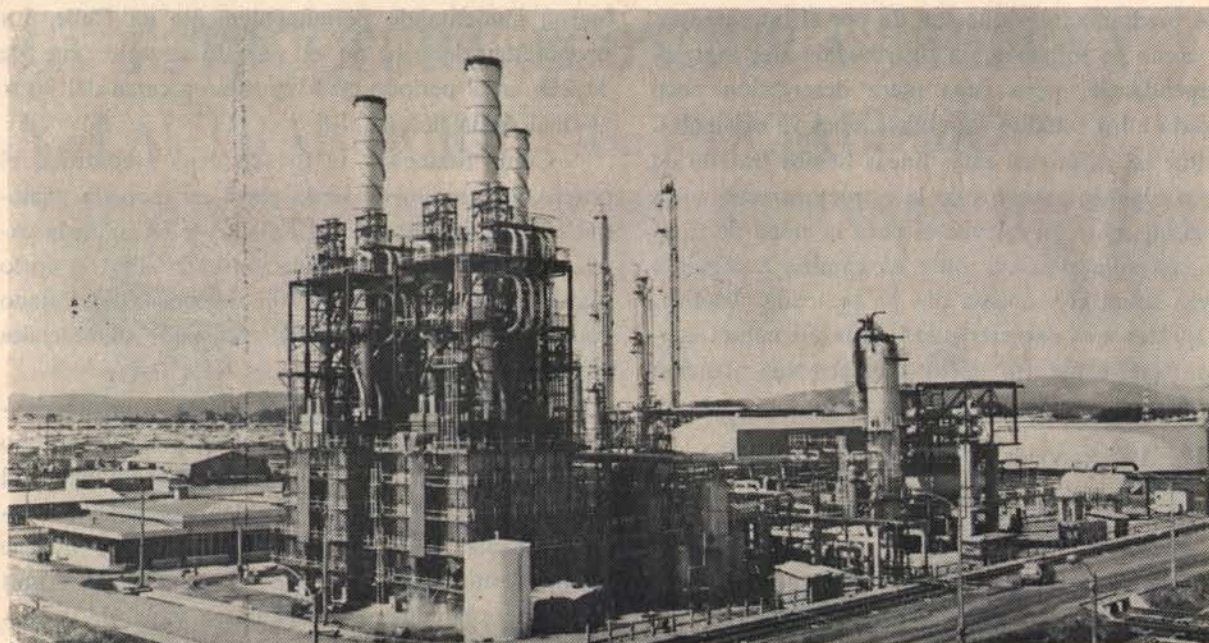
¹ Cepal. "Tendencias y estructura de la economía latinoamericana". Stgo., marzo, 1971. E/CN. 12/884, p. 68.

Además de efectuar inversiones directas, el Estado chileno financiaba una proporción importante de las inversiones privadas (inversión indirecta). En 1968, la inversión pública directa e indirecta representaba el 70% de la inversión geográfica bruta, habiendo sido sólo el 60% a comienzos de la década. Ver Odeplan: "Importancia relativa de la inversión pública en el progreso de formación de capital de la economía nacional". Mimeo. Stgo., septiembre, 1970.

² Cepal. Op. cit. Cuadro 25, p. 75.

³ Banco Central. Boletín Mensual N° 521 - Julio 71.

⁴ CEDEM "Elementos para el análisis de la Intervención del Estado en la Economía Chilena". Universidad de Chile. Mimeo. Presentado al Seminario sobre Estudios de Integración organizado por Iipes, Celade y Clasco. Stgo. julio 69 y CORFO "Participación de Corfo y filiales en la Gestión industrial" División de Planificación Industrial, Mimeo. N° 30a/70.



Chile, el primero entre los países de economía mixta en América latina (ENAP de Concepción)

privado de cierta envergadura sólo podía materializarse con créditos públicos y franquicias diversas.

En el sector agrícola, en los últimos años, el Estado logró operar cambios importantes en la estructura de la propiedad, enfrentándose a los grupos propietarios y consolidando la acción sindical. Concentró su poder técnico y financiero para reemplazar al propietario y apoyar a los campesinos, evitando el deterioro en la producción que se ha observado siempre en este tipo de procesos. En estas circunstancias, obviamente, la etapa siguiente se facilita.

Con este poder, el Estado es capaz de sostener la economía y de evitar un dislocamiento del sistema. Le es posible reactivar el proceso empleando su capacidad para expandir la demanda (gasto público y remuneraciones) y, además, puede pasar a controlar un mayor número de empresas aprovechando para ello su organización empresarial ya existente (sistema CORFO y filiales).

Estas características seguramente son muy distintas de las que existían en los países socialistas antes de iniciar sus procesos revolucionarios, y también ellas son únicas en América Latina; de allí que la experiencia chilena sea difícil de generalizar. Cabe preguntarse, en todo caso, si la existencia de un Estado poderoso es o no es un requisito esencial pa-

ra una transición gradual, sin una confrontación violenta con los grupos económicos tradicionales.

Sin embargo, a pesar de existir un buen punto de partida, durante su desarrollo y expansión el Estado chileno fue adquiriendo cierto estilo que no siempre es favorable al proceso de transición iniciado.

Esencialmente, el Estado ha venido cumpliendo un papel supletorio del sector privado. A pesar de su enorme magnitud, su evolución está marcada por un estilo pasivo, de apoyo y de reemplazo de lo que se aceptaba fuera la fuerza motriz del sistema: el sector privado. Si bien es cierto que esta situación fue progresivamente cambiando en los últimos años, aún subsiste una actitud poco dinámica, lenta y rígida que es incompatible con las funciones que le son requeridas en el momento actual. Si a esto se agrega su crecimiento inorgánico y a parches, se comprende que la tarea de reorganizar el aparato del Estado y de modificar la actitud y motivaciones de la burocracia, constituyen un objetivo central.

En el pasado, el Estado ha materializado pocas inversiones productivas en forma directa. De allí que su capacidad inversora sea limitada y la gestión de proyectos de inversión sea absolutamente insuficiente. Las decisiones se elaboran con dificultad. En otras palabras, el Estado no tiene la dinámica propia para hacer de líder. O se cambia o será superado por el

proceso⁵. No es ajeno a esta realidad el comportamiento de los funcionarios. Habitados durante largos años a cumplir funciones pasivas, sin el control y el estímulo que resultan de asumir responsabilidades claras y sujetos a oscilaciones políticas frecuentes, no es raro que se hayan creado hábitos incompatibles con un proceso de cambios acelerados, dirigidos y canalizados por el Estado. Estas tendencias deben modificarse, buscando formas activas de participación.

Otra característica de importancia dice relación con el gasto público. Este constituye una proporción creciente del producto nacional, pero es relativamente rígido en su composición. Son reconocidas las dificultades que se enfrentan para alterar la asignación de los recursos del Estado. El sistema tiene una gran propensión a expandir los gastos corrientes en desmedro de los gastos de capital. De tal manera que la misma ventaja de tener un Estado poderoso se transforma en una desventaja por su alta rigidez. El volumen de ahorro del sector público es muy vulnerable a las presiones por incrementar gastos corrientes, especialmente remuneraciones. Al expandir el área social y si no se crean simultáneamente mecanismos de autorregulación, la potencialidad para generar excedentes se puede ver amagada.

Tradicionalmente, el Estado ha cumplido un rol de regulador de las fluctuaciones de la actividad económica en el corto plazo. Por consiguiente, su vocación e instrumental dicen relación principalmente con la coyuntura. Tiene poca capacidad de proyección hacia el futuro y generalmente no dispone de una visión a largo plazo. Las políticas monetaria, fiscal y cambiaria han sido dominantes en las esferas económicas de Gobierno con el objeto de sostener la actividad económica a niveles aceptables.

Desgraciadamente, sin una perspectiva a largo plazo se corre el riesgo de no acumular el excedente necesario para impulsar una nueva economía y se puede ser víctima de los problemas inmediatos. Si se piensa que una nueva mina de cobre requiere de unos 3.000 dólares de inversión por tonelada de producción anual, o sea, que una explotación de 100.000 ton./año supone una inversión de 300 millones de dólares, se comprenderá la importancia de este pun-

to. Este es otro aspecto de la organización del Estado que debe modificarse.

La tradición empresarial del Estado chileno también revela rasgos dominantes. Esta función que el Estado ha ejercido desde la década de los 40 se ha hecho habitual en la vida económica chilena. Las empresas públicas son aceptadas y, más aún, progresivamente fueron siendo solicitadas. La creación de un organismo autónomo como CORFO permitió el desarrollo de empresas públicas de buena eficiencia y prestigio. La estructura institucional que se ha ido montando ha operado relativamente bien y el Estado ha ido recurriendo con mayor frecuencia a la creación de nuevas empresas públicas para implementar sus planes.

La existencia de este instrumento operativo y el hábito creado con el tiempo en la población chilena, han ido conformando una vocación estatista. Este hecho, por cierto, facilita la expansión del área social de la economía. Al mismo tiempo, las empresas públicas chilenas han operado con autonomía y se ha ido configurando un sistema estatal descentralizado. Parte de esta descentralización fue voluntaria y parte debida a la debilidad del aparato central en relación a la capacidad técnica que se llegó a concentrar en las grandes empresas.

Este aspecto es de indudable interés, pues de estar ya arraigado significaría que la nueva economía tendría una tendencia a organizarse descentralizadamente. Pero esta descentralización, que es positiva en el plano de la gestión, lo es menos en el campo de la planificación. La calidad de la gestión es superior en la medida en que la empresa disponga de la autonomía suficiente y está alejada de las interferencias políticas. Para la planificación, en cambio, es preferible una relación más estrecha con las empresas, a fin de asegurar el cumplimiento de los planes. Es preciso buscar los mecanismos convenientes para hacer efectiva la planificación, pero dotando a las empresas de la independencia suficiente.

Las empresas del Estado no lograron la participación de los trabajadores. En ellas subsiste el mismo tipo de relaciones que existe en el sector privado. Si prevaleciera esta situación, el sistema evolucionaría hacia un estatismo descentralizado con poca o ninguna participación, más parecido a un capitalismo de estado que a un sistema socialista democrático. La débil participación es un aspecto crucial. El trabajador, habituado a ver en el gerente de una empresa

⁵ Recuérdese los argumentos entregados por los trabajadores de una empresa constructora que se "tomaron" el Min. de Trabajo hace algunas semanas. Señalaban que no actuaban contra el Gobierno, sino contra la burocracia estatal que retardaba el proceso. Ver *El Mercurio*, 17 de agosto de 1971.



CORFO permitió el desarrollo de empresas públicas eficientes y prestigiadas (en la foto: actual directiva)

privada o estatal al símbolo de una propiedad que no le pertenece, no cambiará su actitud con la mera estatización de una empresa privada. Se requiere de una transformación más profunda que altere la inercia actual del sistema. Ello debe lograrse como consecuencia de una participación directa de los trabajadores en la gestión de las empresas.

En resumen, el Estado chileno ha sido un elemento decisivo para iniciar el proceso de transición al socialismo. Sin embargo, su estructura debe alterarse en distintos aspectos para que sea capaz de hacer un aporte significativo a la nueva economía.

El nivel y la estructura del consumo de la población

Chile inicia la etapa de transición con un nivel de ingreso del orden de 600 dólares per cápita⁶. Esta cifra es bastante más alta que la de todos los países socialistas en el momento que iniciaron el cambio radical de sus sistemas socioeconómicos. En 1929 la URSS contaba con 180 dólares per cápita. En 1938 Polonia disponía de 104 y en 1947 de 114, Checoslovaquia de 176 y 165, y Hungría de 112 y 113 dólares per cápita en los mismos años⁷. Esta diferencia también le confiere al proceso chileno una característica distinta.

⁶ Las cifras disponibles oscilan en torno a este número. ODEPLAN señala que el producto geográfico bruto per cápita era de 700 dólares en 1970 mientras el ingreso nacional per cápita alcanzó a los 500 dólares. ODEPLAN "El Desarrollo Económico y Social de Chile en la Década 70 - 80" Tomo I Vol. II, Stgo. agosto/70. La CEPAL en un trabajo reciente señala que el producto por habitante en Chile alcanzó en 1969 a los 650 dólares. CEPAL, op. cit., p. 25, Cuadro 5.

⁷ Ver A. Foxley "Alternativas de descentralización en el proceso de transformación de la economía nacional" en Chile: Búsqueda de un nuevo socialismo. Ediciones Nueva Universidad. Univ. Católica. Stgo., 1971. Cifras en dólares de 1938.

Chile ha estado aumentando progresivamente su nivel de ingreso. Hoy día una proporción elevada de la población tiene acceso al consumo de bienes industriales. Por consiguiente, un porcentaje importante de las familias resentiría cualquier alteración significativa de la actividad económica. Y es esa parte de la población la que, además, tiene un grado de organización política más alto y haría pesar decisivamente su fuerza sobre el Gobierno. Distinto es el caso de aquéllos países donde los grupos mayoritarios viven casi al margen de la economía de mercado y que no se verían afectados por un cambio brusco de la actividad productiva.

Es sabido que las personas juzgan el éxito de un sistema económico por los niveles de consumo que ellas logran alcanzar. Por lo tanto, para conservar un apoyo democrático mayoritario, el proceso de transición, en nuestro caso, debe conducirse de manera que la actividad económica se mantenga en todo momento sobre un cierto nivel aceptable y que no sufra deterioros serios.

La estructura del consumo depende esencialmente de la distribución del ingreso. Esta distribución ha mejorado en los últimos años, pero persisten aun diferencias enormes. En 1968 un 30% de las familias chilenas disponía de menos de un sueldo vital. Ese mismo año, este 30% recibía el 7,6% del ingreso, mientras el 2% de más altas rentas recibía el 12,5% del total⁸.

El proceso redistributivo llevado a cabo en los últimos 10 años y en particular en el último quinqu-

⁸ ODEPLAN, op. cit. p. 21. En base a encuesta nacional de hogares de la Dirección de Estadísticas y Censos 1968.

nio, parece haber favorecido principalmente a los grupos medios. Así se aprecia, por ejemplo, al comparar dos encuestas de presupuestos familiares de los años 1963-4 y 1968-9⁹. De allí resulta una estructura de consumo donde cerca de un 30% de la población no satisface sus necesidades básicas, mientras el resto ha ido teniendo gradualmente acceso a consumos de bienes industriales.

Los grupos de ingresos medios han ido manifestando, en los últimos años, una fuerte propensión al consumo de bienes durables y resulta interesante destacar que el crecimiento de la producción de estos bienes ha sido el más rápido de todos. Por ejemplo, la producción de televisores aumentó de 7.200 unidades en 1963, a 88.000 en 1968, la de automóviles de 8.000 a 18.000 y la de radios de 90.000 a 165.000, en el mismo período¹⁰. Es más importante aún observar que la propensión a consumir bienes durables aumenta no sólo a medida que crece el ingreso, sino también con ingreso constante, a medida que pasa el tiempo. Dicho de otro modo, una familia con un ingreso real constante irá modificando su consumo de manera de reducir la compra de algunas ropas u otros consumos corrientes para adquirir un televisor. Estas tendencias revelan una agudización del consumismo en los grupos medios.

Este fenómeno merece especial atención, pues genera importantes contradicciones para la estrategia de desarrollo. En efecto, por un lado se debe destinar fuertes sumas de recursos a la satisfacción de necesidades básicas. Pero, conjuntamente, las clases medias, que han ido adquiriendo el hábito del consumismo y que tienen peso en las estructuras de poder, no están dispuestas a ceder en sus demandas y exigen del sistema su satisfacción. Por otro lado, la generación del excedente también se ve amenazada. Los grupos medios ahorran poco, y además, su poder sindical y político les permite presionar sobre el aparato del Estado y obtener de él mayores remuneraciones, reduciendo el presupuesto de capital. Este riesgo se acrecienta con la ampliación del área estatal, si no se modifican los hábitos actuales.

Si estos comportamientos no se modifican, ¿de dónde se obtendrá el excedente necesario para el desarrollo de la economía?

Al mismo tiempo, la producción de bienes du-

rables ha jugado un papel dinamizador de la economía en los últimos años. Al dejar actuar libremente la demanda de estos bienes, la estructura productiva se irá adaptando a ella, pudiendo alcanzarse buenos ritmos de crecimiento, pero a costa de mantener la estructura tradicional¹¹. Este camino es más fácil y se ve estimulado por las políticas redistributivas, pero tiene el alto riesgo de no poder avanzar en la creación del área social si no se es capaz de modificar radicalmente la generación del excedente.

La economía chilena se ha caracterizado por dos otros flagelos que no dejan de tener importante influencia sobre el ingreso y el consumo. Ellos son la inflación y la desocupación.

En los últimos 20 años la inflación sólo ha podido ser doblegada por períodos cortos, pero en el largo plazo su avance ha sido permanente. Ello ha tenido un efecto regresivo sobre la distribución del ingreso. Con posterioridad a las políticas de redistribución impulsadas generalmente por los Gobiernos, la inflación se ha encargado de reducir tal efecto redistributivo, afectando más a los grupos pobres, que son los que disponen de menos poder político para conseguir mayores reajustes. Además, el proceso inflacionario ha exacerbado el consumismo de los grupos medios. Antes que ahorrar es preferible endeudarse y consumir.

La incapacidad demostrada para controlar el proceso en los últimos 20 años, ha llevado a muchos técnicos a pensar que la causa de los males no ha estado en la carencia de instrumental técnico para combatirlo. Han sido probados todo tipo de programas, pero con escasos resultados. Cada vez más, se piensa que el fenómeno es político y que se origina en la incapacidad de la estructura económica e institucional para responder a las presiones crecientes de la población. Mientras subsista este desequilibrio entre las presiones y la capacidad de respuesta y mientras el sistema no genere mecanismos de autorregulación, este problema seguirá presente con intensidad.

La desocupación ha sido el otro enemigo de la redistribución del ingreso. Los desocupados se encuentran entre aquel 30% de las familias que en 1968 contaban con menos de un vital. De nada sirve operar una redistribución exclusivamente por la vía de las remuneraciones, si hay quienes no tienen trabajo. Es en estos grupos donde las necesidades básicas permanecen insatisfechas.

⁹ Ver E. Silva "Efectos de las distintas estructuras del consumo sobre el dinamismo del sector industrial". Memoria para optar al título de Ing. Civil Ind. U. de Chile. Stgo., 1971.

¹⁰ CORFO. División Planificación Industrial. "Estadísticas de Producción Física del Sector Industrial 1960-68" Pub. N° 7/A/70.

¹¹ Ver A. Pinto. "Desarrollo económico y relaciones sociales" en *Chile Hoy* Stgo. Chile. Siglo XXI oct. 70, p. 28.



La desocupación, grave obstáculo a todo intento de redistribución

El fenómeno de la desocupación ha estado presente siempre en la economía chilena y azota con fuerza a todos los países subdesarrollados. Se trata de un fenómeno típico de economías pobres que absorben indiscriminadamente la tecnología extranjera, creada en los países ricos donde el problema es de escasez y no de abundancia de mano de obra, como en nuestro caso. Este es un desafío importante para el futuro.

El sistema económico chileno tiene una inercia hacia la desocupación y la inflación, que impide se satisfaga de manera permanente las necesidades básicas de los grupos más pobres. Simultáneamente, las clases medias, con su fuerte inclinación por el consumo y con su poder político en las estructuras actuales, constituirán un obstáculo para una redistribución del ingreso y para la generación del excedente necesario para inversión.

Para alcanzar una tasa de crecimiento de la economía del 5% anual durante la década del 70, el país debiera lograr una tasa marginal de ahorro del orden del 25%, si no quiere aumentar su deuda externa¹². Esto significa que, de no contar con algunos recursos del exterior, los chilenos debieran ahorrar por lo menos el 25% del aumento del producto.

Se comprende entonces que para lograr una distribución más justa del ingreso y para generar el excedente requerido en la nueva etapa, es imprescindible

alterar el comportamiento de los estratos socioeconómicos medios y altos de la población.

Las relaciones externas de la Economía Chilena

Los vínculos de la economía nacional con la economía internacional son otro factor condicionante de la etapa de transición al socialismo.

Después de Venezuela, Chile es el país de América Latina con la más alta incidencia de un solo producto en sus exportaciones. Mientras el petróleo, para el primero, representó el 94% de sus exportaciones en 1955, 91% en 1960 y 93% en 1968, el cobre para Chile constituyó el 70% en 1955, 70% en 1960 y 76% en 1968¹³. Todos los países latinoamericanos con la excepción de Colombia (63% en 1968) alcanzaban, en 1968, cifras inferiores al 60%.

Este solo hecho revela el grado de dependencia que tiene el sistema económico chileno. Cualquiera alteración de nuestra posición en el mercado internacional, inmediatamente repercutiría sobre la economía interna. El mercado internacional del cobre ha estado dominado tradicionalmente por un grupo reducido de empresas, entre las cuales ha existido acuerdos para evitar oscilaciones de precios e impedir la entrada de nuevos competidores. Como productor independiente, Chile deberá integrarse a estas

¹² Odeplán, "El desarrollo económico y social...". Op. cit., p. 78.

¹³ CEPAL. Op. cit., Add 1 — Cuadro 11.

estructuras oligopólicas y adaptarse a las reglas del juego del mercado internacional.

El hecho de nacionalizar el cobre es un paso esencial, pero no significa que el país adquiera un control de los mercados. Sus lazos con las grandes empresas no se rompen; más bien se establecen de una manera distinta. La dependencia no desaparece, sino que surgen nuevas formas de interdependencia, como resultado de las posiciones negociadoras de cada productor y de éstos con los grandes consumidores. Una disminución de nuestra dependencia estaría condicionada por la capacidad para mantener y aumentar la producción, pero en igual o mayor medida se deberá a la delicada labor negociadora internacional.

En materia de endeudamiento externo, Chile se ubicaba en el cuarto lugar de América Latina en 1968, después de Brasil, México y Argentina. Pero, medido el endeudamiento por habitante, Chile ocupaba y ocupa el primer lugar de América Latina¹⁴ (excluido Cuba). En 1950 la deuda externa pendiente¹⁵ alcanzaba a 355,4 millones de dólares. En 1960 su monto era de 453,8, para llegar a 1.268,5 millones en 1968. Este rápido aumento se produjo básicamente en el primer quinquenio de la década pasada.

Este hecho tiene diversas consecuencias. En primer lugar, revela que el país debe hacer un esfuerzo cada vez mayor para pagar estos montos. En 1960 el país destinó el 14% del valor de sus exportaciones para cancelar intereses y amortizaciones y en 1968 debió destinar el 20% de las exportaciones de ese año.

Chile necesitará contar con algún apoyo externo para acelerar su proceso de acumulación. En la medida que este apoyo sea menor, el esfuerzo interno deberá ser mucho mayor que en el pasado. Pero si, además la deuda externa pendiente no pudiera ser objeto de alguna compensación con nuevos recursos, el país podría verse enfrentado a una situación nueva que le impediría lograr tasas de acumulación razonables para avanzar en la etapa actual.

Como en todos los países subdesarrollados, las grandes corporaciones multinacionales también se expandieron en Chile. Este fenómeno que tiene características internacionales y que no es exclusivo de Chile, se acrecentó en la década de los 60 con la consolidación y expansión de las grandes empresas norte-



El cobre, dependencia externa que aún no termina

americanas y algunas japonesas y europeas. Aparte del cobre, esta penetración se verificó principalmente en la economía industrial y en el último quinquenio fue adquiriendo mayores proporciones justamente en los sectores más dinámicos¹⁶. A pesar de su importancia creciente, las empresas extranjeras no llegaron a conformar un todo orgánico y con dinámica propia, hecho que habría dificultado su futura nacionalización. Más bien han sido empresas con pocas vinculaciones entre ellas, aunque con relaciones crecientes.

El traspaso de la propiedad de estas firmas a manos nacionales puede efectuarse sin riesgos de paralización o reducción brusca de actividades, salvo excepciones. Pero si se piensa en una perspectiva a más largo plazo y teniendo en cuenta la necesidad de exportar nuevos bienes manufacturados y de absorber nuevas tecnologías, el contacto con las corporaciones extranjeras no puede interrumpirse. Se debe conservar una relación con ellas, pero de un tipo diferente al actual. Ello será factible en la medida que el poder político y el poder económico de negociación así lo permitan.

¹⁴ Cálculos realizados en base a: CEPAL. Op. cit. — Cuadro 5 p. 25 y Add. 1 Cuadro 22, p. 49.

¹⁵ Excluidas las cantidades no desembolsadas.

¹⁶ Ver. Sergio Bitar "La Inversión Extranjera en la Industria Chilena". Panorama Económico, septiembre 1970.

La economía chilena ha sido siempre una economía abierta. Aunque altamente protegida por barreras arancelarias, los intercambios de bienes con el exterior han ido creciendo y las estrategias de desarrollo vigentes consultan una expansión de este intercambio. El Area Andina es un paso importante en esta dirección, ya que se contempla en los acuerdos firmados una progresiva compenetración de las economías andinas, más allá del simple intercambio de bienes. En este contexto, las relaciones externas de la economía adquieren particular significación e imponen, a su vez, diversas restricciones. Entre otras, al convenirse la armonización de políticas económicas con países andinos, por ejemplo, se está limitando la magnitud de los cambios en algunas políticas internas. Al decidirse por un contacto estrecho con los otros países se está dejando que opere el efecto demostración, particularmente en cuanto a las formas de consumo.

La dependencia del cobre, el endeudamiento externo, la relación con las corporaciones multinacionales y el interés por acentuar los vínculos con los países andinos, dan origen a una serie de amarras entre la economía nacional y la internacional. Si la supresión o modificación de tales lazos se lleva a cabo gradualmente, los cambios internos que afecten las relaciones externas deberán ser graduales y condicionados.

Una última consideración

De las líneas anteriores podrían sacarse dos conclusiones.

En primer lugar, la estructura económica chilena tiene un sin número de características, gestadas con el correr de los años, que condicionan la etapa de transición. Burocracia y lentitud en el Estado, falta de participación en las empresas, dificultades para generar excedente, tendencia al consumo en los grupos medios, restricciones en el comercio externo y en el financiamiento externo, etc., son algunas de ellas. Desconocerlas puede llevar a serios errores.

En segundo lugar y como consecuencia de lo anterior, el cambio en la estructura económica requiere de un esfuerzo sostenido y solidario y no se logra de inmediato. Es un proceso de largo plazo, que debe cumplirse con imaginación, disciplina y mediante un esfuerzo colectivo.

Con una perspectiva más amplia el Presidente de la República expresó en el último Mensaje:

“Construir el socialismo no es tarea fácil, no es tarea breve. Es una larga y difícil tarea en que la clase trabajadora debe participar con disciplina, con organización, con responsabilidad política, evitando las decisiones anárquicas y el voluntarismo inconsecuente”¹⁷.

¹⁷ “Primer Mensaje del Presidente Allende ante el Congreso Pleno”, 21 de mayo de 1971, p. XX.

“La palabra “trabajo” debería sugerirnos a todos no sólo un medio para ganar la vida sino una colaboración social”.

“La sociedad vive por el trabajo de sus ciudades: sin trabajo no habría riquezas ni sociedad. Esta idea podría ser mejor comprendida si el trabajador, dejando de ser un simple asalariado, participara de la propiedad y aun de la dirección de la obra en que trabaja”.

Alberto Hurtado, s. j.

(*Humanismo social*, pp. 148, 149).

LA EVOLUCION POLITICA DE CHILE: 1951-1971



La Unidad Popular abre un nuevo capítulo en la versátil institucionalidad chilena

Luis Quiros Varela

Profesor Instituto de Ciencias Políticas, U. C.

Los últimos veinte años de la evolución política de Chile constituyen un período crítico para la transformación que ha experimentado el país. Probablemente, ningún otro sistema político en América Latina ha sido objeto de presiones tan fuertes para conquistar una participación política como lo ha sido el chileno, ni ha demostrado una capacidad de adaptación institucional tan grande a los procesos de cambio, derivados de dichas presiones. No obstante, son veinte años de movilización popular esporádica, determinada principalmente por las elecciones presidenciales. Así desde la elección de Ibáñez en 1952, cada seis años han surgido nuevas expectativas en la población para resolver los grandes desequilibrios económicos, políticos y sociales existentes entre sus diversos sectores. Pero, a poco andar de cada nuevo gobierno, la frustración se vuelve a adueñar de la base electoral y sólo comienzan a renacer nuevas expectativas al acercarse un futuro cambio.

La década de 1970 se abre con una nueva alternativa, controlada por la Unidad Popular. Sobre ésta pesa la responsabilidad de darle al país una nueva base para el desarrollo auto-sustentado, superando las barreras culturales e institucionales que se

oponen a él, y buscando reducir las desigualdades sociales que son focos de frustración en los diversos sectores y fuerzas políticas y que, de mantenerse, contribuirían a acentuar la tendencia a los desajustes políticos que han caracterizado el sistema político chileno en los últimos veinte años.

El análisis de los aspectos políticos relativos al período comprendido por las dos últimas décadas y algunas observaciones sobre la situación actual serán el objeto del presente trabajo.

Un gobierno preso de la "sociedad"

Los diversos estudios sobre la realidad chilena concuerdan en que su proceso de desarrollo se ha soldado en un desequilibrio entre formas político-institucionales y de organización social relativamente avanzadas y un sistema económico estagnado¹. Al mismo tiempo, se tiende a enfocar el desarrollo chileno como un proceso en el cual la transformación

¹ Ver entre otros: Federico G. Gil, *El Sistema Político de Chile*, Santiago, (1969). Aníbal Pinto "Desarrollo Económico y Relaciones Sociales", en varios autores, *Chile Hoy*, Santiago (1970). Osvaldo Sunkel, "Change and Frustration in Chile" en Claudio Véliz (ed.) *Obstacles to Change in Latin America*, Oxford (1965).

económica sería causa de los cambios políticos. Sin embargo, el desarrollo chileno presenta problemas de gran complejidad, que muestran que el desarrollo político exige mucho más que la creación de un sistema institucional estable cuyo poder se genere a través de elecciones libres y que respete el pluralismo. Además, en un contexto en el cual el Estado ha asumido en forma creciente desde la década del 30 la responsabilidad de las tareas del desarrollo económico y social del país, pareciera existir una relación de causa a efecto entre política y economía, contrariamente a la visión tradicional del problema.

Una de las características dominantes del sistema político chileno, sobre todo entre los años 30-50, ha sido el alto contenido simbólico² que domina sus estructuras y procesos y que, al mismo tiempo, encubre una realidad política poco coherente con los principios normativos del sistema. Así, durante este período, la política chilena se caracterizaría como un sistema cuya legitimidad se basaba en los valores de los sectores integrados, principalmente el sector alto tradicional, grupos de clase media y una parte minoritaria del sector obrero; los valores dominantes eran la industrialización en lo económico, la educación y salud en lo social, la legalidad y el orden en lo político. La participación política se mantuvo en un nivel bajo, restringida por las disposiciones constitucionales que marginaban a la mujer y a vastos sectores de la población; al mismo tiempo, la sindicalización se extendió a un porcentaje mínimo de la población activa y, significativamente, se excluyó al campesinado de estos beneficios. De aquí que en líneas generales, las decisiones políticas fueron el producto de las negociaciones entre los grupos integrados al sistema; las metas de desarrollo debieron ser adaptadas a las demandas de estos grupos y a los recursos que ellos estaban dispuestos a entregar. El grado de desarrollo alcanzado en la década del 40 fue la resultante de estrategias flexibles que lograron acomodar los intereses conflictivos de las fuerzas sociales participantes sobre bases esencialmente pragmáticas y carentes de elementos ideológicos. Así, se llegó a acentuar las desigualdades entre estos sectores y aquellos que permanecieron marginados del proceso. Institucionalmente, el gobierno era "un prisionero de la sociedad" que desempeñaba un rol inte-

grador y conciliador entre las fuerzas sociales y políticas organizadas y daba base al establecimiento de relaciones clientelísticas entre las estructuras burocráticas y dichas fuerzas.

Dentro de este esquema, los partidos políticos y sus dirigentes fueron incapaces de superar las limitaciones del sistema a través de la movilización e integración de los sectores marginados. Por una parte, la derecha interesada en mantener su situación frente a los intentos de cambio tenía poco que ofrecer. Los radicales habían sufrido el desgaste del poder y se limitaban pragmáticamente a buscarlo como un medio de ascenso social y de obtención de beneficios económicos adicionales para su clientela electoral, sobre todo en la administración pública. Los partidos socialista y comunista, considerados promotores del cambio, no pudieron romper el esquema; más bien se incorporaron a él a través de un juego de alianzas políticas destinado a utilizar los recursos gubernamentales bajo su dirección en favor de los sectores obreros incorporados al sistema. Debido a motivos internos y al conflicto entre ambos partidos, no fueron capaces de producir una alternativa de cambio de acuerdo a sus planteamientos ideológicos.

Así, los socialistas terminaron por dividirse mientras los comunistas, luego de una disminución de su contingente electoral, fueron puestos fuera de la ley por el gobierno de González Videla.

En estas condiciones de desigualdades y de reducida participación creadas por un sistema opuesto a la incorporación masiva de nuevos sectores, es evidente que la institucionalidad política podía mantenerse estable. Sin embargo, la dinámica de esas desigualdades crecientes se vio acentuada por otros factores tales como la migración y concentración de la mayoría de la población en los grandes centros urbanos, el aumento de la tasa de su crecimiento y la aceleración de la tasa inflacionaria en el último gobierno radical. Paralelamente, el contenido simbólico del sistema político contribuyó a generar las demandas de los sectores marginados en busca de oportunidades de tipo político. La incorporación de estos sectores no podía lograrse a través de los partidos políticos tradicionales sino que por la actuación de un elemento nuevo, como fue el movimiento ibañista.

Ibáñez: se inicia un cambio de valores

La elección de Ibáñez constituye un momento crítico en el desarrollo político de Chile. Implica, en

² Por contenido simbólico en este contexto se entiende la limitación que tienen algunos sectores sociales, por diversas causas (organización débil, falta de interés, orientación de la acción de gobierno), para lograr el acceso al gobierno, de modo que puedan influir en el proceso de decisiones o acogerse a las disposiciones normativas generales que regulan la acción del Estado.

efecto, la expresión inicial de un cambio de valores resultante de la naciente frustración de una mayoría del electorado respecto a los partidos políticos, de la incorporación de nuevos contingentes a la base electoral —principalmente el voto femenino— y de la independencia del control patronal que comienzan a demostrar algunos grupos como los campesinos.

El sistema político chileno se ve afectado también por el proceso de desarrollo de las décadas anteriores, limitado en su enfoque de la industrialización y desprovisto de mecanismos efectivos para controlar la inflación y redistribuir los beneficios del desarrollo. La movilización social —fruto de la alfabetización, la urbanización y la educación— no fue absorbida totalmente por el proceso de desarrollo que se reveló incapaz de brindar las oportunidades de movilidad social; de aquí la frustración y su expresión en la participación política³.

Esta mayor participación y las expectativas crecientes comienzan a tener una influencia desestabilizadora sobre el aparato institucional, sobre todo en el período de Ibáñez. Su gobierno se apoyó inicialmente en una coalición de innumerables fracciones de tipo caudillista cuya integración en el sistema se vio reforzada por las elecciones parlamentarias de 1953 en las que se presentaron 32 partidos. Desde los comienzos, esta coalición experimentó grandes conflictos tanto internos como con los partidos tradicionales que mantenían una actitud opositora. El proceso político se resquebrajó aún más, por cuanto el movimiento ibañista, carente de toda ideología y esencialmente populista, traía consigo la semilla de su propia desintegración.

El poder se centró en el Ejecutivo por medio de la manipulación de las demandas y presiones en conflicto y cualquier ímpetu de transformación se perdió en el inmovilismo que afectó al sistema. Las medidas del gobierno, facilitadas por la ley de facultades extraordinarias, no lograron transformar el sistema; por el contrario, la creación de nuevas instituciones aumentó el poder de los grupos burocráticos y extendió y diluyó el conflicto. La crisis económica proveniente de la contracción del mercado del cobre llevó al gobierno a aplicar una política de estabilización elaborada por la Misión Klein-Saks, con apoyo de los partidos tradicionales. Su fracaso dejó al Presidente prácticamente sin apoyo parlamentario en los últimos dos años y la inestabilidad ministerial —ca-



IBÁÑEZ: fracaso de una expectativa populista

racterística de todo el período— se tornó sumamente aguda reflejando las incoherencias de un gobierno que había caído en el inmovilismo total. Sólo hacia el final del período, una “combinación de administración” en el Congreso permitió la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia y el retorno del Partido Comunista a la legalidad, y asimismo la aprobación de la reforma a la ley de elecciones que iba a permitir el surgimiento de nuevas fuerzas políticas en el largo plazo.

Durante el período de Ibáñez se produce un aumento relativo de la participación política, pues los electores inscritos, que en 1952 sólo alcanzaban a un 38% de la población electoralmente hábil, llegan a un 46% en 1958⁴. Los partidos políticos no fueron capaces de capitalizar el descontento y de integrar nuevos sectores al sistema, sino que permanecieron encerrados dentro del juego intraparlamentario y del conflicto con el Ejecutivo, sin ampliar las clientelas electorales ya establecidas.

Sin embargo, hacia la mitad del período surgen dos organizaciones nuevas cuya influencia se acrecentará en los años siguientes: el FRAP, en 1956, —formado por las dos facciones socialistas, el Partido comunista y algunos grupos o partidos menores (De-

³ Ver Sunkel, *op. cit.*, *pass.*

⁴ Gil, *op. cit.*, p. 233.

mocrático del Pueblo, Democrático de Chile y Laborista) — y en 1957 el Partido Demócrata Cristiano, originado por la antigua Falange. Ambas fuerzas van a modificar substancialmente el sistema tanto por las alternativas reformistas que ofrecen, como por la movilización del electorado en la década siguiente.

Alessandri: compromiso hacia el pasado

La lucha electoral de 1958 se dio en cuatro frentes (más un candidato independiente, Antonio Zamorano H., "el cura de Catapilco"): los partidos Conservador y Liberal apoyaron a Alessandri, el Partido Demócrata Cristiano a Frei, el FRAP a Allende y el Partido Radical al Senador Bossay.

La imagen de austeridad y responsabilidad que Alessandri representaba, atrajo la votación femenina y le permitió una estrecha victoria sobre Allende, a quién perjudicó indudablemente la presencia de Zamorano hasta el final de la contienda. Al mismo tiempo, el sentimiento anti-radical impidió la formación de una coalición más amplia que habría podido asegurar su triunfo.

El candidato demócrata cristiano difundió a través de su campaña las bases de su partido en desarrollo y obtuvo un apoyo significativo del 20%. Se repetía el fenómeno de la "marca registrada", esencial para cualquier político que aspira a la presidencia⁵.

La fragmentación partidaria de la elección dio, una vez más, como resultado un gobierno caracterizado por un inmovilismo y empate de fuerzas, en el que la coalición de gobierno sólo pudo manejarse gracias al tercio de votos que controlaban sus partidos en el congreso y, a partir de 1961, al apoyo del Partido Radical. Este gobierno se caracterizó principalmente por un enfoque tecnocrático, ajeno a las demandas apremiantes de diversos sectores. Los tres partidos que lo apoyaron mostraron una orientación fundamentalmente conservadora y "comprometida hacia el pasado", reflejo de los intereses de los grupos que tradicionalmente habían tenido acceso al poder.

Las reformas planteadas, coincidentes con las de la "Alianza para el Progreso", fueron pasos tímidos y llenos de cortapisas legales que, unidos a la indecisión gubernamental, constituyeron gestos sim-



ALESSANDRI: enfoque tecnocrático que ignoró demandas de amplios sectores

bólicos frente a la transformación que exigía el país. El descontento resultante, movilizado hábilmente por la Democracia Cristiana y el Frente de Acción Popular, terminó por desplazar al Frente Democrático —coalición de los partidos de gobierno—. Esto produjo una polarización de fuerzas alrededor de los dos candidatos —Frei y Allende— después del "naranjazo" en la elección de un diputado por Curicó en marzo de 1964. En consecuencia, un electorado cada vez más numeroso se inclinó hacia la izquierda moderada y extrema como lo prueban los resultados electorales de 1961 y 1963.

La posibilidad de alternativas como las ofrecidas por la Democracia Cristiana y el FRAP en 1964, que planteaban una transformación total del orden socio-económico, permitió la supervivencia de la institucionalidad del país dentro de los marcos tradicionales, pero ello llevaba en sí la erosión del antiguo orden legal.

Frei: la reforma como estrategia para el desarrollo

La campaña presidencial de 1964 obligó finalmente al electorado a pronunciarse definitivamente entre dos planteamientos que buscaban superar el estancamiento del país. Los dos programas contemplaban una reforma integral, tanto en lo político como

⁵ *Ibid.*, p. 252.

en lo social y económico. En esencia eran muy semejantes pero diferían en términos del énfasis que daban a aspectos relacionados principalmente con la política exterior. Los Partidos Conservador y Liberal se sumaron al movimiento demócrata-cristiano sin garantías de éste y con la tajante afirmación de Frei de que su programa no se transaba.

Sin embargo, la campaña freísta después del "naranjazo" adquirió fuertes tonos anticomunistas que no fueron desautorizados por la Democracia Cristiana: ambas candidaturas habían adquirido una dinámica y cohesión crecientes desde las elecciones de 1963 y ese tipo de propaganda le daba un margen favorable a la D. C., sobre todo gracias al cada vez más numeroso contingente electoral femenino. Así, Frei ganó la elección con el 56,1% de los sufragios, contra un 38,9% de Allende y 5% de Durán. Esta posición extremadamente favorable de Frei se vio reforzada más tarde en la elección parlamentaria de 1965 en la que obtuvo 82 diputados y completó 13 senadores en la Cámara Alta ⁶.

El anuncio de "treinta años para la Democracia Cristiana" que expresaba el optimismo derivado de la fuerza que éste demostraba, debió enfrentarse al conjunto de elementos que a la fecha conformaban el sistema político.

En primer término, la polarización de fuerzas en dos candidaturas hizo del partido Demócrata Cristiano un conglomerado de variados sectores sociales y económicos: desde los sectores tradicionales que lo apoyaron por temor al marxismo, pasando por vastos sectores medios, hasta campesinos y obreros. Ello creaba contradicciones que minaron la capacidad del gobierno para llevar a cabo su programa sobre la base de una movilización continuada. Esta situación debía surgir, sobre todo porque el plan de gobierno era integral y estaba enfocado hacia múltiples áreas políticas y sociales, con fuerte énfasis en políticas redistributivas.

En segundo lugar, se había producido la movilización masiva de los sectores marginados que vieron así la posibilidad de integrarse en el sistema político. La participación electoral había aumentado de 1.497.902 electores en 1958 a 2.895.165 en 1964 ⁷. Pero fracasaron los mecanismos de integración que pudiesen dar real significación a esa mayor participación. Por un lado, al restringirse la base de apoyo del gobierno sólo al Partido Demócrata Cristiano, se



FREI: no logra romper el inmovilismo político

reforzaron las estructuras de poder tradicionales y el conflicto se centró en las relaciones del ejecutivo con el legislativo, con los demás partidos y con las asociaciones y grupos de intereses que ya participaban en el sistema. Por otro lado, el partido de gobierno no tuvo la capacidad para transformar la movilización electoral en un apoyo permanente a su programa, sino que prefirió equilibrar las expectativas de los diversos sectores que le eran más adictos. Quiso tranquilizar a los que vivían atemorizados por el fantasma de una revolución social; intentó respaldar las expectativas de "soluciones rápidas y sin sacrificios" de la clase baja y sectores obreros y artesanales no organizados; y alentó las expectativas de aquéllos que recién se movilizaban masivamente, como es el caso de los campesinos que habían recibido promesas concretas para realizar la reforma agraria total ⁸.

⁶ *Ibid.*, p. 329.
⁷ *Ibid.*, p. 233.

⁸ Cf. A. von Lazar y L. Quirós, "Chilean Christian Democracy: Lessons in the Politics of Reform Management", *Journal of IA Economic Affairs* XXI (1968) pp. 51-72.

A pesar del consenso general sobre la necesidad de llevar a cabo una política de reformas, los factores señalados contribuyeron a aumentar los conflictos dentro del sistema pero con una diferencia: no se trataba ya de demandas y presiones de sectores específicos, sino de presiones masivas intensificadas por expectativas crecientes y por la ambigüedad en el proceso de decisiones.

Ello es el producto en parte de las características de la "reforma" como estrategia para el desarrollo. Ella consiste en disminuir las desigualdades sociales, políticas y económicas existentes entre los diversos estratos. Las dificultades surgen por cuanto implica, desde el punto de vista estratégico y táctico, enfrentar un conflicto con varios frentes en alianzas alternativas con los diversos participantes en el sistema; ello requiere necesariamente de un control sobre el ritmo y dirección del cambio social en la medida en que éste, por definición, es gradual y organizado. Asimismo, surge el problema de las prioridades y alternativas entre la participación política y los cambios socio-económicos. Existe un problema de concentración y expansión de poder que la fuerza gobernante debe definir y controlar. En este sentido, a pesar de los logros significativos de la democracia cristiana tendientes a impulsar la igualdad de todos los chilenos, el proceso se descontroló por factores institucionales y de estilo político.

El partido único de gobierno rompió el esquema tradicional de alianzas y coaliciones que había regido desde la Constitución de 1925. La rigidez impuesta por esta condición hizo que el gobierno tuviera que enfrentarse a una oposición creciente durante todo el período, lo cual redujo su capacidad de negociación ante un Congreso en que aquélla controlaba por lo menos los dos tercios del Senado.

Esto hizo más lenta la dinámica de las reformas planteadas y la variable tiempo comenzó a pesar frente a las demandas masivas de estos sectores. De aquí que el gobierno comenzara a perder el control sobre el proceso de cambio tanto por el endurecimiento de la oposición como por las frustraciones de los sectores obrero y campesino que comenzaron a adoptar posiciones extremas o a buscar otras formas para acelerar el proceso de transformación. Aún el partido de gobierno tuvo que sufrir este proceso con la división que experimentó a mediados de 1969 y que dio origen al MAPU⁹. Otros sectores comenza-

ron a hacer uso creciente de instrumentos directos de presión como huelgas, tomas y manifestaciones de protestas. Ello llegó a afectar a instituciones gubernamentales como el Poder Judicial y el Ejército en el movimiento de octubre de 1969. La participación política alcanzada ya a comienzos del régimen agravó esta situación en la medida en que la presión impidió generar el poder necesario para implementar la transformación socio-económica que se requería.

Esto resulta especialmente claro en el caso de la Promoción Popular. De hecho, ésta sólo pudo funcionar como organismo asesor de la Presidencia de la República. Diversos factores contribuyeron a limitar este proyecto de superación de la marginalidad definido por el programa demócrata cristiano.

En primer lugar, las metas planteadas durante la campaña se caracterizaron por su imprecisión y un matiz demagógico con el propósito de movilizar a los grupos de bajos ingresos, sin que se advirtiese que su cumplimiento iba a estar sujeto a la negociación una vez que el PDC llegase al poder. Segundo, el programa de la Promoción Popular, a pesar de su orientación partidista, hizo que la democracia cristiana no se comprometiera firmemente con él. Tercero, el enfoque paternalista de los programas y también de los promotores creó la desconfianza entre los pobladores y, al mismo tiempo, diversos conflictos por la falta de comunicación entre la Consejería y los presuntos beneficiarios. Más tarde, se trató de usar este organismo como un instrumento político, hecho que suscitó las sospechas de los pobladores y sobre todo de la izquierda. El Partido Comunista logró organizar con bastante éxito células en las poblaciones al demostrar su apoyo y atención a los problemas particulares de ellas. En numerosas oportunidades pudo infiltrarse en las organizaciones locales establecidas por Promoción Popular para ejercer presión desde adentro y demostrar la ineffectividad del programa.

Todo ello creó la violenta oposición a la institucionalización de la Promoción Popular como organismo gubernamental. El mismo PDC perdió su interés inicial por el programa y lo dejó languidecer. En todo caso, el programa tuvo desde el punto de vista del gobierno un doble efecto: movilizó a los pobladores creando nuevas expectativas pero no pudo desarrollar su identificación con el Partido¹⁰.

Los intentos de crear el paralelismo sindical fra-

⁹ Movimiento de Acción Popular Unitaria.

¹⁰ Cf. A. von Lazar y L. Quirós, op. cit.

casaron y la CUT, controlada por los partidos de izquierda, pudo mantener su supremacía acrecentada por la mayor sindicalización. Los campesinos no fueron integrados al sistema. Por el contrario, permanecieron como un sector representado parcialmente por los diversos partidos y sus organizaciones sindicales propias. La política de reforma logró efectuar cambios basándose en una situación económica favorable, derivada del comercio exterior, la que permitió absorber la presión por obtener beneficios sociales, pero no resolvió el problema tradicional del insuficiente aumento de la productividad.

Básicamente, el inmovilismo del sistema político sobrevivió al intento reformista demócrata cristiano.

La participación real en las decisiones de gobierno reflejó sólo parcialmente la ampliación de la base electoral, pues aquellas quedaron sujetas a las directivas de los partidos, de los grupos tecnocráticos en la administración pública, de los sectores empresariales y sindicales con acceso al poder o de los grupos que por su ubicación dentro del sistema podían presionarlo en forma crítica. En el fondo, el desarrollo quedó siempre sujeto a la capacidad y voluntad de esos grupos para absorber el costo que éste implicaba.

En un plazo tan breve y a pesar de esta situación económica positiva, los problemas del empleo, de las oportunidades de movilidad social y, en general, de las desigualdades no pudieron ser resueltos y en 1970 el país se enfrentó a una nueva decisión entre tres alternativas.

Allende: capacidad de decisión

Los acontecimientos de los dos últimos años son difíciles de analizar por su carácter inmediato y por el hecho de que el actual gobierno ha cumplido sólo diez meses en el ejercicio del poder. Muy pocas veces en la historia de Chile se han acumulado tantos hechos en un período tan breve. Ningún país en desarrollo ha podido soportar las tensiones desatadas por procesos políticos como los que ha experimentado el nuestro en los últimos seis años, sin que se haya producido la ruptura de la continuidad institucional. Pero el tradicional respeto del chileno por la constitucionalidad de un régimen hizo posible el resurgimiento de los partidos políticos opacados por el



ALLENDE: desempeña un papel personal decisivo para los logros de la Unidad Popular

predominio demócrata cristiano. El Partido Nacional tenía su candidato en la persona del ex-presidente Alessandri. Éste, que había mantenido su prestigio y simbolizaba "el retorno a la tranquilidad" para los grupos afectados por los cambios, anunciaba su candidatura a fines de 1969, semanas después del "tacnazo".

Para la Democracia Cristiana era imposible enfrentar esta elección sin una alianza con otras fuerzas políticas. Así lo planteó Radomiro Tomic antes de ser candidato, en un llamado a formar una unidad popular en una alianza con la izquierda. El hecho de ser la Democracia Cristiana el partido mayoritario lo convertía necesariamente en el eje de una eventual coalición. Esta posición no fue aceptada por los partidos de izquierda. En consecuencia, la candidatura de Tomic quedó restringida al apoyo de su partido y de fuerzas independientes.

La izquierda formó la coalición de los partidos Socialista, Comunista, con el sector de izquierda del

¹¹ Ver Aníbal Pinto, op. cit.

Partido Radical, el MAPU y otros movimientos menores. Después de una larga negociación surgió nuevamente la candidatura de Allende.

La campaña estuvo marcada por una violencia mayor que las anteriores. Finalmente, y por un estrecho margen, venció la Unidad Popular mientras diversos grupos trataban de impedir su acceso al gobierno a través de múltiples intentos que culminaron con el asesinato del General Schneider días antes de ser ratificado Salvador Allende como Presidente de la República.

Los diez meses de gobierno de la Unidad Popular han demostrado su capacidad de decisión para llevar a cabo el programa de las "Cuarenta Medidas", no obstante las dificultades de orden económico y político que ha debido enfrentar.

Esta capacidad de decisión se ha basado en diversos factores. En primer lugar, más que la paralización inicial de la oposición, se ha debido a la iniciativa política del gobierno quien supo utilizar disposiciones legales —mantenidas con carácter simbólico por años— para legitimar las medidas de transformación establecidas en su programa en vista de la creación del área de propiedad social y mixta.

Esta iniciativa ha sido posible por cuanto la coalición de gobierno ha logrado mantener una suficiente cohesión y un criterio común que incluso le ha permitido superar las recientes divisiones del Partido Radical y del MAPU. Al mismo tiempo, un factor importante ha sido —y es— el rol desempeñado por Allende en la proyección de las reformas hacia todo el país, gracias a sus contactos directos con los diversos sectores y a su capacidad para arbitrar los conflictos internos de la coalición de gobierno. Además, ha conseguido la integración de las Fuerzas Armadas al proceso de cambio, incorporándolas a las tareas de ejecución de las políticas iniciadas en el sector económico.

Esa misma actitud se ha manifestado en el campo internacional con sus recientes giras a Argentina y los países del Área Andina, lo que le ha permitido neutralizar las reticencias y reservas que pudieran manifestarse en los países vecinos; además su reconocimiento al "pluralismo ideológico" sienta las bases para un diálogo latinoamericano, por sobre las diferencias existentes entre los regímenes políticos de la región. El apoyo de los trabajadores a la gestión del gobierno y su integración al sistema político por medio de las nacionalizaciones y estatizaciones ha

sido otro factor que ha permitido afirmar este proceso de transformación. Finalmente, la integración de estudiantes, técnicos e intelectuales ha resultado en un refuerzo de este proceso de transformación. Sin embargo, las dificultades que se enfrentan son numerosas. Por un lado, la oposición de la Derecha y de sectores de la Democracia Cristiana está cristalizando, y por otro, se han desarrollado grupos extremistas, tanto de izquierda como de derecha, que constituyen una amenaza al régimen con consecuencias imprevisibles. Además dentro de la coalición de gobierno existe una inestabilidad latente por las diferencias ideológicas y de intereses entre los partidos que la conforman —y aún en algunos casos dentro de ellos mismos— frente a la dirección y dinámica del proceso. Hasta el momento el único partido que demuestra un compromiso con el programa y al mismo tiempo una actitud realista frente a la complejidad de lo que significa esta transformación —tanto en sus aspectos internos como internacionales— es el Partido Comunista; por ello se ha convertido en el partido clave de la Unidad Popular.

Otro factor de importancia para el gobierno es la necesidad de movilizar a los sectores que lo apoyan, tarea que ha descansado más en el Presidente de la República que en los partidos. Es un hecho manifiesto que algunas de las organizaciones no han podido superar las perspectivas de patronazgo político para sus militantes o la actitud ancestral de oposición que aún mantienen dentro del gobierno y que se expresa en la conducta sectaria e inconformista de algunos líderes y militantes.

Conclusión: necesaria reforma del sistema político

La trayectoria del sistema político de Chile en las dos últimas décadas ha producido un desequilibrio paulatino entre éste y el desarrollo de los sistemas económico y social del país. El desarrollo político se ha medido casi exclusivamente por su capacidad de absorber dentro de la estabilidad la mayor participación electoral. Pero, permanecen encubiertas tensiones acumuladas respecto de lo que son las expectativas de una nación que mayoritariamente y de manera reiterada se ha pronunciado por superar las condiciones del subdesarrollo.

El problema fundamental subsiste, en cuanto el desarrollo —cualquiera sea su orientación— es un

proceso integral que requiere de la máxima participación de la población y que va más allá de la elección de sus dirigentes. Requiere de mecanismos de integración política, como los partidos políticos y organizaciones gremiales, que respondan a los intereses de sus miembros con perspectivas hacia el futuro. El cambio implica la decantación de intereses opuestos y, por ende, el enfrentamiento más intenso de demandas no negociables entre los diversos sec-

tores, que desembocan en tensiones y eventualmente en la crisis del sistema.

Si se ha optado por la vía pacífica para el cambio, es imprescindible la reforma del sistema político para hacerlo capaz de absorber en términos reales la mayor participación en función de los objetivos del cambio y darle así un verdadero contenido a las expectativas de la mayoría. Ese es el factor central de un sistema auténticamente democrático.

"La sociedad actual reconoce al hombre igualdad de derechos políticos, pero le niega, con frecuencia, su libertad espiritual, base de toda democracia, y más aún, lo que constituye la democracia económica, esto es las oportunidades para que pueda prepararse, educarse, actuar como hombre libre y responsable".

Alberto Hurtado, s. j.

(*Sindicalismo*, p. 39)

"El marxismo y el totalitarismo en medio de sus exageraciones han hecho un llamado a las masas para reparar la justicia violada por la economía liberal, y si han encontrado en ellas un eco profundo ha sido, más que por sus errores, por el alma de verdad que encierran, por su clamor en pro de la justicia". "Nosotros somos solidarios de todos los espíritus que buscan honradamente la verdad".

Alberto Hurtado, s. j.

(*Humanismo social*, pp. 138, 144).

"La política tiene una función social y, precisamente porque los políticos están más altamente colocados, porque tienen una labor directiva, de ellos ha de venir al país un ejemplo de moralidad privada y pública, de honradez, de sobriedad de vida, de trabajo, de consagración al bienestar nacional".

Alberto Hurtado, s. j.

(*Humanismo Social*, p. 161).

LA IGLESIA CATOLICA CHILENA EN LOS ULTIMOS 20 AÑOS



ALBERTO HURTADO: generó el sentido social entre los cristianos

Pablo Fontaine A., ss. cc.

El presente artículo no pretende entregar una crónica completa de los hechos vividos por la comunidad católica en estos años, ni menos entrar en un análisis científico de esta realidad. Tamaño trabajo daría para un libro. Me limito simplemente, con ocasión del vigésimo aniversario de **Mensaje**, a señalar algunas etapas en la marcha de esta Iglesia y a ilustrarlas evocando acontecimientos y figuras sobresalientes.

Hacer historia de la Iglesia, aun en esta escala modesta, trae un doble peligro: el primero es presentarla tan divina que se interpreten sus vacilaciones como prudencia, sus cambios como agilidad y sus rigideces como fidelidad; el segundo es juzgarla malévolamente de tal modo que cada uno de sus pasos en el cambiante escenario en que debe moverse, quede bajo la sospecha de oportunismo o sectarismo.

Lo mejor es mirar el paso de la Iglesia con realismo y limpieza, sin admirarse de que, en Ella, la fibra política, que la lleva a buscar sobrevivir e influir, esté estrechamente enlazada con la fibra evangélica, que la hace responsable de decir a Cristo a los hombres de hoy; tanto es así que no resulta fácil discernir lo uno de lo otro.

Considerando esta historia de veinte años, tal vez no sepamos indicar siempre dónde empieza el sentido de la fe y dónde termina la habilidad política. Ni qué relación hay entre ambas cosas, porque puede ser que el esfuerzo por la supervivencia de la Iglesia, en último término esté puesto precisamente al servicio de la fe. Es ésta una condición de la Encarnación que no debería desconcertar a nadie. Otra cosa es saber, en cada caso, cómo juegan las motivaciones más o menos oscuras, más o menos puras de todo esto. Nos baste reconocer que así se da ine-

vitiblemente la peregrinación por el mundo, de los que llevan consigo este anuncio de Cristo que tan sobradamente los supera.

Dividiremos este período, que va de 1951 a 1971, en tres etapas que se caracterizan por las diversas experiencias que ha ido haciendo la sociedad chilena y la forma cómo los católicos han enfrentado sus desafíos.

La primera etapa va de 1951 a 1958, época que precedió a la conciencia generalizada en nuestro país de que había que dar la batalla por el desarrollo. A esta primera etapa, que en realidad viene a ser el final de un período más largo en que incesantemente creció el sentido social del chileno, le he dado el nombre de "el tiempo de la sensibilidad social", recordando así una palabra que prevaleció en algunos círculos políticos, a fines de la década del 40.

La segunda etapa, 1958 a 1967, corresponde al entusiasmo por el desarrollo y a su consecuente repercusión en los sectores católicos.

La tercera etapa va desde 1967 hasta nuestros días, cuando en Chile, como en otras partes del mundo, el tema de la revolución liberadora está en el primer plano, y el entendimiento con el marxismo a la vez se amplía, se profundiza y se cuestiona.

1.— El tiempo de la sensibilidad social (1951-1958)

En septiembre de 1952, se iniciaba, apoyado por un vasto electorado popular, el gobierno del General Ibáñez que iba a continuar el proceso de industrialización comenzado en los años anteriores. Masas de trabajadores procedentes del campo, que se mantenía en atraso respecto a la ciudad, se agolpaban en poblaciones callampas cuya sola presencia constituía un permanente desafío a la conciencia de los chilenos.

Ese mismo año moría el P. Hurtado, dejando el recuerdo de su múltiple actividad y de su inagotable caridad. Dejaba también señalado un camino de preocupación social que iba a marcar la marcha de la Iglesia chilena en los años siguientes.

Esta ya había sido sacudida desde mucho tiempo atrás por obra de algunos "profetas" que señalaban el doloroso espectáculo de nuestra pobreza y pedían soluciones en el nombre del Evangelio. El movimiento obrero desde comienzos de siglo ya había tenido su organización, sus líderes y sus mártires.

"...Un partido político, aunque se proponga inspirarse en la doctrina de la Iglesia y defender sus derechos, no puede arrogarse la representación de todos los fieles, ya que su programa concreto no podrá tener nunca un valor absoluto para todos, y sus actuaciones prácticas están sujetas a error.

Es evidente que la Iglesia no podría vincularse a la actividad de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión".

"Debe dejarse a los fieles la libertad, que les compete como ciudadanos, de constituir particulares agrupaciones políticas, y militar en ellas, siempre que éstas den suficientes garantías de respeto a los derechos de la Iglesia y de las almas".

(Carta del Cardenal Pacelli al Episcopado chileno, 1934).

Desde la década del 30, en el campo católico figuras como la del Padre Fernando Vives habían suscitado el interés por las Encíclicas sociales y habían tenido que defender la tesis de que éstas tenían aplicación también en Chile, en contra de sectores de la aristocracia tradicional y del clero que sostenían la inoportunidad de las Encíclicas para este país.

En la época que aquí nos interesa, estaban ya lejanos esos días, así como las polémicas en torno a la legitimidad, para el católico, de militar en un partido que no fuera el Conservador. En su tiempo, esto había aparecido como una dolorosa división en el campo católico que había sido capaz de enfrentar, compacto y disciplinado, las luchas del siglo XIX. En junio de 1934, la carta del Cardenal Pacelli había puesto término a esta discusión e implantado un criterio que tendría gran importancia en el quehacer político de los católicos en años posteriores. El nacimiento de la Falange, desprendida del tronco Conservador en 1938, había dado una expresión concreta a esta posibilidad e iniciado una historia de tensiones entre católicos que perdura hasta nuestros días. En la década del 40 la Falange, que no sólo había dejado el Partido Conservador sino que presentaba frente común con los comunistas en las elecciones, tuvo que sufrir de la Jerarquía de entonces ataques muy fuertes que casi la llevaron a su disolución entre los años 47 y 49.

Por motivos que también tocaban lo social, se dieron grandes tensiones entre la Jerarquía y la juventud, las que terminaron con la disolución de la ANEC y de otras directivas de la Acción Católica Juvenil.

A partir del año 50, si bien los católicos continuaban divididos en lo político, puede decirse que "lo social" como tal era ya algo adquirido y venía a ser más bien un factor de unidad, bajo el liderazgo de Don Manuel Larraín y otros, y el recuerdo del P. Hurtado cuyos discípulos continuaban eficazmente su obra.

La preocupación del momento, en la mayoría, no era tanto el cambio global de la sociedad. Se tendía más bien a la multiplicación de las ayudas individuales, a la ayuda que se presta a tal o cual pobre concreto, a compartir las condiciones de vida del pobre, a fustigar el derroche de los ricos, etc. Fue el tiempo en que muchos llegaban a prestar su ayuda en las callampas santiaguinas y en las de otras ciudades grandes. Ya desde antes, 1948, las poblaciones Nueva la Legua y Los Nogales eran atendidas por sacerdotes que vivían en ellas, dentro de condiciones muy precarias. Desde 1951, muchos universitarios reemplazan la acción asistencial de las Conferencias de San Vicente por la acción social en "San Manuel", y en torno de estos trabajos se

"No es raro encontrar quienes entiendan mal la doctrina de la Iglesia sobre la caridad. Es cierto que ella coloca a la caridad como la más perfecta de todas las virtudes, pero no a una caridad que desconoce a la justicia, no a una caridad que hace por los obreros lo que ellos deberían hacer por sí mismos, no una caridad que se goza en dar como favor, atropellando la dignidad humana, aquello que el obrero tiene derecho a recibir. Esta no es caridad sino su caricatura. **La caridad comienza donde termina la justicia**". (p. 137).

"Tan sólo depende de cada ciudadano en una ínfima medida suprimir la miseria y la desocupación, dar a millones de hombres, desnutridos, alojados como perros, y reducidos a la desesperación, un alimento suficiente, una vivienda salubre y las condiciones esenciales de la moralidad. No podemos cambiar rápidamente el curso de la historia.

Pero una cosa depende de nosotros y esa siempre es posible. Aunque aceptemos el mal como una fatalidad provisoriamente invencible, no lo justificamos como si fuese el bien absoluto. Constreñidos a los actos viciados por las condiciones que nos dominan, podemos salvar al menos la pureza de nuestro juicio; podemos al menos afirmar que no es buena ni digna de ser inmovilizada para siempre una arquitectura social que hace nacer la miseria de la abundancia y la desocupación de la ingeniosidad técnica; que hace al trabajo esclavo y al dinero rey". (pp. 141-142).

(P. Hurtado: "Humanismo Social"), 1947.



MANUEL LARRAIN: une a los cristianos en torno a "lo social"

produce un florecimiento de vocaciones sacerdotales y laicales.

Cristianos y comunistas se encontraban en esas poblaciones en trabajos diversos y paralelos. Los comunistas creaban células y daban formación política, sin mucha preocupación por las necesidades inmediatas de esas personas, lo que precisamente era la preocupación en que se gastaba todo el esfuerzo de los cristianos.

Mientras tanto el Hogar de Cristo, la Obra Mi Casa, ASICH, etc., daban un cauce concreto a todos esos ideales sociales.

Por los mismos años, siempre en la época que va del 51 al 58, brillaba en el mundo católico la experiencia de los sacerdotes obreros, mientras se extendía entre nosotros la espiritualidad de pobreza y oración de los hermanitos de Foucauld, cuya fundación en Chile había sido impulsada también por el P. Alberto Hurtado.

Los Movimientos de Acción Católica especializada crecían en desmedro de la Acción Católica general. Se miraba especialmente hacia los Movimientos obreros, sus métodos, sus avances especialmente en Francia y Bélgica, sus primeros frutos entre nosotros. También otros Movimientos como la AUC, la JEC, etc.

De estos Movimientos surgían muchas vocaciones sacerdotales que, en esos años, llenaron los Seminarios diocesanos y los noviciados de las Congregaciones religiosas. Los seminaristas de ambos cle-

ros empezaron entonces a conocerse y a trabar amistad, lo cual tendría bastante importancia en la vida de la Iglesia en los años que siguieron.

Todo este movimiento social y vocacional se alimentaba de una piedad litúrgica y una lectura bíblica que contaba con el aprecio casi espontáneo de la juventud. El Evangelio era leído en el pobre. Puede decirse que la espiritualidad de esta época, por lo menos en los Movimientos juveniles, en los Seminarios y en los equipos sacerdotales era más que nada una preparación interior para ir en ayuda del pobre y una participación espiritual de su condición. La liturgia, que empezó arqueologizante e intelectual, logró una gran dignidad y belleza en el tiempo de los Misales de los fieles, de las casullas góticas y del esplendor de nuestro canto gregoriano. A fines de este período, llega la influencia de los grandes movimientos de la Iglesia europea que más tarde van a converger en el Concilio: movimiento bíblico y patrístico, nueva teología, renovación radical de la liturgia, etc.

Durante todo este período, la Iglesia chilena fue avanzando siempre en el sentido de lo social. Los mismos miembros del clero y del laicado que frente a tal o cual nueva realidad se asombraron, poco a poco fueron descubriendo que el Evangelio pasaba por esas realidades sociales que habían resistido. Y tuvieron que reconocer que muchas posiciones que habían defendido por tradicionales, eran simplemente la expresión de una defensa de intereses a los que la misma Iglesia había estado ligada.

El pluralismo de opciones políticas entre los católicos, la sindicalización campesina, la reforma agraria, fueron pasando a ser cosas aceptables después de haber sido objeto de total anatema.

Es explicable que los hombres de Iglesia como cualquier hombre caminen inconscientemente apegados a esquemas mentales del pasado y a intereses personales. Cuando se desprenden de éstos, lo hacen en virtud de una libertad evangélica, pero a la vez de un nuevo cálculo humano, ya que entre tanto el centro de gravedad ha cambiado.

Cuando la Iglesia chilena empieza a tomar sus distancias respecto a la aristocracia terrateniente, lo hace por la libertad de la Iglesia y amor a la justicia, pero a la vez, va logrando sin advertirlo, su propia supervivencia y un lugar en el mundo que nace. Escandalizarse de ello es desconocer la condición humana en que la Iglesia sufre y trabaja.

2.— La euforia del desarrollo (1958-1967)

Durante la década del 50, América Latina tomó conciencia aguda de su situación de subdesarrollo. Frente a esta situación, y bajo el signo del optimismo "cepalino", la orden del día fue "despegar" e iniciar nuestro desarrollo a toda prisa, pues nos íbamos quedando atrás en la carrera de los pueblos por obtener su bienestar.

En Chile, este pensamiento pasó a la calle y se hizo tema de conversación en los últimos años de la presidencia Ibáñez, continuó durante el gobierno de Alessandri y llegó a su mayor intensidad en el período de Frei.

Con la palabra "subdesarrollo" puesta de moda, se indicaba que nuestros males eran estructurales, que no sólo teníamos pobres en Chile; éramos casi constitutivamente pobres y lo éramos con todo el Tercer Mundo cuyo difícil destino compartíamos.

No parecía posible salir de este estado sin un cambio profundo de estructuras económicas, sociales y políticas del país. En la mitad de este período, y como una alternativa frente a la revolución marxista según el modelo cubano, nacía la "Revolución

"El cristiano debe favorecer las instituciones de reivindicación social y, si le corresponde, participar en ellas. También tendrá que apoyar cambios institucionales, tales como una auténtica reforma agraria, la reforma de la empresa, la reforma tributaria, la reforma administrativa y otras similares". (p. 581).

"El comunismo se opone diametralmente al cristianismo". (p. 582).

"El querer servirse del comunismo para escalar el poder con la intención de no seguir sus dictámenes y de oponerse a su acción, una vez conseguido éste, constituye una inmoralidad que no se puede justificar y supone una falta de talento y de perspicacia de parte de los comunistas, muy ajena a la realidad". (p. 584).

"Que esto no haga olvidar empero a los católicos que la Iglesia ha condenado los abusos del liberalismo capitalista. Más aún, la Iglesia concretamente no puede aceptar tampoco que se mantenga en Chile, como ya lo hemos dicho, una situación que viola los derechos de la persona humana, y por ende, la moral cristiana".

"Es deber imperioso y urgente de los católicos el procurar una renovación profunda y rápida de ese estado de cosas no cristiano" (p. 584).

Pastoral colectiva del episcopado chileno: "El deber social y político en la hora presente", 1962 (Mensaje, 1962, nº 114).

en Libertad" que se proponía realizar este cambio dentro de la legalidad, reformando el sistema capitalista sin llegar al socialismo.

Los jóvenes católicos empezaron a mirar con menos interés las acciones en las poblaciones callampas. Se habló de "paternalismo", de "caridad de arriba hacia abajo" y de "poner parches" pero sin atacar los males en su globalidad. Se advertía que al solucionar un problema surgían cien nuevos problemas y que el ancho de nuestra miseria seguía aumentando a pesar del progreso técnico del país.

Los sacerdotes "modernos" del momento lanzaban ardientes predicaciones en las iglesias para tocar las conciencias de los ricos, pero esta predicación, aun cuando tenía éxito, corría el riesgo de permanecer ineficaz y aumentaba la sensación de que se requería algo más que una suma de conversiones individuales.

Entonces, muchos sintieron que lo social no podía aislarse de lo económico y de lo político, y se volcaron hacia la acción política. Aparecieron los sacerdotes sociólogos y economistas, lo que ya significó un primer cuestionamiento del papel sacerdotal.

Esos laicos y sacerdotes ayudaron directa o indirectamente a que la antigua Falange, tantas veces puesta en entredicho, se convirtiera en la poderosa Democracia Cristiana que crecía día a día, animada por el ejemplo de los partidos europeos del mismo nombre, inspirada siempre en el humanismo que Maritain había formulado, y estimulada por la euforia general del desarrollo y del cambio estructural.

El éxito creciente de la Democracia Cristiana fue orquestado por la creación del Centro Bellarmino (1959), la Alianza para el Progreso (1961), las Cartas del Episcopado chileno sobre la situación del campesinado y sobre el Deber Social y Político de los católicos (1962), el estímulo de Don Manuel ("el desarrollo es el nuevo nombre de la paz"), el Concilio Vaticano II (1962-1965) para llegar a su cumbre con la ascensión de Frei al poder en 1964.

En el mismo período, muchas cosas sucedían también en torno al quehacer propiamente pastoral, acontecimientos que no eran ajenos a lo que el país estaba viviendo en la esfera de lo político y socio-económico.

En el verano de 1957, un grupo de universitarios había ido a Valdivia a trabajar como obreros de fábrica, acompañados por dos sacerdotes y esti-

mulados por el obispo de esa diócesis, Monseñor Santos. La finalidad primera era compartir la vida del obrero y conocer así su realidad de cerca; pero también se aprovechó esta experiencia para hacer una encuesta en el medio, que debía indicar su mentalidad y opiniones en diversas materias. La encuesta produjo honda impresión en los medios católicos, pues revelaba que el mundo obrero está increíblemente lejos de la Iglesia, teniendo, por lo demás, un espíritu realmente evangélico y un sentido religioso profundo. La pregunta del Padre Hurtado "¿Es Chile un país católico?" empezaba a tener una respuesta claramente negativa.

Vino luego todo un período de investigación científica sobre la práctica religiosa en nuestro país. Se aprendió a tener los ojos más abiertos sobre la realidad de la Iglesia y de los cristianos. Ya no se dijo sólo que el mundo obrero estaba lejos; se dijo lo mismo del mundo de los técnicos y profesionales, de los artistas y de los políticos. Simplemente la



En 1962 el Cardenal Raúl Silva Henríquez empieza la reforma agraria en tierras de la Iglesia

Iglesia estaba lejos del mundo, de todo el mundo. La palabra "descristianización" recorrió los artículos, las prédicas y las reuniones de católicos.

Se tomaba conciencia de que así como la sociedad padecía males estructurales que sólo podían ser abordados en su conjunto, la descristianización era masiva, obedecía a causas comunes y debía ser enfrentada también globalmente.

Surgió entonces la Pastoral de conjunto con su división en zonas, decanatos y parroquias y con sus departamentos especializados. Se trataba de organizarse como un ejército en batalla, hacer que cada responsable apostólico se sintiera parte de un todo

"La Iglesia en Chile ha actuado como si fuera una fuerza "mayoritaria" y la realidad es que constituye una "minoría". Es cierto que un buen porcentaje de la población se declara católica (85 a 90%) cuando es interrogado en los censos. Pero debemos rendirnos a la realidad: los católicos efectivos y no sólo de nombre, los que son influenciados por la Iglesia en materias de importancia, los que actúan como católicos, son una minoría". (p. 3).

"Sería de mucha importancia y daría mucha luz sobre las posibilidades reales con que contamos, saber con exactitud los recursos humanos y materiales de que podríamos disponer si aprovecharamos todo lo susceptible de integrarse en una pastoral de conjunto". (p. 5).

"El apostolado directo se realiza en primer lugar en lo eclesial". (p. 8).

"El apostolado directo se realiza también en lo temporal. Hay en lo temporal un valor religioso que la Iglesia debe cuidar. Luchando contra el pecado la Iglesia restituye al hombre su "capacidad indefinida de adhesión", que lo hace susceptible de ordenarse a Dios. Y en las actividades humanas concretas la corrección del acto en su prosecución del fin próximo temporal, hace posible su ordenación al fin último. Dentro de su competencia religiosa, cabe pues, a la Iglesia una acción sobre lo temporal. Podemos llamar a este apostolado "inspiración cristiana" de lo temporal". (p. 8).

"El apostolado indirecto tiene por objeto la construcción del mundo; pero no de cualquier manera, sino un mundo plenamente temporal y abierto a la ordenación al fin último. En la acción con que se construye el mundo buscará el cristiano el fin próximo temporal, cuidando que efectivamente quede "abierto" y de referirlo él explícitamente a Dios. Así la construcción "correcta" de la civilización temporal contribuye indirectamente a la edificación del Reino de Dios. Este apostolado podemos llamarlo "construcción de lo temporal con inspiración cristiana". (p. 8).

Situación real de la pastoral en Chile, 1962

más amplio, y tener en cuenta los diversos hilos que atraviesan la gran ciudad y aun el país.

La misma palabra "pastoral" se puso de moda y sirvió de apellido a muchos sustantivos. Se habló de caridad pastoral, criterio pastoral, organización pastoral. Con ello se quería aludir vagamente a muchas cosas a la vez: necesidad de atenerse a lo real, preocupación por los no creyentes o no practicantes, deseo de acercar la Iglesia al mundo, búsqueda de una mejor imagen de la Iglesia, etc.

Estas preocupaciones convergieron en la Semana Nacional de Pastoral de 1960, dirigida por el canónigo Boulard y el P. Motte, especialistas en sociología religiosa que habían colaborado en la reorganización de la arquidiócesis de París.

Desde ese momento, no se detendría más la ola de "novedades pastorales" que cada cierto tiempo conmovió la Iglesia. Cada uno de los esfuerzos que se desplegaron fue provechoso, aunque ciertamente las esperanzas puestas en ellos superaron el fruto real.

Primero vino el Plan Pastoral, un esfuerzo muy serio por detectar la realidad religiosa del país, tomar conciencia de nuestro estado de misión y fijar prioridades a la acción. Fue el momento en que se habló mucho de la diferencia entre una Iglesia en cristiandad y una Iglesia en misión, lo que sensibilizó para acoger la problemática del Concilio.

El año 63, y en algunas partes con anterioridad, tuvieron lugar las Misiones generales en muchos puntos del país. Frecuentemente se las juzgó con criterio político, porque ya estábamos en vísperas de las elecciones, pero ciertamente significaron una revitalización de la fe.

Más adelante vino el Postconcilio con sus cambios litúrgicos (lo más notorio para la opinión pública) y sus jornadas de aggiornamento para sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos.

Fue una época de efervescencia apostólica en que, junto con estas nuevas experiencias pastorales, se iniciaban los acercamientos ecuménicos y se proponían los cambios estructurales de que se habló más arriba. Toda esta acción era impulsada por un episcopado que durante esa década había sido renovado en una buena parte gracias a la gestión del Nuncio Sebastián Baggio, cuyo paso por este país fue de enorme importancia. El nombramiento de varios obispos jóvenes que habían sido asesores de Acción Católica y representaban el pensamiento de

una parte importante del clero y laicado más activo, significó una gran esperanza.

En 1967, se iniciaba la era de los Sínodos en el país, como una forma de aplicar el Concilio en nuestra patria. A pesar de sus valores innegables como reflexión común y celebración de la fe, de estudio en torno al Concilio y revisión de nuestra Iglesia, muchos de estos Sínodos no llegaron a una aplicación realista y sus conclusiones quedaron letra muerta.

En estos Sínodos empezaron a mostrarse algunas tensiones que eran un anuncio de lo que la Iglesia iba a vivir en los años siguientes. Especialmente en el Sínodo de Santiago se produjo un claro rechazo de las posiciones de los empresarios cristianos por parte del sector obrero. Esta mutua incompreensión entre los Movimientos de Acción Católica Obrera y los otros Movimientos de Iglesia permanecerá hasta nuestros días.

Terminaba así una época, marcada por el Concilio, época de optimismo y esperanza. Juan XXIII, Paulo VI, Cardenal Silva, Frei y muchos otros, fueron nombres que simbolizaron una Iglesia en cierto modo triunfante, al menos, muy entera, segura de sí misma y suficientemente modernizada para enfrentar la tarea de su propia reforma y constituirse en fermento del mundo que se descristianizaba.

Una espiritualidad "para el desarrollo" animó el quehacer de nuestra Iglesia en este período. El cristiano ideal era el que aprovechaba al máximo sus talentos y todas las herramientas que le proporcionaban las ciencias, para ponerlas al servicio del desarrollo integral. La fe impulsaba e iluminaba este pleno empleo, y así como antes había dominado una teología de la pobreza y de la oración, ahora se valoraba particularmente cierta teología de las realidades terrestres, en parte bajo la influencia de Teilhard de Chardin.

Mirando los hechos de este tiempo, se puede comprobar algo similar a lo que anotábamos respecto al anterior: una Iglesia atada a Cristo y a la vez al mundo. Un ejemplo puede ilustrar esta idea. En 1962, el Cardenal Raúl Silva y el Obispo Manuel Larraín hacían la reforma agraria en fundos que eran propiedad de sus respectivas diócesis, adelantándose así a un proceso que se extendería más tarde a todo el país. Este gesto muy significativo de la nueva mentalidad que reinaba en la Iglesia y que correspondía a otros similares, tenía que despertar mucha moles-

tia en sectores, especialmente los vinculados al campo, que se sentían inesperadamente marginados por la Iglesia.

Si durante el período anterior, la Iglesia chilena había empezado a desligarse del sector terrateniente (ASICH, "Don Manuel", P. Hurtado, cuestionamiento de las misiones tradicionales, etc.), en éste se alejaba definitivamente de él y quedaba, en cambio, más cerca de una clase media formada preferentemente por algunos industriales influyentes, por jóvenes profesionales, estudiantes y empleados de los sectores público y privado.

Por fidelidad al Evangelio, la Iglesia va siguiendo la marcha de los acontecimientos, descubriendo en ellos nuevas dimensiones de su propio mensaje: pero esta actitud nunca es totalmente pura. Su mismo servicio al mundo la lleva a servirse a sí misma y a buscar tierra segura para su acción. En la experiencia de su propia limitación va conociendo mejor a su Señor y la exigencia de anunciarlo.

3.— El tema de la Liberación (1967 - 1971)

A mediados del gobierno de Frei, se hizo sentir cada vez con más fuerza la desilusión respecto a nuestro desarrollo, y con ello, la desconfianza en la Alianza para el Progreso y la Revolución en Libertad.

El fenómeno se daba en toda América Latina. Ya no se trataba de considerar a estos pueblos como transitoriamente atrasados y en espera del turno para despegar a su vez. Ahora se descubría que nuestro subdesarrollo era un subproducto del desarrollo de los países ricos. Los organismos internacionales más neutrales y optimistas empezaban a reconocer que la distancia entre el mundo de la abundancia y el nuestro no cesaba de aumentar, sin que nada pudiera acortar el abismo entre uno y otro. Ahora se tomaba mayor conciencia de nuestra dependencia, especialmente frente al imperialismo de los Estados Unidos, y la palabra "revolución" recorría el continente con toda su carga afectiva, causando temor o entusiasmo en esta zona del mundo y repercutiendo también en el resto del planeta.

Los ejemplos de Cuba y Vietnam, las figuras de Fidel Castro, Camilo Torres y el Che Guevara, la lucha de los guerrilleros en diversas selvas de América, todo cooperó a forjar la mística revolucionaria y la esperanza de crear un hombre y un continente nuevo a través de un cambio radical del sistema.



Entrevista cordial del Cardenal Silva con el Presidente Allende

En 1967, entre una sesión y otra del Sínodo de Santiago, un acontecimiento sorprendente vino a conmover a la Iglesia y al país entero: la toma de la Universidad Católica por la Federación de Estudiantes del Establecimiento.

Este hecho tendría para el futuro consecuencias muy importantes e iba a dejar una huella profunda en el seno de la comunidad católica: era el comienzo de un movimiento universitario que se mantuvo en primera plana durante todo el final de esa década; ponía en cuestión instituciones y autoridades que parecían intocables; mostraba lo que podía hacer una juventud que actuaba con audacia y seguridad; enfrentaba a los católicos entre sí con inusitada violencia; extendía la idea de "la Universidad al servicio del pueblo". Era el comienzo de una revolución.

En agosto de 1968, exactamente un año más tarde, tenía lugar otro hecho inaudito: la toma de la Catedral de Santiago, protesta de un grupo de cristianos que tenía por objeto llamar la atención del Papa y del mundo sobre la situación de miseria de América Latina y hacer ver cómo las autoridades de la Iglesia universal se mostraban incapaces de dar la nota evangélica que el momento requería. A través de un gesto simbólico por el cual se prescindía del carácter sagrado del Templo y se afirmaba que el templo más importante era el hombre mismo, este grupo impugnaba a la vez la Jerarquía ca-

"Nuestra voz no se alza hoy contra el Papa Paulo VI. Tampoco contra el Pastor de nuestra diócesis, el Cardenal Raúl Silva. Denunciamos la estructura de poder, de dominio y de riqueza en la que se ejerce a menudo la acción de la Iglesia". (p. 430).

"El compromiso real de la Iglesia con la liberación de los oprimidos, no se mide por gestos de la magnitud de un Congreso Eucarístico. Cristo no necesita de multitudes que canten por las calles y aclamen a su Vicario, ni miles de cirios, ni de hermosos altares. Cristo, presente en el pobre, necesita de la acción de los que creen en Él, de una acción decidida, valiente y generosa, destinada a cambiar las condiciones de vida de una masa latinoamericana, explotada a veces por los mismos cristianos". (p. 431).

"Es la estructura institucional de la Iglesia la que denunciamos. Ella impide el verdadero compromiso de la Iglesia con el pueblo y con su lucha". (p. 434).

"... Para que el amor exista y se exprese hacia afuera, la Iglesia debe ser una comunidad de hombres muy libres, que gocen de la libertad del Espíritu de Jesucristo, el único que puede movernos a amar audaz y auténticamente. Es este Espíritu el que puede cambiar, sin pequeñeces ni mezquindades, las estructuras sociales injustas en América Latina". (p. 434).

Declaración de la Iglesia Joven: "Por una Iglesia servidora del pueblo", (Mensaje, nº 172).

tólica, la derecha chilena y el sistema capitalista en general.

El Movimiento "Iglesia Joven", surgido de este hecho, no mantuvo su vitalidad por mucho tiempo,

pero su gesto del 11 de agosto interpretó a sectores muy amplios de cristianos y puede decirse que inició el camino de muchos católicos a la izquierda, lo que debía cristalizarse al año siguiente con el nacimiento del MAPU, sector desprendido de la Democracia Cristiana, que iba a jugar un papel importante en la preparación de las elecciones del 70.

Tomaba cuerpo así la existencia del cristiano-marxista, fenómeno relativamente nuevo en Chile que produce, hasta el día de hoy, las más vivas polémicas entre católicos.

El mismo año de la toma de la Catedral, un hecho latinoamericano vino a reforzar el catolicismo de izquierda y a responder favorablemente al anhelo de quienes deseaban una Iglesia más libre y que se pronunciara más claramente en favor de los pobres: la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín, que denunció abiertamente nuestra situación de dependencia y lanzó un programa de reforma de la Iglesia de este continente.

La elección presidencial de 1970 encuentra a los católicos prestando su apoyo a todos los candidatos, lo cual le ha dado una tonalidad nueva a la presencia de la Iglesia en la política nacional. Diversos signos mostraron en los días tensos que siguieron a la elección, que la Iglesia no declaraba la guerra a este gobierno que llegaba con la bandera del marxismo: el sermón de Monseñor Jorge Hourton, Obispo auxiliar de Puerto Montt: "El ánimo demo-

"Nos sentimos comprometidos en este proceso en marcha y queremos contribuir a su éxito. La razón profunda de este compromiso es nuestra fe en Jesucristo, que se ahonda, renueva y toma cuerpo según las circunstancias históricas. Ser cristiano es ser solidario. Ser solidario en estos momentos en Chile es participar en el proyecto histórico que su pueblo se ha trazado". (p. 176).

"Como cristianos no vemos incompatibilidad entre cristianismo y socialismo. Todo lo contrario. Como dijo el Cardenal de Santiago en Noviembre pasado, "en el socialismo hay más valores evangélicos que en el capitalismo". En efecto, el socialismo abre una esperanza para que el hombre pueda ser más pleno y por lo mismo más evangélico. Es decir, más conforme a Jesucristo que vino a liberar de todas las servidumbres.

En este sentido es necesario destruir los prejuicios y las desconfianzas que existen entre cristianos y marxistas". (p. 176).

Comunicado de los "Ochenta" a la Prensa, *Mensaje*, 198, 1971.

crático de todos y la categórica declaración del candidato que obtuvo la segunda mayoría, permite prever con certeza que el Congreso ratificará la elección del Dr. Allende"; la carta del Provincial jesuita: "Para nosotros debe ser motivo de profunda alegría el hecho de que el grupo que ha obtenido la mayoría en las urnas, prometa trabajar por el pueblo y por los pobres"; las declaraciones de los movimientos apostólicos: JOC, JAC, AUC, MOAC, JEC, etc.

Luego, después de la ascensión al poder: el Te Deum en la Catedral, entrevista cordial del Presidente con el Cardenal, presencia del Cardenal en la fiesta del 1º de mayo, etc.

El año 1971, ha sido testigo de muchos hechos significativos del empeño de los cristianos por entender, valorar y ayudar el proceso que vivimos, lo cual no significa que todos ellos hayan sido de apoyo incondicional al gobierno: la declaración de 80 sacerdotes que se pronunciaron públicamente a favor del camino hacia el socialismo; la Carta de los Obispos de Chile que insiste en la necesidad de respetar las opciones diferentes de los cristianos y pone en guardia contra un pensamiento economicista que, tanto en el capitalismo como en el marxismo, se torna contra el hombre; la Carta del Obispo de Talca que apoya el socialismo y afirma la necesidad para el cristiano de comprometerse; el nacimiento de la izquierda cristiana como un partido revolucionario que institucionalmente hace suya la inspiración cristiana; el ofrecimiento por parte de algunas Congregaciones religiosas de algunos de sus colegios al Estado.

Cada uno de estos hechos ha levantado el correspondiente revuelo, y mientras algunos reclaman porque aumenta la "desorientación", otros ven en ellos nuevas ocasiones de profundizar su descubrimiento del Evangelio y de traducirlo para nuestro presente.

La preocupación pastoral de estos últimos años ha sido, en forma preponderante, la formación de comunidades de base. El fruto de este esfuerzo todavía no es claro. Pero parece normal que esas células de vida cristiana sean el elemento fundamental de una Iglesia del futuro más pobre y sencilla, de relaciones más directas, con un ministerio sacerdotal menos rígido en sus formas, en que la fe, alimen-

"Nos parece ser esta presencia poderosa del marxismo en el proceso de construcción del socialismo chileno, lo que para los cristianos vuelve más compleja la opción ante él, ya que hace aparecer como bastante incierto su futuro. Los cristianos que anhelan la sustitución del capitalismo por algún modelo socialista, desearían —si dependiera de ellos— poder construir uno que ofreciera la certeza de ser un socialismo plenamente humanista, sin los factores deshumanizantes que hemos constatado en el marxismo. Hay quienes creen que esta posibilidad permanece abierta hacia el futuro. Otros constatan que las fuerzas que encabezan hoy en Chile la construcción del socialismo son mayoritariamente marxistas, pero piensan que no cabe entre nosotros otra forma de socialismo que la presente, que exige ser construida en colaboración con los marxistas, aceptando que sean ellos quienes dirijan el proceso. Sostienen que ninguna opción política concreta va a coincidir nunca con el Evangelio ni con la Redención plena y que, por lo mismo, los cristianos no pueden entregarse a soñar con posibilidades ideales, distintas de las que realmente se les ofrecen, sino que están obligados a decidirse críticamente por alguna de ellas y luchar por mejorarla desde dentro.

Antes de optar por el socialismo y por la forma concreta de participar en su construcción, cada cristiano, cada grupo y cada partido, tiene que pesar tanto los aspectos positivos y negativos del socialismo en general como del que hoy se construye en Chile, preguntándose, respecto de este último, si su inspiración marcadamente marxista permitirá realmente que se introduzcan en él todos los correctivos necesarios para asegurar su aplicación humanista. Cada cual debe tratar de precisar en conciencia el grado de los riesgos, juzgando las ventajas y los peligros, para determinar cuál de estos dos aspectos le parece que, por poseer mayor fuerza dinámica en el caso chileno, terminará imponiéndose al final". (pp. 61-62).

Evangelio, política y socialismo, Documento de trabajo elaborado por la Conferencia episcopal, Santiago, Junio de 1971.

tada y explicitada cada vez más dentro del quehacer temporal, llegue a ser un impulso decisivo en la transformación de nuestro mundo.

Aquí hemos recordado muchos hechos notorios, pero no es posible olvidar, al hablar de la Iglesia, todo lo que sucede más allá o más adentro de esos hechos: el trabajo anónimo por el que pasa mucha generosidad y mucha lealtad con el Evangelio. Habría sido necesario señalar, junto a todo lo dicho, lo que ha significado la renovación de la vida religiosa, la integración de las religiosas en la pastoral, el ministerio de tanto sacerdote y tanto laico que da tes-

timonio de Jesucristo, desde las poblaciones periféricas de Santiago hasta los pueblos y los campos de cada una de nuestras provincias, lo que se ha hecho por encauzar, purificar y animar la pastoral de masas, el rápido desarrollo de nuevas formas de pastoral juvenil, etc.

Entre tanto, no se puede negar que la Iglesia chilena ha vivido en este tiempo momentos difíciles, lo que lleva a muchos a pronunciar la palabra "crisis". Esta se ha manifestado en forma particularmente notoria por la cantidad apreciable de sacerdotes que han dejado el ejercicio del ministerio y por la disminución rápida de las vocaciones. Pero también se ha manifestado por el abandono de la fe de muchos laicos, especialmente de algunos más comprometidos en política. Este último fenómeno es menos estridente pero de mayor gravedad.

¿Puede señalarse una razón de esta crisis? El tema es demasiado serio para ser tratado a la pasada. Sin embargo, me permito hacer un alcance. En algunos sectores se dice simplemente que los sacerdotes han dejado de ser hombres de Dios y se han mundanizado. Pero el asunto es más complejo. Sin negar lo que pueda haber de infidelidad personal en cada caso, parecería que esta puesta en cuestión masiva de la fe, que naturalmente afecta primera y más intensamente al que es el "especialista" de la fe, proviniera de una nueva densidad adquirida por el "mundo", y en nuestros países particularmente por el fenómeno político, lo cual no desvanece la fe, pero la obliga a situarse en otro nivel. De ahí la dificultad para explicitar la fe hoy día, de ahí el rechazo de lo cristiano cuando pretende ocupar un sector equivalente a los demás sectores y se comporta competitivamente, de ahí la alergia frente a ciertas formas ambiguas de religiosidad.

También hay que anotar, en esta época, el fenómeno frecuente de antiguos militantes cristianos que, guardando íntegra su fe en Jesucristo y en su Iglesia, se sienten marginados de hecho, respecto a la Jerarquía de la Iglesia.

Estos cristianos, que a veces han dejado también la práctica sacramental, no experimentan ninguna clase de agresividad respecto a la Iglesia instituida. Simplemente la ignoran, convencidos de que ya nada realmente valioso puede esperarse de ella. Es el caso de muchos obreros, campesinos y profesionales que hoy entregan al país sus mejores esfuerzos en tareas de responsabilidad.

Este tercer período abre un camino, aquí como en toda Latinoamérica, a una Teología de la Liberación, es decir a una reflexión a partir de la praxis revolucionaria, confrontada con el Evangelio. Si antes la Iglesia apareció unida con los señores de la tierra, y más adelante con los de la industria, es dable esperar para el futuro una mayor cercanía con los sectores proletarios. Desde allí le será más fácil ser la Iglesia de todos.

Lo anterior no es fatal y resulta muy difícil prever el camino de la comunidad eclesial en los años que vienen, pero es posible que en el proceso revolucionario chileno, que es más amplio y valioso que lo representado por un gobierno transitorio, los cristianos puedan aportar con modestia, pero con

firmeza, la dinámica de su Esperanza y la fuerza de su Evangelio.

Desde Medellín, una gran parte de ellos siente que la Liberación de Jesucristo, si bien no se reduce al movimiento transformador de América Latina, se encarna en esta historia concreta con toda su ambigüedad. No ignoran el mal que inevitablemente se encierra en este movimiento; por lo mismo, están en él para dar y recibir animación evangélica, prefiriendo el riesgo de la acción al riesgo de estar ausentes del quehacer en que se forja una humanidad mejor.

Hay que recobrar para la fe el entusiasmo creador y la audacia apostólica, lo cual no significa triunfalismo, sino sencillo servicio a la tarea común y contagio incontenible del gozo que llevamos adentro.

"Lo que podrá levantarlo (al pueblo) es una religión que le muestre con los hechos más que con las palabras que la vida tiene un sentido".

"El pueblo ha perdido lo único que podía darle la paz del espíritu, la alegría profunda del vivir que no ha de confundirse con el opio del pueblo".

"El cristianismo no adormece las facultades de lucha; por el contrario, es santamente revolucionario".

"Mientras los cristianos no encarnen en sus corazones y en sus obras la concepción de los hombres que tuvo el Maestro, el pueblo vivirá alejado de la Iglesia".

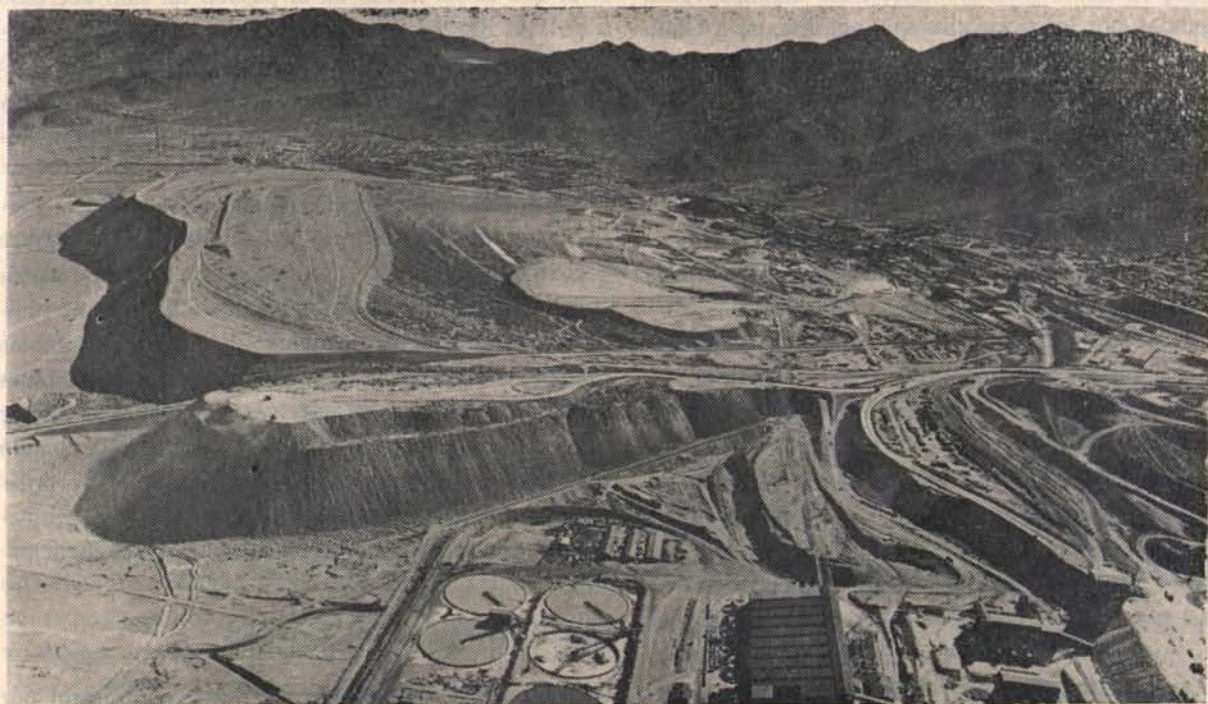
"Aún a este adversario (el comunismo) que no respeta al catolicismo, lo hemos de fustigar con inmensa lealtad. Nada más contrario al cristianismo que ese ataque cerrado a todo lo que sea elevación del proletariado, sin detenerse a considerar las exigencias del pueblo para ver lo que haya en ellas de justificado... En las aspiraciones de nuestros adversarios hay que procurar con inmensa simpatía descubrir el fondo de verdad que encierran".

Alberto Hurtado, s. j.

(*¿Es Chile un país católico?*, pp. 22, 69, 76, 77).

EL COBRE:

PERSPECTIVAS Y RESPONSABILIDADES



La historia de la explotación cuprífera generó una dependencia que no acaba con la actual nacionalización

Sergio Molina Silva

Consultor en Planificación Económica
de ILPES

Hace un siglo Chile era uno de los países más importantes en la producción de cobre en el mundo. El 60% de las importaciones de Inglaterra, centro hegemónico de la economía mundial, provenía de las minas chilenas, de propiedad de chilenos y explotada por chilenos.

Los nombres de Urmeneta, Santos Ossa, Diego de Almeyda, Martínez y Lastarria, entre otros, estaban inscritos entre los pioneros de la minería nacional.

Esta colonia española, tan dotada como otras de oro y plata, guardaba en sus entrañas una variedad de minerales entre los cuales se destacaba el cobre. Los yacimientos eran de alta ley y no requerían de inversiones demasiado cuantiosas para hacer económica su explotación. Esta condición natural, sumada al espíritu emprendedor y a la audacia de nuestros antepasados, hicieron famoso nuestro metal

rojo en las principales metrópolis industriales del mundo.

Hacia fines del siglo pasado empezaron a agotarse los yacimientos conocidos de alta ley y llegaron hombres de otras latitudes atraídos por las perspectivas que se habían abierto al consumo de cobre con la revolución industrial. En las palabras de Encina, empieza "el desplazamiento del nacional". Las ganancias fáciles extraídas de la explotación del salitre por empresas extranjeras, impulsaron las exploraciones de Braden y Chiaponi que dieron origen a las minas más grandes en su género: el Teniente como explotación subterránea y Chuquicamata a tajo abierto. La primera llegó a ser propiedad de la Kennecott Copper y la segunda de propiedad de Guggenheim, pasó al dominio de Anaconda en 1925.

Los gobiernos del pasado se preocuparon, principalmente, de obtener de la gran minería del cobre

las divisas para satisfacer las importaciones que requería el país y los ingresos fiscales que le permitieran al Estado realizar sus funciones de desarrollo económico y social.

Esporádicamente se hicieron oír algunas voces indignadas por los perjuicios que ocasionaba a Chile la política de precios internacionales del cobre. Hasta se llegó a formular un "Nuevo Trato" que, en definitiva, favoreció más a las Compañías del Norte que a las del Sur. En virtud de este acuerdo se puso en marcha El Salvador.

En general, las grandes Corporaciones extranjeras ejercieron el dominio sin contrapeso hasta el año 1964 en que se inició el proceso de "chilenización" continuando con la pérdida de la mayoría en la nacionalización pactada en 1969 y para culminar recientemente con la nacionalización total de esta riqueza básica.

Estas relaciones del pasado entre Chile y las grandes compañías extranjeras han acentuado nuestra dependencia, no sólo porque las exportaciones de cobre han constituido la fuente esencial de divisas del país, sino que, además, porque las decisiones sobre inversión, comercialización, volumen de producción, investigación, etc., se han tomado en el exterior y esos conocimientos y experiencias quedaron en el patrimonio de la Anaconda y de la Kennecott, lo que hace más difícil la trascendental tarea que el país ha emprendido con la nacionalización.

El Presidente Frei se refería al cobre como la "viga maestra" de su programa", el Presidente Allende ha dicho que es el "suelo de Chile". Los Presidentes han tenido razón al dar esta trascendencia a la gran minería del cobre y basta recordar algunas cifras para justificar su patriótica preocupación.

En el año 1970 las exportaciones chilenas llegaron a cerca de US\$ 1.100 millones, de las cuales correspondió a la gran minería del cobre y a sus subproductos la suma de US\$ 700 millones; para la operación de las empresas se hicieron adquisiciones en el país por un total cercano a los US\$ 100 millones; los ingresos fiscales por los distintos conceptos alcanzaron a US\$ 270 millones, que representaron un 20% de los recursos presupuestarios; las empresas de Chuquibambilla, Exótica, Salvador y el Teniente daban ocupación directa a cerca de 26.000 personas, entre supervisores, empleados y obreros.

Desde ahora en adelante seremos los chilenos los únicos responsables del manejo de esta riqueza

que constituye la base de sustentación de nuestra economía y que continuará siéndolo por muchos años más.

No es el propósito de este artículo pronunciarse si lo que se ha hecho en el pasado ha sido acertado o no. Lo que interesa es constatar el hecho de que hoy pertenecen a Chile las grandes empresas productoras de cobre y se abre ante nosotros una nueva etapa de responsabilidades que compromete a todos los chilenos.

La euforia con que el país ha recibido la culminación del proceso de nacionalización del cobre y el significado que se ha dado a esta medida respecto a la independencia económica de Chile, nos obliga a examinar objetivamente algunas de las tareas que debemos realizar y a identificar los principales obstáculos que habrá que vencer. Hay que evitar caer en la fácil y cómoda ilusión de que el solo hecho de la expropiación de las grandes propiedades mineras pone punto final a nuestros problemas y rompe todos los vínculos de dependencia.

La competencia de los mercados

La industria del cobre se ha caracterizado por un alto grado de concentración: la extracción del mineral, su concentración, fundición, refinación y elaboración han estado controladas, directa o indirectamente, por grandes compañías de carácter internacional.

Esta situación ha sufrido algunas modificaciones a partir de la segunda guerra mundial, en lo que se refiere al control de la producción de cobre primario. En el año 1948 las siete compañías más importantes controlaban un 70% de la producción mundial, en 1954 esa producción había bajado al 54%. La tendencia nacionalista que se ha acentuado en el decenio del 60 en Zambia, el Congo, Perú y Chile ha hecho aún más incierto el abastecimiento de cobre primario para las grandes empresas internacionales. Estos países que en 1967 formaron el "Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre" (CIPEC), por iniciativa de los Presidentes Frei y Kaunda, aportan el 40% del total de la producción de cobre del occidente, y, hasta hace poco, contribuían con una cuota importante de la materia prima que entraba al proceso integrado de las grandes compañías.

La mayor autonomía que adquirieron estos paí-

ses en materia comercial constituyó un trastorno para las Corporaciones Internacionales, pero lo que ha resultado más riesgoso para su existencia integrada ha sido el proceso de nacionalizaciones que se ha iniciado en estos países.

En el caso del Congo se han hecho convenios con capitales japoneses para la explotación de nuevas minas. Zambia siguió parcialmente el esquema chileno aplicado en 1969, ya que se limitó a la adquisición del 49% de las acciones en poder de extranjeros. Perú ha puesto en marcha la explotación de nuevas minas con la colaboración de capitales extranjeros.

Con el reciente programa de expansión, Chile ha pasado a ser el productor más importante dentro de los países del CIPEC y, al mismo tiempo, ha completado su proceso de expropiaciones iniciado en 1966, quedando pendiente la determinación del monto de las indemnizaciones, para el saldo de las acciones que poseen las Compañías. Para las grandes compañías estos cuatro países se han transformado en "proveedores inseguros". Una pregunta surge de esta situación: ¿se resignarán las corporaciones multinacionales a depender en su abastecimiento de cobre primario de estos países? ¿Cuál será su actitud en el futuro?

Ya hay evidencia de su política. En primer lugar están orientando sus inversiones hacia países que puedan considerarse como seguros, al menos por un tiempo razonable, como son Canadá, Australia y el propio Estados Unidos. En segundo término, están acelerando las investigaciones para hacer económica la explotación de grandes yacimientos de baja ley.

Importantes programas de expansión funcionarán antes de 1975, lo que hace pensar que la oferta de cobre, en los próximos años, aumentará a una tasa anual de 7 a 8% y, en cambio, el crecimiento de la demanda, calculado en forma optimista, será de 4,5%. O sea, que se mantendrá la tasa de los últimos años, la que obviamente se ha visto influida por las necesidades bélicas de Vietnam y por el espectacular aumento en el consumo de cobre de Europa Occidental y de Japón.

Así como en tiempos de escasez de cobre los países productores impusieron una política de precios, en tiempos de oferta abundante y diversificada serán los grandes consumidores los que estarán en mejores condiciones para negociar.

En estas circunstancias Chile tiene que considerar dos aspectos fundamentales: sus costos de producción para asegurarse una posición competitiva ventajosa y el fiel cumplimiento de sus contratos para no perder sus clientes habituales. Además, hoy más que nunca, conviene abrir nuevos mercados, siempre que representen una demanda estable. Es de esperar que se puedan establecer negocios permanentes con los países del área socialista y especialmente con China, sin dejar de atender los actuales mercados e incluso incrementarlos.

La independencia obtenida con la nacionalización es importante, pero quedan ataduras, por el momento inevitables, con los grandes centros consumidores que no reaccionarán por simpatía sino que por conveniencia. Por lo tanto, las autoridades políticas, los ejecutivos de las empresas nacionalizadas, los técnicos y, en general, todos los trabajadores deben comprender que de su eficiencia, disciplina y esfuerzo depende que nuestra producción de cobre no sea desplazada de los mercados internacionales.

Mirando un poco hacia el futuro, el problema no sólo consiste en no ser desplazado de los merca-



Asegurar los mercados internacionales y conseguir nuevos compradores.

dos, sino que en no perder importancia en la proporción que alcanzaremos en el total de la producción mundial después que el programa de expansión esté funcionando plenamente. Ciertas estimaciones indican que el 40% de participación en la producción que tienen hoy los países de CIPEC, en menos de 5 años bajará al 36%, y si no se empiezan a estudiar desde ahora las futuras expansiones, este porcentaje se verá substancialmente reducido al término de este decenio.

Esto nos indica otra característica de las empresas que operan a nivel mundial: la previsión del futuro. Esta no es una condición frecuente en nuestro medio, pero en el caso del cobre es indispensable.

Así como las perspectivas inmediatas no son muy optimistas, la tendencia a más largo plazo coloca a Chile en una posición de privilegio, dadas sus reservas conocidas. En un estudio realizado por CODELCO en el año 1969, que sirvió de base a una intervención de don José Claro, ex vicepresidente de esa Institución, en una reunión internacional celebrada en Australia, se calcula que el consumo acumulado de cobre en los próximos tres decenios alcanzaría a 375 millones de toneladas de cobre refinado y que las reservas de cobre fino conocidas fluctúan entre 250 y 350 millones de toneladas. De este total de reservas Chile tiene aproximadamente el 20%, porcentaje equivalente a la participación de nuestro país en la producción mundial una vez que los programas de expansión rindan las cifras proyectadas. Partiendo del supuesto que el desarrollo tecnológico no desplace al cobre de sus principales utilidades y que el uso de cobre secundario no cercene una cuota muy alta del consumo de cobre primario, se puede estimar el aumento de producción que debería producirse en Chile para no reducir su cuota de participación en el mercado mundial.

De acuerdo con el estudio mencionado resulta que en el decenio 1970-1979 el aumento medio anual de la producción de cobre debería ser de 50.000 toneladas; en el decenio 1980-89 de 80.000 toneladas y entre 1990-1999 de 140.000 toneladas. Estas cifras pueden estar sujetas a variaciones, pero lo importante es el orden de magnitudes. Para cumplir esta u otra meta de producción es necesario prepararse con mucha anticipación, lo que implica, entre otras cosas, el conocimiento de los yacimientos con que se cuenta, la preparación de los equipos técnicos, la determinación de los requerimientos financieros,

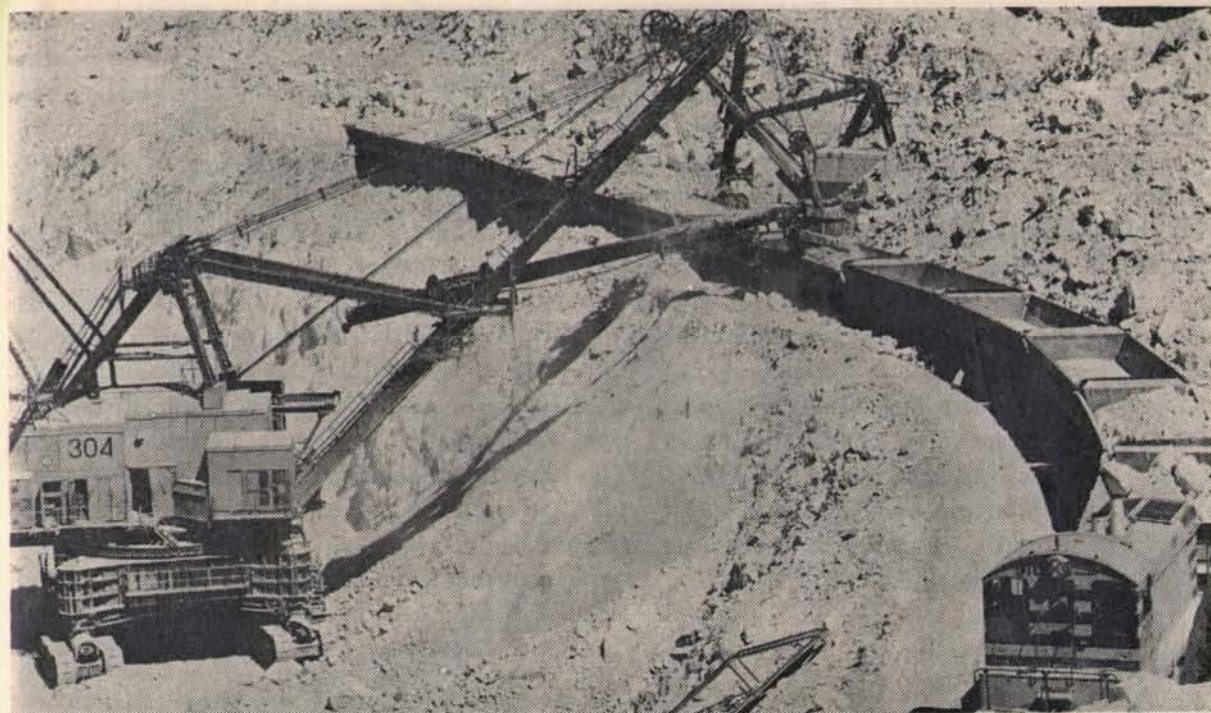
la previsión de los mercados actuales y potenciales, el conocimiento de la competencia, etc. Gran parte de estas tareas hasta ahora han sido efectuadas por organismos ubicados en el exterior, pero en la actualidad recaerán en nuestra propia capacidad y en la posibilidad de obtener la mejor asistencia técnica del exterior, donde quiera que ésta se encuentre.

En relación con las ampliaciones futuras de la producción se deberían explorar simultáneamente dos posibilidades. En primer término examinar la factibilidad de ampliar las producciones existentes, especialmente la explotación de las reservas de baja ley que existen en Chuquicamata, así como el beneficio de minerales y ripios ya extraídos que, con la aplicación de solventes orgánicos, pudieran ser aprovechados. En segundo término debería abordarse la exploración y prospección de nuevos yacimientos, como también de los conocidos y no explotados como son: El Abra y Quebrada Blanca al norte de Chuquicamata y Cerro Colorado al interior de Iquique.

Todo esto requiere un gran esfuerzo en el campo técnico, un cambio importante en la legislación vigente y la generación de recursos financieros necesarios, ya que se estima que, para poner en producción un nuevo depósito, se requieren 3.000 dólares por tonelada anual de cobre electrolítico.

Para poner en producción los yacimientos más arriba mencionados y transformar en cobre los ripios y minerales de baja ley ya extraídos en Chuquicamata, se requeriría de alrededor de US\$ 500 millones de inversión. Esta es una estimación burda, que se da solamente para ubicar al lector en las grandes magnitudes con que funciona el negocio del cobre.

Es preciso tomar conciencia de lo que implica nuestra nueva situación: hemos entrado en competencia con los grandes; hasta ahora el país no había tomado una responsabilidad tan grande como ésta; debemos tener la misma agilidad que Anaconda y Kennecott para movernos en el mercado externo; los criterios con que se maneja el cobre en el mercado mundial son de alta política internacional y de conveniencia comercial; el cobre chileno no se va a vender porque tenga la marca UP., DC., PN., o cualquiera otra de esta índole, sino que por la seriedad con que respete sus compromisos, por la calidad y precios de su producto y, téngase bien claro, por el acuerdo expreso y tácito a que llegue con los miembros del oligopolio que maneja el cobre en el mundo.



Otro paso: la independencia tecnológica frente al abastecimiento norteamericano

Si no se cumplen estas condiciones Chile puede pasar a ser "proveedor marginal".

Frente a la variedad de situaciones que se presentan en esta complicada trama que envuelve el negocio internacional del cobre y a la rapidez con que se deben tomar las decisiones, cabe preguntarse si la actual organización de Codelco es o no la más adecuada para cumplir esta función. Más adelante haré algunas reflexiones sobre este tema, pero la duda surge del hecho de que Codelco nació como un organismo principalmente fiscalizador y aún mantiene una estructura burocrática y administrativa que puede limitar su necesaria agilidad.

Las adquisiciones en el exterior

Las Compañías nacionalizadas realizan adquisiciones en el exterior por un monto de aproximadamente US\$ 45 millones anuales. Prácticamente la totalidad proviene de los Estados Unidos de Norteamérica y lo mismo ocurre con el parque de maquinarias, equipos, medios de transporte, etc., lo que acentúa la dependencia de la producción chilena de los abastecimientos norteamericanos.

Esta situación de dependencia de un solo mercado abastecedor es comprensible por las preferencias

y relaciones que tenían Anaconda y Kennecott con los fabricantes norteamericanos y por las facilidades que representaba para ellos concentrar las compras en el país en que funcionaban sus oficinas principales.

Para determinar el grado de dependencia sería necesario tener una información detallada de los países que están en condiciones de producir el tipo de equipos que se usa en las faenas mineras, de las posibilidades de comprar repuestos fuera de los Estados Unidos y de reemplazar equipos existentes por otros equivalentes de origen distinto del proveedor actual, de las alternativas de reemplazo en las adquisiciones destinadas a la operación, etc.

En síntesis, lo que se necesita saber es en qué grado y por cuánto tiempo, como mínimo, se seguirá dependiendo del mercado norteamericano para el normal funcionamiento de las minas.

El conocimiento de esta materia no implica hostilidad, sino que aparece indispensable para prever cualquier falla en el abastecimiento del proveedor habitual y para verificar si es el mercado más conveniente desde el punto de vista calidad y precios.

La dependencia en cuanto al abastecimiento de bienes de capital se remonta a la elaboración de los proyectos de ingeniería que han sido realizados casi en su totalidad por firmas extranjeras bajo el control

de la casa matriz, sin que exista en el país la capacidad técnica para realizarlos y sin que se hayan preparado técnicos nacionales en base a las experiencias pasadas. En esta materia hubo un importante avance en el reciente plan de expansión, ya que se puso especial énfasis en la participación de ingenieros y funcionarios chilenos tanto en los estudios como en la ejecución de los proyectos.

La falta de conocimiento técnico es la expresión más actual de la dependencia. Este conocimiento no se puede adquirir de la noche a la mañana, pero el adquirirlo es un compromiso ineludible. No hay razón para que los chilenos no se pongan a la altura de los especialistas de los países más avanzados, ya que hemos adquirido la responsabilidad de manejar las minas de mayor dimensión que están actualmente en operación en el mundo.

Las relaciones dentro del país

El punto de partida del proceso productivo es la extracción del mineral, para continuar con la lixiviación o concentración, fusión, refinación y para terminar con los distintos grados de cobre elaborado.

Este artículo no pretende entrar a analizar las técnicas que se aplican en las distintas etapas de tratamiento del mineral de cobre que, por lo demás, están fuera del ámbito de conocimientos del autor, sino señalar las responsabilidades más importantes que hemos adquirido con la nacionalización.

El mantenimiento de los niveles de producción a que ha llegado la gran minería —1.175 millones de libras en 1970— y la puesta en marcha de las inversiones del programa de expansión no sólo tienen que ver con la calidad y abundancia del recurso con que nos ha dotado la naturaleza, sino que muy principalmente con la capacidad del hombre para transformar ese recurso en algo utilizable para la sociedad.

En este sentido causan preocupación las noticias de que se ha producido un éxodo importante de profesionales y técnicos que habían acumulado una experiencia de la cual el país no puede darse el lujo de prescindir. Comprendo que hay casos y casos, pero lo grave es que los "casos" son muchos y con seguridad varios "de los buenos" se habrían podido evitar. Es cierto que, en una alta proporción, la técnica se puede comprar, pero es lamentable tener que hacerlo en el exterior, cuando ya se había hecho el esfuerzo para formar a nuestros propios especialistas.

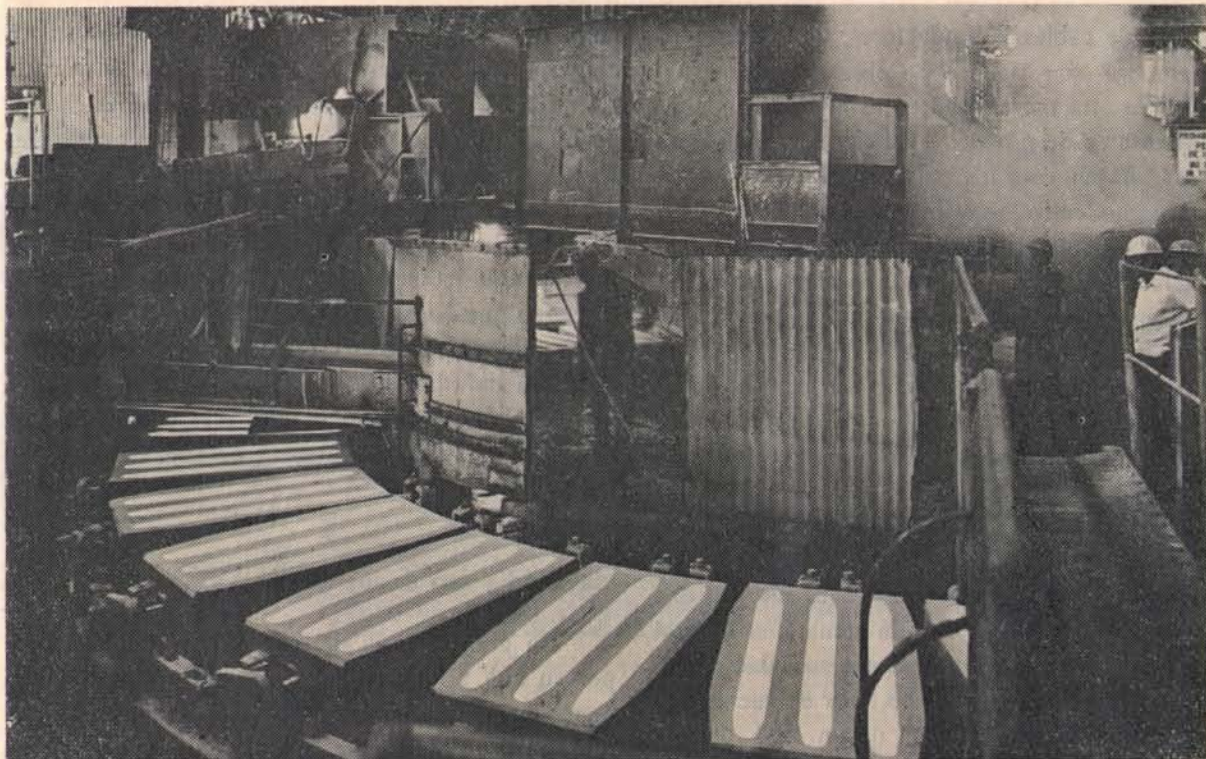
Esta situación es particularmente seria cuando la nacionalización coincide con la puesta en marcha del programa de expansión. Este representa un aumento de producción de 70%, o sea de aproximadamente 800 millones de libras al año, es decir 66,6 millones de libras al mes.

Cada mes de atraso en el programa de expansión representaría un menor ingreso para el país de US\$ 33,3 millones, considerando el precio internacional a 50 centavos de dólar la libra de cobre. El total de las utilidades líquidas para las empresas extranjeras en 1970, con un precio medio de venta de 61,4 centavos de dólar por libra, fue de US\$ 58,3 millones.

Estas comparaciones nos demuestran la responsabilidad que recae sobre todos los trabajadores del cobre, cualquiera que sea su jerarquía o función, y particularmente sobre aquellos que entienden mal el significado de la palabra "política". Bastaría que por "política", por ineficiencia, o por cualquiera otra razón ocurriera un atraso de poco más de un mes y medio en poner en marcha las nuevas producciones, para que el país pierda un ingreso equivalente al total de las utilidades que recibieron las empresas extranjeras en 1970, o sea, a las ventajas provenientes de la nacionalización.

Por otra parte, si por razones de ineficiencia se produjera una disminución de 5% de la producción contemplada por el programa de expansión, se tendría una pérdida de US\$ 50.000 millones para el país. Cualquier deficiencia en la administración de la gran minería del cobre tiene graves repercusiones en la economía nacional. Por eso causa alarma la información de que el costo actual ha superado los 40 centavos de dólar por libra, aunque en ese aumento de costo haya tenido una influencia preponderante el mantenimiento de un tipo de cambio fijo, mientras que los costos y salarios internos han aumentado en forma significativa, lo que obliga a las empresas a cambiar más dólares para cubrir sus costos en moneda nacional.

Las reflexiones anteriores pretenden ilustrar la magnitud y complejidad del negocio del cobre, la responsabilidad asumida por las autoridades que han dado el trascendental paso de la nacionalización, el compromiso que tienen los trabajadores del cobre frente al gobierno y al país entero y la seriedad, objetividad y patriotismo con que este tema debe ser tratado tanto por los partidos de oposición como del gobierno.



Moldeo especial para los lingotes significa mejor cotización.

La nacionalización del cobre no sólo impone compromisos de eficiencia a nivel de la producción del cobre primario, sino que apresura una definición en lo que se refiere a la política de industrialización.

Es posible introducir en el proceso de elaboración algunas innovaciones que podrían ser beneficiosas para la comercialización del cobre y que no implican una inversión muy importante ni tienen grandes complicaciones técnicas.

Para facilitar la transformación del cobre en tubos, barras y planchas se ha ideado darle formas especiales, diferentes al lingote que sale de las minas chilenas. Este es un problema de moldeo que evita repetir etapas en el proceso de elaboración. Los moldes para tubos y barras se denominan "Billets" y los que se utilizan en la fabricación de planchas se llaman "Cakes" que son como panes de azúcar de 2 a 5 toneladas. Estas formas especiales hoy se elaboran en fundiciones extranjeras y se cotizan con un premio en el mercado internacional que oscila entre 0,8 y 1,8 centavos de dólar por libra, que podrían quedar en Chile.

Otra innovación posible es la que se conoce como sistema de "colada continua", cuya ventaja principal es la reducción del costo de producción del "alambrón", un producto semi-elaborado que, aunque de bajo valor agregado, tiene un importante mercado exterior. Al nivel de la industria hay dos opciones posibles en el corto plazo, que no son excluyentes pero tienen características muy diferentes. Una

implica exportar volumen y se relaciona con la producción de semi-elaborados, especialmente alambros, productos elaborados tubulares y planos, lámina de radiadores, tubos de refrigeración, etc.; la otra, en que el volumen de cobre es bajo, da importancia a la tecnología que se incorpora. Estos productos pueden ser, por ejemplo, circuitos impresos, antenas, intercambiadores de calor, bobinas y otros bienes intermedios utilizados generalmente en industrias tales como la electrónica y la automotriz.

Las informaciones sobre el mercado internacional de semi-elaborados indican que Chile podría vender una cantidad bastante mayor que la actual si cumple con los requisitos de calidad y precio. En este sentido cálculos recientes indican que sería posible alcanzar una exportación de semi-elaborados e intermedios por un valor aproximado de US\$ 130 millones.

Lo importante que anota este estudio es que el mayor valor neto de exportación, después de este esfuerzo industrial, es de US\$ 33 millones, ya que el resto es el valor del cobre materia prima a precio internacional.

La política de industrialización, particularmente en relación con los productos semi-elaborados, conduce a una definición sobre la estructura de propiedad de las empresas que tendrán la responsabilidad de producir esta expansión. Hoy los principales

fabricantes de cables y conductores, tanto desnudos como forrados, son Madeco y Cobre Cerrillos (CO-CESA). Por otra parte, Madeco es la única elaboradora importante de productos tubulares y planos, no sólo en Chile sino en los países sudamericanos del Pacífico y en Centro América. Estas empresas, siendo privadas, dependen para su funcionamiento de las decisiones de política pública. El único proveedor de la materia prima es el Estado, los precios de venta internos son determinados por DIRINCO, el retorno de sus exportaciones debe ser convertido al tipo de cambio fijado por el Banco Central, el crédito para la expansión provendrá de la banca estatizada y las posibilidades de expansión dependerán de los créditos o garantías que les otorgue la Corporación de Fomento. Por lo tanto, no se puede pensar que el Estado no esté incorporado en este negocio. Lo que se debe resolver es si el Estado tomará el control total de estas empresas o formará una sociedad mixta. Para tomar esta decisión se debe tener en cuenta que en Madeco participan en cerca de un 40% del capital las firmas extranjeras C.E.A.T. y General Cable (ambas grandes consumidoras de cobre) y en CODESA más del 60% del capital es de Phelps Dodge (gran productor). Estas firmas, grandes consumidoras o productoras de cobre en el mundo, plantean una situación que debe pesar en las decisiones y en las negociaciones que emprenden las autoridades de gobierno. Además hay que considerar que existe una infraestructura instalada, personal adiestrado y una experiencia ganada que el país debería aprovechar, cualquiera que sea la resolución que se adopte sobre la propiedad de las empresas.

Finalmente, el otro aspecto que vincula las actividades de la gran minería del cobre con el desarrollo de la economía nacional es el volumen de las adquisiciones que se realizan en el país. Estas compras han alcanzado a los US\$ 100 millones al año y, en algunos casos, han sido el punto de partida para la creación de ciertas industrias y constituyen la base de su subsistencia.

Con la nacionalización de las empresas mineras se pueden planificar mejor las compras que ellas realizan en el país, tarea que ya había iniciado con éxito Codelco, pero que ahora puede realizarse con mayor eficacia teniendo en vista la posibilidad de producción de maquinarias, equipos y bienes intermedios que antes se importaban. Esta expectativa es más viable si se logra un acuerdo con los otros países mi-

neros que integran el Grupo Andino, con lo cual se contaría con un mercado ampliado que justificaría la fabricación de perforadoras, compresoras, herramientas automatizadas, bolas de molino, corazas, cables de acero, etc.

En resumen se trata de aprovechar la posibilidad que abre la nacionalización para coordinar la política de adquisiciones de las grandes empresas mineras, logrando que éstas se integren a la economía del país y que puedan convertirse en promotoras del desarrollo de la industria nacional, teniendo en perspectiva los beneficios derivados para el país en su conjunto más que la utilidad inmediata de cada empresa en particular.

Magnitud y uso de los excedentes

La gran minería del cobre, por su dimensión, por su alta productividad y por los costos relativamente bajos que ha tenido en el pasado, ha constituido la principal fuente de excedentes generados en una área productiva, capaz de satisfacer sus propias necesidades y de transferir una cuota importante para estimular el progreso de otras actividades nacionales y aún de retribuir generosamente el capital extranjero invertido en Chile.

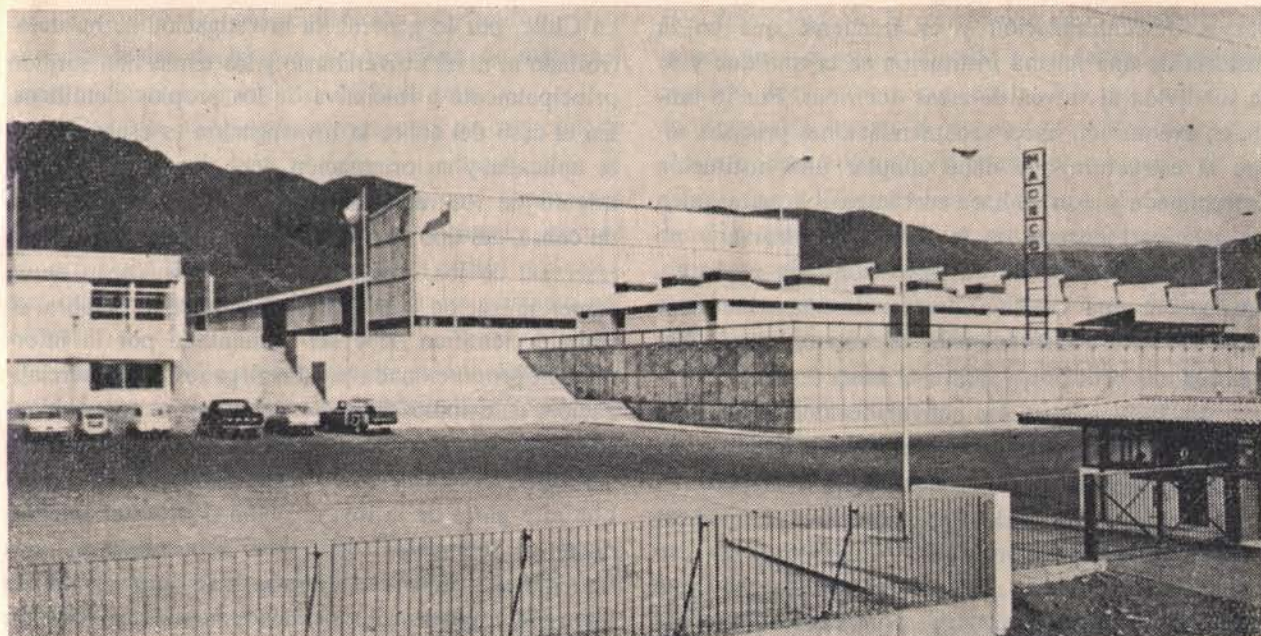
Con razón el gobierno del Presidente Allende ha puesto tantas esperanzas en que la nacionalización del cobre le permitirá financiar parte de su programa de desarrollo económico y social.

Es ilustrativo conocer a cuánto ha montado el excedente y cómo se forma. Tomaré como ejemplo el año 1970, aunque las cifras finales pueden sufrir algunas pequeñas variaciones:

Producción en mills. de libras	1.175
Valor de las ventas (mills. US\$)	761
Costo de producción y gtos. de venta (mills. US\$)	386
Excedente o Utilidad Bruta	375

Este excedente se distribuyó de la siguiente manera:

	Mill. US\$
AL FISCO:	229,5
a) Impuesto renta, recargos y patrimonio	114,8
b) Impuesto adicional	26,0
c) Sobrepeso	88,7
A CODELCO:	87,5
Dividendos por su participación en el capital	87,5
A EMPRESAS EXTRANJERAS:	
Participación líquida	58,0



Madeco, productora de semi-elaborados que debe definir su estructura de propiedad

En consecuencia el Estado chileno recibió alrededor de un 84% y las empresas extranjeras el 16% del excedente generado en 1970. Lógicamente, en la formación de este excedente aún no ha influido el programa de expansión y, por lo tanto, en los próximos años debería ser bastante mayor si no varían significativamente el precio de venta y/o los costos.

La magnitud del excedente estará determinado principalmente por las variaciones que experimente el volumen de la producción, el precio internacional y el costo total. En caso de que aumenten los costos internos, ya sea por alza de salarios o de otros insumos nacionales, y no se modifique el cambio al cual deben venderse las monedas extranjeras producto de las exportaciones de cobre, el excedente disminuirá pero no el volumen de dólares que recibe el país. En efecto, se reducirá el ingreso fiscal y la participación de Codelco, pero el Banco Central habrá comprado dólares por una suma adicional equivalente al aumento de los costos que han originado la menor participación del Estado. El efecto económico importante, en este caso, está en que serán los trabajadores y/o las autoridades de las empresas proveedoras de insumos de la gran minería, los que determinarán el uso del excedente que antes quedaba en poder de Codelco y del Fisco.

En el caso en que el aumento del costo se deba al alza de los precios de insumos importados o a

deficiencias en esas adquisiciones se producirá una disminución neta de los excedentes y de la disponibilidad de dólares del país.

El mismo efecto anterior resultaría de una disminución de la producción o del precio internacional del cobre. Las observaciones anteriores nos muestran desde otro ángulo la trascendencia y complejidad del negocio del cobre y el cuidado con que deben manejarse las distintas variables que en él intervienen, para que "el sueldo de Chile" no pierda su poder adquisitivo.

La organización institucional

Antes del año 1969 las minas de cobre eran de Anaconda, Kennecott y Cerro Corporation cuyas oficinas principales están ubicadas en los Estados Unidos de Norteamérica, desde donde se fijaba la política hasta que en la fecha indicada los representantes del Estado chileno pasaron a ser mayoría en el Directorio. Hoy el propietario es uno solo: el Estado de Chile y, por lo tanto, ha desaparecido la representación extranjera en la dirección del negocio. Surge la duda si la estructura institucional, que podía ser suficiente para cumplir su función en el pasado, es adecuada para abordar las nuevas tareas.

Los expertos en organización administrativa mantienen por años la discusión sobre centralización

versus descentralización y es frecuente que en la historia de una misma institución se la unifique y se la subdivide al vaivén de estas doctrinas. Por lo tanto, es aventurado hacer recomendaciones precisas sobre la estructura que debe adoptar una institución determinada y esto se hace casi imposible para quien no está participando en la institución misma y no conoce los detalles de su operación. Sin embargo, me parece una omisión demasiado importante no tocar el aspecto institucional. Me animo, pues, a hacer algunas reflexiones sobre el tema.

En primer lugar, las actividades derivadas de la producción minera, de la investigación del cobre, de su comercialización, financiamiento, investigación a distintos niveles, etc., deben ser concebidas como un todo integrado, sin perjuicio de que esté compuesto por distintas unidades. En este sentido no hay que tener restricciones doctrinarias para extraer lecciones de la organización y funcionamiento de los conglomerados —sean éstos de propiedad privada o estatal— que han probado su eficacia en el ámbito nacional e internacional.

En un esquema de esta naturaleza lo más difícil de lograr es la coordinación y operación descentralizada y ágil de las distintas empresas y de los servicios comunes a ellas —como podrían ser la investigación, las adquisiciones y las ventas— con la entidad encargada de fijar la política centralizada, que dice relación con las finanzas y con las decisiones de inversión, producción y precios.

Las principales unidades que se pueden identificar son las de investigación, de producción minera, de adquisiciones y ventas, de empresas industriales y de finanzas, de planificación general y de control de ejecución.

La investigación constituye uno de los compromisos más serios para el país, ya que hasta ahora se ha desarrollado en el exterior y la experiencia chilena al respecto es muy limitada. Los estudios geológicos para determinar nuestra capacidad futura de producción, las cubicaciones, la determinación de programas de explotación y la investigación de los procesos mineralúrgicos, son algunos de los aspectos que Chile debe abordar. Se necesitará probablemente de la colaboración técnica extranjera en una primera etapa, pero se debe capacitar simultáneamente al personal nacional para que pueda asumir lo antes posible la responsabilidad total.

En este sentido es necesario tener presente que

en Chile, por lo general, la investigación se ha desarrollado al nivel universitario y los temas han surgido principalmente a iniciativa de los propios científicos. En el caso del cobre la investigación es esencialmente aplicada y su orientación debe surgir del conocimiento de los requerimientos del mercado mundial de cobre, del tipo de minerales que contienen nuestras reservas, de los obstáculos que se visualizan en la comercialización del mineral, etc. En una palabra, el trabajo científico debe ser alimentado por la información proporcionada por los órganos de comercialización, de estudios de mercados y por el conocimiento oportuno de los avances tecnológicos que se están aplicando en otras áreas del mundo. Esto indica que esta parte de la investigación debe estar integrada en el "complejo" del cobre, debe servir a todas las empresas mineras, nutrirse de la información de las otras unidades del sistema y tener una relación directa con el centro de fijación de política.

En mi opinión, la investigación a nivel industrial podría formar parte de otro centro de investigación, porque los aspectos mineralúrgicos del cobre son perfectamente diferenciados de los metalúrgicos y estos últimos tienen más relación con el desarrollo de la industria en general.

Es importante que las empresas productivas mantengan su individualidad y autonomía y se radique claramente en ellas la responsabilidad del cumplimiento de las metas de producción, calidad, costos y relaciones laborales, sin perjuicio que en este último aspecto se sujeten a las pautas generales impartidas por las autoridades políticas. Pero éstas últimas no deberían intervenir en la aplicación de esas pautas, ni emprender acciones que pudieran crear la impresión de una dualidad de autoridad. Esto podría romper la jerarquía necesaria para el funcionamiento eficiente de las unidades productivas, lo que debe evitarse en cualquier sistema político, especialmente en uno que va en tránsito al socialismo, dada la equivocada pero frecuente impresión de que en el socialismo no hay autoridad ni jerarquías.

En relación con la organización comercial, tanto de ventas como de adquisiciones, sería ventajoso que estuviera bajo una sola unidad, ya que quién vende y al mismo tiempo puede ofrecer comprar tiene mejores condiciones de negociación. Sin embargo, son tan delicadas y complejas estas dos operaciones que un manejo unificado podría restar agilidad. En todo caso, si operaran separadamente podría existir

tir un comité de comercialización que unifique este aspecto de las decisiones, sin perjuicio de mantener independiente la operación de cada una.

Codelco ha ganado experiencia en materia de ventas, pero en lo que se refiere a adquisiciones se necesita montar una organización con conexiones internacionales de alta agilidad y eficiencia, porque un error por no saber comprar o un atraso por razones burocráticas puede causar un grave perjuicio nacional.

Lo único que deseo destacar es que ésta es otra unidad que requiere de una reorganización, para ubicarse en un nuevo esquema, en que su operación no se vea entorpecida por trámites de carácter burocrático o administrativo.

En relación con la industrialización del cobre es necesario tomar algunas decisiones urgentes para definir la o las instituciones estatales responsables de su orientación. Una solución posible sería la formación de un Comité mixto Codelco-Corfo, que hiciera cabeza de un "holding" en que se agruparan las empresas existentes y las que se creen en el futuro.

Este Comité sería independiente de la estructura administrativa de las instituciones que lo patrocinan, manteniendo su relación con ellas para la fijación de la política.

El Comité podría tener la propiedad total o parcial de las empresas que integran el "holding" y además sería el que oriente la acción de las empresas de esta rama que se mantengan de propiedad y gestión privada.

Además ésta debería ser la unidad que orientara la investigación ligada con la metalurgia del cobre. En relación con este aspecto hay que decidir si esta investigación se realizará en el "Centro de Investigación Minero Metalúrgico" o se integrará al Instituto Tecnológico (INTECO), ambos creados en la administración pasada.

Finalmente, lo más importante es la organización que se dará al "cerebro" que tomará las decisiones en este complejo minero-industrial.

En principio, debería ser una organización pequeña semejante al Directorio de una sociedad anónima, pero con un "staff" asesor altamente calificado. En este Consejo se deberían centralizar las decisio-

nes financieras y la asignación del excedente que quede después que el Estado haya retirado una proporción previamente convenida. En este sentido es indispensable buscar la manera para que este excedente no sea utilizado en cualquier momento de angustia fiscal. Es muy tentador para el Gobierno y también para la oposición echar mano a esta bolsa de recursos para financiar reajustes, proyectos de beneficios regional o de otra índole. Esto sería lisa y llanamente "matar la gallina de los huevos de oro".

También deberían corresponder a este Consejo las decisiones de inversión, de precio y la fijación de las metas de producción.

Debería estar permanentemente disponible para el Consejo una información resumida de lo que ocurre en cada una de las unidades descentralizadas. Esto implica tener un sistema que permita transmitir en forma expedita las decisiones hacia las unidades operativas, seguir paso a paso la forma en que se cumplen y recibir de vuelta la información de ejecución.

Este bosquejo simplificado de una eventual organización o mejor dicho de identificación de las tareas principales por cumplir, hace pensar que la estructura de Codelco, creada bajo otras condiciones, debería someterse a una completa revisión que la adecúe a la magnitud y variedad de funciones que le impone la nacionalización del cobre.

Este artículo no tiene otro objetivo que señalar, a grandes rasgos, algunas de las responsabilidades que hemos adquirido como país al pasar a la propiedad del Estado nuestra riqueza fundamental.

La tarea que tenemos por delante es un desafío para todos los chilenos. En ella no cabe ni la oposición mezquina, ni el sectarismo político, ni el dogmatismo limitante, ni la actitud aprovechadora de los que tienen el privilegio de laborar en una actividad de tanta trascendencia para el desarrollo del país.

Esta es una de esas obras que deben unir a todos los chilenos. En ella se pone a prueba frente al mundo nuestra capacidad como Nación y, frente a las generaciones que vienen, nuestra capacidad para legarles una sociedad más justa, próspera e independiente.

PROBLEMAS DE CIENCIA Y TECNOLOGIA EN EL PASO AL DESARROLLO



La investigación científica otorga el status anhelado por muchos profesionales chilenos

Los últimos veinte años han aportado al panorama social de Chile, entre muchas otras novedades, el apareamiento de la investigación científica como actividad principal remunerada de un grupo relativamente numeroso de personas con formación superior, y no más como actividad accesoria de unas pocas personas que ejercían fundamentalmente una profesión liberal y que se dedicaban a ella en su tiempo libre.

La investigación ha encontrado su lugar social principalmente en las Universidades del país, aunque en los últimos años del período han ido apareciendo núcleos de investigadores en instituciones públicas no universitarias.

El volumen alcanzado por la investigación científica en las universidades chilenas puede apreciarse en la tabla siguiente (Schiefelbein, 1971):

Edmundo Fuenzalida Faivovich

Investigador en FLACSO — ICIS

Dotación total y por alumno de personal científico

Universidades	Total de Investigadores de tiempo completo	Relación investigadores por alumno	Investigadores de Ciencias Biológicas	
			Total en Ciencias Biológicas	Porcentaje con respecto al total
Santa María	52	.091	—	—
Austral	64	.054	16	25
Chile	1.222	.039	392	32
Concepción	214	.037	91	43
Católica Santiago	192	.023	44	23
Católica Valparaíso	61	.014	8	13
Técnica del Estado del Norte	80	.008	—	—
	9	.006	—	—
Total	1.894	.028	551	29

Fuente: Descripción y análisis del sistema científico-tecnológico de Chile. Boletín de PLANDES, N° 37, Santiago, 1970.

Vial (1971) da una idea del grado de desarrollo alcanzado por la investigación científica en Chile, en el campo de las ciencias biológicas:

"... las Jornadas Anuales de la Sociedad de Biología constituyen el mejor elemento para determinar en qué consiste efectivamente la investigación biológica chilena. En este artículo, reseñaré como muestra las jornadas de 1968 y 1969 ...

En 1968 hubo un total de 279 autores que presentaron 137 trabajos, y en 1969, 365 autores para 179 trabajos.

El solo número dice poco en un asunto de esta índole. Por otro lado, una apreciación afinada sobre calidad, envuelve un elemento subjetivo demasiado difícil de controlar. Creo, sin embargo, que son pocos los trabajos que presentan errores de planteo o de métodos groseros, o que carecen por entero de originalidad. Son también pocos los que por la novedad de su enfoque o la perfección de su técnica representan contribuciones de primer orden.

El 95% de los trabajos proviene de establecimientos universitarios. Un 60% del total ha sido hecho en la Universidad de Chile, 15,5% en la Universidad Católica, un 8% en la de Concepción y un 4,5% en la Austral. (Pág. 72).

Sobre el estado de la investigación científica en Chile en el campo de la Física, Saavedra (1969) proporciona interesantes observaciones, y comparaciones con otros países latinoamericanos.

El crecimiento de las actividades de investigación científica en el país durante el último ventenio ha ido acompañado por un debate acerca de su relación con las demás actividades nacionales, especialmente con las productivas, centrado sobre el provecho efectivo que estas últimas y, en última instancia, el país, obtienen de ellas.

El Centro de Planeamiento de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile (1970) ha hecho una evaluación de la vinculación entre la infraestructura científica nacional y la actividad industrial:

"En primer lugar, es posible apreciar que la vinculación global entre la infraestructura científica y las empresas productivas es escasa; los organismos del Sector Educación Superior muestran dispersión y falta de orientación hacia objetivos de carácter productivo; el Sector Gobierno, por otra parte, orienta a sus organismos de investigación principalmente hacia los sectores primarios, agrícola y minero y, en general, a todo aquello relacionado con el estudio de las características y disponibilidades de recursos naturales del país.

En segundo lugar, el análisis de las actividades de los organismos de esta infraestructura muestra una ausencia de proyectos de investigación en relación al diseño y mejoramiento de procesos de carácter industrial; lo que refleja la insuficiencia de personal especializado para desempeñar estas labores ...

Por último, las actividades de "Asistencia Técnica" y "Servicios", si bien han alcanzado cierta importancia en algunos casos, aún son poco utilizadas debido a la falta de conciencia sobre su rol. El grado de atención que reciben las agrupaciones industriales por parte de la infraestructura científica puede esquematizarse según tres categorías que tienden a reflejar en términos relativos la orientación e intensidad del esfuerzo científico respecto a cada una de ellas. En la categoría I se incluirían a aquellas agrupaciones respecto a las cuales han existido algunos esfuerzos y existe el potencial para continuarlos e intensificarlos. La categoría II considera aquellas agrupaciones en relación a las cuales, si bien ha habido algunos esfuerzos esporádicos, existe un potencial científico que es conveniente reorientar y reforzar. Finalmente la categoría III señala las agrupaciones respecto a las cuales prácticamente no ha existido un esfuerzo científico y donde sería necesario la creación de un potencial ...

Categoría I	Categoría II	Categoría III
Alimentos	Caucho	Papel y Celulosa
Subst. y Prod.	Deriv. Petróleo	Muebles
Químicos	Prod. Metálicos	Maquinarias
Maderas	Metálicas Básicas	Material de Transporte
Equipo Eléctrico		Resto de las agrupaciones
		(Págs. 46 - 47)

El presente artículo es un intento de explicar desde el punto de vista sociológico, por qué la investigación científica ha tenido este notable desarrollo en Chile en los últimos veinte años; por qué se ha concentrado principalmente en las universidades y por qué ha estado desvinculada de las actividades productivas.

EN BUSCA DE UNA EXPLICACION SOCIOLOGICA

Al intentar formular una explicación sociológica del notable desarrollo de la investigación científica en Chile en el último ventenio, es importante subrayar que una explicación es necesaria (sea la que aquí se propone u otra) ya que, según lo que se sostiene habitualmente entre quienes se interesan por este tema, la investigación científica recibe impulso para su desarrollo o bien del Estado, en la medida en que incluye entre los objetivos de su política precisamente el fomento de esta actividad, o bien del empresariado industrial, que busca aumentar su productividad por medio de la aplicación de los resultados de la investigación científica. Este es el punto de vista de Herrera (1968). Pues bien, en



La revolución de las aspiraciones apunta al nivel de vida de otras sociedades

el caso de Chile, el crecimiento de las actividades de investigación no ha sido ciertamente consecuencia de una acción deliberada y planificada del Estado (según Saavedra (1969) lo mismo ocurre también en otros países latinoamericanos, en el caso de la Física), ni mucho menos de una demanda del empresariado industrial. Siendo esto así, ¿por qué se ha llegado a una cifra de aproximadamente 2.000 investigadores de tiempo completo en las universidades chilenas?

Revolución de las aspiraciones en los sectores urbanos

Para explicar este hecho es preciso situarlo dentro del proceso global de desenvolvimiento del país en los últimos dos decenios. Existe consenso acerca de que dicho desenvolvimiento ha tenido lugar bajo el signo del subdesarrollo, aunque dista mucho de existir consenso acerca de lo que significa el subdesarrollo. Sobre algunas dimensiones del subdesarrollo es posible, sin embargo, hallar cierto grado de acuerdo entre los distintos estudios de la realidad nacional.

Una de estas dimensiones es la llamada "revolución de las aspiraciones crecientes". La situación de subdesarrollo, cualquiera otra cosa más que pueda significar, significa que vastos sectores de una sociedad nacional aspiran a tener un nivel de vida mucho más alto del que efectivamente gozan y semejante al que prevalece en sociedades tomadas como modelo. Tales aspiraciones han sido generadas, básicamente, por el desarrollo de los medios de

transporte y de comunicación con masas de individuos, que han puesto el nivel de vida de que gozan algunas pocas sociedades en conocimiento de las demás.

Como es lógico, este fenómeno afecta particularmente a la población urbana y aún más a la metropolitana.

Otra de las dimensiones del subdesarrollo respecto de las cuales suelen coincidir los estudios es el denominado "efecto de fusión", según el cual las nuevas aspiraciones generadas en los sectores urbanos educados por el aumento de los contactos reales y/o simbólicos con las sociedades de consumo masivo se fusionan con actitudes e ideales de vida correspondientes en la sociedad tradicional a las clases superiores. Entre tales actitudes e ideales se cuentan particularmente el desprecio de la actividad económica, la excesiva valoración del trabajo intelectual frente al manual, el énfasis en la autonomía individual, etc.

Según esto, el desenvolvimiento de todas las actividades nacionales en el último ventenio se ha producido dentro de un vasto marco de revolución de las aspiraciones de grandes sectores urbanos, en quienes se mezclan nuevas actitudes "importadas" desde las sociedades de consumo masivo con actitudes recibidas de las élites del Chile tradicional. Pues bien, la idea central de la explicación del desarrollo de las actividades de investigación científica en el país es que dicho desarrollo es una consecuencia de estas características de los sectores urbanos.

Tratando ahora de especificar esta idea central y de describir cómo han operado estas características

de los sectores urbanos sobre el surgimiento de la investigación científica, puede afirmarse lo siguiente, en calidad de hipótesis.

Los sectores urbanos no llegaron simplemente a aspirar al nivel de vida predominante en las sociedades más desarrolladas, sino que, además, aspiraron a lograrlo a través del ejercicio de ocupaciones con ciertas características muy precisas, tales como limpieza, ausencia de peligro físico, autonomía individual y otras semejantes.

Insuficiente respuesta del sistema político

Estas aspiraciones fueron hechas suyas por partidos políticos cuya base social estaba constituida por los sectores urbanos educados y transformadas en peticiones al sistema político.

El sistema político, enfrentado ante la dificultad objetiva de transformar la estructura económica del país a fin de absorber en una estructura ocupacional ampliada a estos sectores, prefirió el camino más fácil de crear nuevos empleos en la burocracia pública. Estos empleos tenían, como ocupaciones, las características aspiradas por los sectores urbanos e, inicialmente, proporcionaban a quienes los tenían el ingreso suficiente para conseguir el nivel de vida deseado.

Pronto, sin embargo, comenzó a ser superada esta solución por la dinámica misma del subdesarrollo: el número de postulantes a ocupaciones del tipo mencionado se hizo cada vez mayor, la capacidad financiera del Estado para crear cada vez más empleos en la burocracia pública empezó a tocar su extremo límite. De aquí se generó un doble proceso: por una parte, comenzaron a elevarse las exigencias educacionales para acceder a un cargo en la Administración Pública; por otra, el ingreso asignado al desempeño de la función pública empezó a ser insuficiente para conseguir el nivel de vida deseado.

Ambiciones universitarias

El avance de este doble proceso condujo a los sectores urbanos a interesarse por la educación superior y a presionar por el acceso a la Universidad.

La posesión de un grado universitario, sin embargo, no asegura a su detentador el obtener una ocupación con las características deseadas, debido

al insuficiente ensanchamiento de la estructura ocupacional y a la saturación de la burocracia pública. De aquí que los sectores urbanos comiencen a buscar la solución a su problema en el estudio de nuevas carreras y profesiones que, en lo posible, sean relativamente independientes del desarrollo económico insuficiente del país y puedan recurrir a ciertos valores compartidos por amplios sectores para obtener financiamiento público.

Junto con varias otras posibilidades, la investigación científica como ocupación resulta particularmente adecuada como solución al problema de estos sectores urbanos. En efecto, ella reúne, como pocas otras ocupaciones, las características ambicionadas por estos sectores: limpieza, ausencia de peligro físico, autonomía individual, importancia del esfuerzo intelectual, etc. Por otra parte, el valor atribuido por la sociedad a la ciencia permite reclamar para sus cultivadores los recursos necesarios y un ingreso personal que les permite alcanzar el nivel de vida ambicionado. En tercer lugar, la investigación científica como ocupación tiene un atributo que la hace especialmente atractiva para los sectores urbanos y consiste en que ella otorga una alta movilidad internacional. Si el ejercicio de la actividad investigativa en el país no le reporta al interesado el ingreso necesario para conseguir el nivel de vida a que aspira, le queda aún la posibilidad de emigrar a otro país en donde ello sea posible.

Por todas estas razones, los sectores urbanos se interesan por dedicarse a la investigación científica como ocupación.

Desde el punto de vista de quienes detentan el poder, satisfacer esta demanda es relativamente fácil, por cuanto la creación de institutos de investigación no requiere transformar la estructura económica y, basándose en el prestigio social de la ciencia, puede obtenerse de la comunidad nacional los recursos públicos para financiarlos.

CONFIRMACION DE LA HIPOTESIS

Como se ha dicho más arriba, esta explicación se presenta aquí en calidad de hipótesis, debido a que no se ha hecho aún una investigación sistemática del surgimiento de la actividad de investigación científica en Chile. Sin embargo, existen algunos datos que permiten afirmar que se trata de una hipótesis plausible.

La primera de entre las hipótesis en que consiste la explicación afirma que los sectores sociales urbanos no sólo han pasado a aspirar al nivel de vida predominante en los países desarrollados, sino también a las ocupaciones que en tales países hay que desempeñar para lograr dicho nivel de vida. Estas ocupaciones tienen atributos típicos tales como la limpieza, la ausencia de peligro físico, la autonomía y otras semejantes.

En una investigación llevada a cabo en Santiago en 1964 por FLACSO para la Comisión de Planeamiento de la Educación, bajo la dirección de Eduardo Muñoz y en la que el autor participó como asesor metodológico, se obtuvieron algunos resultados que dan cierta base empírica a esta hipótesis. En efecto, al ser interrogados 268 padres con hijos en la escuela, pertenecientes a todos los niveles sociales del área metropolitana, acerca de los atributos de una ocupación que les parecían los más agradables, mencionaron los siguientes, en orden decreciente: "el trabajo es limpio", "frecuentemente se toman iniciativas", "el trabajo no es peligroso", "las tareas se hacen individualmente", "se trabaja con horario fijo", "algunas veces se toman iniciativas", "no se reciben órdenes", etc. Un cuadro semejante presentaron sus hijos, estudiantes del último curso de la escuela secundaria.

Por otra parte, interrogados los padres con una pregunta del tenor siguiente: "¿Si hubiera podido elegir con toda libertad, es decir, si nada se lo hubiese impedido, qué ocupación le habría gustado tener?", dieron las respuestas que se resumen en este cuadro:

Aspiraciones ocupacionales de los padres en lo que respecta a tipo y rango de la ocupación (en %).

	ALTO	MEDIO	BAJO
PROFESIONAL "Moderno"	27	10	X
PROFESIONAL "Tradicional"	6	16	X
AGRICULTURA, INDUSTRIA, COMERCIO	10	6	5
SERVICIO PUBLICO - OFICINA	2	9	X
SERVICIOS PERSONALES, ARTESANIA	X	5	4
			100

(X = categoría lógicamente vacía)

E. Muñoz acertadamente dice (pág. 16) que este cuadro revela el hecho de una presión impor-

tante para llegar a tener ocupaciones pertenecientes al sector terciario y, dentro de este sector, las ocupaciones de tipo profesional.

En cuanto a las aspiraciones ocupacionales que abrigan estos mismos padres con respecto a sus hijos, se obtuvo el siguiente cuadro de respuestas:

Aspiraciones ocupacionales de los padres con respecto a los hijos (en %).

	ALTO	MEDIO	BAJO
PROFESIONAL "Moderno"	46	10	X
PROFESIONAL "Tradicional"	4	21	X
AGRICULTURA, INDUSTRIA, COMERCIO	2	1	2
SERVICIO PUBLICO - OFICINA	1	7	X
SERVICIOS PERSONALES, ARTESANIA	X	3	1
			100

Sobre este cuadro Muñoz comenta:

"...las aspiraciones ocupacionales de los padres se canalizan hacia los hijos, observándose una neta acentuación de las tendencias anotadas. Esto último es particularmente cierto en lo que respecta a las profesiones: al 81% del grupo de padres le gustaría que su hijo llegase a tener una profesión, en tanto que sólo el 59% la desea para sí... Dentro de las actividades profesionales... las más deseadas para el hijo son las de tipo "moderno", en tanto que no reciben tantas preferencias las carreras científicas o técnicas de nivel intermedio". (Pág. 16).

La misma pregunta planteada a los padres fue formulada a sus hijos (con un pequeño cambio para adecuarla al interrogado). Las respuestas del grupo comprendido entre los 16 y los 22 años de edad que asistía al último curso de la escuela secundaria, se encuentran resumidas en el cuadro siguiente:

Aspiraciones ocupacionales de los alumnos de sexto año de Humanidades, en lo que respecta a tipo y rango de la ocupación (en%).

	ALTO	MEDIO	BAJO
PROFESIONAL "Moderno"	51	19	X
PROFESIONAL "Tradicional"	7	17	X
AGRICULTURA, INDUSTRIA, COMERCIO	0	0	0
SERVICIO PUBLICO - OFICINA	0	6	X
SERVICIOS PERSONALES, ARTESANIA	X	0	0
			100

Las tendencias que aparecen en este cuadro son claras: hay énfasis sobre las carreras de tipo profesional, especialmente en las carreras de tipo científico y técnico; una falta absoluta de interés en las actividades de tipo empresarial o en las ocupaciones que no pertenezcan al sector terciario de la economía. Especialmente se advierte una expansión de las aspiraciones en términos de arribar a las posiciones de nivel alto.

Otra hipótesis afirma que los sectores urbanos han adquirido en este ventenio un gran interés por la educación universitaria. Aunque es bastante conocido el hecho de la expansión de la matrícula universitaria en este país en los últimos años, resulta impresionante la cuantificación del fenómeno. En el año 1957 había 20.440 estudiantes universitarios; sólo ocho años después eran 41.801 y en 1969 alcanzaban a 69.316 (Schiefelbein, 1971, págs. 16 y 23).

INSUFICIENTE OFERTA DE CIENCIA

Pasando ahora al segundo objetivo de este artículo, resulta claro que la investigación científica tuvo que encontrar su sitio en las universidades, debido a sus raíces sociales, que de ninguna manera tienen que ver con alguna demanda de las activida-

des productivas ni con alguna política explícita de desarrollo científico. A su ubicación en las universidades contribuyó, por cierto, el modelo norteamericano, aunque en medida difícil de determinar.

La desvinculación de las actividades de investigación científica con las actividades productivas puede explicarse recurriendo a dos órdenes de factores. Por una parte, las fuerzas que en Chile han dado origen a tales actividades han producido un tipo de investigador científico más interesado en las características externas de su propio trabajo que en su resultado. Extremando las cosas, podría afirmarse que en Chile se es científico más por el hecho de ocupar un cargo de investigador de tiempo completo en alguna de las universidades nacionales que por el hecho de hacer aportes a alguna disciplina científica a través de la publicación de artículos y/o libros.

En calidad de evidencia empírica en favor de este aserto (por cierto, insuficiente para probarlo) puede mencionarse el testimonio personal de Igor Saavedra (1969):

“Un científico es un hombre que hace ciencia. Esto no es una perogrullada. Lo digo explícitamente para diferenciar entre los científicos de profesión y otras clases, una de las cuales es la que yo llamo de los “científicos de café”. Estos últimos conversan sobre ciencia, y a veces con bastante propiedad, pero no son capaces de pasar más allá de ello... Existe también otra clase de científicos, que yo llamaría “por consenso”, más bien que por profesión. Sobre estos personajes existe acuerdo—consenso— acerca de sus capacidades intelectuales y de su maestría en determinados ramos, pero nadie parece haberse detenido jamás a preguntarse por qué el señor en cuestión es científico, o mejor, si lo es en absoluto... ¿Cuántas de las personas que aparecen como “investigadores” en las planillas de sueldo de la Universidad de Chile, por ejemplo, realmente hacen investigación? ¿Cómo distinguir entre científicos verdaderos y estos otros ejemplares? Afortunadamente el problema es simple, cuantificable. La ciencia que hace un científico se mide a través de sus publicaciones. No sólo por su número, sino también por su calidad.

(Págs. 46-47)

Por otra parte, el lugar social en el cual se han desarrollado las actividades de investigación científica en Chile en el ventenio las universidades, no son organizaciones cuya meta sea la producción de nuevo conocimiento, científico o de otra clase. El autor (1971, a y b) ha investigado empíricamente este punto, llegando a la conclusión que los objetivos más importantes que han tenido las universidades chilenas en este período han sido estar al día en los progresos de las diferentes ramas del saber superior



IGOR SAAVEDRA: ¿Se hace ciencia en Chile?

en el mundo y transmitir estos conocimientos y las habilidades correspondientes a sus estudiantes.

Las universidades, en consecuencia, no han exigido a sus investigadores que produzcan nuevo conocimiento y los investigadores, por su parte no han estado interesados en hacer ciencia, sino en ser científicos.

La acción de estas dos fuerzas ha dado como resultado una producción científica escasa, tanto cuantitativa como cualitativamente, que ha sido elaborada, contra viento y marea, por unos pocos científicos con verdadera vocación. En resumen, no ha habido suficiente oferta de ciencia.

El segundo orden de factores explicativos de la desvinculación entre las actividades de investigación y las productivas puede formularse brevemente: ni el Gobierno, ni los sectores productivos han formulado una demanda significativa de ciencia. La explicación de esta falta de demanda, en cambio, no puede formularse en el breve espacio de un artículo, pues abarca a toda una estructura económica.

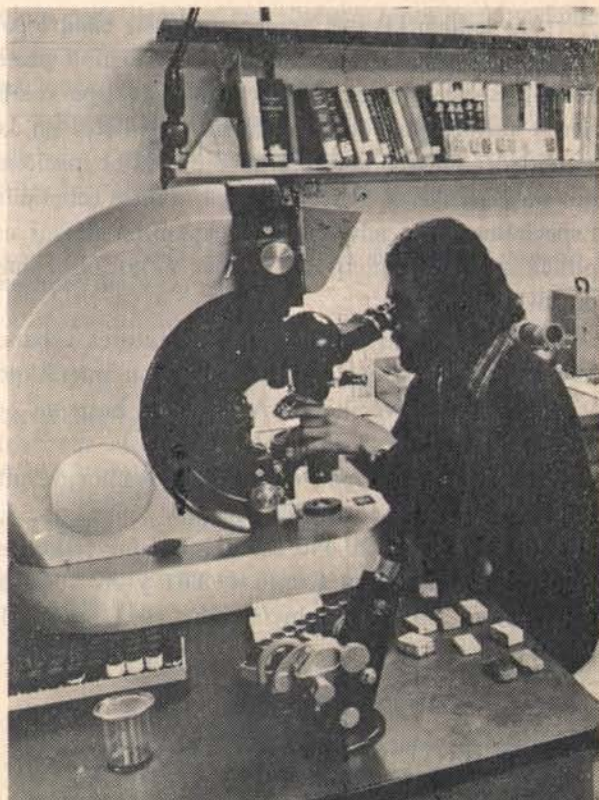
EL FUTURO DE LA INVESTIGACION CIENTIFICA EN CHILE

Tal como se dijo, la explicación presentada en lo anterior para el crecimiento de las actividades investigativas en Chile, para su ubicación en las universidades y para su desvinculación de las actividades productivas, es una hipótesis y, como tal, susceptible de ser confirmada, modificada o rechazada por los datos. Sin embargo, es una hipótesis plausible.

Precisamente por esta plausibilidad, vamos a suponer en lo que queda de este artículo que esta hipótesis sea confirmada por la investigación sistemática. En tal supuesto ¿qué conclusiones pueden extraerse para el futuro de la investigación científica en Chile a partir de su historia durante estos últimos veinte años?

En primer lugar, que el país ha adquirido una nueva potencialidad con el surgimiento de los dos mil y tanto investigadores que laboran en sus universidades.

En segundo lugar, que esta potencialidad no ha sido, hasta ahora, plenamente aprovechada para impulsar el desarrollo del país.



La nacionalización del cobre exige generar la investigación metalúrgica.

En tercer lugar, que el origen de este insuficiente aprovechamiento se encuentra tanto en el tipo de motivación que lleva a los sectores urbanos a interesarse en la investigación científica como ocupación, como en la naturaleza de las universidades y en el desinterés del Gobierno y de las actividades productivas en disponer de ciencia.

En consecuencia, si se desea que en el futuro la investigación científica llegue a ser un motor del desarrollo nacional, es preciso actuar sobre cada uno de estos factores.

Evidentemente, no todos ellos son igualmente manejables. Por ejemplo, el vasto proceso de revolución de las aspiraciones crecientes, que pasan a fusionarse con actitudes tradicionales, constituye un fenómeno de alcance mundial que es una de las características centrales de este siglo. A corto, y hasta a mediado plazo, resulta difícil imaginar medidas realmente eficientes para poner bajo control este proceso.

No sucede lo mismo, en cambio, con los demás factores. La ubicación de la investigación en las

universidades, por ejemplo, es un factor sobre el que cabe intentar una acción racional.

La universidad del último ventenio no ha sido un lugar adecuado para el desarrollo de la investigación. El artículo de Saavedra ya citado está lleno de anécdotas en este sentido. ¿Se trata simplemente de algo accidental, de un problema de hombres simplemente, o es algo que toca a la naturaleza de la institución universitaria en un país subdesarrollado como Chile?

Creemos que se trata de esto último y, por eso, pensamos que hay que sacar a la investigación científica de la universidad y colocarla en un contexto social más adecuado.

¿Por qué hay que sacar a la investigación de la universidad? Porque en un país subdesarrollado la meta de la universidad no puede ser la creación de nuevo conocimiento abstracto, general, sino la elaboración de un conocimiento concreto y particular, el de su propio país.

¿A dónde hay que trasladar las actividades de investigación? A las empresas productivas mismas, en ningún caso a instituciones especializadas en investigación. La razón es semejante a la anterior: en un país subdesarrollado, las actividades investigativas no pueden tener como objetivo hacer aportes al conocimiento científico en general, sino que a aquellas ramas del conocimiento científico que pueden ser utilizadas en un mejor aprovechamiento de los recursos naturales que sirven de base a las actividades productivas. Ahora bien, no parece haber modo más eficiente de asegurar la orientación de las investigaciones, tanto puras como aplicadas, hacia el mejor aprovechamiento de los recursos nacionales, que colocar a los hombres de ciencia en medio de quienes explotan dichos recursos y los transforman en bienes para el consumo y la exportación.

Sin embargo, las actividades productivas no han hecho una demanda significativa de ciencia durante el ventenio. ¿Para qué cambiar entonces a los investigadores de un contexto indiferente a sus actividades a otro contexto tan indiferente o más? La respuesta es la siguiente: las actividades productivas no demandaron ciencia en el período reseñado porque no la necesitaban. O la obtenían de su casa matriz, en el caso de las empresas multinacionales activas en el territorio nacional, o la compraban al exterior.

La nueva situación creada con la nacionalización del cobre y de otras riquezas básicas significa

que un grande y creciente sector de las actividades productivas va a necesitar ciencia, porque no la va a poder obtener, como antes, de la casa matriz de las empresas multinacionales.

Por esto creemos que al mover las actividades de investigación desde las universidades a las grandes empresas productivas nacionalizadas, no se las cambia de un contexto indiferente a otro tan indiferente o más, sino que se las ubica en un lugar social en donde pasarán a ser centrales para los logros de las empresas.

Pero no sólo pasarán a ser más importantes las investigaciones, sino que los investigadores mismos podrán ser resocializados hacia una valoración del producto de la actividad científica por encima de las características externas de la ocupación de científico.

Esta reubicación institucional de la investigación permitiría, mucho más que la continuación del actual estado de cosas, un aprovechamiento de este potencial para el desarrollo nacional.

BIBLIOGRAFIA

CENTRO DE PLANEAMIENTO de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, **Bases para una política y planificación de la ciencia y la tecnología en Chile. Parte III. Marco para un plan científico tecnológico chileno. Estudio N° 1: La orientación de las actividades científicas y tecnológicas en relación al sector industrial manufacturero chileno.**

A mimeógrafo, agosto de 1970.

FUENZALIDA, Edmundo "La dependencia en el ámbito del saber superior y la transferencia de modelos universitarios extranjeros en América Latina", Trabajo presentado al Seminario Latinoamericano "Modernización y Democratización en la universidad latinoamericana" organizado por la Corporación de Promoción Universitaria, CPU, Viña del Mar, Chile, agosto de 1971 (a).

FUENZALIDA, Edmundo **Investigación científica y estratificación internacional** (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1971) (b).

HERRERA, Amílcar O. "La ciencia en el desarrollo de América Latina", en **Estudios Internacionales**, Año 2, N° 1, abril - junio, 1968, pp. 38 - 63.

MUÑOZ, Eduardo **Investigación sobre opiniones y actitudes frente a la educación y el trabajo. Informes 1 a 4.** Santiago, a mimeógrafo, 1964. FLACSO a Comisión de Planeamiento de la Educación.

SAAVEDRA, Igor "El problema del desarrollo científico en Chile y en América Latina" en **Cuadernos de la Realidad Nacional**, N° 1, septiembre 1969.

SCHIEFELBEIN, Ernesto "Tendencias del cambio en las universidades chilenas". Trabajo presentado al Seminario de CPU citado más arriba.

VIAL, Juan de Dios "Notas sobre la investigación biológica en Chile" en **Cuadernos de la Realidad Nacional**, N° 8, junio de 1971.

ALGUNAS CONTRADICCIONES EN EL ACTUAL PROCESO DE DESARROLLO DE LA UNIVERSIDAD CHILENA



Atender al crecimiento de la demanda o preservar el nivel de calidad

Manuel Barrera

Instituto de Economía y Planificación,
Universidad de Chile.

Es propicia la ocasión del aniversario de Mensaje para examinar algunos de los procesos que destacan como peculiares del desarrollo universitario chileno de los últimos tiempos ya que éste y la educación en general han sido preocupación permanente de la revista.

Las universidades chilenas viven hoy, después de varios años de vigencia de la reforma, una inquietud profunda vinculada con el rol que desempeñarán en la sociedad nacional que transita hacia otro tipo de organización. Muchos son los universitarios que dudan acerca de si las mudanzas solicitadas años atrás con calor y vehemencia son realmente suficientes para definir dicho papel.

Los más importantes logros reformistas dicen relación con la distribución del poder en el interior

de las corporaciones a través de mecanismos de generación de las autoridades y de participación en su gestión, y el consenso alcanzado acerca de la necesidad de asumir un compromiso con el país: sus problemas, sus proyectos, su destino. El primero de ellos se juzgó necesario para obtener el segundo, aunque obviamente no constituye condición suficiente. La idea de que la Universidad debe comprometerse con el cambio social es de fácil enunciación y aceptación mientras permanezca en el plano declarativo o en tanto la sociedad experimente un evolucionismo gradualista. La dificultad comienza cuando se procura operacionalizar el aserto e implementar una política propiamente tal en un contexto social que cambia rápida, profunda y sostenidamente. Cuando varía la extensión y velocidad del cambio

suele ocurrir que algunos conceptos que para ciertos grupos no tuvieron importancia en una situación la adquieran en otra. Así sucede en nuestra educación con el de "eficiencia del sistema", por ejemplo, cuya acentuación pudo percibirse antes como característica de una mentalidad tecnocrática, pero que ahora —previa redefinición de los fines— se vincula con las responsabilidades institucionales en el despliegue del proceso revolucionario.

Tal como ha sucedido múltiples veces en la historia de los pueblos la realidad social está cambiando en nuestro país más rápidamente que las ideas para captarla, interpretarla u orientarla. La ciencia social más original y pertinente en Chile es todavía una ciencia de denuncia, de oposición, apta para señalar las características de la situación de subdesarrollo con sus deficiencias e injusticias, retrasos respecto del centro, dependencia de la potencia hegemónica. No es, sin embargo, útil para una etapa de construcción en que se necesita pensar, difundir e instalar una nueva institucionalidad y —además— "ganar la batalla de la producción", lo que es asaz dificultoso no sólo a corto plazo.

Las relaciones entre educación y vida productiva son en esta época discontinuas y tensas. La teoría del "rezago cultural" insiste en que los cambios ocurridos en un sector provocan variaciones en el otro y, por tanto, durante un período se produce un proceso de adaptación, que no se resuelve instantáneamente en un nuevo equilibrio. Si el cambio ocurrido en un sector dado es continuo y prolongado es posible que el otro no lo alcance nunca (en una etapa histórica) de modo que se provoque un atraso permanente. Nuestro país vive actualmente al nivel de la infraestructura material, especialmente en las relaciones de producción y de propiedad, grandes mutaciones. De continuar el sistema educacional al ritmo del desenvolvimiento anterior al nuevo proyecto histórico corre el riesgo no de quedar marginado de él, sino de ser sólo un servicio de la economía con la función de preparar los "recursos humanos" que requiera. De este modo sería un mero reflejo de ella, un resultado de sus necesidades. Es lo que la economía de la educación sugiere como la moderna justificación del sistema educativo. Sin embargo, en países como el nuestro con tan grande cantidad de población en edad escolar, que quiere sacudirse de la dependencia cultural, inculcar valores diferentes a los de la sociedad capitalista dependiente, la edu-

cación ha de tener funciones que rebasen el marco de la economía. ¿Qué efectos produciría en la sociedad en general, en el sistema educacional mismo, en la orientación de la juventud una relación entre la estructura productiva y el sistema educacional en la cual la primera determinara ampliamente al segundo?

Algunos dirigentes políticos y universitarios piensan que en el proceso chileno actual no es posible que se realicen otras modificaciones profundas que las de la estructura económica y que, por tanto, los "aspectos sociales" han de quedar, de momento, postergados. No es nuestro afán argumentar alrededor de los avatares sufridos por la conocida separación hecha por los economistas latinoamericanos entre los aspectos económicos y los sociales del desarrollo, que ha sido desmentida una y otra vez por la experiencia de los países de la región a través de los dolorosos fracasos de los planes económicos. Pero es conveniente preguntarse si nuestro sistema educacional tendría alguna posibilidad de darse una orientación y una organización más autónoma en relación a las necesidades directas del nuevo aparato productivo, más adelante cuando éste se haya cristalizado.

Las universidades chilenas, que a distinto ritmo y velocidad están adecuando su organización y funcionamiento a las ideas reformistas, deberán enfrentar pronto estos interrogantes. Para ello es imprescindible una reorientación de la ciencia social bajo la perspectiva de que es necesario y urgente no sólo aportar al esclarecimiento y solución de los problemas coyunturales sino especialmente a las formas precisas que puede tomar el cambio de cada uno de los órdenes institucionales que estructuran la sociedad, de acuerdo a los ideales revolucionarios y democráticos. No es extemporáneo destacar que tales formas deben emanar de una conjunción de las características de la realidad con los ideales políticos, de modo que la ciencia social no puede ser meramente normativa ni puramente empirista. Su desarrollo es una tarea universitaria. La Universidad es uno de sus objetos de estudio.

La Universidad reformada vive varios procesos críticos para cuyo enfrentamiento no son suficientes las ideas, estructuras o ideologías reformistas, aunque pueden facilitarlos. Algunos de ellos surgen directamente de la relación necesaria e inevitable con el medio político, otros están vinculados principal aun-

que no exclusivamente con el comportamiento del sistema educativo. En lo que sigue aludiremos a algunos de los últimos; el análisis de los primeros es una empresa intelectual impostergable que tiene prerequisites y urgencia, de los cuales hemos mencionado los menos.

Cambios cuantitativos y cualitativos

Son suficientemente conocidas las informaciones estadísticas acerca del espectacular crecimiento de la matrícula, debido al aumento demográfico de los estratos sociales que tradicionalmente han accedido a la enseñanza superior como a la incorporación de nuevos sectores sociales a ella. Al respecto es conveniente tener presente que la significativa mayor demanda de inscripción a primer año registrada para 1972 será más alta aún en el futuro próximo cuando repercuta en el nivel superior, con toda su intensidad, la política educacional realizada de 1965 en adelante en el sentido de procurar otorgarle ocho años de educación básica a toda la población en la edad correspondiente. Viviremos plenamente para entonces el fenómeno de masificación de la Universidad ya iniciado.

¿Cuáles serán las repercusiones de este fenómeno en nuestras universidades? Ellas serán variadas, desde la obsolescencia de los criterios de admisión basados en un concepto de "excelencia" hasta la imposibilidad de mantener un crecimiento equivalente de alumnos y presupuesto, hecho que planteará serios desafíos a los modos tradicionales de abordar el problema. Es sabido que la situación presupuestaria de la educación superior chilena ha sido privilegiada en relación a los otros niveles y que es difícil superar las actuales disponibilidades financieras.

Tal realidad probablemente tendrá un serio impacto en la investigación científica, en el sentido de que la presión por canalizar recursos hacia la docencia será difícil de desatender y, por ende, habrá una disminución relativa de las posibilidades de investigación. También los académicos experimentarán las mismas presiones para destinar más y más tiempo a las labores docentes. Todo ello es más grave porque una docencia de masas ha desalentado a los investigadores en otras partes produciéndose la fuga de ella hacia la investigación. Si la Universidad no atiende prioritariamente esta última función apa-



La transformación histórica: un desafío a la conciencia universitaria

recerán —como han comenzado a hacerlo— institutos extrauniversitarios dedicados a la investigación tecnológica primero y básica después, debido a las crecientes necesidades de la economía, la administración y el desarrollo en general. De donde se produce una confluencia de los intereses del país y las motivaciones individuales en el ámbito de institutos no universitarios.

La imposibilidad de formar masivamente a las personas de alta calificación probablemente forzarán un despliegue de los estudios de post-grado o cuarto nivel, los que se han hecho principalmente en el extranjero hasta la fecha. Sin embargo, la misma ampliación del tercer nivel sumada a las crecientes necesidades de la sociedad en cuanto a científicos, administradores y distintas clases de expertos de calificación elevada aumentarán la cantidad de personas que se necesiten para atender tales requerimientos. Por otro lado, la formación en el extranjero no siempre ha sido una experiencia exitosa para los países en desarrollo.

La generalización de la educación universitaria planteará la alternativa siguiente: atender al crecimiento de la demanda o preservar el nivel de calidad existente en la formación profesional. Muchas consideraciones se podrían hacer en torno a las bondades de cada término de la alternativa, pero lo previsible es que la Universidad se vea forzada a hacer lo primero, con el consiguiente inevitable de-

terio cualitativo. Para aminorarlo habría que poner en práctica nuevos métodos docentes (utilización de materiales audiovisuales, por ejemplo), diferente organización del trabajo académico (profesores de tiempo completo con alrededor de 16 o más horas de clases semanales, probablemente), racionalización de servicios generales de editorial, de computación, bibliotecas, laboratorios y otros; modernización de los sistemas de evaluación; coordinación y fluidez en los planes de estudio de las diversas unidades geográficas. Uno de los aspectos más problemáticos es el reclutamiento de docentes, que en la actualidad es ya difícil por lo que ejercen tal función personas inexperimentadas que pasan rápidamente del rol de alumno al de profesor.

Consideraciones acerca de las posibilidades ocupacionales de los numerosos egresados de las diferentes profesiones serán necesarias, incluyendo esfuerzos para desalentar la inscripción en aquellas en que existan excesivas preferencias en relación con las necesidades del país. La solución imaginada años atrás consistente en crear carreras cortas no ha tenido el desarrollo exitoso previsto; la idea de utilizar organizaciones de capacitación de obreros en estudios de continuación para egresados de la educación media perjudica las posibilidades de progreso de los obreros mismos en beneficio de jóvenes que están en el sistema educacional y que probablemente, en su mayoría, pertenecen a los sectores medios.

Esta contradicción del actual desenvolvimiento universitario proviene, entonces, de la tendencia a la generalización de este nivel y opone la cantidad a la calidad. El criterio tradicional compatible con una sociedad jerarquizada y elitista privilegia al último término, los procesos sociales actuales al primero.

Autonomía y compromiso

Ya desde el manifiesto de Córdoba del 15 de julio de 1918 el movimiento reformista planteó enfáticamente el tema de la autonomía universitaria el que fue reiterado en Chile en 1967 y extendido en su significación hasta el planteamiento de la "extraterritorialidad". El concepto de autonomía ha tenido dos acepciones principales en América Latina: una está en la línea de los genuinos ideales burgueses, alude a la libertad de enseñar, investigar y administrarse libremente. Fundamentalmente, es una doctrina protectora de la libertad espiritual de los participantes en las actividades académicas. Esta acep-

ción es enfatizada hoy día en Chile por los "académicos", es decir, por aquellos que defienden la idea de la Universidad comprometida sólo con el descubrimiento de la verdad, neutral y una. El segundo significado emana de las contingencias históricas que han enfrentado a las corporaciones, en especial los estudiantes, con los grupos dominantes en los países del continente. Se vincula con una cierta impunidad para hacer planteamientos y realizar acciones tendientes a un cambio global de la sociedad. Es parte de una estrategia revolucionaria, que tiene su entronque con la defensa de las clases sociales dominadas, con la lucha antiimperialista, con las posibilidades de instaurar un nuevo orden social. Insisten en esta acepción quienes orientan sus ideas y acciones por motivaciones políticas y sociales que en nuestro país se expresan generalmente por medio de la adscripción a partidos políticos. Las funciones universitarias tendrían en este contexto un sentido que va más allá del quehacer científico orientado por los valores peculiares de tal actividad.

La noción de **engagement** popularizada por Sartre apunta a la actitud del intelectual que al tomar conciencia de su pertenencia a una sociedad y a un tiempo histórico dados abandona la posición de mero espectador y pone su pensamiento o su creación artística al servicio de una causa. Es la significación del término compromiso. En nuestra época y en nuestro continente esta causa es la transformación revolucionaria de la sociedad destinada a crear un nivel de convivencia superior, eliminando las enormes diferencias económicas, sociales y regionales; incorporando al pueblo a las decisiones políticas; desarrollando rápida y sostenidamente la economía; sacudiéndose de la dependencia externa.

¿Qué implicaciones tiene para el trabajo académico concreto la idea del compromiso? Una respuesta sólida y coherente no es fácil. Desde luego, en nuestro país aparece el peligro de unir mecánicamente tal idea con la militancia partidista y responder de este modo al interrogante: un académico comprometido milita en un partido que propicia cambios revolucionarios. Es indudable que con tal actividad se ayuda a éstos, pero también que con esa réplica se soslaya lo específico del compromiso universitario y se alude a la actuación de un ciudadano que es a la vez académico. Otro riesgo es más sutil y surge de una sobrevaloración del poder social inmediato de la ciencia y el científico. Con-

siste en pretender que éste —en especial el que cultiva las ciencias sociales— tiene la misión de definir las metas y los fines de la sociedad, las formas de su organización, las prioridades de la acción política. Entre los estudiantes aparece corrientemente la confusión entre lo que el investigador puede hacer frente a un problema social, es decir, definirlo, analizarlo, presentarlo a la conciencia del público interesado, y las posibilidades de solucionarlo o tratar de hacerlo, propias del mando político. En el fondo se trata del peligro de una desviación tecnocrática que tiene como fuente ideologías de izquierda.

El compromiso específicamente universitario con el destino de la sociedad hace referencia a las actividades medulares que definen a una entidad como Universidad. Las principales de ellas son la docencia, la investigación y la extensión. Es en torno del contenido, orientación, alcance y organización de esas tareas académicas donde debe buscarse una respuesta al interrogante que nos preocupa. A continuación, y a modo más bien exploratorio, mencionaremos algunos aspectos del compromiso universitario que consideramos de interés en la actual coyuntura histórica. Un tratamiento exhaustivo está, por ahora, más allá de nuestras posibilidades.

En docencia podría pensarse, a modo de ejemplo, que es relevante para la noción que nos preocupa el tipo de estudios que se realice, incluyendo las carreras profesionales que se enseñen y la orientación de la matrícula hacia unas u otras. A este respecto convendría, quizás, recordar que la distribución del alumnado por especialidades permite apreciar la mayoritaria inclinación de las corporaciones chilenas hacia la formación de profesionales para los servicios, con menoscabo de aquellas necesarias para la actividad productiva, con lo cual no se proyectan hacia las tareas del futuro del país y contribuyen a consolidar la tendencia a preferir el consumo a la producción, distintiva del presente comportamiento de nuestra sociedad. La eventual rápida desviación de la matrícula hacia las carreras ligadas a la producción se facilitaría debido a la masiva demanda de inscripción por parte de nuevos contingentes estudiantiles; las mayores dificultades residen en la escasez de profesores e instalaciones y algunas concepciones rutinarias del trabajo académico. Otra ilustración de lo que podría significar el compromiso en docencia está dada por el esfuerzo importante que habría que realizar para orientar



Cambiar la orientación clásica de las carreras hacia aquellas ligadas a la producción

todas las carreras hacia la realidad nacional. Los programas de estudios, las bibliografías, los trabajos prácticos, las pre-investigaciones, los seminarios pueden realizarse de acuerdo a tal enfoque, sin descuidar, por supuesto, los aspectos universales que existen en toda formación profesional superior.

En investigación el compromiso se podría ligar, entre otras cosas, a la elección de los temas a indagar, cuidando que sean importantes desde el punto de vista de la problemática nacional. A este respecto conviene recordar que por razones de formación de los investigadores en los países desarrollados; por la política de asistencia de las fundaciones; por las posibilidades de publicación en revistas especializadas de categoría internacional, de asistencia a congresos y otras, se realiza mucha investigación sobre temas cuya pertinencia a la realidad nacional es dudosa. Luego de este punto decisivo es la teoría o el trozo teórico que se utilice para orientar el estudio y manejar los datos, lo que cobra relevancia especialmente por la posibilidad de desplegar criterios originales, ya sea en la aplicación de teoría general a los temas específicos e importantes

o, en el mejor de los casos, en aportes científicamente creativos. La investigación realizada puede ser pertinente y creativa, pero si no sale del ámbito académico al mundo exterior, si no se comunica a los sectores relacionados con la temática, si no es conocida y apreciada por las autoridades de la administración no tiene potencia para orientar la acción. Esto último no sólo depende del académico sino también de la capacidad de dichos sectores y autoridades para comprender el mensaje y traducirlo en política. La posibilidad de una investigación comprometida pasa, entonces, por la sensibilidad del científico respecto del medio circundante, por su capacidad creativa, y por la aptitud suya, de los sectores sociales interesados y de las autoridades para comunicarse provechosamente.

Respecto de la extensión seremos más parcos aún. Lo definitorio de esta función académica es la comunicación con el público de extramuros, alrededor de los contenidos que por su naturaleza son específicamente universitarios. La difusión de informaciones, actitudes, conocimientos y artes elementales son del dominio de la escuela básica unos y de la media otros, de los sindicatos, organizaciones comunitarias, revistas de amplia circulación, prensa, radio, televisión, cine. Los de la "alta cultura" permanecen intocados por todos los medios mencionados y son propios de la Universidad. Si renuncia a ellos —y el riesgo actualmente está constituido por la tentación de un fácil populismo— el pueblo pierde simplemente la ocasión de conocerlos. La música popular puede ser propagada, y lo es, por muchos canales aunque no exista Universidad; lo que no acontece con la música concreta por ejemplo, al menos en nuestro país. Por tanto, el compromiso consiste en parte en difundir lo que es esencialmente trabajo universitario del modo más adecuado (lo que constituye de por sí cosa de especialistas) a los más amplios sectores sociales.

No escapará al lector atento que dado el desarrollo sociopolítico del país las nociones de autonomía y compromiso en su traducción práctica están propensas a ser contradictorias. En todas partes la autonomía universitaria es precaria debido a los enormes recursos financieros que necesitan las corporaciones para cumplir sus funciones, especialmente en relación a la investigación científica actualizada y a la necesidad que tienen los gobiernos y las industrias de profesionales de alto nivel, y de resultados

científicos aplicables. Si a ello se agrega, en Chile, la extensión del proceso de politización en la juventud y en los intelectuales en general, el impacto político directo que tienen los gremios estudiantiles y algunas actividades que, como la televisión, han sido asumidas por las Universidades aunque no pertenecen necesariamente a su actividad esencial, el permanente ir y venir de cuadros calificados de la Universidad al gobierno y de éste a aquélla, la importancia cada día mayor que para el desarrollo general mismo tienen estas corporaciones (en relación a las posibilidades de cumplimiento de los planes económicos y sociales de mediano y largo plazo, de promover la adaptación y creatividad tecnológica y científica, de legitimar intelectualmente proyectos políticos, etc.) es indudable que el compromiso puede resentir la autonomía y que ésta puede debilitar a aquél. Naturalmente que estamos pensando en los procesos mismos y no en las declamaciones oratorias.

Participación y eficiencia

La tarea científica se realiza cada vez más en organizaciones complejas. La evolución de las ciencias, naturales y sociales, ha convertido en cosa del pasado la figura del investigador solitario que enfrenta su quehacer en la privacidad de su gabinete. Del mismo modo el trabajo docente requiere de la interacción funcional de diferentes roles como los de profesor, alumno, ayudante, traductor, editor, bibliotecario, secretaria y otros. Por ello en las universidades han proliferado los institutos, centros, departamentos, consejos, comités en el seno de los cuales trabajan investigadores y docentes que obtienen sus medios de vida principal o exclusivamente de esta actividad. Esta especialización funcional de personas con elevadas calificaciones intelectuales facilita y exige un cierto interés por tomar parte en los arreglos administrativos y en la dirección de los correspondientes organismos. Por otro lado, el movimiento estudiantil latinoamericano concibió desde antiguo a las universidades como "repúblicas del saber", que deberían gobernarse según los requerimientos de la concepción democrática en su versión primigenia. Cuando el término democracia fue acuñado el pueblo era el **demos** de una pequeña **polis** griega, una verdadera comunidad que podía constituirse en un cuerpo que decidía colectivamente sus asuntos. Tal significación no ha desaparecido de la imagen corriente

acerca de lo que debería ser una democracia. Es indudable que el gobierno al estilo de la polis griega es imposible en las naciones modernas, donde el gobierno "del pueblo" tiende a realizarse en el acto electoral, quedando entre una y otra elección un amplio margen para la interpretación de su voluntad. La concepción de las universidades como "repúblicas del saber" conlleva, por tanto, la idea de que todos sus integrantes deben participar en su dirección. Por eso el movimiento estudiantil planteó desde 1918 la reivindicación del llamado co-gobierno.

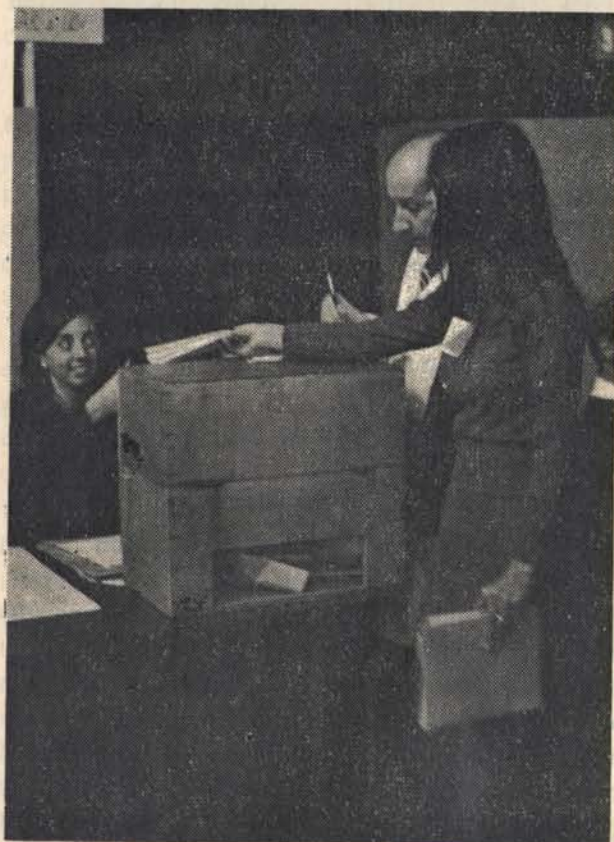
En la vida de las grandes corporaciones se produce una alienación de sus integrantes respecto del gobierno de ellas y de las decisiones que los afectan personalmente. Tal alienación —distancia, extrañamiento— provoca frustraciones, desagrado y descontento. Ello porque la tendencia actual de las complejas organizaciones modernas es a la burocratización de su actividad, lo que implica someterse a las disposiciones de la teoría administrativa. Así el status del personal se consigna en un escalafón, se usan mecanismos impersonales de comunicación, se divide el trabajo por unidades o departamentos, se estipulan normas para la contratación, la promoción del personal y para variados aspectos de la vida en la organización, constituyéndose lo que se ha dado en llamar una "trama normativa", espesa red en la que se siente atrapado el funcionario. Esta tendencia a la burocratización lo aísla respecto de muchas decisiones que tienen atinencia con su trabajo y su realización personal. El gobierno se ejerce sobre los miembros de la organización no existiendo un gobierno de ellos mismos.

De modo que es posible observar la confluencia de antiguos ideales estudiantiles, situaciones propias de la moderna dinámica del crecimiento de las universidades, además de la tendencia muy general en la sociedad global (que se refleja entre nosotros también en las empresas económicas) a integrar al ciudadano común, a democratizar la convivencia social. Todo ello provocó una rebelión generalizada en contra de las formas autocráticas de dirección universitaria.

Sin embargo, también en el interior de las corporaciones universitarias es problemático realizar el gobierno directo del **demos**, por las dimensiones que tienen, por su compleja división estructural, por la especialización funcional de las diversas unidades, fuera de otras razones. Para representarlo, sin distan-

ciar mucho el poder de su fuente, se organizan múltiples elecciones, consultas, plebiscitos; se crean variados comités, se instalan asambleas, claustros amplios, convenciones. Todos votan, todos tienen representantes, todos participan. El sistema implica la dedicación de mucha gente durante bastante tiempo a estas modalidades de gobierno y administración, la movilización de recursos financieros considerables y la distracción de académicos y estudiantes de las funciones de docencia e investigación. Dicho al pasar, comienza a aparecer un elemento de facilitación y a la vez de perversión: estudiantes, académicos y funcionarios que se han especializado en elecciones y representación, de donde surge un nuevo rol universitario: el experto electoral, permanente candidato e integrante de comités o consejos.

Entre los que han impulsado la idea de la ampliación de la participación en la actividad económica productiva aparece como dilema la forma de realizarla sin que el costo sea tan grande que, a la postre, perjudique al mismo ideal. En algunas de nuestras universidades se pueden percibir ciertos incon-



La participación no debe significar menos eficiencia en la tarea universitaria.

venientes que proyectados como rutina futura podrían perjudicar grandemente la eficiencia de estas entidades en el cumplimiento de sus funciones. Conviene enumerarlos y atenderlos a fin de que no se materialice la duda recordada en el inicio del párrafo. Autoridades unipersonales que deben co-gobernar con comités que les son adversos, lo que conduce a una paralización del gobierno o inhibición de su posible dinamismo; autoridades de pequeñas unidades que pierden mando porque dependen en su elección de sus subordinados; baja ostensible —en algunas partes— de la productividad, (aunque en otras como resultado del conjunto de medidas reformistas ha habido un entusiasmo creativo), promoción a cargos superiores de elementos que sin tener verdaderos merecimientos académicos tienen apoyo político; facilismo como actitud general en el trabajo con los estudiantes; predominio del raciocinio “argumentista” en el diálogo universitario; distanciamiento y división entre académicos en virtud de razones políticas; tendencia a homogeneizar políticamente las unidades académicas, sean departamentos, facultades, sedes e incluso universidades.

Lo anterior disminuye la eficiencia de las corporaciones en la ejecución de sus tareas, la productividad es menor así como la calidad del trabajo, la enorme inversión pública realizada en educación superior se desaprovecha en parte, la actividad de ele-

gir o ser elegido distrae la atención de los temas sustantivos. Naturalmente que son muchos los aspectos positivos del movimiento reformista que pueden superar estas dificultades. Nuestro intento se reduce a señalar algunas tendencias —que pueden presentarse con más fuerza en algunas partes y sin ninguna en otras— de las formas concretas en las que se ha traducido el ideal democrático de la participación. Del modo en que se resuelva en la Universidad la contradicción —que puede ser local y transitoria— entre participación y eficiencia dependerá, en parte, la propagación a otras agencias sociales de la ampliación de la democracia, su concreción en fórmulas próximas a la experiencia cotidiana del pueblo.

Las transformaciones económicas y sociales que vive nuestro país tienen potencialidades para el más alto desarrollo de las universidades. Que ellas se actualicen depende de muchos factores, algunos de los cuales son la forma concreta cómo se vaya configurando el proceso de masificación con su repercusión en la calidad del trabajo académico, la concreción que tenga el compromiso de estas entidades con los esfuerzos nacionales de reorientar el destino del país y su impacto en la difícil y a la vez indispensable autonomía, y el modo cómo participación y eficiencia se conviertan de procesos contradictorios en una unidad superior.

“La formación política de la juventud debe inculcar la primacía de los intereses nacionales sobre los particulares, la sinceridad, la abnegación y disciplina en el servicio del partido pero más aún en el servicio de la nación; no debe fomentar el odio a los otros partidos y debe hacer posible el espíritu de comprensión para llegar a entenderse cuando haya intereses superiores en juego. Ahondar divisiones en la familia nacional es crimen de lesa patria; acortar distancias es trabajar por la grandeza del país”.

Alberto Hurtado, s. j.

(*Humanismo social*, p. 280).

LOS ÚLTIMOS 20 AÑOS DE LA EDUCACION CHILENA



La escuela primaria: reflejo de la estructura social y económica del país

Patricio Cariola, s. j.

Dos hechos llaman la atención en los últimos veinte años de la educación chilena: la Reforma Educativa de Frei y el advenimiento de la UP al Gobierno. El primero por su volumen; el segundo, por las incógnitas que encierra. En esta perspectiva las otras iniciativas adquieren un carácter propedéutico.

1. La Herencia

La tradición educacional chilena tiene arte y parte en la historia de la nación. Refleja y condiciona las taras y esperanzas que nos caracterizan como pueblo. Referirse a sus últimos veinte años es referirse a los últimos veinte años de Chile.

Este período recibió como herencia un sistema educacional con raíces en las escuelas y centros de estudios superiores de la Colonia y en la tradición liberal que trajeron los maestros franceses y que inspiró nuestros primeros años de vida independiente. Durante el siglo XIX, en el campo que nos ocupa como en tantos otros, se fue madurando un

compromiso muy chileno entre los que buscaban implantar la "educación laica, gratuita y obligatoria" organizada como sistema nacional y único y los que valoraban la diversidad, la autonomía y la pluralidad de inspiración en las iniciativas nacionales. Hoy día empezamos a reconocer el aporte irremplazable que cada una de las posiciones expresa.

Gracias al aporte de las misiones pedagógicas alemanas iniciadas en 1885, a las inquietudes de los maestros —expresadas principalmente en el Congreso Nacional de Educación Secundaria de 1912 y en la Asamblea Pedagógica de la Sociedad Nacional de Profesores en 1926—, a los esfuerzos de congregaciones y grupos religiosos y a la actuación decisiva de algunos educadores y políticos, nuestra generación heredó un sistema educacional respetable y teóricamente abierto que, incluso, sirvió de modelo a otros países latinoamericanos. Se le puede caracterizar así: fe en lo que puede hacer la educación por un individuo, cualquiera sea su condición; convencimiento de que ésta es un derecho de todos;

respeto por la orientación que los individuos o grupos quieran dar a su educación; seriedad en la formación del magisterio y en el trabajo escolar.

Pero socialmente el sistema refleja la estructura social y económica del país.

Para los pobres existe la escuela primaria, fiscal o parroquial, por lo general incompleta en los campos; para la clase media, las preparatorias anexas a los liceos; para la clase alta, algún liceo privilegiado o el colegio particular, que llevan del kinder a la Universidad. La escuela primaria de hecho es terminal. Sus alumnos más aventajados —normalmente hijos de familias más preocupadas— van al Liceo y si el Liceo es de tradición y el apoyo económico familiar fuerte, sobre todo en el caso del provinciano, ingresarán a alguna carrera de menos prestigio en la Universidad. Otros pocos irán a la Normal o a la enseñanza profesional. En este último caso los menos terminarán sus estudios y muy pocos se emplearán de acuerdo a lo que dicen sus títulos, salvo los egresados de algunas escuelas de gran seriedad.

Los planes y programas del Liceo son enciclopédicos, los libros de texto deben pasarse íntegros y la memoria del alumno debe saber responder de ellos el día del examen. Con perseverancia se obtiene la licencia secundaria y con ella la entrada a la administración pública. Pero el Bachillerato es el colador para la Universidad.

Los egresados de la Enseñanza Profesional están inhabilitados para presentarse a ese colador. Y sería inútil, además, que lo hicieran porque la preparación humanística que han recibido es exigua y muchas veces entregada por maestros primarios.

La administración del sistema es enteramente centralizada. El Ministro debe firmar el nombramiento de cada maestro en el país y las licencias prenatales de la Patagonia sólo se otorgan en Santiago.

El profesor aprendió todo lo que debía enseñar, y cómo debía hacerlo, en las Escuelas Normales y los Institutos Pedagógicos — y son los mejores de América Latina. No hay cursos de perfeccionamiento.

Los textos de Ciencias Naturales y Matemáticas más en uso fueron escritos en los años 20.

La enseñanza de adultos está limitada a algunas escuelas y liceos nocturnos. Los planes y programas no se diferencian de la enseñanza diurna.

Organizaciones de beneficencia ofrecen oportunidades educacionales a grupos de obreros.

Esta herencia con todos sus valores y contradicciones llena todavía los primeros quince años de los veinte que nos ocupan.

Sin embargo, en su mismo seno y al calor de la evolución social del país, se producen intentos de renovación y cambio.

2. Los esfuerzos pioneros

Entre 1927 y 1945 parten varias iniciativas para cambiar la estructura y los métodos de la enseñanza tanto primaria como secundaria. Ya en esa época, entre los educadores de avanzada hay conciencia de la inadecuación entre el sistema en vigencia y la evolución social del país. Pesa no poco la influencia de Dewey y la educación norteamericana a través de chilenos que estudiaron allá y buscan introducir cambios aquí.

Así tenemos los decretos de 1927 que procuraron introducir una enseñanza media unificada, con un ciclo común y otro de tipo "comprehensivo", vale decir, en que junto con las humanidades se puede optar por especialidades de tipo profesional. En 1929, por otros decretos, esto desapareció, quedando sólo la división en dos ciclos.

Luego se introducen las Escuelas Consolidadas donde se busca realizar el ideal anterior (San Carlos, Escuela Dávila), y las escuelas primarias experimentales (Salvador Sanfuentes). Más tarde el Plan Victoria procurará dar atención integral y planificada a todo un sector rural, con su escuela normal correspondiente. En 1931 se funda el Instituto Inglés (privado) donde se aplica el Plan Dalton. En 1932, nace el Liceo Experimental Manuel de Salas dependiente de la Universidad de Chile.

El Plan Gradual de Renovación de la Enseñanza Secundaria

En 1945 comenzó una experiencia a nivel secundario que, si no logró sus objetivos finales de renovar gradualmente toda la enseñanza secundaria, sin embargo, hizo sentir su impacto en el Liceo tradicional.

Es obra de dos notables familias de educadores chilenos, los Salas y los Vera, y de un equipo de

asistencia técnica norteamericano. Se inspira netamente en la "educación progresista", nacida y nutrida a su vez en Teacher's College, Universidad de Columbia, durante los años 20 y 30.

El plan comprende tres liceos nuevos en Santiago y cuatro en provincia.

Los liceos están en barrios populares. Se los concibe como "para todos". Se educa "para la vida". El plan de estudios es flexible, e incluye cursos electivos; se trabaja con unidades, con métodos activos; hay material didáctico y los profesores se dedican a tiempo completo al colegio; se planifica el trabajo en conjunto y el Consejo de Profesores resulta en la práctica la verdadera autoridad en el colegio; aparece un nuevo concepto de evaluación y las actividades libres forman parte del programa escolar (clubes, actividades); hay consejos de curso, centro de alumnos y de padres; la orientación escolar pasa a ser una función central en el proceso; el medio social del alumno es una variable que recibe una consideración nueva.

Los maestros son escogidos entre los egresados más valiosos del Instituto Pedagógico y se someten a un proceso intensivo de perfeccionamiento en verano. En las posteriores reformas los encontraremos en posiciones de responsabilidad, como profesores en los Pedagógicos y en los organismos internacionales. Quedan marcados por un sentido muy fuerte de su profesión.

Sin embargo problemas políticos dentro del Ministerio de Educación impiden que el plan se extienda, merman los fondos, los inspiradores de la idea se dispersan. El sistema tradicional rechaza la vacuna, la aísla, pero sólo por un tiempo y no en todo el país. Las nuevas prácticas se van introduciendo lentamente en otros liceos: consejo de curso, orientación, algún texto más moderno, uso de pruebas objetivas, centros de alumnos y de padres; con todo, no afectan la estructura selectiva y clasista del sistema.

El Plan Arica

La creación de la Superintendencia de Educación Pública en 1954 fortalece la función técnica del Ministerio de Educación. Resultados concretos son diversos planes experimentales, entre ellos el del Colegio Rubén Castro, dependiente de la Univer-



La Reforma educacional apunta a un cambio sustancial de la estructura social.

sidad Católica de Valparaíso y el Plan de Integración Educacional en Arica.

Este último no hizo sino tomar la estructura educacional propuesta en los decretos de 1927 y las prácticas pedagógicas de los liceos renovados. En teoría respondía mejor a las necesidades sociales del país, aunque en la práctica no logró mayor integración entre las diversas ramas de la enseñanza.

Fue evaluado por UNESCO durante la última Reforma y la recomendación fue que esos establecimientos se integrasen al sistema nacional. Así ocurrió.

El Planeamiento Integral

En 1962, después de haber organizado en Santiago la Conferencia sobre Educación y Desarrollo en América Latina, Oscar Vera L. quiso introducir personalmente las nuevas metodologías de la planificación educacional en su propio país y utilizarlas en un reordenamiento y modernización de todo el sistema. Oscar Veras había sido uno de los motores del Plan Gradual de Renovación, estaba a cargo de la sección América Latina en UNESCO, era uno de los padres del planeamiento educativo y en la Conferencia de Santiago había sido el responsable de la introducción de las variables sociales, junto a las económicas y educacionales en el proceso general de desarrollo. A estos méritos profesionales se sumaba

una calidad humana excepcional y una tenacidad para llevar adelante sus proyectos. Todo esto lo puso al servicio de nuestra educación durante los dos últimos años de la administración Alessandri.

Su labor fue de diagnóstico y elaboración de proyectos. De un punto de vista técnico su aporte es decisivo: enseña a abordar el problema educativo en su conjunto, a utilizar todas las técnicas del planeamiento sin perder la visión de educador, a integrar los aportes financieros y técnicos extranjeros sin alienar nuestra tradición educacional.

El cambio de Gobierno en 1964 hizo que éstos no llegaran hasta la sala de clases, sino a través de las dos leyes que elaboró: la del Plan Nacional de Construcciones Escolares y la de Auxilio Escolar y Becas. Aunque las ideas centrales no eran originales suyas, él les dio forma institucional.

La principal diferencia con la reforma que sigue, consiste en que él proponía la dictación de una ley general de educación como paso previo y, luego, la aplicación gradual de las reformas comenzando por cinco zonas del país.

El resultado de los trabajos de su equipo quedó consignado en un libro que constituyó, a su vez, el punto de partida de los técnicos que lo reemplazaron¹.

3. La Reforma Educacional (1965-1971)

¿Qué fue la reforma educacional impulsada por el Gobierno de la Democracia Cristiana? Básicamente la decisión de invertir prioritariamente en el sector educación. Se estimó que era lo mejor para Chile.

Crecimiento y cambio social

En cinco años la matrícula de la enseñanza básica (fiscal y particular) subió en un 31%, la de media en 82% y la universitaria en un 89%. En términos globales el gasto por alumno, además, subió aproximadamente en un 25% durante ese mismo período.

¹ Hemos hecho referencia personal a Oscar Vera L. Es la única en el artículo. Se explica cómo un modesto homenaje al amigo que nos dejó al comienzo del otoño, en Lo Espejo, entre los eucaliptus que él mismo plantó.

Esto da una idea del esfuerzo económico realizado.

Lo más obvio fue la construcción de escuelas, el aumento de matrículas, la dotación de material escolar y el alza de las remuneraciones del magisterio (Acuerdo Magisterial).

En estos rubros el esfuerzo chileno no ha sido superado. Sus resultados en la estructura social del país se harán sentir irremisiblemente. Es una revolución con efecto retardado. Los efectos sobre la economía son aún a más largo plazo, y están por verse. Cuando se tomó la decisión nadie discutía el nexo causal entre inversión en educación y desarrollo económico. Con todo, hoy día esta relación ya no se ve tan clara.

El progreso de las oportunidades produce, además, una revolución de las expectativas educacionales. Hay un gran salto hacia adelante en el ethos cultural del sector obrero y campesino; los contagió la fe en la educación que había sido tradicional en la clase media.

La unificación y prolongación de la enseñanza general básica a 8 años y su implantación a nivel nacional es otro paso de consecuencias insospechadas para la movilidad social. Aunque los 7º y 8º años, especialmente en las zonas suburbanas y rurales, no tengan el nivel académico de los antiguos 1º y 2º años de Humanidades, sin embargo han hecho accesible la enseñanza media a millares de nuevos estudiantes, como lo muestra el crecimiento de las matrículas.

Desgraciadamente no se estimó maduro a nuestro sistema educacional para introducir a nivel medio el "colegio comprensivo" de que hablamos a propósito de los decretos de 1927.

Esta medida hubiese terminado con la estructura clasista de ese nivel, por lo menos en lo que a planes de estudio se refiere.

Los Centros de Educación Básica y las Escuelas de Adultos atendieron entre 1965 y 1969 a un total de 350.000 personas, lo que ha permitido reducir la tasa de analfabetismo de un 16,4% en 1964 a un 11%. Se crearon 63 nuevos liceos vespertinos y nocturnos —muchos de ellos tenían antes carácter particular— atendiéndose durante ese mismo lapso a 150.000 adultos. Se diseñaron nuevos programas y textos de estudio especialmente para ellos.

Continuó expandiéndose la capacitación de

obreros a través de INACAP (Instituto Nacional de Capacitación) y de campesinos en el IER (Instituto de Educación Rural) y programas educacionales relacionados con la Reforma Agraria. El IER es probablemente la iniciativa educacional más interesante de la Iglesia Católica en Chile durante el período que nos ocupa.

La Reforma se movió dentro de la ideología de la "decena del desarrollo" agregándole unos toques maritainianos. Adaptó el sistema educacional al ritmo de la evolución social y económica que había tenido lugar en el país y puso las bases para cambios sociales de mayor envergadura. Estos constituirán más tarde la médula de los programas tanto de Tomic como de la Unidad Popular.

Nuevo Curriculum y Centro de Perfeccionamiento

Hay otra dimensión en que la Reforma chilena tiene difícilmente paralelo. Procuró cambiar en forma radical y masiva la forma de enseñar y aprender, y renovó sustancialmente los contenidos del mismo proceso. Esta vez el influjo vino de la Universidad de Chicago.

Así por ejemplo, se cambió el lenguaje matemático, la enseñanza de la lectura (en forma gradual y experimental todavía), la forma de comprender los fenómenos naturales —método experimental y deductivo—. El cambio de nombre de la asignatura de Historia y Geografía no significó solamente eso: los fenómenos sociales se enfocan a partir de la problemática contemporánea y con la ayuda integrada de todas las ciencias sociales. En los idiomas se generaliza el método lingüístico.

Pero lo más original está en la concepción de la tarea del maestro y consecuentemente del trabajo del alumno; en jerga pedagógica, planificación y evaluación del curriculum.

Ya no hay una lista de materias que pasar, la que se encuentra resumida en un libro de texto, que el profesor explica y el alumno procura entender, ejercitarse en ella o memorizarla, para rendir cuenta de ella el día del examen, cuando se juega su futuro académico y social.

Abrir un programa de estudios hoy día es encontrarse con cuadros, con objetivos o "conductas" que se quiere que el alumno alcance, por ej.: cierto



La educación particular camina hacia la "comunidad educativa"

nivel de comprensión de los fenómenos que llevan a la independencia de Chile; luego, "contenidos", o materias relacionadas con el objetivo; y, finalmente, sugerencias de "actividades" (trabajos, ejercicios, lecturas) a través de las cuales los alumnos, manejando los contenidos, pueden alcanzar los objetivos. Objetivos, contenidos y actividades conforman grandes "unidades programáticas". Al profesor, o grupo de profesores, le corresponde diseñar "unidades didácticas" que a partir de los intereses y posibilidades de los alumnos y de materiales disponibles, lleve a aquellos a entregar lo mejor de sí para alcanzar los objetivos fijados.

La evaluación ya no consiste en un premio o castigo por la labor realizada, sino en un análisis de los logros intelectuales, artísticos o manuales de los alumnos a fin de planificar mejor los objetivos de la próxima unidad de trabajo. Así se decretó la promoción automática en los primeros 4 años de básica; debió haberse hecho hasta el 8° año.

En este sistema el profesor deja de ser un repetidor de materias y juez del rendimiento de sus alumnos y se transforma en técnico e inspirador de un proceso de crecimiento individual y de grupo. Es centrarlo en su función propia.

El **Centro de Perfeccionamiento, Investigación y Experimentación** se concibió al servicio de este cambio.

Es una creación original y si los cambios han llegado a las sales de clases a lo largo del país, se debe al trabajo de esta institución y al mejoramiento

de las condiciones de trabajo de los maestros que significó el Acuerdo Magisterial.

El reemplazo de unos planes y programas de estudio por otros no nos hubiese llevado más allá que los nuevos programas de secundaria de 1960; vale decir, a ninguna parte.

Lo nuevo está, primero, en que se forman equipos por áreas de estudio integrados cada uno por tres tipos de personas: especialistas (investigadores, profesores universitarios), metodólogos (know-how) y profesores primarios y secundarios de reconocida experiencia. Segundo, en que cada equipo asume una triple función: preparar los programas, confeccionar guías didácticas (material auxiliar para orientación del profesor) y dirigir el perfeccionamiento de los profesores en ejercicio, vale decir capacitarlos para manejar los nuevos contenidos y planificar y evaluar el trabajo de los alumnos de acuerdo al nuevo enfoque curricular.

A diferencia de lo que con frecuencia suele suceder en educación, donde se escriben y proyectan cosas muy hermosas, pero luego en la práctica todo sigue igual, en este caso los programas se elaboraron, las guías llegaron a los establecimientos, y los profesores siguieron cursos de perfeccionamiento en el Centro mismo o en las universidades.

Es verdad que los programas no se entregaron a tiempo, que las guías han salido con atraso, o no han salido, y los cursos de perfeccionamiento han llegado a una proporción relativamente pequeña de maestros; más aun, hay que concebir otro sistema de perfeccionamiento. Sin embargo, y a pesar de todas estas fallas, también bajo este aspecto la Reforma resulta ser un acontecimiento histórico.

Textos, laboratorios y JNEB

Además de la ampliación de los servicios y la modernización masiva de la enseñanza del aprendizaje, hay un tercer aspecto que caracteriza a nuestra Reforma educacional: la inversión en material escolar y en asistencialidad a través de la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas.

Los efectos sobre los hijos de obreros y campesinos no piden explicación.

Sin querer dar carácter definitivo a los resultados de una investigación en curso, importa señalar que este estudio de los factores que inciden sobre el rendimiento en la prueba nacional de 8º año, in-

dica que, si se mantiene constante el nivel socio-económico de los alumnos, ningún factor pesa más que el hecho de que el niño disponga o no de textos de estudio.

Ha habido una verdadera "revolución de los textos".

Los programas recién mencionados, como asimismo el perfeccionamiento de los maestros, las construcciones y los textos escolares se financian en gran parte con ayuda externa especialmente a través de un préstamo a largo plazo del Gobierno de los EE. UU.

4. La educación particular

Hasta ahora, no hemos enfocado sino de paso a la educación particular, pues ella siguió desarrollándose en las mismas líneas que la educación fiscal, cuyos planes y programas está obligada a seguir. Pero hay que hacer una excepción.

En 1952 se dictó la ley de subvenciones a colegios gratuitos. Esto significó que la educación particular creciera más que la fiscal en los años que siguieron hasta llegar a ser en 1964 un 33% de la educación nacional. Con la expansión de la educación fiscal durante la administración de Frei, la educación particular siguió su ritmo de crecimiento habitual pero bajó proporcionalmente siendo ahora un 25% de la educación nacional. De los aproximadamente 600.000 alumnos que ella sirve el 76% está en establecimientos gratuitos, subvencionados por el Estado, el resto, en colegios pagados. Esta no es la "imagen pública" de la educación particular, pero sí su realidad.

El sistema de subvenciones se prestó a abusos; hoy día se han eliminado por completo. Lo que sí ha hecho crisis es el sistema mismo que se concibió como una "limosna" del Fisco a instituciones que no alcanzaban a vivir de limosnas privadas. Hoy han desaparecido las últimas y perdió sentido lo primero. Lo que se impone es el concepto, consagrado por el Estatuto de Garantías Constitucionales, de que el Estado —sin restarle a la educación particular la libertad de escoger su personal— asegure su financiamiento total.

Durante este período de Reforma, la educación particular hizo un aporte original. Además de participar activamente en ella, elaboró y comenzó a poner



Misión para los jóvenes: construir el nuevo hombre y la nueva sociedad

en práctica el concepto de "comunidad educativa", que implica un cambio copernicano en el concepto actual de escuela, de escuela católica, y de educación pública y particular. Ya no es un particular, la Iglesia jerárquica o una colonia extranjera, el que ofrece educación sino son grupos de maestros, apoderados y alumnos en una localidad que se organizan para hacer educación bajo la inspiración de la Iglesia, de una tradición pedagógica determinada, o bien del Ministerio de Educación. Esta idea prenderá después en los programas presidenciales.

5. La estrategia de la Reforma

El Gobierno no quebró lanzas de tipo ideológico, no llevó una ley de educación al Congreso, no tocó la estructura administrativa del Ministerio de Educación, no pretendió embarcar a la comunidad en una discusión nacional sobre educación, salvo en el caso de la estructura y planes de la enseñanza media. En este último caso hizo realizar una encuesta en todos los establecimientos de enseñanza media del país. En general, la reforma obtuvo el apoyo práctico del profesorado, el que se manifestó

en el sacrificio hecho por miles de profesores para participar en los cursos de Perfeccionamiento.

Tampoco entró en el campo de los valores, salvo en lo que se refiere al Programa de Educación Familiar y Sexual. Ni tocó, para bien o para mal, a la educación particular.

El gremio de profesores había luchado y hecho planteamientos válidos, hasta revolucionarios, pero que no lograban pasar del nivel de slogans; los pedagogos habían ensayado planes y métodos renovados; la población intuía un creciente abismo entre lo que necesitaba y lo que le ofrecía el sistema; la Comisión Planteamiento había hecho el diagnóstico y propuesto soluciones; allí estaban los planes.

Frente a todo esto la estrategia fue sencilla: gastar y hacer lo que siempre se había dicho que había que hacer. Hacerlo con todos los medios disponibles y de una vez.

Esta es la característica fundamental de la Reforma: el que se haya hecho.

A cuántos niños ha llegado de hecho la Reforma, en qué medida ha cambiado la forma de trabajar de profesores y alumnos, hasta dónde ha penetrado esta dinámica de cambio y adaptación conti-

nua a la evolución social y económica, es algo muy difícil de evaluar. Lo que consta son los fondos, las ideas, el esfuerzo invertido en el proceso.

En cierto modo la respuesta la darán los próximos años de la educación chilena. Allí se verá en qué medida respondió a las necesidades nacionales, qué respuesta encontró en los maestros y hasta qué punto puede servir de instrumento técnico para los cambios más profundos que ahora se busca realizar.

6. La Unidad Popular

Desde el punto de vista educacional la importancia del acceso de la Unidad Popular al Gobierno reside, hasta ahora, en los objetivos de su programa. Allí se plantea un cambio fundamental y rápido de las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales que prepare el camino del socialismo.

En cuanto a las realizaciones, lo que se puede constatar en el campo educacional es relativamente modesto, aunque en algunos casos bastante significativo. En realidad, el Ministro de Educación ha insistido en que los cambios dependerán de las decisiones del Congreso Nacional de Educación a realizarse a fines del presente año, en que su planificación y programación se harán en 1972 y sólo en 1975 los primeros cambios tendrán realmente lugar. Hasta entonces no se introducirán modificaciones de importancia al sistema educacional.

Indicaremos aquí, primero, cuáles son las políticas culturales y educacionales básicas de acuerdo al Programa de la U. P.; luego señalaremos las medidas concretas tomadas este año; finalmente, señalaremos algunos deseos en términos de lo anterior y lo que vemos como necesidades prioritarias dentro de la línea de un cambio estructural profundo en el país.

Políticas educacionales de la U. P.

Existen dos niveles de pensamiento, el de la Unidad Popular como tal y el de cada uno de los partidos que la conforman con su historia política, sus programas, las ideologías y modelos sociales que los inspiran, las tácticas y estrategias que les son propias. Para los efectos de este artículo nos mantendremos en el primer nivel, utilizando el texto del Programa de la U. P. y el discurso del Presidente

Allende en el Estadio Chile con ocasión del inicio del año escolar.

Así tenemos que:

1. El proceso social debe llevar a "una **nueva cultura** orientada a considerar el trabajo humano como el más alto valor, a expresar la voluntad de afirmación e independencia nacional y a conformar una visión crítica de la realidad". "La cultura nueva no nacerá por decreto; ella surgirá de la lucha de la fraternidad contra el individualismo, etc.". "El nuevo Estado procurará la incorporación de las masas a la actividad intelectual y artística, tanto a través de un sistema educacional radicalmente transformado, como a través del establecimiento de un sistema nacional de cultura popular" (Programa).

2. "Se debe asegurar la **incorporación y la continuidad escolar**", a todos los niños de Chile a través de escuelas unificadas (básicas y medias), de una alimentación adecuada de los párvulos y otras ayudas que benefician especialmente a los hijos de obreros y campesinos. "De lo que se trata es darles las posibilidades a fin de que todos tengan la misma oportunidad y dependerá, por cierto, de las condiciones individuales de cada cual, el que esta posibilidad sea mejor aprovechada o desechada". (Allende).

3. "La **educación de adultos** se organizará principalmente en función de los centros laborales" (Programa).

4. La democratización no consiste solamente en el acceso de todos al sistema educacional sino en la **participación** de todos los afectados en la transformación del sistema y en la gestión misma de los establecimientos a través de consejos de los cuales deben formar parte los maestros, apoderados, alumnos y otras instituciones sociales (Programa). "Toda sociedad debe ser una escuela y la escuela debe ser integrante de esa gran escuela que debe ser la sociedad" (Allende).

5. "Concebimos al educador como un **trabajador social y agente** consciente y preparado de los **grandes cambios**, especialmente en las comunidades más deprimidas" (Allende).

6. La educación y el Gobierno "tienen que señalarle al **joven**, que será el ejecutor y **constructor de la nueva sociedad** que anhelamos, la gran tarea dignificadora, arrancándolo de la oscilación y el vi-

cio, entregándole el más noble mandato que puede tener un joven: luchar por su patria, una nueva sociedad y un nuevo hombre en la colmena fecunda del trabajo" (Allende).

7. Respecto a la educación particular se interpreta el párrafo pertinente del Programa a la luz del Estatuto de Garantías Constitucionales: "Me interesa destacar que el Gobierno Popular, respetuoso de las disposiciones constitucionales, sabe y tiene conciencia del derecho que existe a la educación particular. Es decisión del Gobierno respetar y hacer respetar tales disposiciones, integrando la educación particular al sistema nacional de educación. Respecto de la enseñanza particular que proporciona gratuitamente educación está virtualmente integrada al sistema del Estado, y sus derechos actuales serán mantenidos y perfeccionados y queremos que funcione en condiciones dignas, que sus profesores tengan remuneraciones adecuadas y las reciban regularmente, que sus locales cumplan con los requisitos que el proceso de formación del niño reclama y que sus cursos sean óptimos desde un punto de vista pedagógico. En cuanto a los establecimientos particulares de enseñanza que imparten la educación pagada, el Gobierno de la Unidad Popular también garantizará el respeto y cumplimiento de las normas constitucionales y legales, pero deben integrarse al sistema nacional de educación" (Allende).

El Presidente interpreta el concepto de "integración" de la educación particular al sistema nacional de educación como algo que ya se ha realizado en la situación concreta de la educación particular gratuita. Ahora bien, dado que lo único que distingue a la educación gratuita de la pagada es el origen de su financiamiento y las consecuencias sociales que de él siguen, podemos concluir que la política del Gobierno es que toda la educación particular llegue a tener en alguna forma el carácter de gratuita sin las limitaciones que actualmente afligen a ese tipo de colegios, pero con la libertad de educación de que ahora gozan.

El planteamiento es más político que técnico. Y es lógico. No se trata de poner al día la educación con los cambios sociales o de aumentar su productividad, la meta es infinitamente más ambiciosa: poner las bases de una nueva cultura en el sentido más fuerte y global del término.

Por la misma razón se trata de un proceso concebido como lento y a largo plazo. Más que causa,

aparece como efecto de los cambios sociales. Por lo tanto difícilmente se ve que pueda tener prioridad dentro de las inversiones fiscales. Los fondos irán más bien a cambiar el sistema económico primero. Es allí donde se juega el resto.

Al tenor de los textos se trata de un socialismo abierto, libertario, que no toma partido por ninguna de las herejías que hoy día se disputan su ortodoxia.

Las medidas concretas

Se trata de medidas de emergencia. El programa definitivo no entrará a regir hasta 1974.

1. Nombramiento de dirigentes gremiales del magisterio en los puestos directivos del Ministerio de Educación.

Los dos organismos técnicos principales, el Centro de Perfeccionamiento y la Oficina de Planeamiento han quedado bajo la tuición de comités político-técnicos, representativos de los partidos y movimientos que integran la U. P.

2. Absorción de todos los niños que solicitaron ingreso a la enseñanza básica y media y ampliación del sistema de aprendizaje.

3. Análisis crítico de la realidad nacional inspirado en los principios del materialismo histórico como introducción a los cursos de perfeccionamiento del magisterio; énfasis en el marxismo en los cursos para profesores de filosofía. Se ha preparado material ad hoc.

4. Puesta en marcha del Congreso Nacional de Educación a través de reuniones provinciales. El torneo final debería realizarse en noviembre.

5. Pago de seis horas semanales más a todos los profesores de enseñanza básica para realizar tareas de tipo social.

6. Aumento de horas en la enseñanza media a través de ramos electivos (en el área científica se podrá elegir entre filosofía y trabajos manuales!).

Metas ineludibles

En la imposibilidad de adivinar la interpretación práctica que finalmente se dé a las políticas educacionales de la U. P., dada la heterogeneidad

ideológica de esa coalición y el carácter en principio provisorio de las medidas tomadas, preferimos terminar expresando algunas exigencias que estimamos coherentes con estas mismas políticas.

1. La preocupación por los valores humanos de la niñez y juventud del país. La Reforma anterior elevó el nivel de los procesos intelectuales, pero rozó solamente las actitudes, los valores, las creencias. La publicidad, el espíritu mercantilista, la instrumentalización política, la crisis familiar y el conflicto de generaciones, la falta de atención personal en las escuelas y en el hogar afectan profundamente a nuestros jóvenes. Necesitan del desafío social y personal de que habla el Presidente Allende y de la compañía firme y comprensiva de los adultos. Es preciso romper los prejuicios ideológicos y todo falso neutralismo, y comprometer a todos los que de alguna manera están cerca de los jóvenes en la tarea de buscar y vivir con ellos los valores que implica la sociedad nueva. En este sentido el trabajo físico debe ser parte integral de la educación.

2. La visión crítica de la realidad, la toma de conciencia y el compromiso personal que deben acompañarla, son indispensables para "ser más", para madurar la libertad. Por eso mismo no puede canonizarse determinado tipo de análisis social ni caer en la beatería de darle carácter absoluto. La lógica del pluripartidismo que postula la Unidad Popular, exige como consecuencia el pluralismo en todos los niveles del proceso educacional. Es condición sine qua non para colaborar.

3. La participación de que hablan los textos citados no puede quedarse en palabras, o reducirse al control gremial de los aspectos técnicos y administrativos o al juego de los burós políticos. Debe ser real, organizada y de toda la comunidad. No puede cambiarse el control burocrático centralizado, por el control local de los maestros. Los maestros en todo el mundo son conocidos por sus ideas políticas de izquierda y sus actitudes pedagógicas de derecha.

Nuestras escuelas necesitan de la participación de la comunidad y la comunidad la de los maestros. El sistema escolar ha adquirido demasiado poder social para que lo esgriman solamente los técnicos y menos sus organizaciones gremiales. De lo contrario lo único que tendremos serán más horas de clase.

4. No podemos darnos el lujo de que se pierda el dinamismo de cambio que introdujo la Reforma, ni que se dispersen los equipos técnicos. Y en la me-

didia en que no se tomen decisiones o se proceda con criterios meramente políticos hay peligro de que así sea.

5. La educación de adultos es clave en una transformación rápida. Los cambios no pueden esperar que crezcan los niños o los adolescentes. Esta educación debe cambiar más aún de organización y sentido; es preciso mantenerla alejada del sistema escolar para que no se contagie de su inercia.

6. Respecto a la educación particular debe llevarse a la práctica lo expresado por el Presidente de la República en el Estadio Chile. Allí pasan examen el pluralismo educacional y la "vía chilena" con él.

Conclusión

Aunque podamos mirar estos años con relativo optimismo —relativo a lo sucedido en países semejantes al nuestro— quedan en el fondo interrogantes muy hondos: este sistema escolar moderno —en el mundo socialista como capitalista— con todo lo que ayuda a satisfacer las necesidades humanas, ¿no es más bien un instrumento de domesticación, enormemente pesado, costoso e ineficiente, que con el esfuerzo de todos ayuda precisamente a los hijos de los que ha ayudado más? Extenderlo y perfeccionarlo, ¿no es en último término caer una vez más en la trampa de querer desarrollarnos como los desarrollados?

¿Es justo que el país gaste en un universitario 21 veces más que en un alumno de básica y 7 veces más que en uno de media, cuando, a pesar de tener en la escuela a toda la población entre 7 y 15 años, ni el 3% de cada generación llega a la universidad? Y esto cuando cada nivel educacional significará una diferencia apreciable de renta, y el nivel socio-económico de los padres es lo que más influye para que un alumno persevere en el sistema educacional?

Los fondos de investigación deben ir a estudiar el sistema como tal, a cuestionar sus ideologías y presupuestos, la eficiencia de cada uno de sus procesos, las alternativas posibles de organización y financiamiento.

La experimentación debe seguir el mismo camino y los responsables de la educación deben tener presente estas "sospechas" básicas por encima de todo criterio técnico de tipo tradicional.

VEINTE AÑOS DE NARRATIVA CHILENA: UNA TABLA CRONOLOGICA

Antonio Avaria

En esta sección MENSAJE se esfuerza por mostrar un panorama amplio y selectivo de la creación literaria en Chile durante los últimos veinte años.

En la literatura se refleja el proceso de identidad de un pueblo; su incesante búsqueda de destino histórico; su afán de encontrarse consigo mismo más allá de imitaciones y de actitudes alienantes.

El uso creador del lenguaje cotidiano da una imagen no abstracta de la visión del mundo propia de una comunidad: la realidad y el sueño de los chilenos.

Esta conjunción de realidad y sueño ha de ser captada por todo auténtico escritor nacional. Ha de buscar el mito básico, explicativo de realidades sociales, las raíces de la imaginación popular, el alma siempre nueva del pueblo.

Desde su experiencia de lectura, Antonio Avaria ensaya la difícil e ingrata tarea del recuento. A nuestro pedido, los escritores Carlos Droguett, Enrique Lihn y Guillermo Blanco —todos con una obra creadora ya incorporada a la historia literaria— nos han entregado un testimonio personal de la novela y poesía chilenas —miradas desde la perspectiva de generaciones diversas— o de sus problemas ante su tiempo histórico. Entrever la vocación nacional en la literatura es lo que nos interesa.

Me arriesgo: las novelas chilenas verdaderamente importantes de la década del 50, son tres; las del 60 también serán tres, o cuatro, pero por ahora son dieciocho o veinte. Antes de la senilidad, ésta es la aritmética de la memoria: borrar hacia atrás todo lo que puede, mientras lo reciente aguarda turno.

Imposible borrar —en el período 50-60— a **Hijo de Ladrón** (Manuel Rojas), a **Coronación** (José Donoso), a **Eloy** (Carlos Droguett). Por su corpulencia y maestría, estas obras son el punto más alto de nuestra narrativa. Estas novelas dan dimensión universal a la vida cotidiana de los chilenos y su calidad artística está a la par con sus iguales de América y Europa. Aquí no hay remedo formal, ni

fácil consigna, sino empleo creador de una experiencia intransferible. Aquí está también el punto de arranque de la nueva literatura novelesca en Chile, cómo no decir que han educado nuestro criterio crítico.

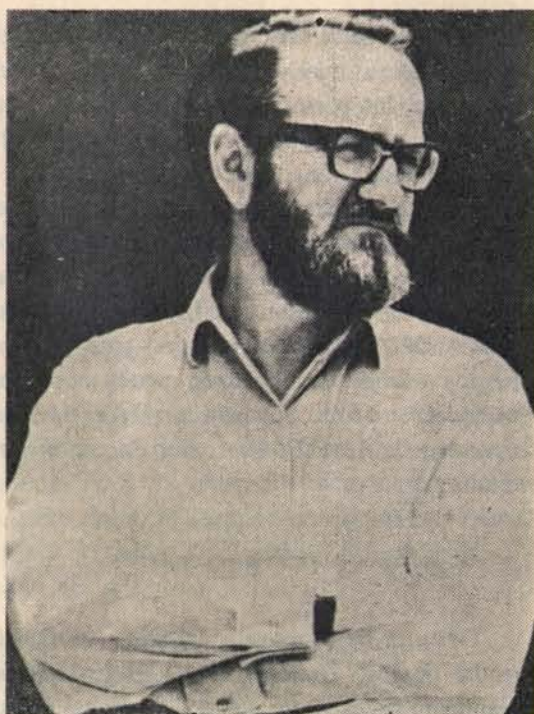
Hijo de Ladrón (1951) tiene dieciséis ediciones en Chile y traducciones en varias lenguas. Es hasta ahora nuestra mejor novela, una trasmisión inolvidable de la miseria y la esperanza del roto chileno. Manuel Rojas (1896) es un ejemplo de vocación y ética insobornables, no cabe aquí un panegírico, pero siempre es bueno recordar a un hombre modesto, laborioso, jamás genuflexo, un caso aparte del oportunismo de los más. Su vida es una peripecia de

creación, aventura y sufrimiento, una larga carrera que significa recorrer Chile a pie, tomar desde niño el camino del pueblo y escribir veinticinco libros. Desde los cuentos de **Hombre del Sur**, 1926, hay en su itinerario un progreso constante, que alcanza madurez y perfección artísticas en **Hijo de Ladrón**; sus obras posteriores —destaco **Mejor que el vino**, 1958 y en especial **Sombras contra el muro**, 1964— enriquecen incuestionablemente nuestro patrimonio, sirven de lección rigurosa a escritores más jóvenes, pero no aportan novedad significativa sobre su obra capital. Los fragmentos que conozco de su trabajo en los últimos años me permiten anticipar y esperar que a los 75 años de edad, Manuel Rojas sobrevivirá a nuevas generaciones con su próxima novela **La oscura vida radiante**.

Para la historia generacional, es un sobreviviente arisco. Según Cedomil Goic ("La novela chilena. Los mitos degradados", Universitaria, 1968, pág. 206) la vigencia de Rojas acabó en 1949; excepción irónica de esta ley, la literatura de Manuel Rojas (el caso se repetirá después con Carlos Droguett) acrecienta su vigencia después de esa fecha. La regla vale para sus compañeros de la Generación del 20 (que Goic prefiere llamar "de 1927 o Superrealista", pensando quizá en las vanguardias de Europa, que influyeron mínimamente en nuestros prosistas): José Santos González Vera, Alberto Romero, Carlos Sepúlveda Leyton, Marta Brunet, Rubén Azócar.

Diez años mayor que Rojas, Fernando Santiván (1886) publica dos obras que no pueden faltar en un recuerdo narrativo de los últimos veinte años: **Memorias de un Tolstoyano** y **Confesiones de Santiván**, También en este período, las diez mil crónicas de Joaquín Edwards Bello (1887-68), desprendidas de los diarios gracias a la devoción incansable de Alfonso Calderón, y publicadas sistemáticamente en libros, han revelado su original y viva estampa novelesca. La óptica del lector varía: hoy vemos **Recuerdos del pasado** como una generosa novela con mayor valor literario que la mayoría de las novelas "profesionales" de Alberto Blest Gana; por cierto, no es el caso de **Durante la Reconquista** y **El loco Estero**. Ambos autores quedan como documentos histórico-sociales del siglo XIX, pero el lenguaje de Pérez Rosales es más creador y vive.

*
* *



JOSE DONOSO: su "Coronación" es la primera novela de crisis de la literatura chilena

En 1957 aparece **Coronación**, la novela más representativa de la Generación del 50 (que el profesor Goic prefiere llamar "de 1957 o Irrealista"). Menos perfecta que **Hijo de ladrón**, introduce un mundo diferente, de posibilidades aun inexplotadas. No nos quedemos en la temática aparente, la consabida decadencia moral y biológica de las clases altas en Chile (viene de antiguo, viene también de afuera y toma una forma importante en **Los Trasplantados** de Blest Gana y **Casa grande** de Luis Orrego Luco), ni siquiera en su primaria y evidente proyección sociológica: en el proletariado está la vida que la clase dominante, exangüe y gastada, debe chupar para no morir. Creo que podemos leer **Coronación** como la primera novela de crisis de la literatura chilena: por primera vez un escritor pierde confianza en el propio mundo que narra y pone en duda su identidad personal; es una novela de la sospecha y el autor presiente su impotencia. Aquí hace crisis la literatura misma como instrumento cognoscitivo y hace crisis la realidad. Sí, es una novela "irrealista", por necesidad expresiva de un realismo total, desafiando las razones de la novela tradicional. Donoso tampoco procede (sería un grave error pensarlo) de la foránea imaginación surrealista, sino de una exigencia de máxima lucidez ante el

mundo en torno y éste, en el proceso novelesco, se abre a fronteras inapreciables por la razón, la realidad se desfleca, los personajes se deforman y claramente el escritor pierde fe y pierde pie. Por eso el mecanismo de reducción de la vida al grotesco y al absurdo, que se inicia en **Coronación**, prosigue en **Este Domingo**, da un fruto acabado en la breve obra maestra **El lugar sin límites** (1966) y alcanza la obsesión y el paroxismo en **El obscuro pájaro de la noche** (1970), donde verdaderamente se demuestra que los sueños de la razón producen monstruos. Entiéndase: no sólo la razón torturada, intensamente torturada, de José Donoso, sino la mera razón del mundo.

*
* *

Después de la novela epónima, escéptica y ulcerante de José Donoso, **Eloy** (1960) resulta paradójicamente un paso de alegría, un breve canto épico a la dignidad esencial del hombre. De los fondos de la miseria chilena sale el Nato Eloy, un asesino —como lo señalara Ricardo Latcham en una justa apreciación crítica— “enraizado en la imaginación popular”. (El personaje del bandido tiene amplia tradición en Chile. En este siglo su trayectoria va de Rafael Maluenda a Guillermo Blanco y su versión poética más profunda está en **Escritura de Raimundo Contreras** de Pablo de Rokha). Son las últimas horas antes de la muerte de Eloy por las balas de los carabineros; en ese breve tiempo novelesco, Droguett concentra magistralmente sus recursos, con un estilo jadeante y vertiginoso, que demuele los naturalismos y racionalismos de la tradicional novela chilena. La literatura de Droguett, lo hemos dicho ya, está más cerca de la sangre que de la tinta, pues el autor se encarna apasionadamente, furiosamente, en sus personajes; no los busca: ellos lo eligen a él. El propio Droguett ha caracterizado su escritura mejor que nadie: “Si algo no toca profundamente mi sensibilidad, si no me conmueve entrañablemente, no me interesa y no tengo estilo”.

Nada que ver con el escritor programático, pues sus personajes se convierten en él mismo. “Pero a veces, tengo la impresión de que el lenguaje, las palabras, se interponen entre ellos y yo, y suprimiendo torrencialmente puntos, comas, explicaciones obvias, descripciones inútiles, los acerco en bloque a mi terror, soy como un ciego debatiéndome entre las alam-

bradas de púa del idioma...” “Tal vez este deseo y esta fiebre dan la sensación de vertiginosidad, de totalidad, a un estilo que quiere abarcarlo todo de una sola vez. Estilo angustioso, acezante no por afán de improvisación, sino por necesidad de profundidad, es decir de realidad”. Si las imágenes de Droguett casi siempre tienen que ver con la sangre y las balas, su gran tema, su único tema es el hombre que sufre. No es por eso casual que Droguett sea el único escritor chileno en el cual la figura de Cristo encarna efectivamente en la literatura: está en **El hombre que había olvidado** (1968), es **El compadre** (1966), está en la angustia de muerte que sufre **Eloy**, en la compasión humana, en el dolor y la grandeza de **Patitas de perro** (1965), en la muerte imbecil y cruel e inútil de **Sesenta muertos en la escalera** (1953), en la soledad de las criaturas de **Todas esas muertes** (1971). La conquista y fundación de Chile no se hace con la historia oficial de los capitanes, sino con **Cien gotas de sangre y doscientas de sudor** (frase de Valdivia) (1961), otra vez por el hombre que vive y sufre. Está por hacer un estudio detenido de la elaboración artística de experiencias chilenas en la obra de Carlos Droguett, y otra vez quedo debiendo el examen de **El compadre**, tal vez la mejor, en la cual un modesto carpintero santiaguino —clavado en su andamio y en su alcoholismo— vive la Pasión de Cristo y sufre con la muerte del Viejo Negro, Pedro Aguirre Cerda. El crítico Ariel Dorfman ve en Droguett al inconformista, al que arranca las máscaras hipócritas, al que pone en peligro la seguridad del burgués (“El Patitas de Perro no es tranquilidad para mañana”, *Revista Chilena de Literatura* 1970).

Con la emergencia de Carlos Droguett en el panorama internacional de la novela en castellano (fue finalista del Premio Seix-Barral de Barcelona y es Premio Alfaguara de España 1971) acaba la década del 50. En 1958 los escritores chilenos se reunieron en Concepción; es una fecha de nota, pues convergieron dos problemáticas: la Generación del 38 (veinte años después) y la briosa (entonces) Generación del 50. Allí Volodia Teitelboim hizo la radiografía más lúcida y sincera de una época importante de nuestra historia: “La Generación del 38 en busca de la realidad chilena”. Este ensayo no ha sido superado en penetración y alcances socio-históricos. Las intervenciones de este Encuentro —convocado por Gonzalo Rojas— fueron registra-



CARLOS DROGUETT: más cerca de la sangre
que de la tinta

das en un volumen históricamente precioso de la revista *Atenea* (abril - septiembre 1958).

1961 - 1971

Ante los últimos diez años, el juicio se ablanda, es inseguro, pues sabe que será más provisorio que el anterior, tan tajante como discutible: sólo tres en el rescate esencial del 50, dieciocho o veinte nombres para la última década.

El primer acontecimiento literario —en la novela— lo proporcionó un inquieto y deslenguado escritor de 26 años. Era la primera vez que una de las editoriales prestigiosas (Zig-Zag) publicaba a un autor joven y desconocido. Probablemente ningún libro inicial chileno ha despertado tanta atención de los críticos y de la juventud como *Según el orden del tiempo* (1962). Era Juan-Agustín Palazuelos, irreverente, megalómano, que vestía capa y chambergo, que detuvo a José Donoso en el Forestal, que montó guardia a Alone hasta desarmarlo, que injuriaba a sus críticos reticentes, que perdía o inventaba manuscritos, incendios, deshonras, violaciones. Llamó a Enrique Lafourcade “un empleado subalterno de mi editorial”. Multiplicó desenfrenadamente su vida con sus dos novelas (la otra es *Muy temprano para Santiago*), sus páginas de diario (inéditas),

las drogas, las amistades en el hampa artística de Santiago, las rivalidades, los delirios de grandeza, los proyectos infinitos, la pasión por los barrios, los sueños, el alcohol, los amoríos y su única mujer. Murió en la posta 4, el 5 de julio de 1969, a los 33 años. Diga treintatrés; y en sus amigos, que alguna vez lo odiamos, se marcó el verso doliente de Neruda: “me moriría por lo dulce que eras”. Había escrito el primer evangelio de la generación novísima que sucede al 50. Según el orden del tiempo (dos ediciones) posee una voluntad novelesca semejante a *Rayuela* (1963) y la antecede, evidentemente que sin la madurez creadora del autor argentino, que por entonces tenía 49 años. El juicio parece descabellado, pero invito al lector a cotejar ambas obras, sus recursos formales y su común búsqueda del orden dentro del caos.

*
* *

En 1964 —junto a *Sombras contra el muro*, de Rojas— se destacan dos novelas: *El peso de la noche* (Jorge Edwards) y *Los últimos días* (Fernando Rivas).

Edwards se había dado a conocer ya como un estilista seguro y de registro muy sensible en los cuentos de *El patio* y *Gente de mi tiempo*. Su novela acrecienta sólidamente su prestigio y es un estudio minucioso de un cambio de moral en la sociedad chilena, al mismo tiempo que examen frío de la abulia como factor de degradación. La mejor obra de este autor, sin embargo, es hasta ahora su último libro de relatos, *Las máscaras*, uno de los libros mejor escritos y más inquietantes de la literatura chilena. El mencionado crítico A. Dorfman ha caracterizado algunos elementos importantes de esta obra en “¿Volar? Un estudio en la narrativa de Jorge Edwards y Antonio Skarmeta” (Revista Chilena de Literatura, n° 1). En *El peso de la noche* se advierte ya —aunque su autor (nacido en 1931) no había depurado su lenguaje con el rigor de *Las Máscaras*— un ejemplo de conciencia profesional poco común en nuestro medio. Vista en perspectiva, es también un documento social, una muestra de la literatura que el crítico Martín Cerda llamó “de la decrepitud”: tema de la decadencia de la otrora clase dominante; de hecho, en la novela de Edwards se verifica, más que la destrucción de una clase, un

fenómeno idéntico al de **Casa grande**: el cambio de una moral por otra; las grandes familias mantienen su orden y su poder, sólo acaba la moral de las abuelas.

Fernando Rivas no obtuvo el crédito que merecía por **Los últimos días**. Justamente en esa novela antecede a Skarmeta y otros narradores jóvenes en el uso desenfadado del habla coloquial. Este es su mérito y no fue apreciado en esos años, cuando la crítica todavía estaba alienada al "buen decir", al bello uso del idioma (dechados los españoles como Miró, Azorín y más atrás), y ni siquiera toleraba el torrente verbal (pero literario) de Droguett. Rivas construye su novela desentendiéndose del lenguaje literario, trasmite una experiencia de la decrepitud y de la frustración personal con la elocuencia del testimonio hablado. Es una novela hilarante y conmovedora, con una reproducción creadora del lenguaje cotidiano. Sostengo que ahí está su veta, y que erró más tarde al publicar otra novela en lenguaje "literario". Viene a cuento recordar que Cervantes escribía mal y desgarbado para los preceptistas de su época.

A **la sombra de los días** (1965) es una novela que, por su proyección histórica, forma parte de la biblioteca básica de Chile. Con destreza, Guillermo Atías rescata los elementos esenciales en los años del triunfo del Frente Popular, observados desde un segundo tiempo novelesco, 1963. Dos hombres, uno socialista, otro relacionado con el nacimiento, unidos por una mujer que los devora, plantean dos experiencias de la vida chilena más reciente. Es el retrato más veraz y amargo de la Generación del 38, el autorretrato entrañable y despiadado de unos hombres que pensaron cambiar la sociedad y veinte años más tarde son seres derrotados en una sociedad derrotada. En 1965, Atías trasmite magistralmente el desaliento de la izquierda política en Chile. Leyendo esta novela, y las de Fernando Alegría (un año antes había publicado **Mañana los guerreros**, con idéntico tiempo histórico), uno comprende mejor las esperanzas de los viejos tercios del 38 que, tras treinta años de muerte paulatina en el alma, recobran bríos y se incorporan al triunfo que ya no es de ellos (la antigua vanguardia intelectual), sino de la unidad de las fuerzas populares. Una pluma escéptica y laboriosa, Atías somete sus textos a una difícil elaboración de largos años; aunque es uno de los narradores más importantes del país, sólo

había publicado en la década anterior la excelente novela **El tiempo banal** —la persistencia del tedio como veneno irrefrenable de la vida—, con un personaje inolvidable, el cartero. Fuera de estas dos novelas conocemos su libro de cuentos **Un día de luz** (allí revela una imaginación surrealista y un humorismo juguetón, dotes muy vivas que el autor no ha querido mostrar en sus novelas) y su arduo trabajo en la dirección y redacción de la revista **Plan**.

En el mismo año 65 Droguett publica **Patas de Perro**, presentada ante el jurado del premio venezolano "Rómulo Gallegos" como la mejor novela chilena de los últimos tres años (venció **La casa verde** de Mario Vargas Llosa). A la luz de su último libro de relatos —**Excesos** (1971)— la novela de Mauricio Wacquez (**Toda la luz del mediodía**) se desdibuja, quedando como un antecedente en la obra de quien es hoy uno de los mejores escritores jóvenes de Chile.

*

* *

El 66 es un año magnífico para la narrativa chilena. Destaco por su extraordinaria importancia **El lugar sin límites**, la obra más perfecta de José Donoso; **El compadre**, la mejor novela de Droguett, y la aparición de un nombre nuevo en nuestra novela: Hernán Valdés, autor de **Cuerpo creciente**. Valdés (1934) era conocido como poeta, pero no cabe duda que su talento está en la forma novelesca. **Cuerpo creciente** es una novela emocionante, de lenta andadura, rica en observación de objetos, en descripción sensorial, en sutileza psicológica; su morosidad a veces —muy pocas— resulta letal como dinámica de suspenso, y es muy posible que más de un lector la aparte con fastidio. Hay un reconocimiento unánime a la calidad de su prosa, a su vigilante atención para borrar el lugar común, los pegotes verbales que tanto abundan en nuestra mejor literatura. De ahí que cuando se ventilara en las páginas de **La Nación** y en otras publicaciones la sonada polémica sobre la novela chilena, en 1967, Valdés fuera uno de los pocos salvados del escrutinio de los curas y barberos que participamos con un entusiasmo de carnicería.

*

* *

Parece injusto que hasta este punto de la tabla cronológica no figure Enrique Lafourcade (1927), fundador y clarín de la Generación del 50, el prolífico autor de diez novelas, dos volúmenes de cuentos y tres antologías resonantes. Hubo que esperar hasta 1968 para que Lafourcade diera cumplimiento a la gran promesa que significó su novela **Pena de muerte** (1952), primera lanza de su promoción y obra —de las más auténticas y valiosas— de iniciación a la vida. De las novelas siguientes merecen atención **Para subir al cielo** (1959) y la entretenida **La fiesta del rey Acab** (1959, traducida al inglés y al alemán). A Lafourcade le llueven más palos y exigencias que a otros porque sus metas son razonablemente altas, las más altas. De fértil imaginación y oficio profesional, es el talento más brillante y versátil de estos años: muchos creemos que lo ha despilfarrado a manos llenas, a novelas llenas que ha escrito como jugando, o como ejercicios de un virtuoso. Que no obstante le sobra capacidad, lo ha demostrado con **Frecuencia modulada** (1968), y si hay una literatura de la ciudad de Santiago (como la hay de Buenos Aires, México y Lima), esta novela es su culminación hasta ahora. Escribió Alfonso Calderón en **Ercilla**: . . . “es una buena novela, un magnífico estudio en grotesco, y revela que Lafourcade sabe, también, emplear algo que se le escapaba: la ternura. Aquí ha puesto en algún lugar el corazón. Y lo ha puesto bien”.

De golpe y porrazo se impone en 1968 un escritor desconocido, de garra porfiada y segura. Nada en **Job - Bob** delata al típico “primer libro”. Hay madurez y destreza en el empleo de recursos expresivos, desenvoltura narrativa y una portentosa desinhibición ante la literatura vigente. Con paso ligero, el autor resuelve impertérrito la traducción literaria de problemas tales como la identidad personal, las posibilidades y escisiones del hombre de Occidente, con dos escenarios básicos, Bolivia y una pequeña ciudad del Medioeste norteamericano. Su lenguaje es un fenómeno absolutamente singular en nuestras letras: es pura parodia de la gran literatura en castellano, desde los arciprestes hasta Carpentier. Eso no es todo, pues también entrevera con gozo evidente y deliberado algunos juegos retóricos de folletín o novela rosa. En este sentido, no puedo



FERNANDO ALEGRIA: incansable, ingenioso y versátil

estar de acuerdo esta vez con Dorfman cuando afirma (en **Chile, hoy**, varios autores, pág. 402) que en Guzmán hay “un control clásico de la prosa”. En mi lectura, lo que Guzmán difícilmente controla es la risa por el uso que está haciendo del lenguaje clásico. Acto catártico de definición de vida y apetencias, con este libro Guzmán también exorcisa toda la cultura que ha tragado. Sólo así puede tirarla lejos. Si **Los pasos perdidos** del cubano Alejo Carpentier es un relato conceptual, una explicación pormenorizada del proceso por el cual un hombre alienado por la civilización moderna va encontrando —al internarse en la selva americana— posibilidades más auténticas de ser, en Guzmán este proceso aparece en vivo, encarnado en Job —hombre que sufre el tedio y la rigidez de la civilización— y en Boj —el hombre de acción, el pícaro que domina la vida con sus sentidos—; ambos son la misma persona. Resguardando el gran valor intrínseco de la novela de Carpentier, me parece más acertada la solución narrativa del chileno: Carpentier —en un lenguaje espléndido, de insuperable retórica castellana tomada profundamente en serio— transmite una tesis, una especulación racional; Guzmán, en lenguaje paródico, una vivencia. El primer aviso que

LA LITERATURA CHILENA DE ESPALDAS A LA REALIDAD NACIONAL

Carlos Droguett

Raquitismo y vaciedad

¿Qué ha ocurrido en la literatura chilena en los últimos veinte años? La respuesta es tajante y definitiva, o definitoria más bien. No ha ocurrido nada. Hay excepciones admirables, es verdad, auténticas islas, pero ellas no forman un continente ni lo justifican. Esta afirmación la hago afirmado en una perspectiva más ambiciosa y más exigente que la actualidad pasajera y caduca del tiempo presente, del día que pasa ahí afuera y que nos ignora y al cual, lo que es mucho más grave e imperdonable, nosotros también ignoramos.

Lo he dicho muchas veces, en foros, en la TV, en la radio y en la prensa, en el país y en el extranjero, que a mi modo de ver la literatura chilena actual es la más mala de América. Poesía, novela, cuento, ensayo, forman parte del cuerpo total de una literatura y, por lo tanto, nosotros los escritores, o los que queremos serlo, somos responsables de ella, de nuestra respiración, de nuestra literatura, de su mejor o de su peor calidad o inexistencia. Opino, pues, reiteradamente, que la literatura chilena, y en esto también me incluyo en la parte que me corres-

ponda, es frívola, espiritualmente pequeña, irresponsable, no tiene garra, no tiene coraje, no tiene imaginación, profundidad ni estilo, vive de espaldas a la realidad chilena, no sólo la realidad histórica sino la realidad no escrita, desgraciadamente no escrita, que pasa por ahí afuera en estos momentos o que pasará mañana o esta noche cuando baje el viento de los cerros.

Esto es más censurable cuanto tenemos, por ejemplo, que América hispana es, en estos años dramáticos, el continente que escribe la novela de más trágica autenticidad, de más tremenda autenticidad y de más trascendencia en el mundo. México, por ejemplo, cuya novela de la revolución es lo único grande y verdaderamente duradero y honesto que ha dado precisamente esa revolución ya gastada. Mucha gente de mentalidad epidérmica se lava la boca y se humedece el estilo con el nombre de Carlos Fuentes, conocido play boy de la literatura imitativa, en definitiva decorosamente valioso como jefe de relaciones públicas de sí mismo, escritor de mente corrompida y de posiciones vanidosas y cuidadosamente calibradas y tasadas, pero ignoran a Agustín Yáñez, autor de esa magistral visión panorámica de la realidad económica-social de su atormentado y

LA LITERATURA CHILENA DE ESPALDAS A LA REALIDAD NACIONAL

Carlos Droguett

Raquitismo y vaciedad

¿Qué ha ocurrido en la literatura chilena en los últimos veinte años? La respuesta es tajante y definitiva, o definitoria más bien. No ha ocurrido nada. Hay excepciones admirables, es verdad, auténticas islas, pero ellas no forman un continente ni lo justifican. Esta afirmación la hago afirmado en una perspectiva más ambiciosa y más exigente que la actualidad pasajera y caduca del tiempo presente, del día que pasa ahí afuera y que nos ignora y al cual, lo que es mucho más grave e imperdonable, nosotros también ignoramos.

Lo he dicho muchas veces, en foros, en la TV, en la radio y en la prensa, en el país y en el extranjero, que a mi modo de ver la literatura chilena actual es la más mala de América. Poesía, novela, cuento, ensayo, forman parte del cuerpo total de una literatura y, por lo tanto, nosotros los escritores, o los que queremos serlo, somos responsables de ella, de nuestra respiración, de nuestra literatura, de su mejor o de su peor calidad o inexistencia. Opino, pues, reiteradamente, que la literatura chilena, y en esto también me incluyo en la parte que me corres-

ponde, es frívola, espiritualmente pequeña, irresponsable, no tiene garra, no tiene coraje, no tiene imaginación, profundidad ni estilo, vive de espaldas a la realidad chilena, no sólo la realidad histórica sino la realidad no escrita, desgraciadamente no escrita, que pasa por ahí afuera en estos momentos o que pasará mañana o esta noche cuando baje el viento de los cerros.

Esto es más censurable cuanto tenemos, por ejemplo, que América hispana es, en estos años dramáticos, el continente que escribe la novela de más trágica autenticidad, de más tremenda autenticidad y de más trascendencia en el mundo. México, por ejemplo, cuya novela de la revolución es lo único grande y verdaderamente duradero y honesto que ha dado precisamente esa revolución ya gastada. Mucha gente de mentalidad epidérmica se lava la boca y se humedece el estilo con el nombre de Carlos Fuentes, conocido play boy de la literatura imitativa, en definitiva decorosamente valioso como jefe de relaciones públicas de sí mismo, escritor de mente corrompida y de posiciones vanidosas y cuidadosamente calibradas y tasadas, pero ignoran a Agustín Yáñez, autor de esa magistral visión panorámica de la realidad económica-social de su atormentado y



Los mineros chilenos: todavía esperan "la" novela que narre su vida

paciente pueblo, que es su intensa novela **Al filo del agua**. El mismo Yáñez, al hablar de los males de la literatura mexicana, que son los males de todas nuestras literaturas y de nuestros mórbidos estados sociales en ebullición y tal vez en descomposición, habló alguna vez certeramente sobre "los improvisadores del arte, los tahures del éxito, los escritores de cabotaje". Por otra parte, Juan Ramón Jiménez, defendiendo una crítica ligeramente ácida que él había hecho de alguien fácilmente vulnerable, escribió textualmente: "Yo tengo la obligación de decir las cosas sobre mi poesía y sobre la poesía de los otros, sobre mi prosa y sobre la prosa de los otros, sin tapujos, sin cobardía, sin temor a las consecuencias secundarias, detesto la crítica halagüeña, la infame y, sobre todo, la entreverada, porque creo que es nuestro deber expresar francamente lo que nos parece bien o mal de nosotros y de los otros".

Los derrotados desolados

Nosotros hemos tenido derrotados. Desde hace muchos años hemos tenido guías, baqueanos y de-

roteros, los más notorios, los más grandes, los más profundos y potentes. Un buceador del alma nacional, Vicente Pérez Rosales, un buceador del alma popular, Baldomero Lillo. Ninguno de ellos fue seguido en la genialidad que ellos inventaron.

Caricaturesco uno, siempre optimismo, por lo menos sonriente, aunque inseguro mientras sonríe; trágico el otro, siempre serio y pensativo, siempre actuando en la sombra, en la terrible sombra profunda del sufrimiento sin esperanza y sin remisión. Macuco y displicente aquel, más sabio y despierto que su trágico colega, no menos actual, no menos furioso, pero más dado a la filosofía, a la paciencia, al sarcasmo, a la ironía, hombre de la política, hombre que odiaba a los políticos y a la política, que odiaba la mentira y el engaño, la estafa, la cobardía, los negociados, los robos redondeados en legalidad, es más civilizado y, por eso, tiene que caer en la burla de los otros, de la vida, de sí mismo. Baldomero Lillo es el hombre primitivo, armado sólo de su pasión, de su inmenso amor, de su inmenso odio y, sin embargo, su literatura parece escrita ahora, ahora mismo, en estos años en que el

minero que sufre callado y solo en el fondo de la mina lo reemplazan los mineros que desfilan allá afuera, en la huelga, en la refriega, en plena vida.

Ambos solitarios, los dos al mismo tiempo, se han hundido, cada cual a su modo, según su fuerza o su debilidad, según la fuerza de su debilidad, en la realidad más auténtica y más permanente de nuestra tierra. Uno es la tragedia pura, sin más esperanza que la revolución social, otro es el puro sarcasmo, la sola risa para atajar o, más bien, para aguantar tanta miseria y tanta desvergüenza; él no espera nada, a no ser el anarquismo, el tiempo ideal sin leyes y sin políticos que no ha de llegar de súbito hasta esta tierra mal hecha. Pero ambos, ambos eso sí, con la misma intensidad, están insertos en lo mejor y más permanente del mundo literario chileno, convertidos, ellos sí, ellos antes que ninguno, en esa auténtica y plena inmortalidad del alma que es el arte. Baldomero Lillo, precursor del socialismo en el arte, pero de un arte que no es socialista ni es denuncia sino en cuanto es profundo y verdadero, no tiene, en definitiva, más protagonista que la injusticia social y para subrayar esa tragedia y contarla, se hunde en la tierra de la mina o se asoma a ella desde la oficina de la compañía y después recuerda terriblemente.

Pérez Rosales tampoco imagina o inventa, sólo recuerda y sólo parece él también atestiguar que no hay arte, sino sólo recuerdo, o en otras palabras, que sin recuerdo no habría arte. Recuerda simplemente, enfriado ya, y da a la picaresca chilena tipos inolvidables, con los que pudo armar una o dos novelas, pero que dejó sólo insinuados, sólo clasificados, entregados a este patrimonio de temas y de personajes disponibles que es su insondable obra. Porque él parece decirnos miren mi fuerza y mi capacidad, podría, pero no quiero hacerlo, no quiero escribirlo o tal vez no puedo, no tengo bastante odio ni bastante amor por mis personajes, los desprecio demasiado, los veo tan superficiales, viscerales y oportunistas como eran en el tiempo de entonces, ¿por qué no los escriben ustedes allá, dentro de cien años?

A Pérez Rosales no lo ha seguido nadie, a no ser los costumbristas por vocación o iluminación, de principios del siglo y no es este el momento de abrirlos y autopsiarlos. Pero a Lillo, al inmenso Lillo, ¿quién? ¿Quién con su intensidad, con su extraordinaria pasión, con su inmenso caudal de emoción contenida o desbordada?

Los del 38

Pienso, por ejemplo, en la obra de mi generación, que los monos sabios dicen es la del 38, en dos autores de mi generación, Oscar Castro y Nicomedes Guzmán, que de alguna manera se acercaron, o pretendieron acercarse, a los temas esenciales propuestos por Baldomero Lillo.

Oscar Castro es autor de **Llampo de sangre**, una novela de mineros, un tanto mediocre y voy a decir por qué. No se trata de que esté bien o mal escrita. Se puede ser gran escritor y escribir mal. Ejemplos: Dostoyewsky y Balzac, pero la condición humana de sus obras, la realidad verdadera de ellas, aun de las menos buenas, es siempre conmovedora y siempre posible. **Llampo de sangre**, está bien concebida y trabada, todas sus partes ensamblan perfectamente, como las maderas de un mueble y, sin embargo, la obra, una novela sobre mineros, sobre mineros chilenos, los seres más dramáticos y densos de nuestra realidad, es leve, grácil, pequeña, insignificante, sin médula, sin sustancia, frívola definitivamente. Aun más, me atrevo a decir que es una novela en la que no sucede nada. Sin contar el estilo periodístico, de sub periodismo, de periodismo de provincia, no hay sino por excepción creación de caracteres y los que existen se sumergen y evaporan en la primera parte de la obra, que es, en el fondo, algo ajeno a la obra misma, por lo menos la introducción de ella. Los capítulos que se refieren a la noche de aquella re sensual en el prostíbulo y el titulado "Eeeepa qué fue!", me parecen una soberana faramallería, puro adocenamiento literario.

Lo que fundamentalmente y desde la partida le falta a "**Llampo de sangre**" es imaginación. Si la hubiera, ese estilo que nace de la sangre y no de las palabras llenaría el ambiente, empaparía a los personajes, le daría profundidad a la novela y a sus habitantes, casi todos superficiales y de compromiso. Si a ello se agregan expresiones como "el jilguero, poeta de soledades", el cielo "tenso como un tambor", "faltos de jugos los cauces del llanto", "cundió un silencio de esponja", se piensa que ésta es una obra que quienes amaron a Oscar Castro no debieron publicar. La palabra "tremenda" le sirve a él para todo, para expresar un dolor, un goce, una esperanza, un alivio, una desilusión o para describir actitudes o paisajes. Falta, pues, de imaginación, extraña falta en un poeta, autor, además, de admirables

cuentos que hemos analizado detenidamente en otra parte.

¿Y Nicomedes Guzmán, de trágico y corto destino? Algún día será analizada como se merece su grande e informe novela *La sangre y la esperanza*, dolorosa, conmovedora, caótica e inmadura y que, sin embargo, asegurará su nombre en el futuro. Había en Nicomedes una frustración esencial, más pasión de hombre que de artista, él no pudo o más seguramente no tuvo tiempo de transformar su estilo en un arma, no inmediata sino depurada y definitiva, lo lanzó y lo gastó, basto y primitivo, como lo tenía en las manos, esas manos llenas de amor y, por lo tanto de sabiduría instintiva. Doloroso caso en un artista de su capacidad y de su experiencia vivida y compartida. Sus personajes se tocan y se cruzan con los de Baldomero Lillo, pero no es el dolor el que los separa, sino el modo de echarlo afuera o de escatimarlos. Baldomero Lillo es un pasional, pero su pasión encarnada en su estilo, se depura embridándolo y jamás cae en el mal gusto o la sensiblería. Esto es flor de piel en los temas de Nicomedes y a menudo, cuando hacía falta un silencio o nada, sólo el personaje, la elocuencia enorme de la soledad, surge lo deliberado, el adorno traído por los cabellos de la frase: "un cuchillo de vientecillo"; "una mirada espinosa de rencor". Lo deliberado en Guzmán es casi siempre de mal gusto, a veces, además, es lo deliberado tendencioso, lo deliberado con vistas a un estilo clasista.

Cuando habla del corazón es "el corazón compañero", si habla del rezo es "el rezo camarada". Preferible a eso es decir rudamente la verdad, la verdad desnuda o, con palabras de Pablo Neruda, "quien huye del lugar común cae en el hielo".

Caído en medio de la corriente, el hombre que no sabe nadar aparte patalea asustado, grita, solloza, brama, manotea hundiéndose en la oscuridad que lo ahoga. Se hunde irremisiblemente en el mismo instante que un leve movimiento de hombros, por un postrar y limpio accionar desesperado, se adivina que le habría sido fácil mantenerse a flote con un dominio sumario del arte de no ahogarse. Pero otra agua lo golpea, la oscuridad lo aniega, la corriente más robusta lo devora sin apuro y sólo se adivina ya la mano rígida mostrando el sitio donde echó raíces el ahogado. El caso de Nicomedes Guzmán fue parecido. Su literatura se está ahogando. Arrojadados de bruces, impetuosa, malignamente en



MANUEL ROJAS: no ha tenido continuadores.

medio del caudal, los seres de sus cuentos, las multitudes que llenan su gran novela, se hunden sin remedio, alzan los brazos para hundirse más fácilmente, maldicen, gritan, amenazan, encienden banderas y consignas para no ahogarse, pero se ahogan y nadie los oye, la oscuridad los traga sin remedio. Y traga también al autor. Adivinamos en él la lucha atroz contra las tinieblas, su gran enemigo. No es una casualidad que sus libros se llamen como se llaman: *Los hombres oscuros*, *La sangre y la esperanza* (que es también una luz), *Donde nace el alba*, *La carne iluminada*, *Repsodia en luz mayor*, *La luz viene del mar*.

El terrible e incoloro presente

Chile, su historia escrita, su historia transcurrida en la carne de sus obreros asesinados por la tuberculosis, de sus mineros asesinados por esa otra tuberculosis que ha sido el capital extranjero, sus campesinos, parias de la gleba, de una tierra inmemorial y muda, festinados por el criollismo, ha sido sistemáticamente ignorado por nuestros novelistas. Debiera darnos vergüenza y llevarnos al suicidio literario, o, lo que es lo mismo, a la honesta y aconsejable mudez, el hecho de que un español, un militar español, uno de los conquistadores que vinieron a nuestras tierras a asesinar al indio y a robar

sus tierras, no se hiciera cómplice de aquel despojo disfrazado de asesinato y, en cambio, contara aquella afrenta y aquella hazaña. Alonso de Ercilla, el poeta recatado y delicado, enfrentado a la irredargüible realidad, transformar su espada en pluma, su odio en amor, por lo menos en admiración, para contar la hazaña callada de nuestros primeros antepasados y para rescatar del olvido la figura de aquel adolescente legendario que fue Lautaro, figura señera y ejemplar, ejemplo de creación cabal, hasta en su trágica y corta trayectoria, dada por la naturaleza, recogida por un poeta y entregada al porvenir, que somos nosotros. Toda nuestra tierra, toda nuestra historia, está inédita para nuestros creadores. ¿No es una vergüenza que la soberbia industria del salitre, con todas sus grandezas y todas sus miserias, especialmente con sus aterradoras injusticias, no haya interesado como tema a nuestros novelistas?

Hablo en totalidad, no a los que han estado escarbando terrones literarios enfrentados a la pampa como poetas del periodismo o a los que no tuvieron el coraje, teniendo talento, para seguir cavando. Nadie, desde un punto de vista histórico literario. Sólo Baldomero Lillo se fijó en esa grandeza y en ese infierno, pero él ya estaba entonces muy enfermo. ¿Y las periódicas matanzas de obreros en el norte, precisamente en el norte salitrero? Ya sólo sus nombres son estremecedoras novelas, San Gregorio, La Coruña, Escuela Santa María de Iquique. ¿Dónde estaban nuestros soñadores literarios cuando se planteaban y se cumplían implacablemente estos crímenes? Estos crímenes que históricamente se han seguido cometiendo y quedando impunes mientras no llegue esa inapelable justicia que es en definitiva el arte, el arte que ayuda a vivir, que también es de alguna manera lucha contra la miseria, la injusticia, la ferocidad? ¿No es una lección inolvidable para todos nosotros que un músico joven, felizmente muy joven, haya tenido la visión de recoger esa historia impresionante, que fue la matanza de tres mil obreros en la pampa salitrera y la haya convertido en una de las obras de mayor valor permanente en nuestro pequeño arte? De hecho una tragedia, una novela, una formidable resonante novela escrita por un artista realmente vivo. Manuel Rodríguez, José Miguel Carrera, la guerra del 79, la revolución del 91, ¿van a seguir siendo pasto y negocio sólo de nuestros folletínistas? ¡Si hay más realidad en los versos de Pezoa Véliz, de Gabriela Mistral, de Pa-



ANTONIO SKARMETA: un soltarse las ligaduras y mostrar su entusiasmo arrebatador.

blo Rokha, que en la inmensa mayoría de nuestras novelas!

Esas novelas que debieron seguir a **Hijo de Ladrón**, esos cuentos que debieron seguir a los admirables cuentos del autor del hijo de ladrón. La generación del 50, despectiva y papelera se quedó perdida y fijada en los viejos caserones, en los empobrecidos y corrompidos señorones, como sus personajes repetidos y repetibles, esta generación se desangró por las mismas causas, un mentido esplendor, capacidad de adaptarse, sus personeros más valiosos son José Donoso y Jorge Edwards, el más exhibicionista Enrique Lafourcade. Habrá que tornar sobre ellos.

La liviandad, frivolidad y vulnerabilidad de nuestra literatura se palpa de modo incontestable en el mayor acontecimiento literario chileno, el Premio Nacional de literatura, que anualmente es, de hecho, el índice, el termómetro que marca el nivel, el grado de temperatura o de clemencia temporal a que llegan nuestros más altos creadores. Se diría que en general dicho premio se ha estado convirtiendo, en forma cada vez más notoria e irresponsable, en malversación de caudales públicos, ya que estéticamente, literariamente, se ha premiado a casi nadie. En sí, y por fuerza de las circunstancias y de su prodigalidad temporal, el premio es el mausoleo más total y absoluto de las letras chilenas. No me conocen los que creen que estoy alegre mientras estampo estas palabras.

Este es, a mi modo de ver incontaminado y comprometido, el panorama desolador de la literatura chilena hasta este año promisorio para nuestro pue-

blo. Es posible ahora anunciar y mi nunciatura tiene base en la realidad, realidad que no sólo yo constato, con la cual no me tropiezo de casualidad sino tras la cual camino más años de que yo mismo creo, que esta desolación se poblará jubilosamente, con reveladores y todavía ignorados hechos. Daré ejemplos.

Optimismo y profundidad

Sí, el presente todavía indeterminado e informe, el futuro más inmediato, se presenta promisorio, ciertamente generoso, anuncia ya verdaderos auténticos valores, lejos del balbuceo y del manifiesto oculador de llagas o de carencias. Ya Antonio Skarmeta fue un primer anuncio, un soltarse las ligaduras y mostrar su entusiasmo arrebatador. Me encontraba fuera de Chile, frente al mar Caribe cuando lo descubrí y me gustó esa irreverencia en la que se afirmaba su imaginación para sustentar sus temas. Pero ahora, Antonio ya no estará solo, serán por lo menos tres para escarnecer a los viejos ídolos, comenzando por la retórica. Cito, pues, los nombres que conozco más de cerca. Son por lo menos dos, pero muy valiosos. Mañana o pasado serán estrellas, pero no fugaces en nuestro cielo austral casi vacío.

Patricio Manns, del canto a la literatura

Antiguo periodista, poeta fácil, demasiado fácil, antiguo bohemio que ha gastado su enorme talento en lentos y vagos amaneceres en todo el largo territorio, a veces en los barrios bravos de todo el territorio, cambiante, variable, picaflor, triste, alegre, seguro de sí, fundamentalmente desamparado y generoso, compositor popular de garra, con un sentido dramático de la vida y del sentido humano, ha vaciado, por fin, todo su enorme caudal de dolorosa experiencia, de sueños inseguros, de dudas veloces y además informes, de intensa pasión rápidamente ardida y apagada, al cauce que lo esperaba desde hacía varios años.

Autor de una novelita informe, que no agregará nada a su desordenada biografía, sino unas pintas de ligera vergüenza, es ahora el autor predestinado de la novela más profunda, más recia, más tremendamente dramática que he tenido el privilegio de leer en los últimos meses. Su tema, el sur de Chile, el estremecido sur de Chile, azotado

por el terremoto y por los políticos, golpeado por la miseria de la naturaleza y de los hombres. Estoy seguro de que esta novela, que sólo depende de su autor transformarla en una auténtica obra maestra, será una sorpresa para los que, por exceso de amor a nuestra literatura, nos hemos estado doliendo, con empecinamiento que ha dolido a muchos, de su pobre y vergonzosa realidad.

Carlos Barella, antiguo constructor

Arquitecto aficionado, pije aficionado, comunista aficionado, poeta de tono menor, hijo de un poeta y autor teatral, ha pasado de todas esas frivolidades indiferentes a convertirse en un descubridor literario de uno de nuestros magnos héroes históricos o más bien legendarios: Lautaro, aquel impresionante adolescente inédito, mosqueado hasta ahora sólo por cronistas a sueldo, por folletinistas, por turistas de la literatura histórica o para-histórica. Apoyado en torrentes de fuentes históricas, hundido en la fauna, en la fatalidad, en la conseja, en la superstición, en la sensualidad, en la fatalidad, ignoro cómo, por qué arte, por qué misterio, por qué milagro de algún santo que sólo él y yo conocemos, este profesional afortunado, equilibrado y nada de triste, se despertó de la noche a la mañana chorreando esta admirable y conmovedora historia. Carlos ha escrito una de las más valiosas novelas de este siglo en nuestro país y me atrevo a augurar que su libro está destinado a ser lectura obligada en nuestros establecimientos educacionales. Que sea lectura obligada para nuestros profesores de literatura y nuestros críticos literarios ya sería mucho.

Alfonso Alcalde, o la nueva inundación

Alfonso Alcalde es otra cosa, no es un desconocido, aunque muchos desearían que todavía lo fuera. En mi opinión, y lo digo con humildad porque conozco su carácter, no es poeta, ni cuentista, ni novelista, ni pintor, ni hombre de teatro, ni hombre de ópera, es todo eso, pero siempre se sale de madre. Es una fuerza de la naturaleza y en eso estriba su mayor defecto, ya que la naturaleza no conoce la conveniente y aconsejable autocritica. Hay,

por ejemplo, en sus cuentos la misma velocidad inicial que he descubierto en Baldomero Lillo, trae tal fuerza y vertiginosidad que no se detiene cuando es necesario, su imaginación desenfrenada no obedece a control alguno y sigue corriendo hacia el futuro sin contenerse, apenas respirando y no termina el cuento jamás y empieza otro en seguida, otro sufrimiento, otra charla, otra ola, otra inundación. Su descubrimiento fue para mí parte de mi biografía, quizás obra del destino, era el caso de los dos ciegos que se encuentran por casualidad en la esquina de una calle y se hablan temerosos y se dan las temerosas manos para atravesar la calle. Ahí la vamos atravesando, pero como somos hasta cierto punto invisibles, muy pocos nos ven.

¿Cuáles son sus personajes, cuáles sus temas? Sus personajes, la miseria humana, el ser desarraigado de cuerpo y alma, el abandonado, el miserable, el tipo sin casa y sin camino, el hombre que fue abandonado por amigos y enemigos, por la mujer, la amante, los hijos, incluso por la esperanza y que, sin embargo, está vivo y cosa increíble, todavía sonríe. Sus payasos desventurados, sus mineros golpeados una y otra vez por la vida y por los hombres, sus misérrimos pescadores son impresionantes, pero nunca desesperados, jamás piensan en el suicidio y mientras más abrumados y aplastados más hablan, como haciendo tiempo, se diría que todos ellos están esperando a Godot. Ternura, calor humano, solidaridad, generosidad a borbotones vierten estos desolados seres temblorosos de Alfonso Alcalde, son desesperados optimistas, son los seres atormentados más activos del mundo, descubriendo rápidamente esa otra forma de la vida, esa otra dimensión del dolor humano y del rescate, que es la fábula, el león y el caballo acercándose al hombre, tratando de comprenderlo, hablándole incluso, porque si alguien se sienta a tu lado y te habla ya no estás solo. Ese conmovedor protagonista que compra un caballo muerto de hambre y al que por lástima no lo hace trabajar y lo aloja y lo cuida, plantea así su drama sin esperanza:

“Una tarde, trotando por la avenida Prat, noté que el animal pisaba en falso, como si tuviera dos patas más largas o más cortas que las otras, dando bote, soltando el freno. Comprendí que se estaba muriendo, mientras se justificaba con humildad: **Hasta aquí no más llegamos, viejito.**

“—¿Te vas a ir, entonces? — le pregunté.

“—Llegó la hora — contestó con tristeza el caballo.

“—¡Qué es eso! — le dije para darle ánimo.



ALFONSO ALCALDE: seres desolados que vierten ternura, calor humano, solidaridad y generosidad.

“—¿Puedo pedir algo? — consultó.

“—Claro que sí.

“—¿Así a lo amigo?

“—A lo amigote.

“—¿A lo cumpimpa?

“—A lo cumpimpa—, acepté llorando.

“—Es algo que no tiene importancia.

“—Pide, pide lo que quieras — agregué, soñándome.

“—No quiero que los niños me tiren piedras — dijo justo cuando la muerte le llegó a los ojos y se los puso duros, como de vidrio, y yo me quedé mirando en ese reflejo frío.

“Había empezado a llover, lentamente, como para abrirnos, como para protegernos, como para herirnos aún más.

“Llegaron un carabiniero y un fotógrafo”.

Y en su cuento magistral, “**El ratón de cada uno**”, cuyos personajes son pasajeros de un microbús del recorrido Concepción - Coronel - Lota, mineros y ratones y cuyo lugar de acción es el fondo de la tierra hay esta visión tranquila y espeluznante, presidida por la sombra trágica del señor de aquellos temas y de aquel ambiente, Baldomero Lillo:

“El Bío-Bío sube hasta el carromato y examina las mercaderías por doquier: las habas ilustres y de cobre viejo en los extremos, como cuchillos fuera de uso, las pescadas blandas como señales de humo, tan extendidas en su muerte, con el ojo de gato casi preciso y casi rojo y el traqueteo, bruces en los vidrios, aúllos en las orejas cuando el sol de la mañana ya muerde su propio destello y empieza a rielar incompleto por los ojos de los pasajeros, salpicando, bullicioso en su contorno bronceado, dibujando algunos parches otras cicatrices, vaivenes de la vida, marco

"superficial y decoroso del hombre-topo, hombre-garra
 "que lleva el mar de techo, que usa las olas de som-
 "brero, la espuma de sol callado y seco, entremedio
 "de la tosca y las tripas milenarias y centurias, agu-
 "jeros pertinaces de la luz y las sombras sorpresas que
 "no soportan el resto del cielo y se ensañan en este
 "ceja, luego en ese labio casi torcido por el dolor de
 "vivir en un cuadrado donde apenas entran las manos
 "y sobre todo los huesos a la intemperie. Nadie ha-
 "blaría en esas circunstancias, sólo entonces el ruido del
 "motor mientras los rostros se enlazan por la velocidad
 "de la hora apiñados para siempre en un solo montículo,
 "para liberarse de pronto, con euforia cada uno, otra
 "vez dentro de su marco y porfía para llamarse Juan
 "Sepúlveda N° 2.345 de la máquina contadora, sumadora
 "y rescatadora de desdichas, un número marcado a fue-
 "go en la espalda, en el alma, mientras toda la san-
 "gre vecina se emparenta con el movimiento del carro-
 "mato, como si los sentimientos pudieran llegar o al-
 "canzar un solo nivel y también el dolor tragado, el
 "hollín devorado a cambio del aire, de la esperanza de
 "seguir respirando entre las rocas, es decir, entre los
 "cadáveres de todos nuestros antepasados que ya no
 "son otra cosa que pura cáscara, resonando".

Sin embargo, estimo que Alfonso Alcalde, la voz más grande que ha dado la literatura chilena en los últimos años, lanza su fuerza más depurada, más insondable y tremante en sus caudalosos inagotables versos, en su inabordable, por ahora, gran poema. El crítico Ignacio Valente ha contado alguna vez que, yendo a visitar a alguien, mientras esperaba en el escritorio o la biblioteca, curioseó entre los libros y extrajo un pequeño volumen que le llamó la atención. Al rato entró su amigo y al ver lo que tenía entre manos le dijo, para qué lees esa basura, no sé por qué está aquí todavía, debí borrarlo hace tiempo. Esa basura tenía versos como éstos:

AQUELLOS

que en los cuartos
 circulares se encerraron
 y gimieron hasta
 silenciar sus ruidos
 y luego partieron
 y nunca más
 volvieron a verse

EL AMOR LOS REDIMA

AQUELLOS

que copularon
 hasta exterminarse
 rodeados de humo
 una botella vacía, hastío
 y melancolía.

EL AMOR LOS RESUCITE

AQUELLOS

que ensalzaron
 sus odios, la coquetería
 y hasta la breve total
 ilusión del momento
 y se desnudaron
 y enemigos atroces
 mordieron estrangulados
 cantando
 y volvieron una y otra vez
 sobre sus cuerpos
 y jamás los encontraron.

EL AMOR LOS PROTEJA

AQUELLOS

suicidas
 decapitados a borbotones
 aun anclados dentro de la muerte,
 aquellos que se devoraron
 frotándose como piedras
 para iniciar el primer fuego.

EL AMOR LOS BENDIGA

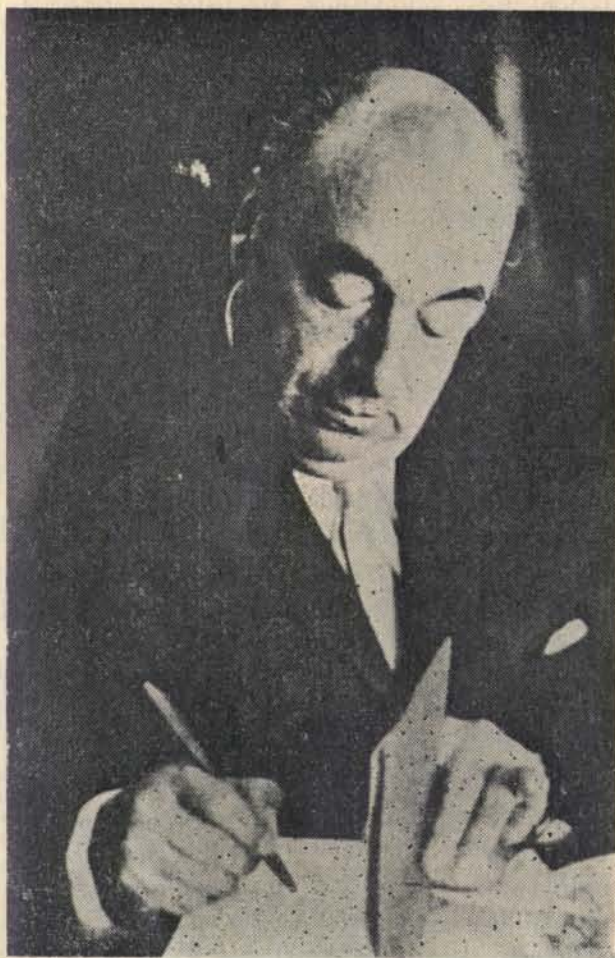
Si se compara la intensidad implacable de estos versos, que son una auténtica vivisección de los amantes que en el mundo han sido, con la volubilidad esencial del **Farewell**, de Pablo Neruda, que en definitiva no era sino aquellos en que, andando el tiempo, se convirtió, letra de tango, se llegará a la convicción indudable y auspiciosa de que Alfonso Alcalde es la voz más extraordinaria que ha aparecido en Chile después de Pablo de Rokha. Aún más, se diría, que es la continuación inmediata, sin solución de continuidad, del trágico, cósmico, multi-forme e insuprimible Pablo. Pero formular este trabajo es por ahora, dada la índole de estos breves apuntes, sueño para el futuro.

Es conmovedor, después de tanta bazofia, después de tantos cuartos vacíos, después de tantos cuerpos vacíos, de tantas mentes vacías, de tanta genuflexión y tanto orgullo y condecoraciones y premios y pujos y colas para ser premiados prematuramente y sin falta, constatar que por fin, por fin dios mío, están apareciendo en Chile grandes autores, tocando temas inmovilizados desde centurias, poniendo la pasión creadora no en el inmediato y caduco presente, y en la consabida pitanza, sino en el verdadero frágil arte, en el milagro profundo y palpitante del arte durable, es decir del arte.

Santiago, 19 de septiembre de 1971

20 AÑOS DE POESÍA CHILENA

Enrique Lihn



NERUDA: el guerrillero mayor de la poesía latinoamericana

Hace veinte años y fracción, **Canto General**: la instalación definitiva de Pablo Neruda en cualquier tipo de alturas, empezando por las de Machu Picchu, como el guerrillero mayor de la poesía latinoamericana, “probado en su coraje —acotaba Galo González, sacralizando la primera edición de ese libro— a través de la cacería del tirano”, “perseguido por centenares de esbirros”.

Imposible escribir un libro tan voluminoso si no se tiene una vocación heroica, un sólido sistema de creencias que se deje condensar, una y otra vez, en unas pocas y distintas palabras; algunas cuentas que saldar con la historia: “Que sepan los que te mataron que pagarán con su sangre / que sepan los que te dieron tormento que me verán un día”. (A Miguel Hernández, asesinado en los presidios de España).

El gran poeta es siempre —acreditor o no de la Historia— un deudor del lenguaje en el cual, como única excusa para sus excesos verbales, ha de tener, de un modo u otro, una fe ciega, y la capacidad de transmitírsela a los demás, con su trabajo. Afir-mar lo contrario —la duración translingüística de la poesía despojada de su cuerpo verbal, o la perdurabilidad del poeta por encima de la poesía— es un tópico verdaderamente trivial del que tampoco se privó Neruda en su **Canto General**.

El bardo pedía allí a los desheredados que hablaran por sus palabras y su sangre; pero el poeta

del pueblo tenía sus dudas: "Escribo para el pueblo aunque no pueda / leer mi poesía con sus ojos rurales".

Me parece que estos versos le fueron dictados a Neruda por el sentido común. Él también tiene que haber observado la naturaleza bien poco "popular" de su poesía; pero, en el mismo poema cancela esto que tendría que haber sido un problema espinudo para él, con un fácil golpe de timón. Anuncia el instante en que sus textos —al menos una línea suya— llegarán a las orejas del labriego, el palanquero, el pescador y el mecánico.

Este cuadro **naif**, de un egotismo relevante, incluye, sugestivamente, la idea de que las palabras de un poeta pueden reintegrarse a las cosas y conservar en ellas la impronta de un autor llamado Pablo Neruda: "Quiero que un joven halle en la dureza / que construí con lentitud y con metales / como una caja abriéndole cara a cara, la vida / y hudiendo el alma toque las ráfagas que hicieron / mi alegría, en la altura tempestuosa".

Nada de lo que se pueda decir en este tono de **Canto General**, destruirá una torre de palabras que, con todos sus defectos, es relativamente impecable.

Las grandes obras pueden no ser las más perfectas. No desafían al tiempo: lo encarnan; duran en la medida en que participan creadoramente de la historia de la que son también sus productos.

Los últimos veinte años de la poesía chilena, empiezan con el Neruda de **Canto General** y, en cierto modo, se desarrollan por contraposición a la concepción poética que está en la base de ese libro; respondiendo a ella negativamente, impugnando ese discurso con otro. De este parricidio que garantiza una especie de paternidad de Neruda con respecto a la nueva poesía chilena —y su derecho (compartido con Pablo de Rokha y Vicente Huidobro) a encabezarla—, se libró el mismo pater familias, como autor de **Residencia en la Tierra**.

Las **Residencias** están mucho más cerca de la "nueva poesía chilena" que **Canto General**, aunque el tiempo cronológico diga lo contrario.

No intento más de lo que se me ha pedido para este número de **Mensaje**: expresar, en la forma más coherente posible y con la mayor economía de espacio, un punto de vista estrictamente personal sobre la historia de la poesía chilena de los últimos veinte años. Desde este ángulo, creo estar haciendo un re-

conocimiento público de la importancia de Pablo Neruda, aunque después de tantos panegíricos que se le han dedicado —obviamente paralelos al llamado período del culto de la personalidad— sería bueno sanearlos con un mínimo de espíritu crítico.

A mi entender **Canto General** es el **non plus ultra** de un americanismo remozado y enriquecido por un poeta excepcional; incide en este mito, y responde, polifónicamente, al romanticismo que está "como hemos dicho, detrás de todos los impulsos culturales desde los días de la Independencia". (Jorge Elliott).

Neruda integra en ese libro todas las modalidades histórico-literarias de la vocación romántica latinoamericana; pero si su ambición fue la de una imposible resurrección de la poesía épica escrita por alguien que, como Whitman, fuera —en el decir de Jorge Luis Borges— "un abreviado símbolo de su patria", el canto de un gran individuo colectivo, popular, el resultado frustrado es una suerte de enciclopedia lírica y subjetiva, discursiva y cívica, de los conocimientos y recuerdos personales del poeta, relacionados con la historia, la geografía, la flora y la fauna chilenas y americanas.

El unanimismo nerudiano se resuelve en un desdoblamiento múltiple de un Yo abierto al mundo, pero a condición de convertir en sí mismo todo lo que toca, envolviéndolo en su estilo de hechicero de las palabras.

Razón por la cual no hace falta aquí una estructura, en el más módico sentido de la expresión, que relacione los distintos fragmentos en el interior de un cierto sistema: el mismo torrente verbal cubre los heterogéneos fragmentos y los varios niveles de expresión, desde **Las Alturas de Machu Picchu** hasta los mensajes de circunstancia que no aportan nada a la especificidad de una comunicación genuinamente poética.

Habida cuenta de los grandes momentos de **Canto General**, una crítica de sus flancos débiles, sería útil, también ahora, para preguntarse por la posibilidad de una adecuación correcta entre poesía y política.

Vehiculizar la poesía para la transmisión ideológica (a nivel, incluso, de la política contingente) significa privarla de su especificidad y reducirla —subordinando un nivel de producción a otro— a un mero papel ornamental, vale decir, a lo que debe entenderse por formalismo, en el sentido pe-

yorativo de la palabra. Esto significa que poesía y política deben encontrarse en un punto en que su afinidad garantice una suerte de combinación química, y no una mera mezcla física de sus respectivos elementos.

El partidismo de **Canto General** no le impidió a Neruda, como poeta y creador, sortear el escollo del realismo socialista, en su versión más mecánica; sólo que, en ciertos momentos, parece haber caído en lo que llama Lukacs, el "romanticismo literario" —sucedáneo de la poesía— que prosperó en la Unión Soviética en el período stalinista. Cómo de **todas maneras**, Ezra Pound es un escritor poéticamente esencial, quiero recordar, al respecto, uno de sus mandamientos: "Vive en el temor de las abstracciones. No repitas en versos mediocres lo que ya se ha dicho en buena prosa".

*
* *



GABRIELA MISTRAL: "una criatura terriblemente sola"

En 1954 se publicaron dos libros de significaciones antípodas, que considero, y no sólo yo, absolutamente imprescindibles para un breviario de la poesía chilena de circulación internacional: **Lagar**, de Gabriela Mistral y **Poemas y Antipoemas**, de Nicanor Parra.

Como su nombre lo indica, **Lagar** es el exprimerero de esos frutos que su autora, ya en **Tala**, no le deseaba a nadie: "No son ni buenos ni bellos los llamados frutos del dolor, y a nadie se los deseo", pero que no puede haber dejado, como quien escribe estas líneas, de juzgarlos excelentes.

Quisiera ser menos efusivo, pues el solo nombre de la Mistral me mueve, en seguida, a sumar algunos elogios delirantes a los que se le han dedicado de generación en generación, con todos los cuales estoy de acuerdo, salvo con esta obra maestra de la huachafería: "la divina Gabriela". Ella era uno de los pocos poetas cursis que exaltaron esa condición —parafraseo a Nicanor Parra— "a la categoría del espíritu".

Si mal no recuerdo —he extraviado mi ejemplar de **Lagar**— este libro tiene todo el aire del testamento de un drama que culmina en él con una especie, si cabe, de resignación exasperada. Es, en parte, una reunión de fantasmas que se han encarnado verbalmente allí para un desprendimiento final por parte de su invocadora, que participa, como todo lo suyo, del dolor y el gozo, la imprecación y la bendición.

A la muerte de Gabriela, una serie de artículos de su amigo Alone —insuficientes y mezquinos— declaraban el fracaso de toda la carrera literaria de la Mistral después de los **Sonetos de la Muerte**, donde ella habría alcanzado su tan mentada estatura bíblica entreverándose con Dios, a raíz de un drama íntimo.

Yo entiendo que el sentimiento trágico de la vida en la Mistral y la oscura certeza de su avocación a una especie de destino ineluctable, requeriría de un análisis psicológico mucho más complejo y que no se agotaría, de ninguna manera, en el examen de un episodio que, por lo demás, nunca ha sido fijado en su exacto valor biográfico.

El trauma psíquico de la Mistral viene, según creo, de más lejos, y coincide con todo lo que uno alcanza a saber de ella en cualquier punto de su correspondencia: desazón permanente y una manía persecutoria que se extiende a países enteros a los

cuales amó u odió, en virtud de esa mala costumbre intelectual suya de relacionarse con ellos como si fueran personas.

Las confusiones de esta especie y la autoconmiseración, abundan en la Mistral: "Creo que son siameses, fascistas y rusos. Soy, pobre de mí, una criatura increíblemente sola, sin afirmadero en secta, partido, ni siquiera clan; esta mujer sola ha vivido veinticinco años fuera de su país, medio hambreada por Ibáñez, un tiempo, trabajando día a día . . .", etc.

Lo importante desde el punto de vista de su poesía es acaso que sólo en el marco de ésta, ese material podía ser **pensado**, en la única forma posible, cargado como lo estaba, en general, de un irracionalismo reacio a cualquier otro tipo de **conocimiento**.

¿No es la falta de lucidez, en este sentido, donde reside la fuerza expresiva y comunicativa de la Mistral?

Necesitó de un lenguaje vetado de arcaísmos, en su imposibilidad para "mudar de raíz las expresiones recibidas en la infancia"; tuvo que inventar una retórica particular, su propia gesticulación fonética y sintáctica, para acceder a un mundo verbal que le representara la angustia y la ausencia en las que ese mundo se funda: una sensación de pérdida que lo rebasa todo, los elementos de esa tragedia pletórica de exaltación vital, y de esa especie de misticismo suyo arraigado en las materias hasta llegar a "el olvido del Dios de las infancias" en que culmina "la danza del perder cuanto tenía", en **La Bailarina**, una figura de **Lagar** que parece la cifra de sí misma y de su poesía: "Sonámbula, mudada en lo que odia / sigue danzando sin saberse ajena / sus muecas aventando y recogiendo" . . . "Única y torbellino, vil y pura".

*

* *

En las antípodas de **Lagar**, unido a este libro sólo por el año y el lugar de su aparición —Santiago, 1954— **Poemas y Antipoemas** inicia y se extiende a lo largo de todo el proceso de la poesía actual, como obligado punto de referencia del mismo. Aquí termina, en lo literario, la tendencia anotada por Girard con respecto al romántico quien "busca inflar su yo en la medida del universo". Empieza y culmina, en el mismo círculo, un proceso

de desdramatización que despersonaliza al hablante, convirtiéndolo, al mismo tiempo, en un personaje teatral, tragicómico; en una máscara con algo de los protagonistas filosóficos e imperturbables del cine mudo.

Este es el primer libro humorístico de la poesía chilena, en el sentido del humor negro, pero que rehuye el demonismo y el trascendentalismo, optando por el tono escéptico, las proposiciones delirantes y acomodo chaplinesco al principio de la realidad; una actitud que corta por lo sano frente a las situaciones absurdas que acosan al personaje-narrador, las cuales son descritas por el autor propiamente tal, con una óptica más o menos freudiana. Para decirlo con Parra: "La angustia, la desesperación, la nostalgia, son algunos aspectos parciales del alma humana. Personalmente preferiría trabajar con elementos menos usados: la frustración y la histeria, factores determinantes de la vida moderna, me atraen con una fuerza especial".

La antipoesía es un tipo de poesía no practicada en esa forma radical en Chile antes de Parra y que, por su misma radicalidad, alcanzada por él como en un experimento científico, tiende de una manera plenamente justificada, una cortina de humo sobre sus antecedentes. En esto estriba, primeramente, su originalidad: "Los pájaros de Aristófanes / enterraban en sus propias cabezas / los cadáveres de sus padres". Razonador como debe serlo obviamente un profesor de física racional, a la vez que antiintelectualista acérrimo o enemigo jurado de las "ideas generales" no avaladas por la ciencia físico matemática (la única a la que Parra le concede el crédito científico, pero en el sentido del conocimiento insuficiente o de las regularidades estadísticas), el antipoeta ha enterrado en su cabeza a sus padres, transformándolos allí, como en un laboratorio, en instrumentos de trabajo, más que en figuras ejemplares.

Su temor a las abstracciones no se concilia en él, como en Pound, con la erudición ni con la sabiduría gnómica; porque si se ha de extraer alguna conclusión sentenciosa de su percepción clara y deidista del caos existencial, aquella sería, como en **Los Vicios del Mundo Moderno**, un consejo de este tipo: "Tratemos de ser felices, recomiendo yo, chupando la miserable costilla humana".

Pero Pound no viene al caso sino en la medida en que Parra, como el Neruda de las **Residencias**,



NICANOR PARRA: el antipoeta

aprendió mucho de la poesía inglesa, comprometido por su profesión, como escribió Eliot de Jules Laforgue, “en convertir en poesía lo no poético”.

La deuda con el autor de *Tierra Baldía* es de las más evidentes, pero no se trataba para Parra de levantar una Catedral frecuentada por gente dudosa, sino de instalar un pequeño negocio, al descampado, más parecido a una feria de entreteniciones: “Me parece que el éxito será completo / cuando invente un ataúd de doble fondo / que permita al cadáver asomarse al otro mundo”.

Lo de Eliot no tiene nada que ver con la nostalgia de un universo teológico, sino con la cancelación del lirismo en un mundo moderno disparatado y prosaico.

Ciertos anacronismos puntualizan este desorden melancólico. Cito completamente al azar. Para Eliot: “. . . las ninfas se han marchado / y sus amigos, los perezosos herederos de empleados municipales”. Parra ve caer, por su parte, a los industriales modernos, “junto a las máquinas de coser” “que los transforman a la larga en unas especies de ángeles”.

El tratamiento de los temas eróticos se presta también para estas aproximaciones poco rigurosas que no pretenden probar, es claro, ninguna especie de calco.

Es fácil recordar a Parra cuando Eliot introduce en *Una Partida de Ajedrez*, cosas como éstas: “El querrá saber qué has hecho con el dinero que te dio / para arreglarte los dientes” y “Extráetelos todos, Lil, y cómprate una buena dentadura / dijo, juro que no puedo mirarte cara a cara”. Parra: “Llevaba la víbora un minucioso libro de cuentas / en el que anotaba hasta el más mínimo centavo que yo le pedía en préstamo / no me permitía usar el cepillo de dientes que yo mismo le había regalado”.

El punto de confluencia residiría en la banalización del eros, que “bajo la forma de incipientes erecciones y de una sensación de fracaso”, (Parra, *La Trampa*) despojado de romanticismo, se integra en un mundo de automatismos psíquicos —cuyo correlato objetivo es el caos— mezclándose con “los factores determinantes de la vida moderna”.

Los amores del personaje narrador lo entrapan en lugar de liberarlo, lo uncen al yugo (“Trabajar día y noche para alimentarla y vestirla”); lo empujan fuera de la ley (“Falsificaciones de documentos comprometedores”); lo extenuan en ejercicios pseudo eróticos (“nos entregábamos a un baile desenfrenado”); lo extorsionan, acentúan su marginalidad (“Mis amigos eran separados de mí mediante libelos difamantes”); esos amores son de exigente estupidez (“Y que contestase sin dilación sus necias preguntas”); prolongan su fascinación en medio de la más completa sordidez (“Algunas noches hubimos de interrumpir nuestra luna de miel / Para hacer frente a las ratas que se colaban por la ventana”); *La Víbora* priva a su víctima del más mínimo derecho a reingresar al orden mezclando el sadismo y el pragmatismo (“Pues ella necesitaba ese dinero para continuar sus estudios. / Entonces hube de salir a la calle a vivir de la caridad pública”). Este monstruo femenino desaparece con una frase **igualmente neutra que todas las otras** (“Felizmente aquel estado de cosas no pasó más adelante”), y reaparece en los versos siguientes posando sus “deliciosas manos femeninas”, sobre los ojos del antihéroe en el momento en que éste se encuentra “Posando frente a una cámara fotográfica”. Los papeles se invierten y es ella ahora la que espera **financiar** la aventura erótica: (“Dispongo de un buen

capital; / Dedicuémonos a un negocio productivo, los dos, amor mío, agregó, / Lejos del mundo construyamos nuestro nido”). La respuesta parece destruir la imagen del narrador pero en realidad la completa, según el orden de un discurso en que coexisten todas las contradicciones posibles. El supuesto pobre hombre no es además sólo un inocente narciso. También se muestra como persona ambigua, desconfiada y voluntariosa que muestra imperturbablemente el lado oscuro de su cara hasta confundirse con la víbora en el momento de su separación, como el anverso y el reverso de una misma moneda: “Basta de sandeces, repliqué, tus planes me inspiran desconfianza / Piensa que de un momento a otro mi verdadera mujer / Puede dejarnos a todos en la miseria más espantosa”.

La poesía narrativa de Parra —reposición del relato que es y ha sido perfectamente compatible con el discurso poético— centrada en las situaciones y los personajes —“Busco una poesía a base de ‘hechos’ y no de combinaciones o de figuras literarias”— está en la base de su desprecio por la retórica —“la forma afectada del lenguaje tradicional poético”—, de su afición a los lugares comunes y “al lenguaje periodístico de un Dostoievsky, de un Kafka, de un Sartre”. Estas proposiciones, en realidad metafóricas han sido adoptadas literalmente por algunos jóvenes representantes de la llamada poesía coloquial. Como observa J. Bloch Michel con respecto al mismo fenómeno tal como se ha dado en la moderna poesía francesa: “A fin de cuentas la palabra hablada utilizada en el poema sólo trae como resultado un charloteo igual a los otros, y el único deseo que suscita es el de hacerla callar”.

Los antipoemas son imágenes en el sentido global de la expresión, aunque prescinden en gran medida de la metáfora u otros recursos del lenguaje decorativo: su contenido de significación rebasa el significado explícito de las frases. Como en cualquier lenguaje artístico. De todo esto habría que hablar cuidadosamente contra el propio Parra que abomina, cuando se le presenta la ocasión del llamado “espacio literario” en el que evidentemente se mueve la antipoesía, a su manera. Y, ciertamente, en el sentido de la poesía.

Otros poetas de la generación del 38, la de Nicanor Parra, se alinearon en su tiempo, con el surrealismo —bajo la presencia paternal de Vicente Huidobro que era contrario a esa “escuela”—.

Esa fue otra forma del proverbial “galicismo mental” latinoamericano, con el agravante de una ortodoxia —la de André Breton— paralizadora. El grupo Mandrágora, como se sabe, fue una filial del surrealismo francés, un fenómeno de excentricidad o de colonialismo cultural que espera ser explicado sociológicamente, de una manera justa, sin las imprecaciones que están, hoy por hoy, a la orden del día. Naturalmente tuvo que conducir, más acá o más allá de la literatura, al fracaso: esto sin cristalizar en el contexto de la palabra poética, perdiéndose como Teófilo Cid, por así decirlo, en la noche de los tiempos.

La vida, pasión y muerte de este maestro sin sabiduría ni discípulos, pero curiosamente excepcional, es, con el perdón de la expresión, un acontecimiento poético que culminó en 1964, el tema patético de *Zoom*, la última novela de Hernán Valdés, recientemente publicada.

En cuanto a la cabeza visible del grupo Mandrágora, un surrealista disidente y tráfuga del movimiento, Braulio Arenas, es un narrador y un poeta de primera importancia. Vuelvo a dejar, desgraciadamente, como en otros artículos, mi opinión sobre él, en suspenso, no sin agregar que este silencio constituye ya una injusticia flagrante: Arenas es el eco consciente, en la poesía chilena, de todo lo que puede entenderse por literatura “en el sentido literal de la expresión —creo citar a Rimbaud— y en todos los sentidos posibles”. La multiplicidad de sus fuentes y la excentricidad de su actitud literaria, dificulta el acceso a la indescriptible “torre de palabras” —no confundir con la torre de marfil— en que este poeta trabaja verosimilizando un mundo que reconoce el artificio como su presupuesto, más allá de lo que entiende Parra como el lenguaje tradicional poético. Este reconocimiento del “espacio literario” o, por último, de la retórica en el más correcto sentido de la expresión, como el lugar en que se origina la escritura, tiene el valor de una actitud coherente llevada hasta sus extremas consecuencias.

*
* *

*
* *

Lo que viene a continuación, sólo por falta de espacio, pertenece no a la opinión literaria sino al debe de este informe, a la taquigrafía o la elipsis. Deudas pendientes con la generación del 38: Eduardo Anguita y Gonzalo Rojas, en lo fundamental. En lo que se refiere a los poetas cronológicamente mayores y menores de mi generación, reconozco determinados valores preferentemente en la poesía de Carlos de Rokha, Cecilia Casanova, Miguel Arteche, Alberto Rubio, —su silencio poético es penoso— Armando Uribe, Efraín Barquero, Jorge Teillier, Oscar Hahn y otros.

Luego, —pero no se trata más que de iniciar una lista de nombres, con una que otra acotación— estarían los que, por ahora, son aun nuestros poetas jóvenes: Waldo Rojas —el más dedicado de todos quizás al oficio específico de una escritura poética que incluye una reflexión o una práctica teórica sobre sí misma—; Manuel Silva —culpable de deserción pero que volverá a la carga con su afiebrada **Manu Militari**; Federico Schopf, a quien habría que decirle: no todos los caminos conducen a Roma; Floridor Pérez, de Mortandad, un pueblo que parece que él mismo hubiera inventado con un realismo emparentado con su sentido del humor; Gonzalo Millán, poeta mudo que escribe como otros hacen gags, mímicamente, Thito Valenzuela, el polígrafo de las Bellas Letras que ha decidido reducir las, por una razón que comparto, a su más mínima expresión.

Pido que este tipo de menciones impresionistas y antipáticas se tomen, al menos, al pie de la letra, sin connotaciones paternalistas. Hacerlas con respecto a los más jóvenes, es la fatalidad de los más viejos, y yo mismo las he sufrido con irritación y resignación.

Una última palabra: la poesía —me refiero a la literatura poética no a la poesía de lo que fuere: acción, erotismo o puestas de sol— sobrevive, y esta ha sido su mejor manera de vivir, su plenitud. No es ajena al pueblo, no pertenece a una elite, habla claro u oscuro, tiene su propia historia, en lo esencial rescatable para todos aquellos que en algún momento, por alguna razón, le preste oídos. Venga de donde viniere, ese auditor —poeta, seguramente, a su vez— sabrá entonces que Rimbaud, por ejemplo, era poéticamente revolucionario, a despecho incluso de su tácita condición de colonialista, miseria que pagó con su vida. Desde este punto de vista, Maiakowsky trató de conciliar, con éxito para la poesía, dos revoluciones.

Lo demás son mentiras populistas, inventos de teóricos que, sea cual fuese su influencia contingente, nunca tuvieron nada que decir sobre nuestro tema y que serán, en este sentido, justamente olvidados o recordados con una molestia irrefutable, si se empeñan **ahora** en llegar demasiado lejos y algún tipo de suerte los acompaña. Desafortunadamente.

“Ante el mal del mundo el cristiano es un perpetuo y total inconformista y al mismo tiempo un hombre realista que hace cuanto las circunstancias lo permiten, sabiendo que la peor de las cobardías es la evasión de la acción”.

Alberto Hurtado, s. j.
(*Humanismo social*, p. 42).

Mensaje me pide un testimonio personal, como escritor, de estos veinte años. Digamos de partida algo obvio, pero no menos cierto: el testimonio personal de un escritor —por pequeño y poco importante que él sea— se da en su obra. O no se da. En la práctica, entonces, éstas son sólo notas al pie. Lo desdeñable. Lo que no quita ni pone a lo otro. Pero algo es posible decir.

En 1951 yo no había publicado ningún libro. Y pocos artículos, y casi ningún trabajo de creación literaria. ¿Qué hacía por ese año? Escribía. Pensaba mi mundo, a mi gente, mi país. Comenzaba a ganarme el sustento como empleado. Me casaba y al poco tiempo esperaba la llegada de mi primer hijo. No hacía mucho, me había convertido al catolicismo.

Surgían los compromisos y las ataduras.

También en otras formas. Una definición política, entonces difícil, hacia la izquierda. Era la época en que hablar de reforma agraria constituía sedición. Maritain era un personaje peligroso. Y qué decir de sus profetas nacionales. Manuel Larraín, Francisco Vives, y los otros, los que hoy es expuesto nombrar por los mismos prejuicios de entonces con la polaridad invertida.

La atmósfera era más bien irrespirable. En esa rancia sociedad, hoy tan distinta, escribir cuentos o novelas era una actividad subterránea, o en el mejor de los casos, un "hobby". Pero para ganarse la vida —o algún sucedáneo— era preciso "trabajar". Igual que ahora.

Trabajé. Dios me ayudó en eso y en todo. Nacieron, uno a uno, mis cuatro hijos. Primero fueron amarras, y después —no: simultáneamente— fueron compromiso feliz. Eran nuevas y nuevas razones de ser. Hacían que ser fuera una hermosa aventura.

Trabajé.

Y mientras, escribía.

Fui descubriendo poco a poco, no sé en qué etapa, ni en qué momento, la importancia de tener la palabra. Como cristiano, sabía que la palabra, mi palabra, no era para mí. No lo sabía: pude aprenderlo. Esto imponía la tremenda humildad del servicio. Reconocer que era cierta la frase de Pablo: "¿Qué tienes que no hayas recibido?". Y desde ella,

saltar de nuevo al Evangelio, a eso de "rendir cuentas".

¿Cómo se rendían las cuentas, cómo se devolvía aquello que se recibiera? Y no sólo de Dios: de mi comunidad, que me había enseñado a hablar y a escribir; y a leer. A leer las letras y a leer los libros. Que me permitía llegar a los libros, inaccesibles para otros sin ninguna razón.

Lo primero era tratar de hacerlo bien. Y traté. Y trato. Amé el instrumento de mi oficio. Amé a todos, a cada uno de mis personajes. Supe respetarlos en sus rebeldías, y seguirlos. No les impuse nada, ni a ellos ni a mis presuntos lectores.

Hacia 1951, mi lectura más fuerte, quizá, era ese mago de la palabra: Gabriel Miró. Lo seguí como a un evangelista. Y tuve, luego, que separarme de él con dolor: era demasiado bonita su prosa, demasiado difícil para los chilenos que yo estaba llamado a servir.

Entonces fue la otra lucha. La de simplificar el lenguaje. Buscar belleza —porque yo le debía belleza a mi país, a mi pueblo— a través de otros términos. Escribir sencillo y bien era la nueva meta. Dolía, dolía. Dolía tarjar el sustantivo, el adjetivo, la frase eufónica.

Pero cómo olvidar que le hablaba a alguien.

Eso, el esfuerzo, creo que se percibe leyendo mis cosas. Y —cuidado— no fue una autoimposición, sino un encuentro de la convicción intelectual y el sentimiento. No adapté mi idioma. Lo hice.

Pero quizá esto no interese. Quizá interese el qué más que el cómo.

¿Cómo decir el qué?

Si está ahí, si no lo "puse", ¿cómo decirlo?

También uno es lector de cuanto escribe. Descubre también, y cala. Y algo encuentra. Y se arrepiente o no, se alegra o no. Descubro, por ejemplo, que pasada la etapa del ejercicio —de escribir porque se puede y lo que se puede—, mis personajes comienzan a formar un gremio.

Puesto en otra forma: son ciudadanos de una patria común. No sólo Chile. En algunos relatos hay violencia. Pero no son vida de violentos. Son vida de hombres sencillos o complicados frente a una violencia que les es ajena.

Tengo un volumen de cuentos cuyo protagonista exterior es un bandido. Por dentro, nada de eso. El protagonista es —en desarrollo creciente— quien sufre o enfrenta a ese bandido. Que termina por morir a manos de un apacible enamorado.

Es este mi real protagonista, y no porque mató accidentalmente al bandido: porque vivía por dentro, porque amaba, porque era un ser de cada día. Más a fondo, el héroe del volumen es colectivo: la gente. El almacenero pillo y el vagabundo un tanto hamsuniano y la camarera del boliche.

Me acusan de haber escrito una novela romántica. Lo niego. Es una novela de amor. De nuevo el amor. Yo sé que existe, que no es ni un movimiento visceral ni nada que sea preciso postergar para construir alguno de los ismos del supermercado ideológico.

El amor existe, existe. Más allá de la pornografía literaria, de la pornografía vivencial, de la pornografía política, el amor existe.

¿Cómo gritarlo, o susurrarlo, o no sé qué, para que lo oigan?

Ahí es donde el hombre Guillermo Blanco, el escritor Guillermo Blanco, el cristiano Guillermo Blanco, no se juntan: son uno, y a Dios gracias. Porque es maravilloso descubrir que no se es sino lo que se cree, que no se puede ni ser ni creer aisladamente.

Se acaba el tiempo, y he dicho tan poco. Pero cómo no agregar aun algo. Cómo no decir —por una honestidad elemental— que estoy perplejo. Que mi generación quizá es eso: una generación perpleja.

El cristiano que se comprometía en 1951 sufre 1971. No lo sufre sin estímulo ni sin esperanza. Sin embargo, a cada rato el mundo, Chile, parece írselo de debajo de los pies. Voces encontradas lo llaman a obstruir o a sumarse a la historia. Y uno pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué es historia? ¿Por qué obstruir, si no nacimos para obstruir, sino para construir, y para construir lo nuestro? ¿Y por qué sumarse, si no somos números? ¿Y sumarse a la historia, cuando nadie nos puede garantizar honestamente qué rostro tiene la historia? Peor: cuando nadie nos asegura sobre base cierta que la historia, por ser historia, sea buena?

Nos hablan de la lucha armada. A favor de esta idea o aquella. Me da lo mismo. No es una frase: me da lo mismo. La gran vergüenza de la

Iglesia, su claudicación imperdonable, fue hablar de “guerra justa”, de matanza justa. Cuando se mata, la única cosa segura es esa, que se mata. El resultado no estamos ciertos de administrarlo los “buenos”. (Nota: Los “buenos” somos siempre “nosotros”. Es decir, los dos lados).

Entonces, ¿qué hacer?

¿Qué hacer si no debemos odiar, si hemos aprendido a no saber odiar? ¿Qué papel nos cabe en este mundo? Hay buenos que contestan: matar, o borrar, a los malos. Y los malos dicen, por su parte: hay que matar, borrar a los malos.

Es este el momento tremendo en que se sienten débiles la voz y la palabra. ¡En que se siente débil la verdad! No flaquea la fe. Al contrario. Pero es todo tan complejo y tan oscuro.

Los planetas se equilibran porque se repelen. En Chile, en el resto del mundo, los hombres se equilibran, hoy, porque se odian. Uno lee, releo el Evangelio, tan simple y tan claro. Lee amor, lee paz. Y sale afuera, cierra las tapas, y los intérpretes del oportunismo le están dando la vieja guerra justa en odres nuevos, puestos al día.

Constantino sigue encarando a Cristo hipócritamente, en apariencia junto a él. “Posterga el amor y posterga la paz”. Y luego: “Eso vendrá una vez que...”.

La vieja, corroída, podrida monserga.

Y uno tiene su palabra, ¿y qué? ¿Qué conseguirá con ella? No es por callar —no voy a callar—, pero responda honestamente: ¿No me ha leído con “descuentos”? ¿No me tiene ya calificado? ¿No soy su iluso, su desorientado, su demócratacristiano? ¿No me está timbrando para archivar me?

Ese es el problema. No es callar, ni plegarse. Es romper la costra y hacerse oír. ¿Dueño de la verdad? Dios me libre. Es sólo que, a lo largo de veinte años —los de **Mensaje**—, uno sigue queriendo decir lo suyo para que lo coticen en lo que valga. Si es poco, poco. Si nada, nada.

En la era del diálogo, hay cada vez más interlocutores sordos. Ese es el problema. Y la esperanza: que los no mudos terminásemos, si es necesario, hablando por señas. Sólo falta, de nuevo, descubrir las.

Se agota el espacio que me han dado. Y siento que recién, recién, iba a empezar. Ese es, también, el problema. Y nos lleva al comienzo de estas notas. Perdón.

CHILE Y EL INTERAMERICANISMO EN LAS DOS ULTIMAS DECADAS

Apuntes para un ensayo*



Enfrentamiento con Nixon: es más lo que América Latina da que lo que recibe

Otto Boye Soto

El 11 de junio de 1969, el Presidente Nixon debió escuchar atentamente estas palabras:

...nunca antes vuestro país se encontró con una América Latina unida, con definiciones propias. Esto es nuevo y rompe precedentes. Es bueno que así sea, porque tenemos conciencia de que **hay una profunda crisis en los hechos y en las instituciones del Sistema Interamericano que afecta gravemente las relaciones hemisféricas**".

Más adelante se agregaba:

...los intereses actuales del desarrollo de América Latina **no son idénticos** a los de Estados Unidos de América. Incluso **tienden a ser progresivamente contradictorios** en muchos aspectos".

"...Latinoamérica está contribuyendo a **financiar** el desarrollo de Estados Unidos de América y de otras naciones industriales".

"...es más lo que América Latina **da** que lo que América Latina **recibe**".

"**Sobre estas realidades no puede basarse una solidaridad, ni siquiera una cooperación estable o positiva**".

Quien así se expresaba no era un dirigente de la izquierda marxista o un líder guerrillero. Era el canciller chileno, Sr. Gabriel Valdés, quien, sentado

frente al mandatario norteamericano en la sala del gabinete de la Casa Blanca, no hablaba a nombre propio o de su país, sino en representación de los gobiernos latinoamericanos¹. Para ratificar este hecho lo rodeaban todos los embajadores del continente.

El acto tenía por objeto hacer entrega solemne del "Consenso de Viña del Mar", acuerdo logrado en el seno de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana (CECLA). Este organismo, donde los países de América Latina se reúnen a discutir sus problemas sin la vigilante presencia norteamericana que distorsiona los debates, había llevado una existencia lánguida y casi teórica como consecuencia del disgusto con que Estados Unidos lo miraba. Ahora, con este acto de verdadera "indisciplina" a las normas tradicionales, se transformaba en el seguro germen de un futuro Sistema "Latinoamericano", capaz de llegar a sustituir a la larga al viejo y deteriorado Sistema "Interamericano"².

Nunca antes América Latina se había expre-

* Los límites de este artículo sólo nos permiten abordar el tema "Chile y el Interamericanismo" con el carácter de "apuntes para un ensayo". Nos restringimos a lo que podríamos definir como la "exterioridad", la apariencia pública, de la conducta internacional de Chile. Omítimos, pues, a sabiendas la discusión de sus fundamentos más profundos. Por último, para situar en su marco propio el estudio del último venenio, nos ha parecido necesario comenzar desde la "post-guerra".

¹ El texto completo de esta importantísima exposición se encuentra en "Conciencia latinoamericana y realidad internacional" de Gabriel Valdés S., Ed. del Pacífico, 1970, pp. 225-235.

² El primero estaría destinado a institucionalizar las relaciones entre los países latinoamericanos y proporcionarles un marco jurídico para la defensa de sus intereses auténticamente comunes. El segundo ha institucionalizado las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, proporcionando el marco jurídico para defender intereses teóricamente "comunes", pero prácticamente "norteamericanos".

sado a través de una sola voz frente a la primera potencia mundial y la que más influye en su destino. Culminaba un largo proceso. Una nueva concepción de las relaciones interamericanas alcanzaba, por fin, con enormes esfuerzos y agotadoras gestiones diplomáticas, su consagración oficial. En su elaboración Chile había jugado un papel activo y exitoso. En su logro, la política exterior de nuestro país había debido atravesar un camino nada fácil, lleno de peligros y acechanzas.

La historia de este resultado llena más de dos décadas y se proyecta hacia el futuro en medio de un vuelco en la política interna (triumfo de Allende), que necesariamente se reflejará también en la conducta internacional de Chile.

Efectos de la Segunda Guerra Mundial

La Segunda Guerra Mundial dejó un saldo muy amargo para nuestro país. Chile sintió y sufrió el peso de los intereses de las grandes potencias hasta grados difíciles de superar. Específicamente el cobre, su principal producto de exportación, debió ser vendido a precio bajísimo ("de guerra" se dijo) durante todo el conflicto. Los gobiernos de esa época (Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos) no pudieron resistir la presión norteamericana, acrecentada después con el respaldo soviético tan pronto se produjo la ruptura del pacto con Hitler y la alianza con Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia³. De esta manera, Chile no pudo capitalizar durante la guerra. Al término de la misma, se encontró sin reservas, lo cual era extremadamente grave ante un mercado mundial en que los productos manufacturados empezaron a subir de precio rápidamente. Lo mismo le sucedió a la mayoría de los países latinoamericanos.

La post-guerra empezó con el rápido distanciamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Dieron así la partida a una política internacional que tuvo una gravitación decisiva en la conducta de todas las naciones del mundo, que debieron definir su actitud tomando en cuenta las "reglas de juego" impuestas por las dos superpotencias. Este choque dramático y tenso fue denominado "guerra fría". Con ello se expresaba la existencia de una

³ No debe olvidarse que comunistas y socialistas formaron parte de los gobiernos que encabezaba el Partido Radical, lo que les impidió hacer gala de la denuncia "antimperialista" que posteriormente desarrollaron ampliamente.

situación de suprema hostilidad entre los dos actores principales, con la única limitación de evitar el enfrentamiento armado directo, que probablemente habría sido de carácter nuclear y apocalíptico.

Chile y la "guerra fría"

Tampoco esta vez pudo escapar nuestro país a las "tenazas" de este gigantesco conflicto. Muy pronto fue arrastrado a participar en él de manera total y completa. Aparte de las muy serias consecuencias internas, la política externa no tardó en sufrir su incontrarrestable influencia⁴. Así, en 1947, Chile rompió sus vínculos diplomáticos con el área socialista y se alineó disciplinadamente junto a Estados Unidos. Ese mismo año, el país suscribió el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, principal instrumento de la política norteamericana de seguridad en América Latina. Al año siguiente firmó también la Carta de la OEA, que si bien no era un resultado exclusivo de la guerra fría, puesto que su génesis arrancaba de más lejos, nacía a la vida "marcada" en forma indubitable por el contexto histórico vigente en ese instante⁵.

En la línea gruesa Chile se mantuvo fiel a este esquema durante más de una década. Se registraron pocas manifestaciones oficiales de disconformidad. Los gobiernos no encontraron respuestas "viables" o alternativas capaces de modificar el "statu quo" impuesto desde arriba. La Unión Soviética tenía sus propios problemas en su "zona de influencia", aparte de estar enfrentada, al igual que toda Europa, a la abrumadora tarea de la reconstrucción. Tampoco se sentía la presencia de un "tercer mundo" significativo, pues la mayoría de las naciones africanas y asiáticas eran todavía colonias. Los "no alineados" recién empezaban a insinuarse en la vida internacional, sin tener aún fuerza alguna para llegar más allá de las declaraciones. Casi como una consecuencia inevitable, las relaciones con Estados Unidos ocuparon para Chile la primera prioridad. Además, para que éstas fuesen buenas era necesario el acuer-

⁴ No debe olvidarse que en esta misma época se produjo la salida del Partido Comunista del gobierno de don Gabriel González Videla y su ilegalización. Los efectos de este hecho se manifestaron durante largos años en la política chilena.

⁵ En París, en 1957, ante una reunión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el Sr. Foster Dulles dijo: "El desafío al cual la OTAN responde no está limitado a un área determinada. Y la OTAN no es la única respuesta colectiva. Existe la Organización de Estados Americanos (OEA), la Organización del Tratado del Sudeste Asiático y el Pacto de Bagdad. Existen también importantes acuerdos bilaterales y trilaterales. Estos pactos se refuerzan unos con otros. Porque, de haber guerra en una zona, podría no ser posible limitarla solamente a ella".

do en torno a los grandes objetivos perseguidos por el socio más grande⁶.

Primeros síntomas de malestar

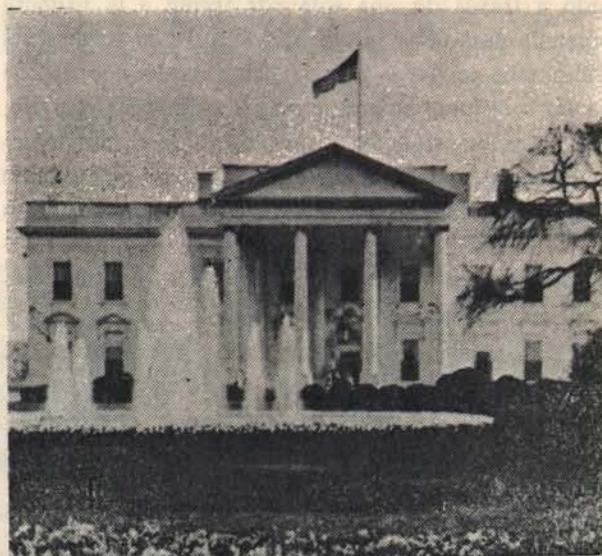
Pese al conformismo señalado anteriormente, no tardó mucho en comenzar la preparación de un camino destinado a revisar los principios y mecanismos acordados en el Tratado de Río y en la Carta de la OEA. Chile no fue en esta etapa el líder de esta tendencia, pero apoyó iniciativas en ese sentido. Por otro lado, las críticas provenientes de la oposición también contribuyeron a preparar el ambiente para futuros y más decisivos pasos.

La primera coyuntura favorable se produjo en marzo de 1951, al realizarse la Cuarta Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores en Washington. Estados Unidos, que había logrado comprometer nada menos que a las Naciones Unidas en la guerra de Corea, trató de afianzar aún más el compromiso de América Latina en apoyo de su estrategia mundial. Esta intención fue expresada con meridiana franqueza por el Presidente Truman al inaugurar la Conferencia:

"Debemos ahora, como una tarea primaria, trazar los planes necesarios para fortalecer y coordinar el empleo de nuestras fuerzas de defensa en el Hemisferio. Y debemos también considerar cómo podremos emplear en mejor forma nuestras fuerzas para respaldar la causa de la libertad contra la agresión en Europa, Asia y en todo el mundo".

Esta pretensión no encontró el eco esperado. Al contrario, se produjo una negativa latinoamericana a tomar nuevos compromisos con las Naciones Unidas o con otros pactos internacionales vigentes⁷. Más aún, frente al interés inmediato norteamericano, basado en una emergencia político-militar de carácter mundial, los latinoamericanos fueron insistentes en afirmar que los problemas económicos debían ocupar un lugar dominante en la conferencia.

El mayor aporte de Chile a este debate fue la presentación de una moción que contenía ocho materias diversas. Entre ellas se encontraban referencias explícitas a la necesidad de establecer términos de intercambio estables, mantenimiento del valor adquisitivo de las reservas acumuladas y otras normas



Casa Blanca: afianzar la política norteamericana en el área latinoamericana

tendientes a evitar descabros económicos en períodos de emergencia. Prácticamente todas fueron aprobadas, incluso por Estados Unidos.

El balance final de esta Reunión podría haber hecho creer en un triunfo latinoamericano. El tiempo se encargó de probar lo contrario y que sólo había sido una "victoria de papel"... Ningún compromiso fue cumplido.

Otro momento en que pareció asomar en la política exterior chilena un cierto "tono" independiente se produjo en los primeros meses de la segunda Administración Ibáñez. El 23 de diciembre de 1952, el canciller de ese entonces, don Arturo Olavarría Bravo, expuso la que se suponía debía ser la política exterior del nuevo gobierno. Allí esbozó un acercamiento de Chile hacia los países subdesarrollados de todo el mundo. **"Un entendimiento entre estos países —decía— tendría impresionantes repercusiones, no sólo en el campo económico, sino también en el político, e incluso en la defensa y resguardo de la convivencia pacífica"**. Sin embargo, debilitando en parte la fuerza de esta declaración, el mismo canciller manifestaba pocas líneas más abajo: **"No estamos sumándonos, ni mucho menos propiciando una tercera posición en el campo internacional"**.

Estas palabras reflejaban de alguna manera la frialdad con que se iniciaron las relaciones entre Estados Unidos y el nuevo Gobierno. Ibáñez había participado en la campaña contra el pacto militar

⁶ Estados Unidos había manifestado en forma clara y terminante que quien no estaba con su política estaba **contra** ella.

⁷ Los ya tomados eran considerables. El apoyo decisivo (20 votos en la Asamblea General) dado a la resolución "Pro - paz" permitió la aprobación del acuerdo que originó una de las mayores crisis de la ONU en la década siguiente, que la tuvo al borde del colapso.

que se había suscrito poco antes de triunfar en las elecciones y ello permitió que algunos creyeran en la posibilidad de que se mantendría esta tirantez durante todo el gobierno.

El Presidente, no obstante, cambió muy pronto de actitud —y de canciller— y Chile volvió a estrechar sus lazos con los Estados Unidos. En la conferencia de Caracas de 1954, donde dicho país puso por primera vez en práctica su política hacia América Latina, tomando como base, ya no un problema de política mundial, sino uno de repercusión estrictamente continental, como era el “caso guatemalteco” y la “penetración comunista”, Chile estuvo disciplinadamente al lado de la gran potencia. Votó, así, a favor de la resolución que declaró incompatible al comunismo con la concepción de “libertad americana”, proporcionando de esta manera la base legal más sólida a la futura política norteamericana frente a todos los casos de “rebeldía” contra el Sistema. Así lo entendió el Secretario de Estado, Sr. Foster Dulles, cuando señaló que **“la resolución aprobada por la conferencia constituye una declaración de política exterior del conjunto de las repúblicas americanas”**⁸.

El gobierno de Ibáñez se mantuvo durante todo su período fiel a este esquema de lucha contra el comunismo. En su Mensaje Presidencial del 21 de mayo de 1957, por ejemplo, el mandatario chileno hizo una afirmación tan enfática como ésta:

“La política exterior de mi gobierno se ha mantenido inalterable dentro de la órbita de la civilización de occidente. En esta forma contribuimos, en la medida de nuestras fuerzas, a robustecer el sistema democrático del mundo libre, contra las acechanzas y amenazas del comunismo internacional”⁹.

Resumiendo

Mirando sobre el conjunto de hechos que configuraron la primera década del Sistema Interamericano, podemos señalar que la conducta de Chile se configuró, en términos generales, de la siguiente manera:

a) En lo militar: el 9 de abril de 1952 se suscribe el Pacto de Ayuda Militar entre Estados Unidos y Chile. Su objetivo consiste en asegurar la “defensa hemisférica” definida en el Tratado de Río (art. 4°).

⁸ Como para demostrar que este acuerdo era el único que le interesaba a Estados Unidos, el Secretario de Estado se retiró de la conferencia tan pronto aquél fue aprobado.

⁹ Esto no obstó para que Ibáñez, en uno de los últimos actos importantes de su gobierno, derogara la Ley de Defensa de la Democracia devolviéndole al Partido Comunista su pérdida legalidad.

Durante todo este período, Estados Unidos desarrolla su política militar en el continente a través de la vía “bilateral”, eludiendo en cierta forma el marco interamericano multilateral.

b) En lo político: Chile suscribe los dos documentos básicos que dan nacimiento al actual Sistema Interamericano (Tratado de Río en 1947 y Carta de la OEA en 1948). Su alineamiento junto a Estados Unidos es claro y prácticamente sin vacilaciones.

c) En lo económico: muy tímidamente y sin liderato alguno, nuestro país apoya a veces los primeros reclamos oficiales que se hacen para obtener ventajas en este campo, a manera de compensación por los apoyos otorgados a la política norteamericana. Excepcionalmente toma iniciativa, como lo hemos expuesto aquí. Los resultados son pobres.

Hechos nuevos

Ya en las postrimerías del gobierno de Ibáñez comenzaron a anunciarse situaciones inéditas en el continente, que llegarían a tener una enorme gravitación posterior. El descontento latinoamericano se manifestaba en las calles y Estados Unidos comprobaba sorprendido un ambiente hostil hacia su política¹⁰. Fidel Castro se encontraba a muy pocos meses de lograr el triunfo final en Cuba y abrir definitivamente un nuevo capítulo de la política interamericana.

Le correspondió al gobierno de Alessandri (1958-1964) vivir el período en que todo este proceso maduró y tuvo, hasta cierto punto, sus más importantes desenlaces. Un simple recuento comprueba esto:

Batista huyó de su país el 1° de enero de 1959. En marzo de 1960 Fidel Castro denunció el Tratado de Río. Meses después, Kennedy ganó las elecciones y propuso una “Alianza para el Progreso” entre los países del Sistema Interamericano. En abril de 1961 se produjo la fracasada invasión de Bahía Cochinos. En octubre del año siguiente el mundo estuvo al borde de la guerra nuclear por un hecho acaecido en América Latina (instalación de cohetes soviéticos en Cuba). En 1964 la OEA aprobó sanciones en contra del gobierno de Castro que significaron su aislamiento diplomático y comercial en el continente. Como puede apreciarse, la política interame-

¹⁰ Fueron los días del accidentado viaje del entonces Vice-presidente Nixon a varios países latinoamericanos.

ricana se vio intensamente sacudida en esos años y todos los hechos citados ocurrieron dentro del período presidencial del Sr. Jorge Alessandri. Le tocó a él fijar la posición de Chile ante todas estas situaciones.

Si tuviésemos que buscar la manera de definir la política exterior chilena de este lapso podríamos hacerlo señalando algunas características. Fue casuista: determinaba su acción caso por caso sin ceñirse a orientaciones dadas por una política global y coherente. Tal vez hubo una línea básica orientadora, pero ella no fue de carácter político ni ideológico, sino legal. La aplicación de la letra de la ley pareció ser la norma básica y casi única. En ese sentido dio la sensación de querer ser fundamentalmente pragmática. Políticamente estuvo a la defensiva en la mayoría de los casos. Así fue como todas las discrepancias con Estados Unidos frente al caso cubano se justificaron en sólidas razones jurídicas, despreciándose los argumentos políticos y de seguridad continental que otros esgrimían. Para participar en los beneficios de la "Alianza para el Progreso" el gobierno aceptó realizar algunos planes que no estaban en el programa presidencial de Alessandri, como las reformas agraria y tributaria. Ambas fueron, en todo caso, esfuerzos tímidos comparados con las reales necesidades planteadas por la situación del país.

En todo este período hubo un solo instante en que Chile tomó una iniciativa que tuvo repercusión en el ámbito interamericano, e incluso mundial. Fue el llamado de atención que Alessandri hizo contra la carrera armamentista en el continente. Lamentablemente se trataba de una materia en la cual se podía obtener —como se obtuvo— éxito de opinión pública, pero no un acuerdo efectivo entre los gobiernos latinoamericanos. En las discrepancias en torno al problema cubano, la posición chilena acompañó a la de otros países, tuvo también repercusión pública, pero no fue la "iniciadora" del hecho, la primera en plantearlo ¹¹.

Hubo dos casos en que el gobierno de Alessandri estuvo al lado de los Estados Unidos y dentro

¹¹ Las principales diferencias se concretaron por parte de Chile de la siguiente manera: a) apoyo a la resistencia de la mayoría de los países latinoamericanos para condenar expresamente a Cuba, como quería Estados Unidos, en la Séptima Reunión de Consulta celebrada en San José a fines de agosto de 1960. La resolución final fue genérica y sin mención expresa a Cuba; b) se abstuvo cuando en el Consejo de la OEA se propuso convocar a una Reunión de Consulta a fines de 1961; c) se abstuvo en la votación que excluyó a Cuba de la OEA en Punta del Este, 1962; d) se abstuvo frente a la proposición de aplicar sanciones a Cuba, acordadas en julio de 1964.



Chile rechazó la Fuerza Interamericana de Paz, en la Conferencia de Buenos Aires en 1967.

de la posición adoptada por la mayoría latinoamericana: cuando la OEA respaldó por unanimidad a Kennedy en su enfrentamiento con Krushchev y Castro por los cohetes y cuando rompió relaciones con el gobierno de La Habana cumpliendo un acuerdo que no había ratificado con su voto. En el primer caso pesó la circunstancia de que la amenaza "extra-continental" resultó abundantemente comprobada. En el segundo, en cambio, pareció primar el "legalismo" a que ya hicimos mención. Se había perdido una votación por una mayoría suficiente y había que acatar el acuerdo. Sólo México no pensó así y no rompió relaciones con Castro, posición que se mantiene hasta el día de hoy.

El viraje

La política exterior del gobierno de Frei (1964 - 1970) produjo un vuelco profundo de la conducta de Chile en el campo interamericano. Una visión de conjunto, preparada con mucha anticipación por los dirigentes de la Democracia Cristiana, hizo pasar a Chile a la ofensiva ¹². Dicha visión contemplaba varias orientaciones simultáneas:

¹² Es interesante destacar que precisamente el tema del "interamericanismo" preocupó seriamente a los demócratas cristianos. Frei escribió innumerables artículos sobre la materia y dedicó a lo mismo un capítulo entero de su libro "La verdad tiene su hora". Radomiro Tomić escribió su Memoria de Prueba para licenciarse de abogado sobre dicho asunto. Alejandro Magnet hizo algo semejante. Algunos personeros más jóvenes también analizaron el tema y propusieron detalladas líneas de acción. Todo este esfuerzo preparó, naturalmente, la acción posterior.

—Se buscaba la reforma del Sistema Interamericano con el fin de darle a la solidaridad un contenido económico que favoreciera a América Latina y compensara en cierta manera los compromisos políticos que hasta ese momento constituían la única sustancia real de la solidaridad y que, como ya hemos visto, jugaba prácticamente sólo a favor de Estados Unidos.

—Se propiciaba a fondo la integración latinoamericana como un nuevo "objetivo fundamental" de la política exterior chilena. Con ella no sólo se buscaba un nuevo camino para facilitar el desarrollo de los países del continente, sino también mejorar la capacidad negociadora de los mismos frente a Estados Unidos y demás naciones desarrolladas.

—Se acentuaba la defensa de principios tradicionales de la conducta internacional de Chile como son los de no intervención y autodeterminación de los pueblos, haciéndolos valer ante grandes y chicos, débiles y poderosos.

—Casi como corolario imprescindible para poder desarrollar en la práctica las líneas anteriores, se manifestaba una actitud más independiente frente a Estados Unidos, sin caer en polémicas inútiles, excesos verbales o rupturas¹³.

Estas líneas de acción, desarrolladas en forma dinámica, produjeron resultados significativos a lo largo del período presidencial del Presidente Frei. La Carta de la OEA conoció su primera reforma, siendo incorporada a ella la mayoría de las ideas planteadas por Chile. La integración latinoamericana dio pasos importantes, logrando incluso un reconocimiento más claro y franco por parte de Estados Unidos, como sucedió, por ejemplo, en la Reunión de Jefes de Estado de América, celebrada en Punta del Este, en abril de 1967. Ante dificultades surgidas para perfeccionar la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), dándole más poder de decisión y acelerando su acción, se inició un proceso de integración subregional con los países del área andina, inaugurándose así el esfuerzo más decidido y concreto intentado hasta ahora. Se logró impulsar con firmeza a la CECLA, con los resultados destacados en las primeras líneas de este trabajo. Chile condenó resueltamente la intervención unilateral y armada de Estados Unidos en la República

Dominicana, así como la constante ingerencia castrista en los asuntos de otros países. Se negó también a continuar colocando el "caso cubano" en el centro de todas las discusiones y terminó logrando el acuerdo de la OEA para remitir el asunto a las Naciones Unidas. Con respecto a las sanciones a Cuba mantuvo su oposición a las mismas y reanudó relaciones comerciales. Rechazó con energía los intentos de crear una "Fuerza Interamericana de Paz" de carácter permanente, habiendo logrado sepultar la idea en forma prácticamente definitiva en la Conferencia de Buenos Aires en 1967, la misma que aprobó la reforma de la Carta de la OEA. A pesar de todas estas actitudes, que no fueron del agrado de los Estados Unidos, Chile mantuvo relaciones normales con ese país y no vio disminuidos sus créditos o los aportes de los organismos norteamericanos dedicados a administrar los planes de ayuda y cooperación.

Para llevar a cabo esta vasta labor se requirió de una decisión muy firme y de un manejo ágil. El Presidente Frei contó para ello con el colaborador indicado, su canciller Gabriel Valdés, que fue el ejecutor implacable de esta política. El camino estuvo plagado de obstáculos y dificultades. Externamente, lo más difícil de vencer fue la hipersensibilidad latinoamericana, constantemente celosa de todo liderato. Internamente, el temor al "aislamiento", particularmente enraizado en sectores de derecha,



VALDES: artífice implacable de una audaz política latinoamericana.

¹³ A este respecto pareció estar siempre presente el rechazo expresado por Frei desde sus primeros escritos al dilema "entreguismo u odio estratégico", "alineamiento incondicional o ruptura total". Frente a esas posibilidades propició siempre una "asociación digna y recíprocamente respetuosa".



**LANUSSE
Y ALLENDE:**
ruptura de las
"fronteras ideológicas".

trató constantemente de desalentar lo que se hacía. Mirados estos factores en perspectiva parecen hoy completamente infundados.

Política interamericana de Allende

Resulta imposible definir con toda precisión la política interamericana del actual gobierno. Ella se encuentra recién en sus comienzos y atravesando por una coyuntura muy particular. Sin embargo, podemos dejar esbozadas algunas consideraciones preliminares.

El triunfo de Allende pareció significar para el Sistema Interamericano un desafío tal vez mayor que el ascenso de Castro al poder. Un marxista-leninista llegaba a presidir un país latinoamericano a través de la irreprochable vía de la democracia representativa. Esto leataba las manos a la OEA para actuar. Sólo un pretexto ficticiamente fabricado o algún acto del gobierno de Allende que diera pie para ello, podía desatar una ruptura.

Los primeros "augurios" indicaban que podía suceder esto último. El programa de la Unidad Popular (que el gobierno reafirma como integralmente vigente cada vez que puede) establecía propósitos bastante beligerantes en materia de relaciones interamericanas. Se decía, por ejemplo:

"La posición de defensa activa de la independencia de Chile implica denunciar la actual OEA como un instrumento y agencia del imperialismo norteamericano y luchar contra toda forma de panamericanismo implícito en esa organización".

"Se considera indispensable revisar, denunciar y desahuciar, según los casos, los tratados o convenios que signifiquen compromisos que limiten nuestra soberanía y concretamente los tratados de asistencia recíproca, los pactos de ayuda mutua y otros pactos que Chile ha suscrito con Estados Unidos".

En la práctica, aunque podría llegar a hacerlo, el gobierno no ha dado todavía cumplimiento a esta parte del programa. Ello se debe probablemente a que el cuadro internacional le ha ofrecido a Chile otras alternativas que hasta ahora han parecido mejores. Sin perjuicio de haber hecho la crítica al Sistema Interamericano, pero manteniéndose dentro de la OEA¹⁴, la política exterior de Allende ha preferido transitar abiertamente por el surco abierto por el "latinoamericanismo". Así lo demuestran los pasos dados en orden a fortalecer el Pacto Andino, a profundizar la acción de la CECLA y a estrechar lazos con los países vecinos o con políticas exteriores afines. Los mismos acuerdos con Cuba, que no están exactamente en la misma línea de la acción anterior, ya no provocan las reacciones que se producían en el pasado. Están lejanos los días en que este asunto figuraba en el primer plano de la preocupación de Estados Unidos en esta área y obsesionaba a casi todas las cancillerías latinoamericanas. La tensión a este respecto ha aflojado hasta llegar a su punto más bajo.

Hay otro hecho de extraordinaria gravitación que ha venido a cambiar bastante el cuadro internacional latinoamericano y que favorece al gobierno

¹⁴ Incluso se han seguido cumpliendo los convenios militares con Estados Unidos, como la conocida y polémica "Operación UNITAS".

de Allende. La política de "fronteras ideológicas", que los sectores más conservadores del militarismo brasileño - argentino quisieron imponer hace pocos años atrás, se ha derrumbado estrepitosamente. El vuelco se ha producido al romperse la "comunidad de intereses" entre Argentina y Brasil, a causa de la penetrante política exterior y la agresiva expansión económica de este último país. Argentina ha debido dar un brusco viraje antes que sea demasiado tarde. De allí que no haya vacilado en buscar un entendimiento más profundo y estable con Chile, en el mismo momento en que, para lograr dicho propósito, debe hacerlo negociando con un marxista-leninista. Es tal el "desafío brasileño", que Argentina incluso parece estar reconociendo que el único eje geopolítico y económico, capaz de mantener un equilibrio aceptable en el continente, pasa cada día más por el área subregional andina.

Aunque las consecuencias de estos hechos no se aprecian aún en todas sus dimensiones, se puede señalar que gracias en gran parte a ellos, Chile no está aislado diplomáticamente, ni está solitario en sus relaciones con Estados Unidos. Estas últimas se han deteriorado ostensiblemente desde que se hizo el anuncio, en el más puro estilo imperial, de que no se otorgarían nuevos créditos a Chile, mientras no se resolviera en forma satisfactoria (para los intereses norteamericanos, se entiende) el problema de las indemnizaciones a las compañías del cobre recientemente nacionalizadas. De esta forma, los vínculos con Estados Unidos han entrado a una etapa de suspenso peligroso.

A esta "espada de Damocles" se une por lo menos una interrogante más, en cuanto a los futuros pasos que dará el actual gobierno en el campo internacional y que puede tener repercusión en la política interamericana. Se trata del alcance —aún no claro— de las palabras del Presidente Allende en su Primer Mensaje Presidencial, al decir que es decisión de su gobierno **"incorporarse activamente al grupo de naciones llamadas "no alineadas", participando decididamente en sus deliberaciones y acuerdos"**. La secuela lógica de esta posición, si es llevada hasta sus últimas consecuencias, debería conducir a Chile a abandonar el Sistema Interamericano, para colocarse en una situación de independencia respecto a la "política de bloques" que determinó gran parte de la naturaleza íntima de la OEA y demás instituciones que lo componen. Implicaría también una clara independencia respecto del área socialista y de la propia Cuba, que es "alienada" en su política exterior.

La creciente fluidez de la situación mundial, que anuncia profundos cambios en las relaciones internacionales, ha permitido que se mantengan estas incógnitas sin respuesta durante un tiempo prolongado. La crisis del Sistema Interamericano ha vuelto, por lo demás, a acentuarse. Todo esto ha dado más libertad de movimiento al gobierno de Allende.

Los próximos meses serán muy agitados para Chile en el campo internacional y decisivos para fijar su política interamericana en forma más precisa.

"La nación, más que por sus fronteras, se define por la misión que tiene que cumplir".

Alberto Hurtado, s. j.

(*Humanismo social*, p. 280).

LA INTEGRACION LATINOAMERICANA EN PERSPECTIVA

Gustavo Lagos

Profesor de Política y Relaciones
Internacionales U. Chile.

Un antiguo proyecto

El proceso de integración latinoamericana tiene un largo período de gestación. Para buscar sus fuentes habría que remontarse hasta la época de la independencia de los países latinoamericanos, en la cual la generación de los libertadores concibió un proyecto integracionista sin una estrategia adecuada para realizar la unidad de América Latina. Cuando esta generación desapareció del escenario político, el ideal de la integración cedió el paso a los nacionalismos de los países recientemente independizados, nacionalismos que se desarrollaron sin contrapesos hasta la primera Guerra Mundial. Durante esta época, en la cual los países latinoamericanos centraban sus energías en formar nuevas nacionalidades, la corriente integracionista se refugió en grupos intelectuales que carecían del poder político y económico que pudiera hacer viable una acción concreta.

A partir de los años veinte surge una conciencia integracionista a nivel político con una estrategia de penetración partidaria, con la creación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), con el

surgimiento de los partidos demócrata-cristianos en diversos países y con la fundación del Parlamento Latinoamericano en 1964. Solamente después de la Segunda Guerra Mundial y en particular en las dos últimas décadas el movimiento de integración logra expresarse en una estrategia de tipo económico, que se concibe al principio en forma limitada para alcanzar posteriormente caracteres globales. A este período circunscribiremos nuestro análisis.

Creación de ALALC y del MCCA y desarrollos posteriores

Gracias al liderazgo internacional de Chile en el bloque latinoamericano dentro de las Naciones Unidas, logra crearse la CEPAL y es en la gestión tendiente a la creación de este organismo donde el bloque latinoamericano se va a definir a sí mismo señalando sus particularidades económicas, demográficas, sociales y políticas comunes. En el discurso en que el Embajador de Chile propone la creación de la CEPAL se habla ya de la "comunidad latinoamericana".



PREBISCH: capacidad de los economistas latinoamericanos

La creación de la CEPAL, que se logra después de una prolongada lucha diplomática en que es necesario vencer la oposición inicial de Estados Unidos y de las grandes potencias, representa el comienzo de un nuevo período en que América Latina profundiza la conciencia de sí misma a través del análisis de su realidad económica. Desde su sede en Santiago, el pensamiento económico de la Cepal demuestra la capacidad de una nueva elite intelectual para investigar la realidad de América Latina con instrumentos conceptuales creados por los propios latinoamericanos. La teoría económica tradicional es sometida a una revisión sistemática en función de las realidades de la región. De esta actitud analítica y del trabajo de investigación realizado, surgen las concepciones económicas características de la CEPAL, que en el curso de una década se difunden en el continente y vienen a constituir un pensamiento económico original para analizar e interpretar los fenómenos del desarrollo latinoamericano desde un punto de vista regional que trata de superar los enfoques puramente nacionales. Entre los problemas económicos analizados por la CEPAL se identifica el del estrangulamiento externo de las economías latinoamericanas derivado del tamaño reducido de los mercados nacionales, del deterioro de los términos del intercambio, del agotamiento del proceso de sustitución de importaciones, de las necesidades crecientes de capital extranjero y, en general, del subdesarrollo de la región.

La cooperación económica entre los países de

la región surge como una concepción necesaria para hacer frente a sus dificultades económicas crecientes y, en especial, a las del comercio internacional. Los beneficios de la cooperación regional ya habían quedado evidenciados con la Comunidad Europea del Carbón y del Acero y más tarde con el ejemplo de la integración de la Comunidad Económica Europea. Por otra parte el temor de América Latina de verse cada vez más disminuida frente a la formación de bloques en el comercio mundial, se refuerza no sólo ante el hecho de la integración europea sino también ante las preferencias comerciales que el Mercado Común Europeo va otorgando a una serie de países asociados de Africa. Bajo la presión de tales problemas económicos, se constituyen, al iniciarse la década del 60, los dos esquemas básicos de la integración latinoamericana: la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) que reúne inicialmente a México y seis países Sudamericanos (Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay) y se amplía posteriormente con la entrada de Colombia y Ecuador, y luego de Bolivia y Venezuela; y el Mercado Común Centroamericano, que reúne a los cinco países de América Central. Sólo Haití, la República Dominicana, Panamá y Cuba quedan así al margen del movimiento general hacia la integración de América Latina.

Por primera vez la conciencia integracionista latinoamericana logra concretarse expresándose en una estrategia de tipo económico cuyo ámbito, en su etapa inicial y en el caso de ALALC, es limitado a los problemas de liberación del comercio y se mantiene a un nivel casi exclusivamente técnico. Posteriormente esta estrategia económica se amplía con nuevas manifestaciones:

1.— La integración económica de América Latina es reconocida como uno de los objetivos básicos de la Alianza para el Progreso en la Carta de Punta del Este;

2.— Los Bancos Centrales de América Latina inician un activo proceso de cooperación entre ellos, que en el caso de América Central se traduce en la creación de una Cámara de Compensación y de una Unión Monetaria y en el caso de los países de ALALC en la creación de un mecanismo de compensación multilateral y de créditos recíprocos, en monedas convertibles a través de acuerdos bilaterales entre las autoridades bancarias;

3.— En la conferencia mundial de la UNCTAD,

América Latina actúa como un grupo cohesionado y en una posición de liderazgo con respecto al resto del mundo subdesarrollado de África y Asia, lucha por condiciones más equitativas para el comercio de sus productos básicos y para la exportación de artículos manufacturados;

4.— La Cuarta Conferencia de los países miembros de ALALC adopta en 1964 un amplio programa de integración económica global que corresponde a las metas de un mercado común o comunidad económica;

5.— El Mercado Común Centroamericano avanza rápidamente hacia la liberación del comercio interregional, la que queda completada en 1966; progresa también en sus pasos hacia la unión aduanera y en la coordinación de sus planes y políticas de desarrollo adoptando claramente las metas de una comunidad económica;

6.— Tanto en la ALALC como en el MCCA se inician los estudios para realizar integraciones sectoriales en el campo de las industrias básicas y también para llevar a cabo programas de infraestructura regional;

7.— Los gobiernos de Colombia y Venezuela y los de Colombia y Ecuador, con la cooperación del Banco Interamericano de Desarrollo, inician programas de integración fronteriza.

El informe de los Cuatro y la declaración de los Presidentes

Al promediar la década del 60 se hace visible ya que las diversas corrientes de los grupos integracionistas empiezan a confluir e influenciarse recíprocamente, con lo cual se inicia la etapa actual de la evolución de la conciencia y estrategia integracionista hacia una concepción que comprende los niveles económico, político y cultural y que representa una síntesis y proyección de todas las etapas anteriores. Esta etapa se caracteriza por un diálogo creciente entre los técnicos y los políticos sobre el contenido y la dirección del proceso de integración. Señala en forma casi dramática la iniciación y sentido de esta comunicación la carta que dirige el Presidente de Chile, Eduardo Frei, a Raúl Prebisch, Felipe Herrera y a los altos ejecutivos del CIAP y de la CEPAL, señores Carlos Sáenz de Santa María y José Antonio Mayobre, para que presenten conjuntamente sus puntos de vista acerca de las decisiones que de-

bieran adoptarse para acelerar el proceso de integración. La respuesta, fechada en México, en abril de 1965, constituye el famoso Informe de los Cuatro que es dirigido a los Presidentes de los países miembros de la ALALC.



HERRERA: urgió a formar el Mercado Común Latinoamericano en 1965

El Informe sostuvo que la formación de un gran Mercado Común Latinoamericano "necesita impostergables decisiones políticas en el más alto plano, tanto para concurrir a la concertación de los acuerdos como para lograr un alto respaldo de la opinión pública continental. Planteó, además, la idea de un Mercado Común Latinoamericano que comprendiera a todos los países de la región y que sirviera de instrumento colectivo para el desarrollo económico y social de las naciones latinoamericanas, les permitiera el acceso a los frutos y al progreso de la tecnología moderna e hiciera posible expresar su personalidad histórica y cultural frente al resto del mundo e incorporarse como región a la economía y a la comunidad política mundiales. El Informe sostuvo asimismo la necesidad de crear instituciones con poderes suficientes para alcanzar las metas del Mercado Común. El gran debate que el Informe suscitó en toda América Latina fue el mejor indicador del hecho que caracteriza básicamente a la etapa actual del proceso: la integración del continente dejaba de ser una preocupación exclusiva de los técnicos para convertirse en el tema fundamental del debate político internacional de los países miembros del sistema.

Entre abril de 1965, fecha del Informe de los Cuatro, y abril de 1967, fecha de la Declaración de los Presidentes de América en Punta del Este, transcurren dos años dentro de los cuales se realizan una serie de reuniones al nivel de la ALALC y del MCCA, al nivel de grupos de países, al nivel bilateral entre Jefes de Estado y Cancilleres y por último al nivel del sistema interamericano. En el seno de la ALALC se realizan dos reuniones de Cancilleres en las cuales se plantean con extraordinario vigor tres temas básicos del debate integracionista: a) el de las instituciones necesarias para llevar a cabo el proceso;

b) el de la compatibilidad entre el desarrollo nacional y la integración regional;

c) el del ritmo y aceleración que los distintos países desean imprimir al proceso y la posibilidad de que grupos subregionales avancen más rápidamente dentro del conjunto.

Al nivel de grupos de países se celebra en Bogotá una reunión de los Presidentes de Colombia, Chile y Venezuela y de los representantes personales de los presidentes del Perú y Ecuador, que en la Declaración de Bogotá plantea la necesidad de avanzar más rápidamente en el proceso de integración a través de un esquema subregional, celebrado dentro del Tratado de Montevideo y abierto a la adhesión de los demás países miembros del sistema. Este es el primer paso hacia la constitución del Grupo Andino que analizaremos más adelante.

Al nivel del desarrollo de zonas geoeconómicas, los Cancilleres de la Cuenca del Plata (Argentina, Brasil, Bolivia, Paraguay y Uruguay) adoptan en la reunión de Buenos Aires de febrero de 1967 la decisión de llevar a cabo un estudio conjunto e integral del desarrollo de dicha Cuenca "con miras a la realización de un programa de obras multinacionales, bilaterales y nacionales útiles al progreso de la región".

Al nivel bilateral se realizan diversas reuniones entre las cuales cabe citar la de los Presidentes de Argentina y Chile, la del Presidente de México con los Presidentes de cada una de las naciones de Centroamérica, la reunión de los Presidentes de Colombia y Ecuador, la reunión en San Andrés del Presidente de Colombia con los Cancilleres y Ministros de Economía centroamericanos, la reunión del Presidente de Bolivia con los Presidentes del Perú, Brasil y Argentina respectivamente. En estas visitas, reuniones y encuentros se adoptan declaraciones en las

cuales el proceso de integración de América Latina aparece como la preocupación dominante.

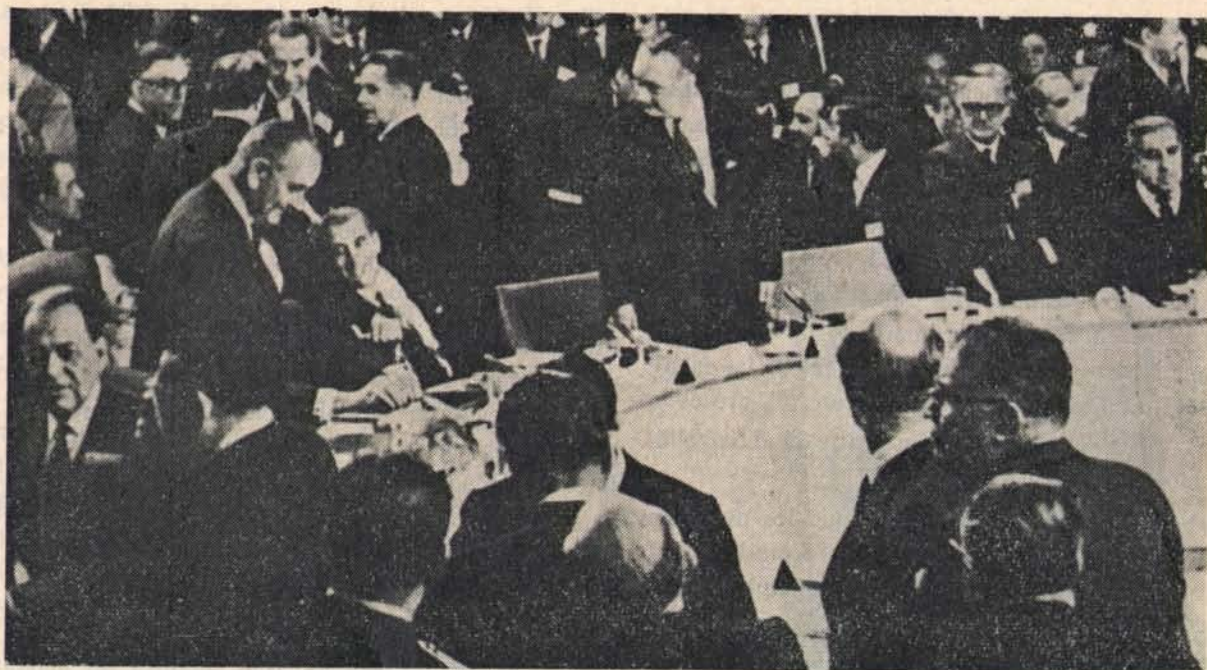
Dentro del sistema interamericano, Argentina propone en 1966 la idea de celebrar una Conferencia de Jefes de Estado de los países miembros con el objeto de adoptar decisiones al más alto nivel político con respecto al proceso de desarrollo e integración de América Latina.

En la preparación de tal conferencia, el Banco Interamericano de Desarrollo juega un papel relevante a través de estudios preparatorios que influyen sustancialmente en la elaboración de un informe de la OEA, organismo encargado de la conferencia de Jefes de Estado, y en la programación de la Agenda de dicha reunión. Antes de la Conferencia de Punta del Este, Estados Unidos, en una declaración del Presidente Johnson, expresa que la política de integración económica de América Latina es de responsabilidad de los propios países latinoamericanos y que, en tal entendimiento, Estados Unidos le da su pleno apoyo.

La Declaración de los Presidentes de América que resulta de la Conferencia de Punta del Este, contiene decisiones y compromisos políticos que hacen posible avanzar resueltamente hacia el Mercado Común Latinoamericano, cuya formación deberá iniciarse a partir de 1970, debiendo estar substancialmente constituido en un plazo no mayor de 15 años. Según la declaración, el Mercado Común de la región se basará en el perfeccionamiento de los dos sistemas de integración existentes (ALALC y MCCA) que convergerán en un proceso con etapas de cooperación, vinculación e integración durante el período indicado. Para ello los Presidentes previeron un mecanismo de convergencia que consiste en una Comisión formada por los órganos ejecutivos de la ALALC y MCCA y reuniones a nivel ministerial de los países participantes en ambos procesos. Asimismo deberá promoverse la incorporación de los otros países de la región latinoamericana que aún no pertenecen a los sistemas de integración existentes.

La crisis de la integración y el surgimiento del Grupo Andino

La Declaración de los Presidentes de 1967 representó un punto culminante en el proceso integracionista, un punto de tensión máxima en los es-



Punta del Este, 1967: punto culminante del proceso integracionista

fuerzos técnicos y políticos para lograr una definición programática de las concepciones más avanzadas del proceso.

A partir de tal momento, el proceso parece bifurcarse en dos corrientes contradictorias. Por una parte la crisis de ALALC y del MCCA parece conducir al estancamiento, y por otra, la creación del Grupo Andino parece llevar a la aceleración del proceso entre los países de dicha subregión.

En el mismo año de la Declaración de los Presidentes de Punta del Este, el programa de la liberación del intercambio de ALALC sufre un serio quebranto al no poderse llegar a un acuerdo sobre el "Segundo Tramo" de la Lista Común, y en la conferencia de Caracas de 1969, ante la imposibilidad de lograrlo, los países miembros acuerdan la firma del Protocolo de Caracas para modificar el Tratado de Montevideo. El Protocolo amplía el período de transición de 12 años establecido en el Tratado hasta el 31 de diciembre de 1980, extendiendo la ampliación a todas las disposiciones conexas y complementarias del Tratado de Montevideo. Antes del 31 de diciembre de 1974 las Partes Contratantes establecerán nuevas normas a las que se sujetará el compromiso de la Lista Común; mientras tanto no será obligatorio el cumplimiento de los porcentajes del artículo 7 del Tratado.

Al mismo tiempo la Conferencia de Caracas aprueba un Plan de Acción para 1970-1980 que ha sido dividido en dos etapas, la primera de las cuales se desarrollará entre 1970 y 1973 para estudiar el perfeccionamiento de la Zona de Libre Comercio y la posibilidad de establecer un Mercado Común Latinoamericano.

El fracaso en la formación de la Lista Común y el Plan de Acción que surge como su consecuencia son como el símbolo de la crisis que afecta a ALALC y que obliga a replantear el esquema para hacerlo operante en el futuro.

Durante sus años de existencia, la ALALC ha logrado un aumento importante del comercio intrazonal, que se ha enfrentado últimamente a los serios quebrantos señalados, pero fuera de este campo sus realizaciones son bastante modestas y un pesimismo más o menos generalizado se percibe respecto al futuro del acuerdo.

El Mercado Común Centroamericano que ha hecho progresos significativos y muy superiores en la práctica a los de ALALC, se ha visto recientemente afectado en forma grave por el conflicto armado entre Honduras y el Salvador, conflicto que ha tenido sin duda un rol desintegrador de profundas repercusiones en todo el proceso. Por otra parte, suponiendo que estos efectos negativos del menciona-

do conflicto bélico pudieran ser superados, el MCCA se enfrentaría en todo caso a grandes obstáculos derivados del tamaño reducido de su espacio económico que impedirían que la integración pudiera seguir rindiendo sus frutos, salvo que se lograra llegar a un acuerdo para que América Central, considerada como una sola unidad económica, pudiera integrarse a la ALALC o al Grupo Andino. La primera alternativa se encuentra aún en la etapa inicial de negociaciones y todo hace prever que las dificultades internas de la ALALC y del MCCA harán extremadamente difícil concretar este entendimiento. La vinculación del MCCA con el Grupo Andino se encuentra aún en un plano puramente conceptual debido a que este último se ha formado sólo recientemente y debe enfrentar como tarea prioritaria y urgente el cumplimiento de sus objetivos propios.

Dentro de este contexto sombrío, la creación del Grupo Andino, lograda con fecha 26 de mayo de 1969 por los Gobiernos de Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador y Perú al firmar el "Acuerdo de Cartagena", representa un paso de capital importancia en la estrategia del movimiento de integración. El acuerdo surge gracias al liderazgo de las Cancillerías de Chile y Colombia, sin cuya acción conjunta y decidida difícilmente se habría logrado, ya que las negociaciones se vieron enfrentadas a obstáculos incontables, incluso el retiro, en la etapa final, de Venezuela, que no suscribió el "Acuerdo de Cartagena", limitándose a ratificar el Tratado que creó la Corporación Andina de Fomento (CAF), un organismo paralelo de financiamiento que se gestó junto con la creación del esquema subregional.

A diferencia del Tratado de Montevideo que busca la aceleración del desarrollo mediante la reducción de barreras aduaneras y, por tanto, del incremento del comercio intrazonal, el "Acuerdo de Cartagena" se basa en una acción de desarrollo programado de la subregión con la adopción de políticas deliberadas en el campo del desarrollo industrial en la asistencia técnica y financiera (especialmente a través de C.A.F.) y en la creación de una área protegida de cinco países, que defendidos por un arancel externo común, sirva para ampliar los mercados nacionales, para superar los problemas de escala y para impulsar así el desarrollo del conjunto. El Acuerdo establece un trato preferencial para Bolivia y Ecuador en atención a su calidad de países de menor desarrollo económico relativo.

Para fortalecer la empresa latinoamericana (la controlada y dirigida por capitales de la subregión) se contempla la adopción de un estatuto común de todos los países miembros para la creación de empresas multinacionales en el área andina, así como también la dictación de un estatuto común que regule la inversión extranjera entre los países miembros (al cual nos referiremos más adelante). Además, desde el punto de vista institucional, el Acuerdo consulta órganos ejecutivos con efectivos poderes de decisión, que se comparan favorablemente con las débiles estructuras institucionales de la ALALC.

Las realizaciones logradas hasta la fecha permiten mirar con optimismo el futuro del Grupo Andino. Los plazos establecidos en el Acuerdo han sido hasta ahora rigurosamente cumplidos por sus órganos principales. La Comisión, máxima autoridad del Acuerdo, ya aprobó, entre otros, la lista de productos agropecuarios para los efectos del régimen que ha de operar en este campo; la creación de los Consejos de Planificación, Monetario y Cambiario, de Financiamiento, de Política Fiscal, de Comercio Exterior y de Turismo; los Puntos Iniciales de Desgravación; el Régimen Común de tratamiento a los capitales extranjeros y sobre marcas, patentes, licencias y regalías que ya entró en vigencia; la nómina de productos reservados para programas sectoriales de desarrollo industrial; la nómina de productos que no se producen en ningún país de la subregión y que no han sido reservados para programas sectoriales de desarrollo industrial (ya liberados de gravámenes desde el 28 de febrero de 1971); el Arancel Externo Mínimo Común, etc.

El Régimen Común de la inversión extranjera

De todos los acuerdos logrados, el que reviste mayor trascendencia es, sin duda, el del Régimen Común sobre tratamiento a los capitales extranjeros. Sin exagerar, puede decirse que su vigencia desde el 30 de junio de 1971 reviste importancia histórica: 1) porque es la primera vez que un esquema de integración realiza en el mundo un acuerdo de este tipo; 2) porque el Régimen Común constituye una respuesta profunda a una de las críticas más serias y fundadas que se hacían a la integración. En efecto, se ha esgrimido con razón la tesis de que en caso de no adoptarse políticas comunes que regulen la inversión extranjera y la transferencia de tecnología,

los capitales foráneos y particularmente las grandes corporaciones internacionales de EE. UU. y otros países industrializados podrían aprovechar en su propio beneficio las ventajas de la integración. Ni la ALALC ni el MCCA han sido capaces de llegar a un entendimiento en esta materia. Tampoco ha podido realizarlo el Mercado Común Europeo a pesar de todos sus avances. En el hecho, los países latinoamericanos están compitiendo entre sí por atraer la inversión extranjera y, de continuar esta tendencia, es indudable que la integración se convertiría en un campo fértil para que el capital extranjero obtuviera dentro de la región beneficios mayores que los propios países latinoamericanos.

Según fuentes del Departamento de Comercio de EE. UU. la remisión de utilidades de la inversión norteamericana en América Latina alcanzó los siguientes montos en comparación con la inversión directa nueva:

Inversión norteamericana y remisión de utilidades* en América Latina (millones de dólares)

Período	Inversión Directa (nueva)	Remisión de utilidades
1950 - 1954	690	2.654
1955 - 1959	2.246	3.460
1960 - 1964	448	3.828
1965 - 1967	552	2.875
1950 - 1967	3.963	12.817

Fuente: U. S. Department of Commerce. Survey of Current Business. Varios números. * No incluye Cuba.

Publicado en "Grupo Andino" (Carta informativa oficial del Acuerdo de Cartagena) N 1, 1971.

El cuadro anterior muestra: 1) que la mayor inversión norteamericana es anterior a la existencia de ALALC y del MCCA (inversión de 1950 a 1959); 2) que la inversión directa no aumentó con motivo de la integración; 3) que la remisión de utilidades se elevó a 6.703 millones de dólares después de la entrada en vigencia de los esquemas integracionistas con relación al período anterior (1950-1959) en que alcanzó a 6.114 millones.

Aunque las cifras anteriores demuestren que el efecto negativo de la inversión extranjera es anterior al proceso de ALALC y del MCCA, es indudable, al mismo tiempo, que los vicios de la inversión extran-

jera irrestricta e indiscriminada quedan demostrados elocuentemente por los datos señalados.

Se encuentra fuera de los límites de este artículo hacer un estudio detallado y completo del Régimen Común. Nos limitaremos solamente a señalar algunos de sus aspectos principales.

El Régimen Común parte de la base que la programación del desarrollo subregional y la ampliación del mercado generarán nuevos requerimientos de inversión externa y que es preciso regularla para que las ventajas del proceso de integración favorezcan a las empresas nacionales o mixtas. Se define como empresa nacional a la empresa constituida en cualquiera de los países miembros cuyo capital pertenezca en más del 80% a inversionistas nacionales siempre que esa proporción se refleje en la dirección técnica, financiera, administrativa y comercial de la empresa. La empresa es mixta cuando concurriendo los mismos requisitos anteriores en cuanto al control de su dirección, el capital pertenece a inversionistas nacionales en una proporción que fluctúa entre el 51 y el 80%. La empresa es extranjera cuando el capital nacional es inferior al 51% o cuando siendo mayor ese porcentaje no se refleja en la dirección de la empresa. El Régimen Común establece sectores vedados a la inversión extranjera como el de los productos básicos (salvo durante los 10 primeros años), los servicios públicos, los seguros, banca comercial y demás instituciones financieras, transporte interno, publicidad, radioemisoras comerciales, estaciones de televisión, periódicos, revistas y empresas de comercialización. Tampoco se permite la inversión extranjera en sectores debidamente atendidos por empresas existentes ni en la compra de acciones, participaciones o derechos de propiedad de inversionistas nacionales. Podrá autorizarse la inversión extranjera cuando corresponda a las prioridades del desarrollo del país receptor. También podrá autorizarse la participación de inversionistas extranjeros en empresas nacionales o mixtas siempre que se trate de la ampliación del capital de la empresa y que esa participación no modifique su calidad de nacional o mixta.

El Régimen regula materias tales como la forma de realizar reinversiones, el acceso de las empresas extranjeras al crédito interno, la remisión de utilidades al exterior y su monto y las condiciones en que dichas empresas pueden gozar de los beneficios del programa de liberación. A este respecto



Chile y Colombia impulsaron la creación del Pacto Andino

señala que sólo las empresas extranjeras que se encuentran en vías de transformarse en empresas nacionales o mixtas podrán tener acceso a tales ventajas, estableciendo los plazos y modalidades para ello. Toda inversión extranjera directa deberá registrarse ante el organismo nacional competente junto con el convenio en que se determinen las condiciones de la autorización.

En materia de importación de tecnología y de patentes y marcas, se establece que todo contrato deberá ser examinado y sometido a la aprobación del organismo competente del respectivo país, el cual deberá evaluar la contribución efectiva de la tecnología importada mediante la estimación de sus utilidades probables, el precio de los bienes que incorporan tecnología u otras formas de cuantificación del efecto de la tecnología importada. Se prohíben todas las cláusulas que pudieran significar la "atadura" de la importación tecnológica a modalidades que históricamente se han demostrado como de perniciosos efectos limitativos como, por ejemplo, las que impedirían exportar a otros países los productos fabricados con la tecnología importada.

Junto a tales regulaciones, se establecen medidas para llevar a cabo la identificación de las tecnologías disponibles en el mercado mundial para las distintas ramas industriales y para establecer un programa encaminado a promover y proteger la pro-

ducción de tecnología subregional así como la adaptación y asimilación de tecnologías existentes. Asimismo se prevé la creación de una Oficina Subregional de Propiedad Industrial destinada a servir de órgano de enlace, información y asesoría a los países miembros para el perfeccionamiento de sus propias oficinas en este campo.

En suma, el Régimen Común establece disposiciones claras y sistemáticas para la autorización, registro y control de la inversión extranjera y de la importación de tecnología y de las materias conexas a la consecución de estos objetivos.

El dinamismo con que el Grupo Andino ha emprendido sus tareas es un fenómeno alentador dentro del proceso general de integración de América Latina. No cabe duda de que si sus esfuerzos tuvieran éxito y sus objetivos fueran alcanzados, se configuraría una nueva situación política y económica de extraordinaria relevancia que tendría un efecto de demostración sobre el resto de los países que no pertenecen a él, en especial sobre Argentina, Brasil y México que son los países de mayor desarrollo industrial de América Latina.

Sin embargo sería irrealista pensar que la integración andina podrá seguir un camino de éxitos sucesivos, crecientes e ininterrumpidos. Como lo han demostrado las experiencias de ALALC, del MCCA y del Mercado Común Europeo, las crisis de la in-

tegración son inherentes a la naturaleza misma del proceso porque él se desarrolla en medio de la compleja interacción de factores políticos, sociales, económicos, nacionales e internacionales que constituyen su médula misma. Si los Estados-naciones, que son los actores principales del sistema; si los regímenes políticos que estructuran estos Estados; si las economías nacionales de los países miembros; si las estructuras educacionales, las Universidades, las juventudes, los sindicatos, las empresas, están sujetos a permanentes procesos de crisis y de conflictos, sería ingenuo esperar que cuando se trata de integrar en un todo estas complejas partes sujetas a tensiones y cambios críticos, este todo —que es el proceso mismo de integración— pudiera escapar a las características de las partes.

El Grupo Andino parece bien equipado para enfrentar estas crisis. La mejor demostración de que su concepción corresponde a la realidad profunda de la subregión y por lo tanto, de Chile, es que el advenimiento de un nuevo régimen en Chile, que se encamina hacia la construcción del socialismo, no ha alterado la posición del país ante los compromisos anteriormente adoptados. El Presidente Allende ha dado un respaldo vigoroso al Grupo Andino y ha recorrido sus países miembros (con la excepción de Bolivia), haciendo justamente profesión de fe integracionista. Aún una materia tan delicada en sí misma y especialmente para el nuevo Gobierno chileno, como el trato común a la inversión extranjera, ha encontrado en la Cancillería de nuestro país un sostenedor vigoroso.

Perspectiva general

Al iniciarse la década del 70 el movimiento de integración de América Latina, con sus avances, crisis, quebrantos y realizaciones, ha logrado perfilarse como un movimiento múltiple que corresponde a las energías profundas de la región en busca de su futuro. Corrientes de liberación comercial, de integra-

ciones sectoriales, de programas regionales de infraestructura física, de integraciones fronterizas hasta esquemas ambiciosos como los del Grupo Andino, forman su tejido y su trama. Si las crisis afectan a algunos de estos caminos, la integración puede avanzar por otros. Si el ritmo del proceso se estagna en algunos esquemas, el dinamismo de la integración puede recomenzar en otros y por su efecto de demostración contribuir a vigorizar los restantes.

El proceso parece igualmente haberse situado más allá de las ideologías, lo que demuestra que corresponde a una necesidad histórica. No sólo cuenta con el respaldo de técnicos y políticos de los más variados campos. La Iglesia Católica, a través del mensaje de Paulo VI al Consejo Episcopal Latinoamericano, reunido en su sesión de 1966, ha dado igualmente su respaldo al proceso de integración de América Latina y ha exhortado a la Iglesia Latinoamericana a “difundir el ideal de la integración, despertando en los cristianos la convicción de que los propios destinos nacionales sólo serán alcanzados dentro de la solidaridad internacional, formando una conciencia supranacional e insistiendo, como lo ha hecho recientemente el magisterio pontificio y el conciliar, sobre la imprescindible exigencia de una cooperación mundial”. Ahora, en Chile, como se ha dicho, el proceso de integración del Grupo Andino, ha recibido el respaldo decidido de un Gobierno de inspiración marxista, demostrando que las fuerzas que impulsan el movimiento integracionista son de inspiración pluralista. Todo ello parece indicar que el movimiento de integración continuará ocupando un lugar de importancia estratégica en la futura política internacional de Chile y de los países latinoamericanos y que su maduración está ligada a la maduración misma de América Latina como región destinada a ocupar en las próximas décadas el lugar que le corresponde en un sistema internacional convulsionado que marcha aceleradamente hacia una estructura policéntrica compuesta de grandes unidades.

EDITORIAL UNIVERSITARIA

arte popular chileno¹ diez² 1970: la pugna política por
r la presidencia de Chile³ los caballeros⁴ imagen artis
tica de Chile⁵ tiempo y presencia⁶ pjam...⁷ padres y m
aestros⁸ finanzas públicas⁹ cartas de relación de la c
onquista de Chile¹⁰ prehistoria universal¹¹ album de tr
ajes chilenos¹² crónicas del reino de Chile¹³ la mala estr
ella de perucho gonzalez¹⁴ poesía entera¹⁵ las guerrilla
s en América Latina¹⁶ excesos¹⁷ 1810: memorias de un vo
luntario de la patria vieja¹⁸ religión, chamanismo y mi
tología mapuches¹⁹ el mito de Chile²⁰ desengaño y repa
ro de las guerras de Chile²¹ nuevas matemáticas para l
os padres²² por una nueva cultura²³ prehistoria de Chi
le²⁴ el mundo de las letras²⁵

25

libros en un mes

Precio de este ejemplar: E° 22,—

US\$ 1,50

o su equivalente en moneda nacional.